

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA

CERTAMEN

CELEBRADO CON MOTIVO DEL  
CONCURSO DE PREMIOS

— DEDICADO A —

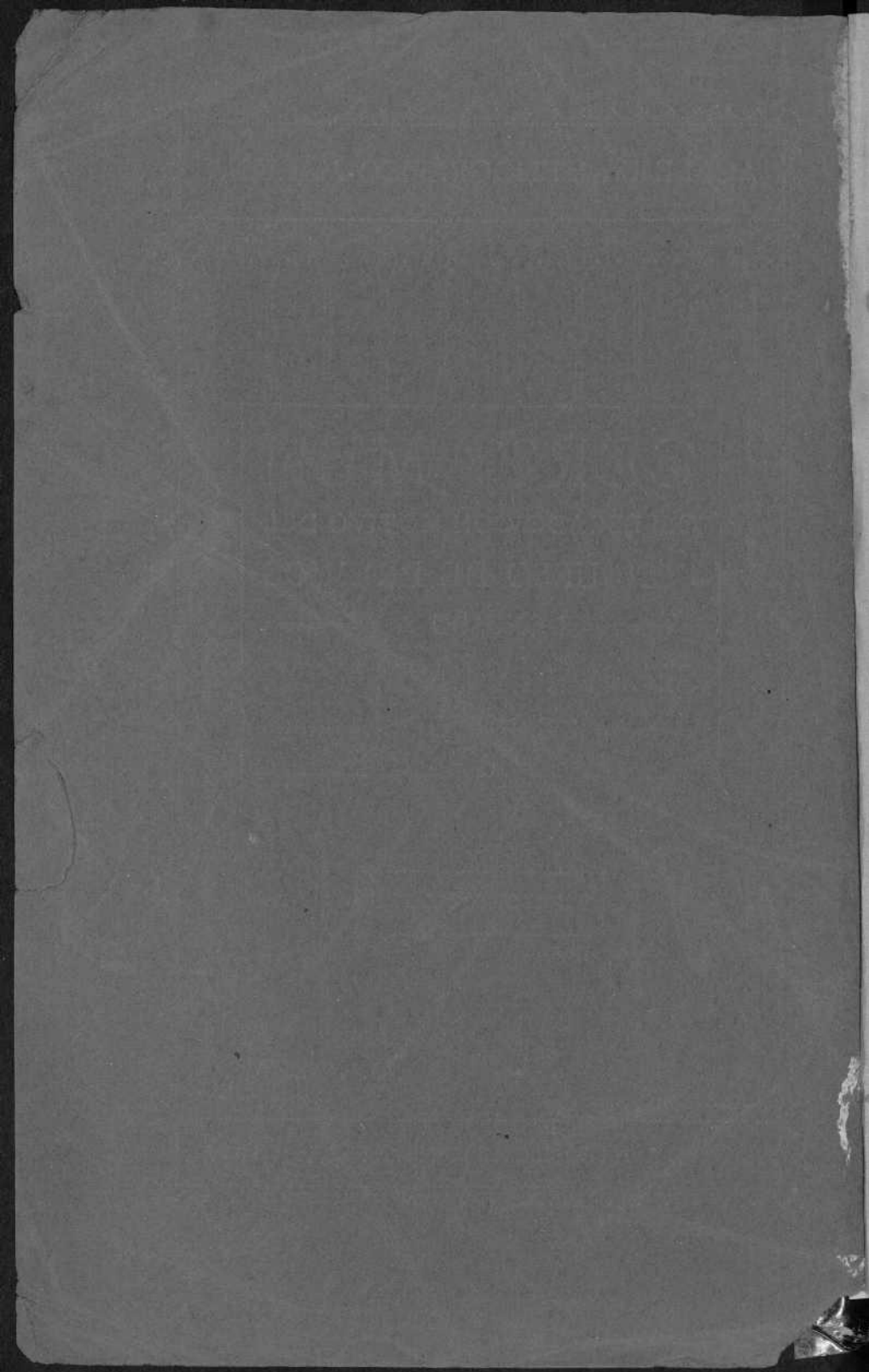
S.<sup>TA</sup> MARÍA LA MAYOR

— DE BURGOS —

TERCERA PARTE

LÉRIDA : IMPRENTA MARIANA : 1922

BU  
9635



SANTA MARIA LA MAYOR

Certamen Público de 1921

BIBLIOTECA-HEMEROTECA  
DE  
CASTILLA Y LEÓN Y LAS  
AUTONOMÍAS ESPAÑOLAS

c/ G. Mata, 24-26-5ªH  
Tfno. (947) 26 67 54  
09002 · BURGOS (ESPAÑA)

DONACION  
FEDERICO PEREZ

B. Pública de Burgos



74513595 BU 9635

---

CON LICENCIA ECLESIASTICA

---

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA

# Certamen Público

PARA SOLEMNIZAR EL

ANIVERSARIO LIX DE SU INSTALACIÓN

CELEBRADO EN LA TARDE

DEL DÍA 16 DE OCTUBRE DE 1921

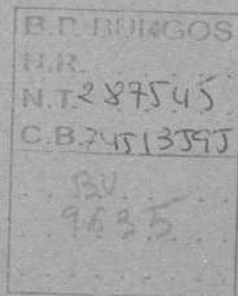
Santa María la Mayor, de Burgos

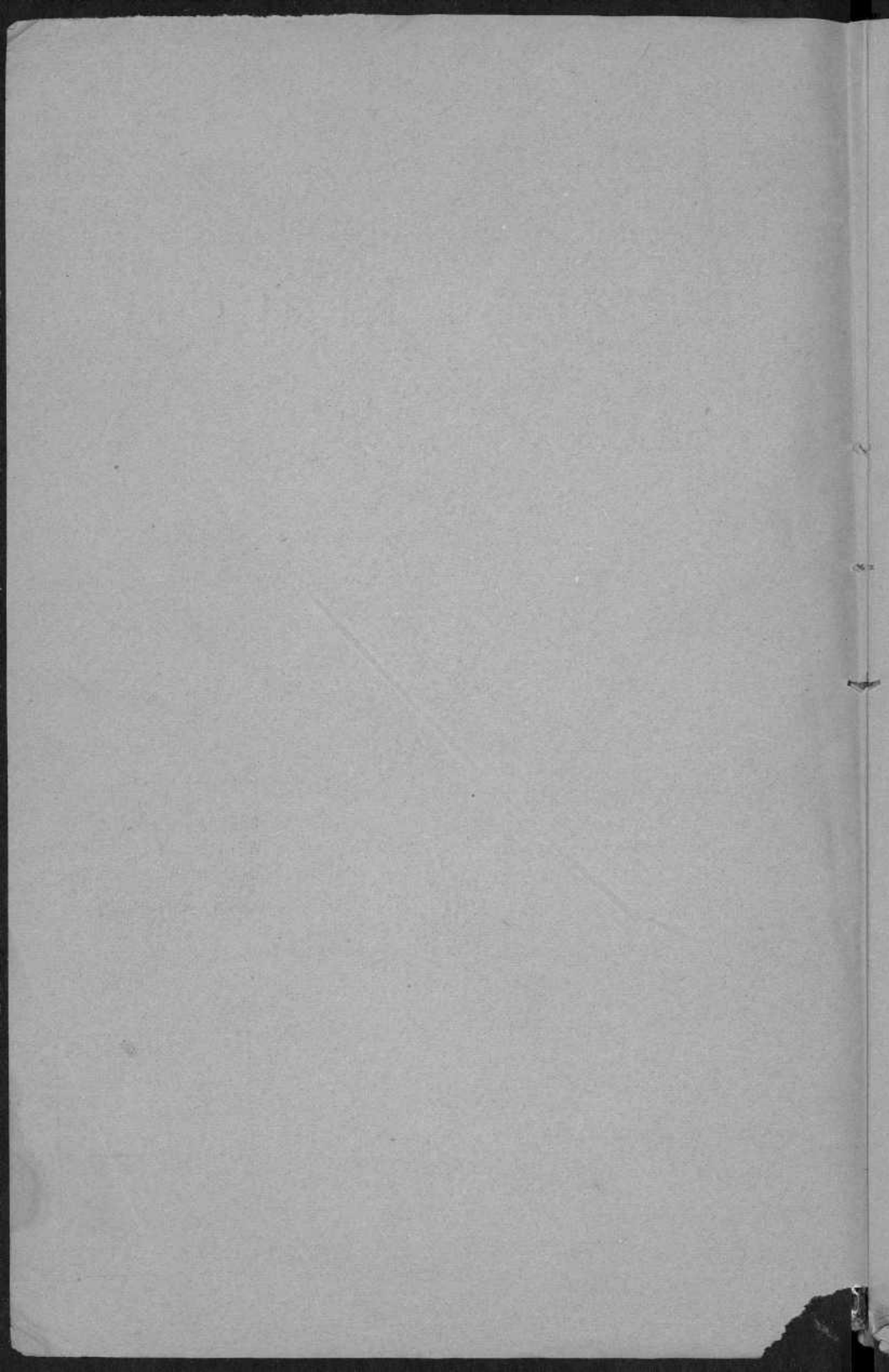
TERCERA PARTE



LÉRIDA  
IMPRENTA MARIANA  
1922

BIBLIOTECA-REVISTAS  
DE  
CASTILLA Y LEÓN Y LAS  
AUTONOMÍAS ESPAÑOLAS  
c/ G. Mola, 24-25-5ª H  
Tfno. (947) 26 67 54  
09002 - BURGOS (ESPAÑA)





# San Cirilo y la Maternidad Divina

ESTUDIO HISTÓRICO - TEOLÓGICO

por el Rdo. P. Fr. Sabino de Jesús, C. D.

LEMA: «Ave,... Dei mater alma».

PREFACIO

MARÍA, MADRE DE DIOS

*Beatam me dicent omnes generationes:* Bienaventurada me llamarán todas las generaciones. Así cantaba, diez y nueve siglos ha, desconocida doncella de Nazareth, esposa de humilde artesano, entonando, en una de las blancas casitas de la antigua Karem, el más jubiloso himno que haya salido de labios humanos; y desde entonces no parece que se vayan sucediendo las edades sino para realizar, cual divina misión, lo que, si se creyera sueño, era una de las más altas y espléndidas profecías que el Espíritu Santo haya inspirado a los Videntes. El mundo todo es un gran concierto de alabanzas a la profetisa nazarena, la Virgen de vírgenes, la Emperatriz de los cielos, la Madre de Dios. Cada generación con sus millones de lenguas la proclama sin cesar bendita entre todas las mujeres, y los sabios, artistas y poetas de todos los tiempos compiten a porfía en cantar sus glorias, esforzándose con los argumentos, con el cincel, el buril, los colores y el sonido, por engrandecer, en la medida de sus

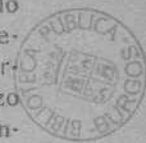
fuerzas, a la que está sobre cuanto puede declarar la lengua, trazar la imaginación, sugerir el arte y comprender la inteligencia. En verdad, «cosas muy gloriosas se han dicho de Tí, oh Santa Madre de Dios; pero todavía hay lugar para tus loores; aún toda lengua balbucea en tus alabanzas, pues no hay palabras ni discursos que expliquen la inmensidad de tu grandeza. ¡Oh excelsa, oh piadosa, oh amabilísima María! No es posible nombrarte sin que se abra el corazón, ni pensar en Tí sin que rebose de alegría el alma de los que te aman, pues nunca llegas a las puertas de nuestra mente sino derramando en ella divina dulzura»<sup>1</sup>.

De aquí el particular deleite que baña nuestra alma ante la idea de celebrar a María, el ser más puro, bello y excelso después de Dios que han visto extasiados los cielos. Pero también, ¡qué gran temor nos embarga al pretender fijar nuestras débiles miradas en la excelsa Señora para contemplar su más alta prerrogativa, la cualidad inefable de su divina maternidad, que eternamente asombrará a los hombres y a los ángeles! Tejer esta guirnalda mariana con perlas de conceptos tomados de los Santos Padres, engarzadas con los lizos de oro de su hermosa y ardiente fraseología, sin que se descubriera nuestra propia hilaza, sería el feliz cumplimiento de nuestros deseos y aspiraciones. Con todo y eso, apenas acertaríamos a balbucear el nombre de la augusta Madre de Dios. «¡Cuán miserables nos sentimos, —repiten, en el fondo, todos los Padres con San Epifanio, —al querer expresar con vocablos los deslumbrantes resplandores con que brilla la Madre de Dios, las incomprensibles y formidables prerrogativas de este gran propiciatorio donde se ha consumado el misterio reconciliador del cielo y la tierra!... ¿Qué labios podrán decirnos lo que Ella es? ¿Qué lengua alabará dignamente a aquella que asombró a la naturaleza angélica, dejando estupefactos a los Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Tronos, Dominaciones, Querubines y Serafines, a todos los coros angélicos, llenos de temor y espanto cuando vieron que Aquel que asienta su trono en los cielos, bajó al mundo por Ma-

<sup>1</sup> San Bern., serm. panegyric., n. 6.



ría? Contéplala el cielo y tiembla al ver cómo el que carece de principio, desciende desde un trono de Querubines y se encierra en su seno virginal... ¿Cómo publicar la gloria de Aquella que alcanza a donde radica toda gloria? Excepción hecha de Dios, María sobrepuja a todos en dones. Excede en belleza a los Querubines y Serafines y a todas las milicias angélicas, siendo inefable para los hombres y aun para los mismos ángeles. Estos la honran, alaban y bendicen, pero nunca pudieron hacerlo en toda la alteza que merece su dignidad. Gloriábanse los ángeles de ser los privilegiados de Dios, y les aventaja María, porque, trayendo a la tierra al Dios que habita en los Cielos, hizo que bajasen a la tierra los ángeles y conversasen con los hombres. Mediadora eres, pues, entre el cielo y la tierra, oh Virgen bienaventurada, pura paloma, esposa celestial, Templo, Cielo, Trono donde se sienta Cristo, Sol esplendoroso de la tierra y del cielo, lúcida nube que diste a la tierra su fulgor celeste, Cristo, todo luz y resplandor para los hombres, nube celestial que anuncia al mundo al Espíritu Santo que te inunda de gracia, y nos envías el rocío del mismo Espíritu Santo, para que produzca frutos de fe en toda la redondez del orbe... Oh Virgen pura, Santa Madre del Señor, esposa bienaventurada de la individual Trinidad; bendita entre las mujeres, que diste a luz al Dios hecho hombre, creador de todas las cosas; bendita entre las mujeres por ser la única que concebiste al Dios del cielo; bendita entre las mujeres, porque amamantaste al que es vida de todo el universo; bendita entre las mujeres, Santa María, Virgen Madre de Dios, que engendraste en la plenitud de los tiempos al que en un principio formó a Adán con el barro del Paraíso. Madre de Dios, que lo diste a luz cuando se encarnó en tu seno; Madre de Dios, que concebiste al Verbo divino en forma de esclavo; Madre de Dios, que engendraste sola al solo Hijo de Dios, no a un Dios temporal, que en tí haya tenido su principio, sino eterno, anterior a tí y a todos los seres... ¿Qué más diré, llevado por mi deseo de ensalzar a la Madre del Señor, y contenido por mi insuficiencia? Añadiré, oh Virgen Santísima, que tú eres el milagro del cielo, por tener al sol por vestidura; milagro del cielo, por ser trono querúbico; milagro del cielo, por llevar en tí al que es la misma luz; milagro del cielo,



por ser Madre del que es Padre del cielo y de los siglos, albergue del Hijo de Dios, Cristo. ¡Oh Virgen singular, Madre del Salvador, que engendraste al Verbo eterno, al mismo Hijo consustancial al Padre y al Espíritu Santo, y al que con ellos fabricó los cielos y creó la tierra!... ¡Oh Virgen que realizaste el más sublime de los misterios, Virgen, a un mismo tiempo altar y sacerdote, que nos diste el pan celestial, Cristo, que es propiciación por nuestros pecados! ¡Oh seno inmaculado, que encerraste en tí al Dios inmenso, a quien pueden abarcar los cielos, Virgen más excelente que los serafines y querubines, porque fuiste constituida restauradora universal de todas las cosas. Por tí cuantos no podían contemplar con sus ojos el resplandor celestial de la divinidad pudieron contemplarle en Cristo; por tí fué dada la paz al mundo, los hombres quedaron convertidos en ángeles y alcanzaron ser siervos, amigos e hijos de Dios; por tí merecieron ser equiparados a los celestes moradores y conversar familiarmente con ellos; por tí conocieron en la tierra lo que conduce al cielo; por tí encuentran valimiento ante el Altísimo; por tí resplandeció la cruz en toda la redondez de la tierra; por tí fué vencida la muerte y el infierno, y derribados los ídolos; por tí se entronizó en el mundo el Dios verdadero; por tí conocimos al unigénito Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, a quien adoran hombres y ángeles, confesamos al Padre y al Espíritu Santo sin principio, y glorificamos a la individua y consustancial Trinidad por los siglos de los siglos <sup>1</sup>».

Ciertamente, todo elogio parece que pierde su fuerza y significación cuando se trata de la Santísima Virgen. María es una criatura, sí, pero una criatura,—escribe el brillantísimo Donoso Cortés <sup>2</sup>,—«más bella por sí sola, que toda la creación; el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras; la tierra no es digna de servirle de peana, ni de alfombra los paños de brocado; su blancura excede a la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos, su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El Padre la llama hija y la envía emba-

1 S. Epiph., serm. de laud. B. M. V.

2 Don. Cortés.—Obras, t. II, disc. acad. «La Biblia», p. 57.—

judores; el Espíritu Santo la llama Esposa y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre y hace su morada de su sacratísimo vientre; los serafines componen su corte; los cielos la llaman Reina; los hombres la llaman Señora; nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado». Una sola palabra basta: María es Madre de Dios.

¿Puede imaginarse objeto más poético y sublime que una virgen purísima en la que se realiza la mayor de las obras divinas, la Encarnación del Verbo, y que tiene en sus brazos al Niño Jesús, su hijo Dios, ofrendándolo al mundo para su remedio y salvación? ¿Qué colores bastarán para pintarnos tan bello y excelso cuadro? Con gran estro uno de los más inspirados poetas del siglo XIX pone en labios de María estas tiernas, insuperables estrofas:

Magnífica al Senyor, ánima mía;  
Deu es amor y amarnos mes volfa;  
un Cor jo li doní,  
y'ns ama ab aqueix Cor, desde aquell día,  
ab un amor sens mida i sense fi.

La creació es un arbre floridíssim  
que del cel i la terra al bes dolcíssim  
ha produhit eix Fruyt:  
jo so la flor hont lo formà l'Altíssim,  
son mos braços la branca que l'ha duyt.

Preneu eix do del arbre de la vida,  
so l'Eva celestial que us ne convidà;  
qui'n pren no morirà:  
matà'ls homens la fruyta prohibida,  
un'altra fruyta aquí'ls ressucità.

De les obres de Deu es la mes bella;  
fent girar cel y terra al voltant d'ella,  
ne feu centre del mon...

Volent deificar la criatura  
son cor li dona Déu;  
poncella nada en mí, de ma sanch pura,  
que pujà a obrirse en l'arbre de la creu.

Humanitat, ab Cristó ressucita;  
 Ell derogant la lley israelita  
 t'ha dat la lley d'amor,  
 ¡Mirala! no en taules de pedra escrita,  
 sino, ab sanch meva, de ton Déu al Cor.<sup>1</sup>

La Maternidad divina de María. He aquí todo el misterio. Con ella, dando a luz al autor de la vida, ha regenerado la Virgen a la Humanidad; con ella ha destruído el imperio del demonio, y con ella quebranta en las almas, durante todos los siglos y los instantes todos, la cabeza de la serpiente infernal, según las palabras pronunciadas por el Señor en el Edén: *Pondré enemistades entre tí y la mujer: ella aplastará tu cabeza*. Tal es la razón del odio irreconciliable que el espíritu del mal, personificado en la serpiente del paraíso, profesa a la mujer por antonomasia, trayendo siempre enemistad formada con ella, y, ya que otra cosa no le sea dado, poniendo asechanzas a su calcañar, conforme a las palabras del Génesis: *Enemistades pondré entre tí y la mujer*. Es la misma guerra del Apocalipsis entre el dragón enfurecido y la mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas, que da a luz al Hijo que regirá a todas las naciones.

Las herejías son las principales armas de que en esas enemistades y combates se vale la serpiente, el dragón, esto es, el infierno. No es observación nuestra, sino un hecho patentizado por los apologistas, que, en el fondo de todos los errores y herejías antiguos y modernos, se halla el odio de Satanás contra la maternidad divina de María<sup>2</sup>. En los principios de la Iglesia, el ataque va directamente contra el fundamento de la fe, la divinidad de Jesucristo. Cerinto, Ebión, Marción, Manés, Arrio, Pelagio, son los capitanes de los grandes ejércitos de Lucifer, que no cesa de lanzar de refresco combatientes a la pelea, en la cual, a lo menos indirectamente, hállase siempre comprometido el dogma de la maternidad divina de la Virgen. Cada ataque es una nueva derrota para el infierno, que acaba siempre por es-

1 J. Verdaguer.—«Lo somní de Sant Joant», I, María.

2 Cf. Combalot.—Conferencias sobre las grandezas de la V. María; Conf. 3.<sup>a</sup>

trellarse contra la Maternidad de María, a la que muy bien la Iglesia, de acuerdo con el dogma y la Historia, proclama destructora de todas las herejías, celebrándola con el versículo de la liturgia: *Gáude, Marta Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*: Gózate, oh María, que has destruido las herejías todas en el universo mundo.

Así llegamos al siglo V, y la serpiente infernal, bramando de ira, al sentirse continuamente humillada y vencida por la Mujer, cuya grandeza ve agigantarse de día en día con nuevos triunfos y excelencias, medita otro plan de campaña, prometiéndose la victoria final. Hasta ahora había dirigido sus huestes contra el Varón. ¿Por qué no ir directamente contra la Mujer? ¿Por qué no volverse contra aquella que le aplastaba la cabeza? Tal es el flamante estratagema del infierno: acometer a la Madre para destruir al Hijo.

ZEOTÓCOS, Madre de Dios, he aquí la palabras sobre la que reconcentrará sus iras todas, y contra la que dirigirá todas sus huestes Satán. ¿Quién osará decir que una mujer ha engendrado y dado la vida al mismo Dios? ¿No repugna evidentemente a la recta razón la cualidad de Madre de Dios atribuida a una simple criatura? ¿No fuera esto resucitar el más abyecto paganismo? Sea venerada la siempre Virgen María y aclamada madre de Cristo, pero en manera alguna Madre de Dios.

En verdad, el plan diabólico no podía ser más sencillo, ni más estratégico y decisivo a la vez. Destruído aquel dogma, caería por su base toda la economía de la Encarnación. De un solo golpe y so color de celo, quedaría desplomado el edificio entero de la Redención humana. Esta, pues, será la cuestión capitalísima que definitivamente se ha de ventilar en el siglo quinto.

#### CAPÍTULO I.—IMPORTANCIA DE LA CUESTIÓN

Excesiva sobre manera podrá parecer a primera vista la importancia que hemos dado al augusto título de Madre de Dios. Familiarizados desde la infancia a oírlo y pronunciarlo, apenas paramos mientes en los misterios y excelencias que encierra, y aun quizá no nos damos cuenta de su propia significación, no atri-

buyéndole más valor que una de tantas alabanzas con que manifestamos a María nuestra veneración y amor. Pero tan pronto como fijamos en él la atención, nos persuadimos de que, por necesidad, tiene que ser asunto de suma trascendencia dentro de la Religión católica.

Por de pronto, de aquí dimana como de su manantial, toda la poesía grandeza y excelsitud de la Virgen. Despojarla de su maternidad divina equivale a arrancar de sus manos el cetro de Soberana de la creación visible e invisible, y demoler aquel pedestal de gloria sobre el que se ha mostrado en todos tiempos y lugares a la Humanidad cristiana entre fulgores de celeste hermosura, majestad, poder y bondad, siendo el hechizo y arrobamiento de los corazones, su esperanza, refugio, consuelo y alegría. Enseñan los teólogos que en la cualidad de Madre de Dios se halla la razón y fundamento de la excelencias y privilegios con que fué María enriquecida y elevada sobre todos los ángeles, viniendo a ser sus demás prerrogativas y dones como preludios, disposiciones o consecuencias de tan alta dignidad. Regocijese nuestro espíritu con el recuerdo del misterio de su Inmaculada Concepción; digamos que desde el primer instante de su existencia fué enriquecida con un tesoro de luces, conocimientos sobrenaturales y gracias que nuestro entendimiento no puede concebir; confesemos que en su vida practicó las virtudes en grado sumo y que recibió eminentemente <sup>1</sup> todas las gracias «*gratis datas*», siendo alguna vez elevada a la misma visión de la esencia divina; añádase que después de su muerte fué transportada en cuerpo y alma al empíreo, donde ocupa el primer lugar después de Dios, con más gloria que todos los hombres y ángeles juntos. Pero reconozcamos que todo ello no tiene otra causa que la cualidad de Madre de Dios. Ella es el hilo de oro que engarza y sustenta las perlas de aquella riquísima corona llamada letanía lauretana que, como homenaje de purísimo amor y ternísimas adoraciones, depositamos a los pies del tipo más ideal y divino que la imaginación y el sentimiento humano han podido fantasear. Y así como quebrado el hilo, caen las flores

---

1 Cf. Gerson, *Alphab.*, 82, a lit. B.

de la guirnalda y ella misma se deshace y desaparece; así faltando la maternidad divina, necesariamente se desvanecería toda la corona de alabanzas que, entre frases delirantes del más subido lirismo, ofrendamos a la Estrella matutina, a la Puerta del Cielo, a la Reina de las Vírgenes, de los profetas, de los mártires, de los ángeles, a la inmaculada Madre de Cristo Redentor.

Junto con nuestros cantos de loor, a Ella suben instintivamente día y noche nuestras peticiones, los gemidos de nuestro corazón en los trances apurados de la vida. Ante sus altares se postra la Humanidad invocándola, implorando su amparo y protección, el pecador para que le obtenga el perdón de sus pecados, el justo para conseguir la perseverancia, y todos para alcanzar por su valimiento cualquier favor espiritual o temporal. Tu nombre, oh María, repetimos con el Himno de Manzoni<sup>1</sup>, que tantos miles de corazones ha conmovido:

¿Qué montes y qué mares  
no oyeron invocarlo? Tus altares  
no solamente el viejo mundo encierra,  
devotos tuyos cría  
a millones la tierra  
que el Genovés piloto presentía.  
¿Allende cuáles olas,  
en que ásperas y solas  
regiones crece flor tan ignorada,  
que dondequier asoma  
un templo tuyo, en él no tenga entrada  
y te rinda el tributo de su aroma?  
A tí cuando el sol nace,  
cuando se extingue y yace,  
cuando brilla en mitad de su carrera,  
saluda la campana,  
invitando a las gentes placentera  
a orar y honrarte con piedad cristiana.  
De la nocturna sombra

1 Manzoni, «Himno al nombre de María», trad. de Quadrado.

2 Contenson, «Theologia mentis et cordis», t. X, d. VI, prolg.

en el pavor te nombra  
 el azorado niño, el navegante,  
 al arreciar el viento  
 e hincharse el mar, bramando, a ti anhelante  
 acude como a luz de salvamento.  
 La pobre mujercilla  
 en tu agosto regazo sin mancilla  
 su despreciada lágrima depone,  
 y a tí la más dichosa  
 toda desdicha expone  
 que a su alma inmortal hiere y acosa....

Si el consentimiento universal en invocar al Dios único prueba, según frase de Tertuliano, que nuestra alma es naturalmente cristiana, la conspiración de toda suerte de naciones y personas en acudir a María implorando su gracia, manifiesta, dice un ilustre teólogo, que el alma es naturalmente mariana <sup>1</sup>.

Pero ¿de dónde procede esa universal devoción a la Virgen Inmaculada, la absoluta confianza con que nos postramos ante sus plantas en toda necesidad, reconociendo en ella virtud omnipotente e ilimitada bondad para poder y querer favorecernos? Sin duda, de su prerrogativa de Madre de Dios. Prescíndase de tal atributo y no se hallará explicación alguna para ese hecho universal de la devoción y amor que la profesamos, del culto con que la honramos, de la plenisima confianza que en ella tienen depositada nuestros corazones. Por consiguiente, la maternidad Divina es para la Virgen asunto de capitalísima importancia, de vida o muerte.

Crece todavía inmensamente el interés de la cuestión presente al examinarla con vistas a la Encarnación; tanto que esa sola palabra ZEOTÓCOS (Madre de Dios) es la piedra de toque de nuestra fe y esperanza, la base de todo el cristianismo. Así lo han comprendido y expuesto los Santos Padres y los teólogos católicos. «En esa palabra, dice el cardenal Fránzelin, se halla el compendio de toda la Doctrina católica sobre la Encarnación del Hijo de Dios» <sup>2</sup>. «Semejante, añade Petavio, a la margarita,

1 Contenson, «Theologia mentis et cordis», l. X, d. VI, prol.

2 Franz: «Cum ea compendium contineatur totius doctrinae catholicae de Incarnatione Filii Dei...» (De Verbo Inc., th. XXXIX).



que, con ser tan pequeña, ocupaba antiguamente el primer lugar entre todas las cosas preciosas, esta voz *Theótocos* lleva en sí la fuerza y cifra de aquel grande y verdaderamente infinito misterio de la Encarnación»<sup>1</sup>. La misma doctrina había ya, siglos antes, propuesto San Juan Damasceno, probándola con ceñido y contundente raciocinio. «Este nombre, decía el Santo Doctor, expresa todo el misterio de la Encarnación; pues, si María es Madre de Dios, el concebido de ella debe ser Dios y al mismo tiempo hombre. Porque ¿cómo puede ser Dios engendrado de una mujer, sin hacerse hombre? El Hijo del hombre necesariamente es hombre. Y si el que nació de mujer, es Dios, uno mismo será el engendrado del Padre, según su divina y eterna naturaleza, y el nacido de la Virgen en los últimos tiempos según la naturaleza humana, temporal y mudable. Aquel vocablo, pues, denota la única persona y las dos naturalezas con sus respectivas generaciones de Nuestro Señor Jesucristo»<sup>2</sup>.

Supongamos, en efecto, que el Hijo de María, Jesús de Nazareth, el llamado Cristo, es puro hombre al cual se unió íntimamente el Verbo Eterno, formando con él dos sujetos o personas conjuntas. Las consecuencias no pueden ser más fatales. En dos grandes partes dividen los teólogos todo el tratado del Verbo encarnado: una estrictamente dogmática y otra dogmático-escolástica. Pues bien, recorramoslas con ese principio y veremos caer ante su fuerza destructora todas las piedras de ese maravilloso edificio de la Encarnación del Verbo Eterno.

Si el Cristo nacido de María no se eleva sobre la esfera de la pura humanidad, empecemos por despojarle de las admirables

<sup>1</sup> Petáv.: «*Theótocos* vox magni illius et revera infiniti vim summamque mysterii includit in sese; margaritae similis, quae, per exigua mole, principium culmenque omnium rerum olim pretii tenebat». (De Theolog. dogmat., t. VI, l. 5, c. XV).

<sup>2</sup> S. J. Dani., de Fide Orthodoxa, l. III, c. 12: «Hoc nomen totum Incarnationis commendat mysterium. Nam si Dei Genitrix est ea quae genuit, prorsus Deus est quem illa genuit: sed idem homo est etiam omnino. Qui enim ex muliere generetur Deus, Qui ante saecula exstitit, nisi homo fiat? Siquidem filius hominis utique est homo. Quod si idem est muliere natus, Deus est; unus erit nimirum ex Deo Patre genitus secundum divinam et initio carentem substantiam et extremis temporibus natus ex Virgine, secundum eam substantiam, quae initium habuit, et est subjecta temporis, videlicet, humana. Hoc autem unam hypostasim et naturas duas, totidemque generationes exprimit D. N. Jesu Christi».

excelencias y divinos atributos que tan gratuitamente se le confieren. No se hable más de aquella sublime ciencia infusa que se atribuía a su alma, ya que ninguna imperfección implicaría el carecer de ella, si su humanidad no está verdaderamente unida al Verbo de Dios. Del mismo modo, si Jesús no pasa de ser puro hombre, ¿quién osará aclamarle cabeza del cuerpo místico llamado la Iglesia, fuente de toda gracia para los mortales, rey legislador de la Humanidad y hasta de los mismos ángeles, por más que afirme San Pablo que el Señor le colocó como cabeza de toda la Iglesia (Eph., I, 22), y que ha sido constituido por Dios a su diestra en los cielos sobre todo principado, potestad, virtud y dominación, sujetando todas las cosas a su poder (Eph., I, 20-2)?

Penetrando más íntimamente en la naturaleza del Cristo, vemos que, según la doctrina de la Iglesia, no hay en él pluralidad de sujetos: *Non duo, sed unus est Christus*, canta el símbolo atanasiano. Cirilo de Alejandría, en quien se oye la voz de todos los Padres, lo expresa así con más claridad: «Antes, dice, de encarnarse y después de aparecer en carne mortal, único es el Hijo, único Nuestro Señor Jesucristo»<sup>1</sup>. De aquí procede lo que llaman los teólogos «*communicatio idiomatum*», la mutua atribución, de las propiedades de ambas naturalezas, la divina y la humana, en el Cristo, afirmándose de él los atributos y propiedades de Dios y del hombre. En virtud de esa mutua atribución, creemos que Dios es hombre, y un hombre Dios, y confesamos que el Verbo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios, nació de María, padeció, fué crucificado y sepultado, resucitó y subió a los cielos, pudiendo repetir con S. Ambrosio, sin vernos envueltos en contradicción, que «uno mismo padecía y no padecía; moría y no moría; era sepultado y no lo era; resucitaba y no resucitaba»<sup>2</sup>. A toda esta doctrina opónense diametralmente las consecuencias que se infieren de la hipótesis en que nos hemos colocado. Esta nos obliga en rigor lógico a admitir en el Cristo dos sujetos o personas diver-

1 S. Cyril Alex. «De recta fide ad Theod.», n. 26: «Unus est filius, unus Dominus I. C. et ante carnem et posteaquam homo apparuit».

2 S. Ambr., «De Inc.», c. V, n. 36: «Idem patiebatur et non patiebatur; moriebatur et non moriebatur; sepeliebatur et non sepeliebatur; resurgebat et non resurgebat».

sas: el Eterno y el puro hombre, el Hijo natural de Dios y el hijo adoptivo, según deseaba la herejía adopcionista. Las verdades católicas fundadas sobre la dicha comunicación de propiedades, que tan fácil explicación encuentran dentro del dogma, forman un tejido incomprensible de absurdos, si el hijo de María es puro hombre, unido, pero no identificado, con el Verbo, sin que tenga otro valor que el de una simple fantasía el testimonio que de él tan encarecidamente da el apóstol S. Juan, anunciando y atestiguando haber visto con sus ojos y tocado con sus manos al que era la Vida, al Verbo que existía desde el principio y que se había aparecido a los hombres hecho carne, lleno de gracia y de verdad, cual convenía al Hijo de Dios. ¿Qué queda entonces de aquel inefable misterio tan celebrado en las Santas Escrituras, por el que Cristo merece culto de adoración? Digámoslo de una vez. Si el Nazareno, a quien María llama su hijo, no es el mismo Dios eterno, será porque no se han unido en él las dos naturalezas, divina y humana, o porque, al verificarse la unión, han resultado dos personas, la humana, temporal y creada, y la divina, increada y eterna. El Cristo obtendrá el primer lugar entre los profetas, taumaturgos y Santos; pero no será Dios humanado. Así la Encarnación del Hijo de Dios, por la cual entendemos la unión de la naturaleza divina y la humana en la persona del Verbo, queda destruida por su misma base, desvaneciéndose, cual visión aérea, ese milagro de todos los milagros, *miraculorum omnium miraculum*, según la llama Santo Tomás<sup>1</sup> y pereciendo, por tanto, aquella sublime armonía que con gran profundidad y belleza nos describe San Agustín por estas palabras: «Para que los hombres nacieran de Dios, primero nació Dios de ellos, pues Cristo es Dios, y Cristo nació de los hombres. Solamente madre buscó en la tierra él, que ya tenía Padre en los cielos; nacido de Dios, nos creó; nacido de mujer, nos reparó<sup>2</sup>.»

1 S. Thom., III S. d. III, q. II, a. 2.

2 Aug. «In Joan., II, 15 (P. L., t. XXXV, col. 1395): «Ut homines nascerentur ex Deo, primo ex ipsis natus est Deus. Christus enim Deus, et Christus natus ex hominibus. Non quaesivit quidem nisi matrem in terra, quia jam Patrem habebat in coelo; natus ex Deo, per quem efficeremur; natus ex femina, per quem reficeremur».

Pues ¿qué diremos del dogma de la Redención, cuya esencia consiste en que el hombre pague la deuda contraída por el pecado, ofreciendo una satisfacción infinita mediante los padecimientos del mismo Dios? No siendo María Madre del Verbo, Dios no nace, no conversa con los hombres, no padece por nosotros, no nos redime, pues Jesucristo, puro hombre, no podría ofrecer sino una satisfacción finita, insuficiente para reparar las ofensas hechas a la Majestad Infinita. Finalmente, niéguese la divina maternidad de la Virgen, y por el mismo hecho, se convierte en pura ficción idolátrica el adorabilísimo misterio de la Eucaristía, ya que el cuerpo que en ella se contiene, como lo hizo notar San Cirilo contra el herejarca Nestorio <sup>1</sup>, sería el de un hombre y no el del Hijo de Dios.

No es, pues, una vana cuestión de palabras, según decía San Arquelaio al hereje Manés: «Non ergo jam vana est quaestio.» Si María no es Madre de Dios, si, como tu aseguras, arguía el Santo Obispo en su disputa con el padre del maniqueísmo, Cristo no ha nacido, tampoco puede haber sufrido. Si no ha padecido, debe desaparecer hasta el nombre de la Cruz. Suprimida ésta, Jesús no ha resucitado de entre los muertos, y si él no ha resucitado de entre los muertos, nadie resucitará. Si no hay resurrección, tampoco juicio, en vano observaremos los mandamientos de Dios; no hay por qué enfrenar nuestras pasiones: comamos y bebamos, que mañana moriremos. Todas estas cosas se encadenan, para quien niega que Jesús Dios haya nacido de María. Si, por el contrario, confiesas este dogma, la pasión sigue al nacimiento, a la pasión la resurrección, a ésta el juicio, y todos los preceptos de la Escritura están en salvo. No se trata aquí de una vana cuestión, sino de un punto que encierra muchas cosas en estas solas palabras. Pues como toda la ley y los profetas se hallan contenidos en dos preceptos, de igual manera toda nuestra esperanza está pendiente del parto de la Virgen María: «Sicut enim omnis Lex et Prophetarum in duobus sermonibus constant, ita etiam nostra omnis spes in Beatæ Mariæ partu suspensa est». En este mismo sentido pudo decir

---

<sup>1</sup> S. Cyrill Alex., «L. IV contra Nest», c. 5.

Gregorio Nazianceno: «El que no profesa a María, se halla fuera de la Divinidad. Quien no confiese que Cristo fué formado en el seno de la Virgen de una manera divina y humana, es igualmente ateo<sup>1</sup>. Por esto, así como tratándose de la doctrina de la Trinidad, los Santos Padres en sus luchas con los Monarquianos y Arrianos que negaban, aquéllos la distinción de personas, éstos la unidad de naturaleza, adoptaron la voz *OMOUSION*, como profesión de fe ortodoxa, así la Iglesia recibió más tarde con gran aplauso la voz *THEOTÓCOS* (Madre de Dios), como símbolo y compendio de toda la doctrina católica sobre la encarnación del Verbo». «Para dar testimonio de la rectitud de la piedad, decía el gran Patriarca de Antioquía Efrén, basta sentir y confesar a María por Madre de Dios»<sup>2</sup>.

Tal es, en breves palabras, el significado e importancia de este vocablo *Madre de Dios*. Con relación a María es la causa y epitome de todas sus bellezas, excelencia y dignidad. Atendiendo al dogma revelado viene a ser como el centro de la Encarnación, pues él abarca y expresa la naturaleza humana de Cristo (sin la cual María no se llamaría Madre); la naturaleza divina del Redentor, por la que el hijo de la Virgen es Dios; la unión hipostática de ambas naturalezas en una sola persona, pues de lo contrario el Hijo del Eterno y el hijo de la mujer no serían un mismo sujeto; y, finalmente, el hecho de esta unión en el mismo instante de la Concepción milagrosa de Cristo, ya que, de otra manera, la Madre de tal hombre no se podría apellidar verdadera Madre de Dios.

Si se rechaza la maternidad divina de la Virgen Santísima, vana fué toda la esperanza de los antiguos Padres y del pueblo escogido en un Mesías Dios que nacería de una Virgen: «Cae por tierra, como dice Boecio<sup>3</sup>, toda la autoridad del Antiguo Testamento, que prometía al mundo su salvación por medio del

1 Greg. Naz., «Epist ad Cled., adv. Apolin»—: «Si quis sanctam Deiparam non confitetur, extra Divinitatem est. Si quis Christum per Virginem tanquam per canalem fluxisse, non autem in ea divino simul et humano modo formatum esse dixerit, aeque atheus est».—Cf. S. Joan Damasc., Orat. 1.<sup>a</sup> de Mariae Nativitate.

2 Epraem. Ant.: «Ad certam catholicæ pietatis suæ faciendam fidem, sufficit Dei Genitricem sentire esse profiterique Santissimam Virginem».

3 Boëth., «Lib. de pers. et duabus nat.», c. IV.

Cristo Redentor». Si María no es Madre de Dios, no hay Encarnación, ni Eucaristía, ni Redención; y, consiguientemente, fundándose el cristianismo, como enseña Santo Tomás <sup>1</sup>, en la fe de la Encarnación, la religión cristiana no pasa de la categoría de un sueño o fantasía.

No se puede encarecer más la importancia y trascendencia suma de aquella al parecer tan insignificante palabra: THEOTÓCOS, Madre de Dios.

#### CAP. II.—LA MATERNIDAD DE MARÍA EN LOS PRIMEROS SIGLOS

Revistiendo tanta gravedad, como se ha visto, la cuestión de la divina maternidad de la Virgen, y sosteniendo los enemigos del culto Mariano que tan excelsa prerrogativa de la Madre de Jesús sólo data en el cristianismo desde la quinta centuria, en que la definió e impuso a la creencia de los fieles el Concilio Ecuménico celebrado en Éfeso, hácese indispensable indagar y exponer la doctrina de la Iglesia sobre este punto capital durante los cuatro primeros siglos, desde sus orígenes hasta la lucha entablada con el Nestorianismo. Para ello, no es menester acudir a las diversas fuentes de información: bástanos recoger algunos testimonios de los Santos Padres y escritores eclesiásticos que, como testigos irrecusables de la tradición, nos transmitirán la doctrina ortodoxa enseñada por los Apóstoles, y, en cuanto representantes auténticos de la fe de su tiempo, nos darán la clara visión del dogma a través de los primeros siglos.

Reconocida es de todos la singular prudencia con que procedió la Iglesia naciente en la instrucción y educación de sus adeptos, especialmente de los gentiles, iniciándolos paulatinamente en los divinos arcanos, no descubriéndoles desde un principio ciertos misterios de la religión, como el de la Santísima Trinidad y Eucaristía, y algunos ritos y ceremonias de los sacramentos, a fin de, entre otras razones, evitar la irrisión o mala interpretación de los neófitos. Los motivos que impusieron en los primeros tiempos esta «disciplina del arcano» atestiguada por los

---

<sup>1</sup> S. Thom. «Contra Gentes», I, IV, c. XXXIV.

antiguos Padres y escritores, obligaron igualmente a la Iglesia a usar de cierta reserva en el culto público de la Santísima Virgen María. Midiéndose ella, cual tierna Madre, con las debilidades y prejuicios de aquellos nuevos hijos que le venían de la idolatría, donde estaban hechos a adorar a las madres de sus héroes fabulosos y falsos dioses, y atenta a borrar en ellos todo rastro y hasta el recuerdo del paganismo, no podía dar franca expansión a los ardorosos afectos que la animaban para con Aquella que nos había traído al Salvador, ni fomentar la veneración y amor que de justicia se le debe, con la libertad y entusiasmo que más tarde veremos. Era, pues, indispensable cierta reserva en el culto y alabanzas de María, y sobretodo en el título y denominación de Madre de Dios. No obstante tan sabia conducta para evitar todo motivo de tropiezo, escándalo y error con motivo de la Virgen Madre, vióse surgir la herejía de los Coliridianos, que, tomando a María por una divinidad, la adoraban y ofrecían sacrificios como al mismo Dios, siendo preciso que San Epifano los refutara, mostrándoles que su conducta era idolátrica, ya que por más excelsa que supongamos a la Virgen en gracia y santidad, por muy levantada que fuera sobre todos los ángeles, no transcendía los límites de criatura, a la que no competen honores divinos. Sin miramientos con el error, a la par que con sumo ingenio y delicadeza hacia la Madre de Cristo, les decía <sup>1</sup>: «Es necesario ver cierta obra diabólica en una práctica contaminada de idolatría. El cuerpo de María ha sido el templo de la santidad, pero Ella no es Dios. Por muy alto puesto que ocupe, es una mujer, de la misma naturaleza que las demás, bien que ella fué consagrada con grandes honores en su alma y en su cuerpo. Siendo esto así, ¿cómo la astuta serpiente pudo precipitar las almas en tal error? ¿Con qué falacias ha logrado sorprenderlas? Sea María honrada en buen hora, pero sólo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pueden ser adorados. El precepto impuesto por Dios a los primeros padres de no comer el fruto del árbol, no hizo que el mal estuviese en el árbol mismo, sino que por él fuese ocasionado el crimen de la desobediencia. Nadie pues ha de gustar de este nuevo fruto del error formado con mo-

1 Epiph., «Adv. Haereses», I. III.

tivo de María. Por admirable que fuese el árbol, no estaba hecho para que de él se comiese. De igual modo, por excelente, por santa, por eminentemente digna de alabanzas y honores que sea María, no podemos tributarle adoración».

De aquí se comprenderá la imposibilidad de hallar en los primeros tiempos de la Iglesia documentos que autoricen el título de Madre de Dios en favor de la Virgen. El vocablo *THEÓTOKOS* (Dei Genitrix, Madre de Dios), confesémoslo, no suena en los dos primeros siglos: pero ¿acaso el concepto por él expresado no se halla desde entonces en la mente y corazón de los fieles, y no resuena de la manera más expresiva y brillante en labios de los Padres y Doctores con frases, discursos y encomios equivalentes?

Traigamos aquí siquiera algunos de tan preciosos documentos de la primitiva fe cristiana.

Cinco lustros, no más, han pasado desde la muerte del Redentor, cuando ya es anunciada en todo el mundo la fe de Cristo, según testifica el Apóstol Pablo escribiendo a los Romanos (I. 8.). Esa fe enseñaba a las gentes que Dios, en la plenitud de los tiempos, cumpliendo las promesas dirigidas a los videntes y Patriarcas, había enviado a su Hijo Jesucristo, hecho hombre de la descendencia de David (Rom. I, 2), engendrado de mujer (Gal., IV, 4).

La misma fe les repetía, al expirar el siglo primero, si cabe con mayor solemnidad, por boca del evangelista Juan, que el Verbo eterno, por quien fueron creadas todas las cosas, habíase hecho carne, no dejando su propia naturaleza y convirtiéndose en carne, lo cual sería absurdo, ni tomando ésta como un vestido sobrepuesto, sino naciendo hombre verdadero y habitando entre nosotros. Era el cumplimiento de aquella profecía de Isaías (VII, 14): He aquí que una virgen, la Virgen por antonomasia (*TEN PARDÉNON*), concébirá y dará a luz un hijo que se llamará Emmanuel, Dios con nosotros. ¿Podría la cristiandad no reconocer por verdadera Madre de Dios a esa doncella virginal de la que toma carne y nace, como los demás mortales, el Verbo que era en el principio, la Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, el Unigénito del Padre; a esa mujer singularísima a la que luego apellida el Evangelista Juan *Mater Jesu*, Madre de Jesús? Sin duda alguna que no. Así, desde los mismos tiem-



pos apostólicos tenemos innumerables testimonios equivalentes de la fe cristiana en el dogma de la maternidad divina de María.

San Ignacio o Teóforo, discípulo de San Juan evangelista, segundo obispo de Antioquía (sin incluir a San Pedro), escribe desde Esmirna, camino del martirio, a los fieles de Éfeso: «Dios, Nuestro Señor Jesucristo, fué llevado en el seno de María, según la dispensación del mismo Dios, de la descendencia de David, concebido por virtud del Espíritu Santo; el cual nació y fué bautizado... Uno es nuestro médico, carnal y espiritual, hecho y no hecho... procedente de María y de Dios» <sup>1</sup>.

Justino, que nació en los primeros años del siglo segundo, «philosophus et martyr», como le llamó Tertuliano, el gran apolo-gista del cristianismo «la única filosofía segura y provechosa» (Dial., c. 8), en diversos lugares de sus obras atestigua terminan-temente la fe en la Virgen-Madre de Dios. «El Hijo, Cristo, dice en el diálogo con Trifón, nos reveló todas las cosas que ya es-taban en las Escrituras, cuando reconocimos en él al primogéni-to de Dios, que, existiendo desde la eternidad, hizose hijo de los patriarcas, naciendo de una virgen que procedía de ellos... Hijo del hombre llamábase a sí mismo por haber nacido de la Virgen, la cual descendía de David, Jacob y Abrahán, o por haber sido Abrahán padre suyo, así como de todos los antepasados de Ma-ria. Para que la inobediencia causada por la serpiente recibiera su reparación por los mismos medios de donde se había origina-do, Jesús se hizo hombre de una virgen. Eva, virgen incorrupta, dando oídos a la serpiente, engendró la inobediencia y la muer-te: la Virgen María, al oír la alegre embajada del ángel anun-ciándole que el Espíritu Santo vendría a ella y que la virtud del altísimo le haría sombra para que lo Santo, el Hijo de Dios, nacia-dera de sus entrañas, responde: Hágase en mí según tu palabra» <sup>2</sup>.

1 Ign., Epist. ad Ephes., n. 18, sq.: «D. N. Jesus Christus in utero gestatus est a Maria juxta dispensationem Dei, ex semine quidem Davidis, ex Spiritu autem Sancto; qui natus est, baptizatus... Medicus unus est, carnalis et spiritalis, factus et non factus, ex Maria et ex Deo».

2 Just., «Dial. cum Tryp.: «Nobis revelavit Filius omnia quaecumque etiam ex Scripturis per ejus gratiam intelleximus, cum agnoscentes primogenitum Dei esse et ante res omnes creatas, et Patriarcharum Filium, ut qui ex Virgine, ab eis orta, factus, etc.».

Añade el filósofo cristiano que Dios, criador del Universo, había descendido de los cielos, haciéndose hombre por medio de la Virgen y viviendo entre nosotros, sujeto a las necesidades y miserias de la humanidad, y objetándole el judío Trifón que era increíble y casi absurdo ser Dios engendrado y hecho hombre, «Rem incredibilem et prope impossibilem demonstrare ipsum velle, Deum gigni et hominem fieri sustinuisse»<sup>1</sup>, responde Justino que todo ello lo probaba no, ciertamente, con documentos humanos, sino con las Santas Escrituras.

Ireneo, que vió la luz hacia el año 140, discípulo de Policarpo, Obispo de Lyón, «*celador del Testamento de Cristo*»<sup>2</sup>, escribe, antes de acabar la segunda centuria, en su principal obra «*Adversus haereses*», contra los gnósticos: «Dos generaciones tuvo Cristo, una esclarecida, altísima, del Padre; otra de la Virgen: ambas constan en las Santas Escrituras. Como hombre, aparece humilde y pasible, y le vemos sentado sobre un asno, abrevado en la cruz con hiel y vinagre: en cuanto Dios, es el Santo, Admirable, Consejero, Fuerte y hermoso sobre todos los hombres y ángeles»<sup>3</sup>. «Para que el Verbo, añade el Santo, fuera semejante al primer hombre, a quien intentaba restaurar, Dios no tomó ahora el limo de la tierra sino la carne de María.»<sup>4</sup>.

Según, pues, las enseñanzas de Ignacio, que en sus escritos abre el siglo; de Justino, que lo promedia, y de Ireneo, que lo cierra, Cristo Jesús, el Hijo del Padre, es engendrado de María, tiene dos nacimientos, uno eterno e ilustre, otro humilde y temporal, y conversa en el mundo hecho hombre de una virgen. ¿No está expresado en estas ideas el concepto de la maternidad? ¿No es esto ser hijo de María?

A medida que avanzamos, los testimonios son más abundantes y, si cabe, más concluyentes. La herencia recibida de los Padres apostólicos, permaneciendo idéntica, recibe nuevo es-

1 Loc. cit.

2 Euseb., *Hist. Eccl.*, V, 4, 2.

3 Iren., «*Adv. Haereses*», I. III, c. 19: «*Quoniam praecipram praeter omnes habuit in se eam, quae est ab Altissimo Patre, genituram, placere autem functus est et ea, quae est a Virgine, generatione, etc.*».

4 *Ibid.*, c. 31: «*Non iterum assumpsit limum Deus, sed ex Maria operatus est plasmationem.*».

plendor en manos de Hipólito, Tertuliano, Orígenes, Dionisio de Alejandría, Cipriano, etc. En los mismos umbrales de la tercera centuria, tropezamos con la obra de Tertuliano «De Carne Christi», dedicada a combatir el docetismo de los gnósticos (Marción, Apeles, Valentino, Alejandro), y confirmar la doctrina de que el cuerpo de Cristo era verdadero, como el nuestro, y tomado de la Virgen, sin concurso de varón. «Ante todo, escribe en el capítulo XVII, hase de explicar la razón por la que el hijo de Dios quiso nacer de Virgen... De un nuevo modo debía nacer el autor de una nueva natividad, sobre la cual tenía Dios prometida una señal por Isaías. ¿Qué señal era esta? *He aquí que una Virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo.* Concibió, pues, la Virgen y dió a luz a Emmanuel, Dios con nosotros»<sup>1</sup>. La misma doctrina nos repite en sus demás obras. Al acabar el siglo II (197), cuando todavía era hijo sumiso de la Iglesia, en el *Apologeticum* que dirige a los gobernadores de las provincias del Imperio Romano, confiesa claramente: «El espíritu procede del espíritu, Dios de Dios... Este resplandor de Dios (Cristo), como siempre se ha creído hasta ahora, descendiendo a una Virgen y tomando carne de ella, nació hombre y Dios a la vez»<sup>2</sup>. Rompe después, terminantemente, con la Iglesia, alistándose en las filas del montanismo, pero continúa escribiendo contra los herejes «lo que la Virgen concibió, eso dió a luz; pues según era la concepción, debía ser el nacimiento: así nace el Espíritu que tiene por nombre Emmanuel»<sup>3</sup>.

De Tertuliano a Orígenes, *el doctor diamantino*, no hay un paso. ¡Con qué copia de dicción y sutileza no defiende contra los judíos a la Virgen-Madre de Dios, enseñando que esta verdad

1 Tert., De Carne Christi, c. XVII: «Ante omnia autem commendanda erit ratio quae praefuit, ut Dei Filius de Virgine nasceretur... Nove nasci debebat novae nativitatis dedicator, de qua signum daturus Dominus, ab Isaia praedicabatur. Quod est istud signum? «Ecce Virgo concipiet in utero, et pariet filium». Concepit igitur Virgo et peperit Emmanuelem, Nobiscum Deum».

2 «De spiritu spiritus, de Deo Deus... Iste igitur Dei radius, ut retro semper praedicabatur, delapsus in Virginem quandam, et in utero ejus caro figuratus, nascitur homo Deo mixtus». (Apol., c. XXI).

4 Tert., Adv. Prax.; «Quod concepit Virgo, id peperit; id ergo nasci debebat quod erat conceptum et pariendum, id est, spiritus, cujus et vocabitur nomen Emmanuel».

pertenece al dogma de la fe! «Si alguien cree que Jesús padeció bajo el poder de Poncio Pilato para dar al mundo la salvación, pero no cree también que nació de María Virgen y del Espíritu Santo, carece de algo muy necesario para tener toda la fe»<sup>1</sup>.

Contemporáneo de Orígenes y Dionisio es el mártir Hipólito, el más erudito de los occidentales de su época. El cual, dirigiéndose a la Virgen, le pregunta: «Dime, oh dichosísima María: ¿Qué era lo que concebiste en tu seno y lo que llevabas en tus virginales entrañas? Sin duda era el primogénito de Dios, que había descendido a tí de los cielos, y el hombre primogénito, formado en tu seno, para manifestarse unidos el primogénito de Dios y el hombre primogénito»<sup>2</sup>.

Cipriano, Metropolitano del África proconsular, *obispo católico y mártir católico*, como bellamente lo llamó San Agustín (De bapt., III, 5), trazando un esbozo de Cristología, pone entre sus «Testimonios» contra los judíos que «el hijo de Dios, existiendo desde la eternidad, quiso nuevamente ser engendrado según la carne, y que la señal de su nacimiento sería el nacer de una Virgen, hombre y Dios, hijo de Dios y del hombre»<sup>3</sup>.

Fácil fuera aglomerar textos semejantes de los escritores de este siglo, en los que, con diversas palabras, expresan la maternidad divina de María. Pero no ya con circunlocuciones, sino en sus mismos términos, ómos llamarla Madre de Dios. Contentémonos con citar a Dionisio de Alejandría, a quien da Eusebio (Hist. eccles., VII, praef.) el sobrenombre de *Grande*, fallecido

1 Orig., «Comm. in Joan», t. XXXVII, n. 9. «Si quis credat Jesum sub P. Pilato praeside cruci affixum, sacram rem quandam et salutarem mundo attulisse; non item credens, eum ex María Virgine et S. Sancto ortum assumpsisse... huic etiam deerunt maxime necessaria ad habendam omnem fidem».

2 Hippolyt., in Dial. Theod.: «Dic mihi, o beata María, quid erat quod a te in utero conceptum est, et quid a te in virginea matrice gestabatur? Verbum enim erat Dei primogénitum, e coelo in te delapsum, et homo primogenitus in utero formatus; ut primogenitum Dei Verbum primogenito homini copulatum ostenderetur».

3 Cypr., «L. Testim. adv. Judaeos» I. III n. 8: «Quod cum a principio Filius Dei fuisset, generari denuo haberet secundum carnem».—«Quod hoc futurum esse signum nativitatís ejus, ut de virgine nasceretur homo et Deus, hominis et Dei filius». (Ibid., n. 9).

por el año 265. «El Verbo <sup>1</sup>, escribe refutando a Pablo de Samosata, se hizo carne según las escrituras, no dividiéndose el Verbo y el hombre, como si éste fuera habitación de Dios, lo cual sería evitar la generación. Ya antes había Dios habitado en muchos varones y mujeres, pero sólo una virgen, hija de la vida, engendró al Verbo viviente y subsistente. ¿Cómo, pues, dices tú que Cristo es un hombre eximio y no Dios adorado por toda criatura juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, encarnado de Santa María Deipara?» He aquí ya en su propio vocablo el nombre de *Madre de Dios*. Más aún; antes de terminar el siglo III, el presbítero Alejandrino Pierio, llamado Orígenes el joven, varón de eminenté ciencia y acrisolada virtud, tan ensalzado por San Jerónimo, había ya publicado una obra con este título *Perites Theotocos: Sobre la Madre de Dios* <sup>2</sup>.

Dentro ya del siglo IV, no hay escritor eclesiástico que no hable alguna vez de la Virgen-Madre del Señor, no ya probando su excelsa prerrogativa, sino tributándole por ella los más entusiastas elogios y ensalzándola sobre todos los coros de los ángeles. ¿Quién no ha oído mil veces los subidos loores que con insuperable elocuencia entonan a la Virgen Deipara Atanasio, Cirilo de Jerusalén, Basilio Magno, Gregorio de Nacianzo y G. de Nisa, Epifanio, Juan Crisóstomo, Efrén, Hilario, Jerónimo, Ambrosio, Agustín? «¿Cómo no diremos, pregunta San Jerónimo, que Dios nació de la Virgen, si así lo leemos en las Santas Escrituras?» <sup>3</sup> «El que no confiesa a María por Madre de Dios, nos amonesta Gregorio Nacienceno, está fuera de la divinidad» <sup>4</sup>.

Imposible renunciar, aun cuando obste la brevedad, a oír cómo se expresan los Santos Padres en sus elogios. «Es en verdad, dice el Crisóstomo, un portento singular la bienaventurada y siempre Virgen María. ¿Qué cosa ha existido o podrá jamás

1 Dion. Alex., Epist. Synod. contra Paul. Samosat.: «Una sola virgo, filia vitae, genuit vivens Verbum... Quomodo ais tu hominem esse eximium Christum, et non revera Deum, et ab omni creatura cum Patre et S. Sancto adoratum, incarnatum ex S. Virgine Deipara Maria?».

2 Cf. Migue, P. G. X, 241-6; Hurter, Nomencl. litt., t. I, p. 60; Fessler—Jungmann, Patr., t. I, c. III, etc.

3 Hieron., L. contra Helvid.

4 Greg. Naz., Epist. 101 ad Cledon.

existir más grande ni más ilustre que Aquella cuya majestad llena el cielo y la tierra? ¿Qué más santo? No los Profetas, no los Apóstoles, no los Mártires, no los Patriarcas, no los Ángeles, Tronos, Dominaciones, Serafines, Querubines ni ninguna de las criaturas visibles o invisibles. Nadie puede llegar a tanta altura ni a tal excelencia: Sierva y Madre de Dios; Virgen y madre juntamente; Madre de aquel que fué engendrado por el Padre antes de todo principio y a quien ángeles y hombres reverencian como a soberano Señor del universo» <sup>1</sup>. San Efrén deja muy atrás a todos los oradores y poetas antiguos, cuando habla de la maternidad de la Virgen. «Inviolada, canta su lira de oro, íntegra, toda pura y casta Virgen María, Madre de Dios, Reina universal, esperanza de los que no la tienen, Señora nuestra gloriosísima, óptima, excelentísima; más sublime que los cielos, más esplendorosa que los rayos y fulgores del sol; más digna que los querubines y más resplandeciente que los espíritus celestiales... Engendraste al Dios hombre, Virgen antes del parto, en el parto y siempre después. Dios, tu creador, al encarnarse en tu seno purísimo, sin obra de varón, te dió las llaves de aquella puerta oriental que estaba cerrada para siempre; y te preservó a tí, virgen clarísima, para que permanecieses virgen como antes... Virgen, Señora, Madre de Dios, a Dios gratísima, vaso inmortal de la divinidad del Hijo Unigénito e invisible del Padre, atiende y escucha mis súplicas» <sup>2</sup>.

Tan común era por estos tiempos en toda la Iglesia designar a la Virgen con el nombre de Deipara, que ya Juliano el apóstata († 363) se lo echaba en cara a los cristianos, burlándose de ellos con estas palabras: Vosotros no cesáis de llamar a María Madre de Dios: *Vos Mariam non cessatis vocare Deiparam* <sup>3</sup>.

Pero la mejor prueba de cuán arraigada se halla esta creencia entre los fieles, es la historia del Nestorianismo, empezando por la conmoción que se excitó en Constantinopla, según veremos, al atacarla por vez primera públicamente Anastasio, y los aplausos dirigidos a Proclo durante su Homilía impugnativa, al

1 J. Chrys. In festis B. M. V.

2 S. Ephraem, orat. de V. M.

4 S. Cyr. alex., L. VIII adv. Julian.

saludar a María Madre de Dios. Con razón, todos los escritores desde el Nestorianismo afirman con Cirilo que ese título Theotocos había sido usado por los Padres que en la época anterior más se habían señalado por la pureza de su fe<sup>1</sup>. «Tal nombre—confesaba Juan de Antioquía, que en un principio defendió a Nestorio—, fué compuesto, escrito y pronunciado por muchísimos Santos Padres: «a permultis Patribus compositum, scriptum et pronunciatum»<sup>2</sup>. En verdad,—añadía Teodoreto, el cual había sido también algún tiempo amigo de Nestorio,—los más antiguos maestros y defensores de la fe católica enseñaron por tradición apostólica que la Madre del Señor debe ser llamada Madre de Dios y tenida por tal<sup>3</sup>. El mismo Nestorio, no atreviéndose a negarlo claramente, admitió que semejante nombre era común en los Padres, limitándose, en conformidad con su sistema, a debilitar la significación y fuerza de ese título en labios de los Santos Doctores. Esta era, pues, la fe de la Iglesia universal durante los cuatro primeros siglos.

¿Correspondía tal creencia a la verdad dogmática o, más bien, a un extralimitado afecto y veneración para con la mujer que dió a luz a Cristo? ¿No se debía aquella sublime palabra al indocto vulgo y a las muchas ocupaciones de los Padres que, detenidos en otras más importantes controversias, según aseguraba Nestorio, no habían podido enseñar al pueblo la verdadera significación del vocablo *Deipara*? En una palabra ¿era María verdadera y propiamente Madre de Dios?

Hasta el presente, así lo había creído la Iglesia, sin que nadie hubiera alzado su voz para protestar. Elvidio y Joviniano habían osado negar la Virginitad de María, pero pronto fueron confundidos por toda la cristiandad y fuertemente vapuleados por el valiente Jerónimo en sus libros *Adversus Helvidium de perpetua virginitate V. Mariae* y *Adversus Jovinianum*. El principal atributo de la Virgen Santísima no podía menos de pasar por el crisol de la prueba y contradicción. Aparentemente, su importancia no es de gran trascendencia, pero en el fondo

1 Cyr., I, De recta fide ad Reginas, n. 9. (P. G., LXXXVI, 1209).

2 Joan. Ant., Epist. ad Nest.

3 Theodor., Libellus contra Nest. (P. G., LXXXIII, 1156).

constituye, como se ha visto, la base de la Religión, El enemigo presenta batalla con toda astucia y habilidad. La serpiente infernal trata de poner asechanzas y aun derribar a la mujer anunciada en el Edén, y, de esta manera, quitada la madre, acabar con el Hijo. La descendencia de la serpiente pelea contra la de la mujer, la herejía contra la ortodoxia Mariana.

Dos hombres, devotísimo el uno de María, adornado de vasta y profunda ciencia teológica, y formado en toda virtud y santidad; enemigo el otro de la Virgen, ignorante y dominado por la soberbia personifican la gran batalla entre el dragón y la Mujer del Apocalipsis.

¿Quiénes eran estos campeones?

### CAP. III.—SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA

En el último tercio del siglo IV, corriendo el año 371 del Señor, vino al mundo, en Alejandría de Egipto, de noble prosapia, de padres ilustres no menos por su fe y virtud que por sus grandes bienes de fortuna, el que había de ser el más acérrimo propugnador de la Reina de los Cielos entre cuantos, en la serie de los siglos, se inmortalizarían rompiendo lanzas con los herejes en defensa de las singulares prerrogativas de la Bienaventurada Virgen María. Muy pronto empezó a descubrir el niño Cirilo, que así se llamaba, ingenio suave, buena índole, agudo entendimiento, prudencia y energía de carácter muy superiores a lo que suele verse en los primeros años: prendas extraordinarias con que el cielo le había favorecido, haciendo presagiar a aquel varón excelso en santidad, letras y heroísmos, según nos lo retratan sus muchas y profundísimas obras, sus raras virtudes y los grandes trabajos y persecuciones que con ánimo invicto sufrió de parte de los herejes nestorianos; en fin, al ilustre Padre de la Iglesia San Cirilo de Alejandría. Muy joven, envióle su tío Teófilo, Patriarca de aquella ciudad, a Atenas, emporio de la sabiduría, para que allí cursara sus estudios, como lo hizo conquistándose en poco tiempo por su viva inteligencia y progresos un puesto de honor entre todos sus discípulos, y la admiración y respeto de sus mismos maestros. Vuelto a Alejandría, el Patriarca, de quien era extremadamente amado más todavía por



las dotes singulares de su alma que por los lazos de la carne y de la sangre, anhelando verle tan encumbrado en las ciencias divinas como lo estaba en las humanas, encaminóle a su gran amigo *el admirable y santo* Juan Nepote Silvano, obispo XXXIV de Jerusalén, que por la pureza de vida y don de profecía de que el Señor le dotó, como dice San Próspero de Aquitania, había sido elevado a la silla episcopal de la ciudad de los Divinos Misterios. Pero ilustrado con luz celestial sobre la vanidad del mundo y el desprecio de todo lo criado, y oyendo ponderar al santo obispo la vida angélica que llevaban los monjes del Monte Carmelo, donde él había morado y sido abad, e incitado por el ejemplo de tan santo Prelado, prefiriendo el retiro y soledad a todas las riquezas y honores que en sus manos tenía, a la edad de 26 años, retiróse con gran consuelo de su Maestro al santo Monte Carmelo, para consagrarse enteramente a la santidad entre los ilustres descendientes del Profeta Elías.

No ha faltado, ciertamente, un Baronio, a quien han copiado otros autores, que en sus anales eclesiásticos (ad ann. 444) pretendió despojar de esta gloria al Carmelo. Pero el eminente purpurado fué refutado enérgica y contundentemente con toda clase de argumentos por no pocos escritores antiguos y modernos, según puede verse largamente en *Flores del Carmelo*, del historiador José de Santa Teresa, al día 28 de Enero, así como en los *Anales*, t. II, ann. 371, y en *Apparatu etc.*, t. I, c. 5, n. 8-9, del sapientísimo Lezama. Aquí, pues, en el Sacro Monte Carmelo, fué donde, animado con el fervor de aquellos Santos ermitaños, meditando día y noche en la Ley del Señor y en las Santas Escrituras, lejos de todo cuidado terrenal y trato humano, teniendo su conversación en los cielos y entregado a la penitencia continua y oración, fiel imitador de los grandes profetas Elías y Eliseo, acabó de levantar el edificio de su heroica santidad, adornándolo con las más preciosas joyas de todas las virtudes; aquí fué donde se encendió su espíritu en celo por la gloria de Dios, su alma se revistió de las sublimes virtudes que le hicieron digno del patriarcado a que le tenía destinado la Providencia, su fortaleza recibió temple de héroe para sufrir los trabajos que le aguardaban, y donde cobró ternísima devoción y entrañable amor a la Virgen Santísima, venerada en el Monte

Carmelo como verdadera madre y patrona nueve centurias antes de aparecer en carne mortal.

Habiendo pasado ya algún tiempo en este género de vida tan santa, quiso el Patriarca su tío tenerle a su lado, para que le ayudara en el oficio pastoral, esperando de la capacidad, virtud y letras de Cirilo ubérrimos frutos en las almas; y así le trasladó a Alejandría y le ordenó de presbítero. Muy colmadas dejó el nuevo sacerdote las esperanzas que de él había concebido el Patriarca, resplandeciendo en el clero como la luna entre las estrellas, por su ardiente celo de la gloria de Dios, su fervor y elocuencia, erudición y profundidad en las ciencias y acrisoladas virtudes; de suerte que, habiendo fallecido Teófilo en 412, a los tres días (17 de Octubre), fué elevado al patriarcado, prefiriéndosele por sus méritos a otros que, muy apoyados por el favor humano, aspiraban a la misma dignidad <sup>1</sup>.

A partir de esta fecha, empieza para Cirilo una nueva vida de fecundo y gloriosísimo apostolado, en el que prodiga a las almas los tesoros de luz y virtud que enriquecían y adornaban su magnánimo corazón. Desde luego emprendió la reforma de la Iglesia que le había sido encomendada, presentándose él como modelo y maestro que juntamente los instruía con su conducta, los movía con su palabra y los arrastraba con sus ejemplos. Iluminar con sus luces a los que iban errados; reducir los herejes a la fe católica; impedir el contagio entre los fieles, parecía ser la misión particularísima que se había propuesto como blanco y término de su vida entera. Los herejes Novacianos, en especial, habían echado tan hondas raíces en Alejandría, que no se creía posible arrancarlos y limpiar de ellos la ciudad, por más que al efecto se trabajara, como lo habían hecho los antecesores de Cirilo. Sólo él, armado de sobrenatural fortaleza, consiguió cerrarles los templos, quebrar sus vasos, despojar de su vana dignidad al obispo Teopompo, y obligar a salir de la ciudad a los que no adjuraron sus perniciosos errores.

No es fácil imaginar los odios y calumnias que con esto se acarreó el Patriarca de parte de los herejes. La persecución

<sup>1</sup> «Prophanarumque—dice de él Nicéforo—, simul et sacrarum litterarum peritia multis modis omnes superabat, virtutis etiam genere omni in quolibet laudem et gloriam consecutus, excellebat». (Nic., H. Eccl., l. XIV, c. 14).

arreció contra el santo con motivo de las rivalidades y luchas que sostuvieron los fieles con los numerosísimos judíos que habitaban en Alejandría.<sup>1</sup>

Enemigos éstos irreconciliables de los cristianos, amparados por sus riquezas y protegidos de ordinario por los Prefectos, habían llegado, en tiempo de San Cirilo, con el favor que les dispensaba el gobernador Orestes, a tal punto de osadía, que infamaban públicamente a los católicos con calumnias, acusábanlos ante los tribunales y los oprimían de mil diversas maneras. Valiéndose de cierto stratagemata, cayeron un día sobre los cristianos inermes, haciendo en ellos cruelsísima carnicería; pero repletos los fieles de la sorpresa y temor, excitándose mutuamente, aprestáronse luego a la defensiva, y en un gran tumulto popular, en el que fué herido de una pedrada Orestes, y muerta su parienta, la filósofa Hipacia, mujer tan célebre por su talento e instrucción como por su odio a los cristianos, tomaron de sus enemigos una venganza proporcionada a los crímenes que continuamente cometían. Era una guerra civil entre ambos pueblos, y Cirilo justamente no podía menos de ponerse de parte de sus hijos, que sólo en defensa propia habían empuñado las armas contra sus mortales enemigos. Tras esta victoria, con la autoridad que en aquellos tiempos ejercían los Patriarcas alejandrinos, para sustraer los judíos a las iras de los ya vencedores, y evitar sangrientas represalias, los expulsó de la ciudad, viniendo a ser para ellos el destierro insigne favor y beneficio. Tal fué, en resumen, la conducta de Cirilo a quien con tan negros colores pintan los modernos, culpándole de la muerte de Hipacia y hablándonos de «su horrenda crueldad contra los inocentes

---

1 «Se sabe que el pueblo de Alejandría, dividido en tres religiones, era el más turbulento y sedicioso que jamás hubo: los cristianos, los judíos y los paganos estaban siempre prontos a venir a las manos y entregarse a los mayores excesos. Esto es lo que impulsó a los Emperadores a dar tanta autoridad a los Patriarcas: el poder de éstos no era una usurpación violenta; los Gobernadores tenían celos de ella. Los primeros, obligados a proteger a los cristianos contra los ataques de los paganos y judíos, no siempre tuvieron la suficiente fuerza para contener el furor de unos y otros. Es preciso no hacerles responsables de los desórdenes que no podían impedir». (Bergier, Dicc. de Teol., Cirilo).

hijos de Jacob». Por la virtud, talento, valor, prudencia y caridad que desplegó en todos estos sucesos, mereció que Nicéforo al referirlos le apellidara *divinissimus Cyrillus*, el divinísimo Cirilo<sup>1</sup>.

Vindicada así brevemente, según la índole de estas líneas lo permite, la memoria de Cirilo, tan odiosa a los protestantes por la única razón de haber con tanta energía defendido el principal timbre glorioso de la Virgen, huelga detenerse a hacer su panegírico. Los herejes sus contemporáneos no dejaron piedra por mover para infamarle y echar por tierra su santidad y la ortodoxia de su fe. Con ellos formaron coro los protestantes, con Lutero a la cabeza, acusándole de turbulento, ambicioso y soberbio, y achacándole, en particular, haber procedido en el asunto de Nestorio contra toda caridad y justicia, arrastrado por fines muy innobles y no por la defensa de la fe cristiana. ¿Era el Patriarca tal como nos le pinta la malicia de sus enemigos? La aureola de santidad que la Iglesia coloca sobre sus sienes, es la mejor respuesta. Estúdiense imparcialmente su historia y no se podrá menos de suscribir las palabras de Baronio ante las heroicas virtudes de Cirilo: «Me pasmo de verdad, dice ese historiador, cuando considero la increíble y ciertamente incomparable mansedumbre de su ánimo, la modestia junto con una suma humildad y sumisión en su pecho, que entre las demás virtudes ya referidas añadió a ellas la siguiente, digna de toda alabanza: el que en tiempo de la perturbación de la Iglesia y cuando en Éfeso estaba congregado el Concilio, con la firme constancia de ánimo que pedía la materia y persona del Pontífice (San Celestino) que representaba, con valentía inflexible y vigor tan entero como requería el sacerdocio, se tuvo y resistió a los obispos (orientales), a los condes (legados de Teodosio) y al mismo emperador, que eran sus contrarios y perseguidores, después que se sentó la paz, y se estableció la concordia y huyeron del todo las diferencias, con tanto estudio veneró la amistad, que aun a los mismos que antes había tenido por adversarios, se sujetó, y a los que habían reprendido y calumniado sus escritos, los quiso

1 Niceph., Hist. Eccl. I. XIV, 14.

después por censores y consejeros, para que saliesen en público; y así los envió al Patriarca Juan de Antioquía, y a Teodoreto, según el mismo lo refiere, a fin de que, con señales tan ciertas de confianza, como vínculos más apretados entre él y los obispos de Siria, durara más firme y más sin sospecha la amistad»<sup>1</sup>.

Su proceder en la causa de Nestorio no pudo ser más prudente y fraternal, procurando, mientras hubo esperanzas de remedio, atraerle al buen camino. Léase como muestra, aunque sea adelantándonos a los sucesos, el siguiente párrafo de una de sus cartas. «A mí, escribía al Patriarca de Constantinopla, ninguna injuria, ni afrenta ni denuesto me mueven, aunque sean tantos y contra quien no los merece, y salgan de quienes menos lo esperaba. Mas todas estas cosas de muy buen grado las olvido, porque a su tiempo Dios juzgará a estos burladores y mentirosos. Con tal que la fe esté salva y entera, seré amigo muy amante de todos, y a ninguno concederé que ame más ardientemente al religiosísimo obispo Nestorio, a quien también deseo en Cristo (Dios me es testigo) que tenga con todos buena opinión, y que muestre en público que ha sido calumnia y no verdad lo que algunos han divulgado de su perfidia y errores»<sup>2</sup>. Pero cuando se hubo ya perdido toda esperanza de salvación, escribía,—y sea muestra de su ánimo esforzado y ardiente celo—, al clero de Constantinopla; «No daré sueño a mis ojos, quietud a mis párpados ni descanso a mis días hasta concluir este certamen que por causa de la salud universal he comenzado. Por tanto, en leyendo mi sentencia, sed varones y obrad como valerosos: que yo determinado estoy a padecer por Cristo cualquier trabajo y a sufrir los más graves tormentos y aun la misma muerte, que, siendo por esta causa, será para mí alegre y gustosa»<sup>3</sup>.

Celo apostólico por la pureza de la fe, por la honra de Dios y de la Santísima Virgen; mansedumbre y paciencia inalterables en medio de gravísimos y continuos trabajos, calumnias y persecuciones, de que fué objeto toda su vida, pero especialmente

1 Baronio, «Ann. eccles.» ad an. 432.

2 Cyril., ep. ad Nest.

3 Cyril., ep. ad Cler. Constantinopol.

desde el principio de las luchas con el Nestorianismo; incansable actividad por el triunfo de la buena causa y destrucción de las herejías, refutando el error en obras innumerables, escribiendo de continuo al Papa, a los fieles, obispos, monjes y a Nestorio; energía de carácter inflexible con que hubo de hacer frente a los obispos, condes y al mismo emperador, junto con singular modestia y humildad de corazón, eran las prendas extraordinarias de aquella tan simpática figura que llamamos San Cirilo de Alejandría.

Pues ¿qué decir de la ortodoxia de su fe? ¿Quién no sabe que Cirilo ocupa uno de los primeros puestos entre los Santos Padres de la Iglesia? Varón apostólico, «Vir apostolicus», le llamó el Papa San Celestino I<sup>1</sup>; gloriosísimo defensor y constantísimo predicador de la fe católica, «fidei catholicae gloriosissimus defensor et constantissimus praedicator», lo proclamaron San Próspero de Aquitania<sup>2</sup> y el Romano Pontífice San Agatón<sup>3</sup>. Con toda razón ha escrito Hurter: «Ningún escrito de los Santos Padres, si acaso se exceptúa San Agustín, ha conseguido tanta autoridad como las obras de San Cirilo, las cuales fueron aprobadas por los mismos Concilios Ecuménicos como norma de fe, e inspiraron más definiciones y decretos que el mismo San Atanasio»<sup>4</sup>.

Muy incompleta quedaría esta ligera semblanza del Santo si nada dijéramos de su ciencia prodigiosa. Ya antes hemos oído el testimonio de Nicéforo sobre este particular; pero la mejor prueba la constituyen las muchas y profundas obras que publicó. Increíble parece que un hombre siempre tan ocupado como Cirilo, pudiera dar a luz tantos y tales escritos. Sus obras, sin contar muchísimas que se han perdido y otras dudosas, llenan diez volúmenes de la colección de Migne (Patrología Greca), ocupando los escritos contra Nestorio y sus secuaces la mayor parte de los tomos setenta y seis y setenta y siete. El simple catálogo de las principales obras que de Cirilo se conservan, será el más abonado testigo de su asombrosa ciencia.

1 Caelest., ep. 25, n. 7

2 Pros., Contra Collat., c. XXI, n. 2.

3 Agat. ep. I lecta in Conc. Const. III.

4 Hurter, Nomenc. litterarius, t. I, p. 353 (1903).

## OBRAS DOGMÁTICO-POLÉMICAS

—«Apología de la Santa Religión de los Cristianos contra los libros del impío Juliano».—No sin facundia y elegancia había escrito el Emperador Juliano una obra dividida en tres libros contra la Religión Cristiana. Teníanla los enemigos de la fe en gran estima y se jactaban de poseer en ella una obra tan elocuente, que nunca podría ser refutada por ningún doctor de la Iglesia. Por este y otros motivos, Cirilo, confiado en el auxilio de Dios, emprendió la refutación, patentizando el error de Juliano y su ignorancia de las Sagradas Escrituras, de las que tanto abusaba. «Porque hay muchos supersticiosos—escribe Cirilo en el prefacio de la Apología—, que, uniéndose contra los que siguen a Cristo, para colorear su engaño, nos dan en cara y zahieren con los libros publicados contra nosotros, y dicen estar compuestos con tanta gravedad, que nunca podremos convencerlos, ni ha habido alguno de nuestros doctores con fuerza para quebrantar sus argumentos, exhortado yo de muchos y confiado en el Señor que dice: *ahora ve y camina, yo abriré tu boca*, me resolví a derribar el supercilio griego que contra Cristo Nuestro Señor así se levanta y engríe. Con lo cual ayudaré, cuanto permitan mis fuerzas, a los que están engañados, mostrando cuán ciego se halla y cuánto ignora las Escrituras el que a Nuestro Señor así acusa y reprende». Con esta Apología, que constaba de treinta libros, dedicada a Teodosio II, hizo el gran Doctor enmudecer a la sabiduría griega. De ella nos quedan los diez primeros libros y algunos fragmentos.

—«Tesoro de la Santa y Consustancial Trinidad».—Verdadero e inmenso tesoro de todos los argumentos hasta entonces aducidos en defensa del misterio de la Trinidad, y refutación de todas las dificultades que objetaban los Arrianos y Eunomianos.

—«Siete diálogos».—Con su amigo Hermias, sobre el mismo argumento.

—«Escolios de la Encarnación del Unigénito».—Libro muy celebrado de los antiguos.

—«Sobre la recta fe en Nuestro Señor Jesucristo».—Libro muy egregio (plane egregius), dice Hurter, dedicado al Emperador Teodosio.

—«Sobre la recta fe».—Dos libros dedicados el primero a las hermanas menores del Emperador, Arcadia y Marina, y el segundo a la hermana mayor Pulqueria y a la esposa imperial Eudoxia, demostrando que siempre en la Iglesia se ha llamado a la Virgen *Madre de Dios*.

—«Que Cristo es uno».—Diálogo insigne con Hermias, contra Nestorio.

—«Cinco libros contra las blasfemias de Nestorio».—*Opus eximium*, donde con gran energía y dialéctica refuta una colección de sermones del herejarca Nestorio.

—«Contra los que no querían confesar a la Santísima Virgen por Madre de Dios».—Trabajo muy estimado de los antiguos.

—«De la Santa Virgen Madre de Dios».—Diálogo con Nestorio.

—«Explanación de los doce capítulos o anatematismos».—Escrito en las cárceles de Éfeso, a petición del Concilio.

—«Apologético de los doce capítulos contra los obispos orientales».—Compuesto igualmente en las cárceles de Éfeso.

—«Libro contra Teodoreto, en defensa de los doce capítulos».—Respondiendo a los ataques de Teodoreto de Ciró.

—«Apologético al Emperador Teodosio».

#### OBRAS EXEGÉTICAS

Forman la mayor parte de los escritos del Santo doctor Cassiodoro le cuenta entre los pocos que explicaron la Sagrada Escritura desde el principio hasta el fin, <sup>1</sup> nuevo argumento de la fecundidad del Santo, así como de la pérdida de riquísimos tesoros escriturísticos que hemos de lamentar. De entre el caudal exegético que nos queda, citemos:

—«Tratado de la adoración y culto en espíritu y verdad»—, que consta de 17 libros dialogados entre Cirilo y su amigo Paladio.

—«Glaifiras (pasajes escogidos)»—, 13 libros de doctos y muy elegantes comentarios sobre el Pentateuco.

<sup>1</sup> Cassiod., Instit. div. lect., praefa.



- «Comentarios al profeta Isaías»—, cinco libros.
- «Comentarios a los doce profetas menores»—, donde resalta de una manera especial el ingenio del autor para la interpretación histórico-filológica.
- «Exposición de los salmos».
- «Escolios»—, (fragmentos) sobre los libros de los Reyes, los Proverbios, el Cantar de los Cantares y los Profetas mayores.
- «Comentarios al Evangelio de S. Juan»—, refutando los errores de Arrio, Eunomio y Aecio, en doce libros de gran mérito: extenso y muy excelente (prolixus planeque eximius).
- «Explicación del Evangelio de S. Lucas».
- «Comentarios sobre S. Mateo».
- «Comentarios a la epístola a los Romanos y a las dos epístolas a los Corintios y a los Hebreos».

#### HOMILIAS

Existieron muchísimas y de muy diversos argumentos, tan estimadas antiguamente, que los obispos griegos las aprendían de coro para pronunciarlas. Hoy conocemos 29 Homilias pascuales (sobre fiestas eclesiásticas). Entre las *Homilias diversas* hállase una de gran interés, la cuarta (P. G. t. 77, 9916), acabado panegírico de la Madre de Dios, pronunciado en el Concilio de Efeso y justamente tenido por el más célebre sermón de la antigüedad a la Santísima Virgen María.

#### EPÍSTOLAS

De las epístolas que de él se conservan como auténticas, unas 70, merecen especial mención una dirigida a los monjes de Egipto, tres a Nestorio, de las cuales la segunda y tercera fueron aprobadas por el Concilio efesino, el de Calcedonia (451) y el de Constantinopla (553), y una a Juan de Antioquía, o sea, a los orientales, llamada *Símbolo efesino*, recibida por la Iglesia como fórmula de concordia y confirmada por el Concilio calcedonense.

Como expositor y defensor de la fe, entre otros muchos dogmas, defendió contra varios herejes el misterio de la santísima Trinidad, recapitulando cuanto sobre él habían dicho los más grandes ingenios que le habían precedido; y en la exposición del misterio de la Encarnación solo San León Magno puede compararsele entre todos los santos Padres y Doctores.

Dentro de la moral-ascética, se aventaja, como catequista, a todos los de su tiempo <sup>1</sup>, y como teólogo elevó la ya decaída escuela alejandrina a la altura y preponderancia que gozó en tiempo de San Atanasio <sup>2</sup>. Como exegeta, apenas se hallará entre los Santos Padres, testifican Fessler-Jungmann <sup>3</sup>, y Hurter <sup>4</sup>, otro que con tanta agudeza de ingenio, con tanta facundia y profundidad haya indagado y expuesto el sentido espiritual del Antiguo Testamento.—Los Coptos y Etiopes le llaman Kerlos, por abreviación, y le dan el título de Doctor del mundo <sup>5</sup>. En 1883, León trece le declaró doctor de la Iglesia.

Tal era el elegido por Dios para defensor de la gloria de su Madre y martillo de la herejía. Monje santísimo del Carmelo, Patriarca de Alejandría, émulo del celo de Elías por la gloria de Dios, carácter indomable a la par que de humildad y mansedumbre asombrosas, héroe en los sufrimientos, teólogo y exegeta consumado, escritor fecundísimo, uno de los Padres y Doctores más eminentes de la Iglesia católica.

#### CAP. IV.—NESTORIO

Conocido el caudillo de los ejércitos de Dios para la próxima lucha, justo es presentar en breves líneas al abanderado de las huestes enemigas. Su nombre Nestorio, Persa de origen, nacido en Germanicia, pequeña ciudad de la Siria Eufratesia, después de recorrer varias provincias, llegó a fijarse en Antioquía, donde recibió el bautismo y completó sus estudios, teniendo por maestro a Teodoro, varón muy señalado en su siglo por la fama

1 Bardenhewer, *Patrologia*, pág. 247 (Barna., 1910).

2 Id., pág. 245.

3 Fessler.—Jungmann, *Patrol.*, p. II, pág. 83.

4 Hurter, *Nomencl. litter.*, t. I, p. 358 (1903).

5 Perujo, *Diocionario de ciencias eccles.*, p. Cirilo.

de erudición y santidad, que muy pronto fué promovido a la silla episcopal de Mopsuestia (Mompsuestia, Mopsuesta), de quien aprendió el falso sistema Cristológico que se llamó herejía Nestoriana. Abrazó la vida monástica, viviendo en la laura de S. Euprepio, distante dos estadios de Antioquía, donde, entre otros hombres ilustres de aquella edad, moraban Juan, luego patriarca de dicha ciudad, y Teodoreto, después obispo de Ciro. Trascurrido algún tiempo, fué trasladado de su cenobio al estado clerical y se le confirieron las órdenes del presbiterado.

Como a una voz llena, sonora, dulce y muy clara, uniese agradable presencia, facilidad de expresión, elocuencia deslumbradora, aunque vacía de fondo, encomendósele el oficio de enseñar al pueblo. Pero en vez de servirse de sus dotes oratorias para instruirle y edificarle, encaminábalas únicamente a captarse el aura popular, procurando con ademanes sobremañera exagerados y con extrañas voces ganarse los aplausos del vulgo. Anhelando los más altos puestos eclesiásticos, había ya en su monasterio empezado a fingir santidad, para ganarse la veneración de los demás; pero una vez alistado entre el clero de Antioquía, ejercitó de una manera especial el arte del disimulo, engaño e hipocresía. Sus costumbres sobrias y aun rústicas, su rostro pálido y descarnado, su aparente humildad con afectada sencillez y desaliño en el vestir, sus continuas y fogosas declamaciones contra los herejes, su austeridad, retiro de las gentes y ocupación con los libros, contribuyeron poderosamente a grangearle crédito y aumentar la fama de su mentida santidad.

La reputación de Nestorio, creciendo de día en día, llegó hasta oídos del Emperador Teodosio. Había por entonces fallecido el Patriarca de Constantinopla, Sisinio, y al tratarse de darle sucesor, dividióse la ciudad en dos bandos, optando unos por Felipe, y otros por Proclo, varones entrambos insignes y dignos de la silla patriarcal. A fin de evitar disensiones, creyó prudente el Emperador, olvidando a los dos candidatos, llamar a un extranjero, para ocupar el patriarcado. Imposible en este caso no acordarse de la ciudad de Antioquía, de donde les había venido aquel prelado santísimo, cada día más venerado del pueblo de Constantinopla, llamado Juan Crisóstomo. Pensando, pues, que de ninguna otra parte mejor que del clero de Antio-

quía podía venir el remedio para los males que lamentaba la Iglesia de la Imperial ciudad, y poniendo los ojos en Nestorio, hízole llamar para elevarle a la dignidad del patriarcado constantinopolitano.

Aceptada gustosamente por Nestorio la propuesta, partió de Antioquía llevando consigo a Anastasio, sacerdote muy de su confianza. En su viaje, detúvose en Mopsuesta, cuyo obispo era ya Teodoro, su antiguo maestro, verdadero inventor de la herejía Nestoriana, y llegó luego a Constantinopla donde fué recibido (428) con las mayores muestras de regocijo y estima, como un nuevo Crisóstomo, por la fama de su celo, elocuencia y santidad. Los obispos que asistieron a la consagración y exaltación de Nestorio a la silla metropolitana, comunicáronselo con grandes encomios al Papa San Celestino y al Patriarca de Alejandría San Cirilo, quienes dirigieron a Nestorio sinceras y afectuosas epístolas, expresándole su estimación y alegría, dándole el parabién por su dignidad. «Regocíjase mi alma, le escribía San Cirilo, al oír las noticias de los que han venido de ahí, las cuales han sido luego confirmadas por el relato de los colegas que asistieron a tu consagración; los cuales han dado de tí el testimonio que merece quien lleva las señales de haber sido elegido por Dios. Tal ha sido la opinión en que has vivido hasta ahora, que una ciudad extraña, enamorada de tus prendas, te ha deseado y elegido para sí»<sup>1</sup>.

El mismo día de su ordenación, predicó el nuevo Patriarca en presencia de Teodosio y de toda la corte, y declamando con más ardor que nunca contra los herejes, le excitó a exterminarlos, prometiéndole en nombre de Dios la destrucción de sus enemigos, en términos tales que nunca se pudieron olvidar en Constantinopla. «Dame la tierra,—dijo dirigiéndose al Emperador,— libre y purificada de herejes, y yo te daré el cielo: ayúdame a destruirlos, y yo en tu compañía destruiré a los Persas»<sup>2</sup>. Estas palabras produjeron el apetecido efecto en muchos de los oyen-

1 S. Cyr., ep. ad Nest.

2 «Da mihi, o Cesar, terram ab haereticis purgatam, et ego tibi vicissim coelum dabo; debella mecum haereticos, et ego tecum Persas debellabo». (Socrates, Hist. eccl. I., VII, c. 29).

tes, que aplaudieron el celo y valor de su obispo; pero los más avisados quedaron ofendidos de tan intempestiva arrogancia en un extranjero que apenas acababa de poner el pie en la ciudad, advinaron por ellas la vanidad, indiscreción y deseos de su Prelado de ganarse el favor de Teodosio y el aura popular, auguraron grandes e irremediables tempestades para su iglesia. Pero Nestorio no era hombre que se pagaba de palabras. Ciertamente, pretendía aniquilar las herejías, para que sobre ellas imperara tan sólo la doctrina que proyectaba publicar muy en breve; además de que, declarándose abierto perseguidor de los herejes, alejaba de sí toda sospecha de heterodoxo. Pasando, pues, de las palabras a las obras, condújose con tal violencia y puso a los sectarios en tan desesperada situación, que pronto hubo de lamentar no pocos tumultos y sediciones. A los cinco días de tomar posesión de su oficio, ordenó aterrar una iglesia donde tenían reuniones secretas los arrianos; los cuales, ardiendo en ira por su impotencia, pegaron fuego al templo, produciéndose tan voraz incendio, que juntamente con la iglesia fueron pasto de las llamas las casas contiguas, llegando a peligrar toda Constantinopla. Esta fué la primera mancha que echó sobre su vida pública. Desde entonces, los arrianos, y aun muchos católicos, apellidábanle *el incendiario*. Pocas semanas después, consiguió del Emperador que se renovaran las antiguas leyes severísimas contra los herejes,<sup>1</sup> ejerciendo su rigor en judíos, paganos, y toda clase de enemigos de la fe católica, persiguió ferozmente a los arrianos de Constantinopla, a los macedonianos de Helesponto, y a los cuartodecimanos de Asia, Lidia y Caria, logrando someter a éstos por medio de la coacción, y obligándoles al mismo tiempo a suscribir un símbolo plagado de herejías contra el misterio de la Encarnación. Los maniqueos, como más perjudiciales a la sociedad, fueron proscritos de las ciudades, y algunos condenados a la pena capital. Sin embargo, no dejó de extrañar sobremanera que en la persecución contra los sectarios, de los cuales en el edicto imperial se enumeraban hasta veintitrés cla-

---

<sup>1</sup> El mismo Nestorio gloriábase de ello: «Legem inter ipsamet ordinationis initia contra eos qui Christum purum hominem dicunt, et contra reliquas haereses innovavi». (Nest.).

ses diversas, se hiciera caso omiso de los más recientes, los pelagianos, como si no existieran, y el Papa San Celestino hubo de quejarse al Patriarca de que hubiera recibido en su ciudad a los pelagianos desterrados por él de Roma. La doctrina de éstos y la de Nestorio se armonizaba admirablemente, destruyendo ambos, aunque por diversos caminos, la Redención del género humano; aquellos negando el pecado original, y éste rechazando la encarnación, por lo cual el Patriarca, no considerándolos como adversarios sino como aliados, mantenía con ellos oculta amistad y los protegía por todos los medios puestos a su alcance.

Hallábase Nestorio bastante instruido en las artes liberales, pero ayuno de conocimientos teológicos; ignoraba los escritos de los Padres de la Iglesia y hasta se desdeñaba de leerlos, reputándose por más sabio que todos los doctores eclesiásticos. Procuraba con su facundia y elocuencia disimular la falta de talento, y con apariencia de virtud fingía la santidad propia de su dignidad<sup>1</sup>. Gran osadía, pertinacia y terquedad, mucha hipocresía, cortos alcances de entendimiento, eran las notas características de Nestorio. En dos palabras hace su retrato el cardenal Hergenroëther<sup>2</sup>: «Nestorio, más orador que teólogo, entendimiento obtuso, vanidoso, lleno de preocupaciones, carecía de moderación y de verdadera piedad». No podía desear mejores prendas el infierno para formar todo un heresiarca. Pronto vamos a ver a este tan fogoso perseguidor de los herejes pasarse a sus filas abominables, al pastor convertido en lobo del rebaño.

Nestorio era escritor muy fecundo; pero, habiendo mandado el Emperador Teodosio quemar todos sus libros impíos, *Impios libros nefandi Nestorii*, sólo han quedado de él algunos sermones<sup>3</sup> traducidos por Mario Mercátor, los doce contra-anatematismos, según la traducción del mismo Mercátor, y algunos

1 «Tametsi lingua erat discreta, et propterea doctus putabatur, tamen revera imperitus fuit. Quin etiam veterum interpretum scripta perdiscere dedignatus est; linguae enim volubilitate et elegantia insolenter se efferens, tum veteres prope neglexit, tum se ipsum omnibus antecellere existimavit». (Socrates, Hist. eccl., l. VII. c. 32).

2 Hergenroëther, Hist. de la Igl. t. III, n. 127.

3 Sermones V Nestorii adv. Dei Genitricem Mariam.—Nestorii serm. IV adv. haeresim pelagianam, etc.

fragmentos de obras, cartas y sermones varios, conservados en los escritos de San Cirilo, en las actas del Concilio de Éfeso y en otros autores que los citaron para combatirlos y refutarlos.

#### CAP. V.—EL CAMPO DE BATALLA

Se ve por la Historia, dice nuestro Balmes, al hablar del filósofo Jacobi, que cuando se trata de combatir un error, es fácil caer en el otro extremo; es decir, que el espíritu humano es como un borracho a caballo, que cuando se le endereza por un lado, se tuerce por el otro. I. Jacobi, el ilustre presidente de la Academia de ciencias de Munich, se propone remediar el abuso de la razón, que había llevado a Alemania al idealismo y al panteísmo, y para eso destruye la razón, estableciendo como único criterio de verdad el sentimiento. Berkeley, uno de los más distinguidos idealistas modernos, trata de evitar los errores que en el orden moral y metafísico podían resultar del sensualismo de Locke, y niega la existencia de la materia, la realidad del mundo corpóreo. Lamennais se propone defender la revelación, y empieza por deprimir la razón, hasta negarle su fuerza natural. Antístenes, para citar a los antiguos, quiere ensalzar la virtud, y funda el cinismo. Lo que con tanta frecuencia nos hace ver la Historia de la filosofía, mostrándonos los absurdos en que se han precipitado los sabios al pretender refutar errores, nos lo presenta igualmente la Historia eclesiástica, ofreciéndonos abundantes ejemplos de doctores que, queriendo impugnar a los enemigos del dogma, ellos mismos se convirtieron en autores de nuevas herejías. Tal aconteció a Teodoro de Mopsuesta. Había nacido en Antioquía de padres muy acaudalados, por los años de 350. Condiscípulo de San Juan Crisóstomo en las aulas de retórica del famoso sofista Libanio, y compañero suyo, a la edad de veinte años, en la vida monástica, recibió de manos de Flaviano la ordenación sacerdotal en 383, y, durante casi un decenio, desplegó en Antioquía gran actividad como sabio, escritor y predicador. Por su erudición, elocuencia y ciencia exegética, no menos que por el ardor con que combatió especialmente a los

1 Balmes, Hist. de la Filosofía, Jacobi.

herejes Eunomianos y Apolinaristas; grangeóse el aprecio y veneración de sus contemporáneos, siendo promovido en 392 a la sede episcopal de la célebre ciudad de Mopsuesta, en Cilicia.

Teodoro había recibido su educación eclesiástica dentro de la escuela antioquena, fundada por Luciano mártir, en la que, por tradición, al hablar de Jesucristo, se separaba religiosamente el elemento divino del humano, haciendo resaltar este último, mientras que la escuela alejandrina insistía muy particularmente en la unión de entrambas naturalezas y unidad del Hombre-Dios. Queriendo, pues, impugnar a los herejes que mutilaban en Cristo la naturaleza humana, negándole el alma racional, cuyas funciones afirmaban erróneamente que las suplía la Divinidad, defendió la perfección de la naturaleza humana en el Verbo encarnado, atribuyéndole dos personas, una divina y otra humana, moralmente unidas. Esta teoría acabó de desenvolverla y explicarla en la lucha contra los apolinaristas. El cardenal Hergenroëther ha puesto muy bien de relieve en pocas frases las diferencias de ambos combatientes. «Los apolinaristas, dice, sostenían que la morada de Dios en Jesucristo era sustancial, esencial, completamente distinta de la moral, por la que Dios reside en los santos. Teodoro, sin querer confundir absolutamente estos dos modos de habitación, admitía, sin embargo, una gran semejanza; los comparaba entre sí y no cesaba de repetir que Dios está más presente a unas criaturas que a otras. Juzgaba inadmisibles que Dios morara en ellas en cuanto a su naturaleza, porque nada puede contener a la naturaleza infinita; y en cuanto a la eficacia, le parecía una negación de la Providencia y del gobierno divino, que se extiende a todo. No admitía sino una habitación de complacencia, de gracia, de adopción divina, de voluntad. Cuando los apolinaristas decían que dos naturalezas completas no pueden reunirse para formar un todo completo, único, una misma persona, Teodoro intentaba mostrar cómo la divinidad y la humanidad podían unirse en una sola unidad. Jesús, según él, es el templo donde Dios reside, el órgano con el cual obra. Cuando consideramos, decía Teodoro, la distancia de la divinidad y de la humanidad, debemos admitir dos naturalezas en su integridad y plenitud, y por consecuencia, porque estas cosas



van juntas, dos hipóstasis, una perfecta persona divina y una perfecta persona humana. Cuando miramos a su unión, no debemos hablar de Jesucristo sino como de una sola persona, en la cual la naturaleza humana ha sido admitida en sociedad con la naturaleza divina; de la misma suerte que el hombre y la mujer son llamados un solo cuerpo. Cuando los apolinaristas alegaban la predicación de predicados (*communicatio idiomatum*), como una señal de la unión del hombre-Dios, Teodoro veía una confusión de ideas inaceptable; no admitía esta comunicación sino en cuanto las profecías se referían, unas al Hijo según la gracia, otras al Hijo según la naturaleza. Conforme a esto, María no era Madre de Dios sino en cierto sentido, en cuanto ha puesto en el mundo a aquel en quien Dios residía <sup>1</sup>. Así, llegó a predicar en un sermón que la B. V. María no debía ser llamada madre de Dios, pero sus palabras causaron tal indignación en el pueblo de Antioquía, que se vió obligado a retractarse públicamente.

La misma doctrina fué enseñada en Occidente por Leporio, sacerdote de Marsella. Dios, decía éste, no nació hombre, sino que el hombre perfecto nació con Dios: es necesario distinguir en Jesucristo un Hijo de Dios propiamente tal y un Hijo de Dios por adopción: este hijo adoptivo cumplió el misterio de sus padecimientos sin auxilio de la divinidad, con las fuerzas de la naturaleza humana. San Agustín y otros obispos le obligaron a retractarse en Cartago, a donde, en 426, había acudido para extender sus errores. El caso, pues, de Leporio fué pasajero y sin trascendencia alguna. Quien se encargó de defender pertinazmente y propagar la doctrina de Teodoro de Mopsuesta, fué un discípulo suyo llamado Nestorio, presbítero de Antioquía.

Desde principios del siglo quinto, agitábase de nuevo entre los doctores católicos la cuestión sobre el modo de verificarse el misterio de la Encarnación del Verbo, o sea cómo se habían unido Dios y el hombre para formar un solo Cristo. Para solucionarla, Apolinar, obispo de Laodicea, en Siria, († 390), había ya puesto como principio este axioma: «*Duo perfecta unum tertium*

1 Hergenroether, Hist. eccl., t. II, c. 2.



constituere non possunt», dos cosas perfectas no pueden formar una tercera. De donde deducía que o la divinidad o la humanidad no se hallaban perfectas en Jesucristo, o bien de Dios y del hombre perfectos no podía resultar la unidad de Cristo. Apoyado Nestorio en tal principio, admitiendo en el Verbo encarnado, para no incurrir en las ya condenadas herejías, dos naturalezas íntegras, la humana y la divina, dió en el segundo extremo, separándolas de tal suerte, que destruía la verdadera unión entre ellas, y explicando el misterio por una unión moral, en vez de la personal o hipostática. Según su sistema doctrinal, el Espíritu Santo formó en las entrañas de la Virgen María un hombre que, santificado, como los demás mortales, por el mismo Espíritu divino, mereció después ser elevado a la dignidad de hijo adoptivo de Dios. A ese hombre Jesús bajó y se unió el Verbo Eterno para obrar nuestra redención, habitando en él como en su templo y sirviéndose de su humanidad como de un instrumento. Por tanto, entre el Verbo y Cristo no habían unión real y ontológica, sino extrínseca y moral, consistente en que el Verbo se une al hombre por inhabitación, afecto, beneplácito y operación, esto es, porque el Verbo de Dios habitaba y se complacía en Jesús como en los Santos Profetas, aunque en más alto grado, le amaba con particular afecto de caridad y se valía de él en las obras prodigiosas que Cristo realizaba. Semejante unión estaba hecha desde el principio de la existencia del hombre Jesús, porque desde su primer instante moraba el Verbo en su persona, santificándole y ayudándole; pero admitía grados de perfección; y así sólo en los tiempos posteriores, en los últimos años de la vida de Cristo, llegó a ser total y consumada la unión moral entre el Verbo y el hombre. Por consiguiente, en Jesucristo había dos personas diversas, la divina, Dios, el Verbo, y la humana, Jesús de Nazaret. El Verbo era el señor del hombre asumido, y éste su siervo y esclavo. El Verbo era el hijo natural de Dios, y el hombre con el cual estaba unido, el hijo adoptivo. Aquél, la Persona divina, que no pudo nacer, padecer ni morir, era Dios eterno, inmutable e inmortal; estotro, la persona humana, en realidad solamente era teóforo, delforo, por llevar en sí a Dios; padeció y murió por nosotros; nos dejó en la eucaristía su cuerpo de puro hombre, y merece nuestra veneración por el hecho de estar uni-

do con Dios, como una estatua, un vestido, son dignos de estima, aprecio y reverencia, en atención al Príncipe a quien representa, o al rey que de él se viste y adorna. Las humillaciones y padecimientos que la Escritura atribuye a Cristo, como el nacer, ser envuelto en fajas, huir a Egipto, fatigarse, padecer, ser crucificado y morir, tan sólo pertenecen al hombre en quien habitaba y a quien regía el Verbo eterno, pero éste se lo apropiaba todo ello, a la manera que una Divinidad juzga como cosa propia la violación de su templo, un amigo las injurias inferidas a su amigo, un Príncipe la deshonra a su estatua, y un espíritu las operaciones del energúmeno. Pero propiamente Cristo no puede recibir nuestra adoración, que a solo Dios se debe; ni el Verbo, Dios, que no ha padecido para expiar nuestros pecados, es en verdad nuestro Redentor, el gran Pontífice de nuestra confesión, como dice San Pablo; ni podemos afirmar con el mismo Apóstol que Dios no perdonó a su propio Hijo engendrado de su sustancia, entregándole por nosotros a la muerte de Cruz. De aquí deducía lógicamente Nestorio, como última consecuencia, que María no era Madre de Dios, sino madre del hombre Cristo (CRISTÓFOROS) o a lo sumo THEODOCOS, la que recibió a Dios (Dei susceprix).

¿Por qué caminos había llegado Nestorio a esta fatal conclusión? Proponíase explicar las palabras del Evangelio: *El Verbo se hizo carne*, y discurría de la siguiente manera. De cinco modos puede una cosa hacerse otra: por información, como el alma que informando al cuerpo, produce el hombre; por conversión, como el agua que Cristo convirtió en vino; por confusión, como el agua echada en vino; por unión hipostática, que se realiza cuando el individuo de una naturaleza perfecta se hace individuo de otra; por unión moral, a la manera que el varón se hace esposo de la mujer y uno con ella. Pero de ninguno de los cuatro primeros modos pudo el Verbo humanarse; luego, concluía, sólo resta el quinto modo de la unión moral. Reprobando la Iglesia la explicación del misterio mediante los tres primeros modos de unión, toda la dificultad para Nestorio consistía en demostrar la falsedad del cuarto modo o unión hipostática. Para ello apelaba a los absurdos que de tal doctrina creía se segui-

rían necesariamente. Porque si el Verbo de Dios y el hombre están personalmente unidos, de ambos se predicarán las propiedades de cada naturaleza, afirmándose, por consiguiente, que el Verbo había tenido dos nacimientos, el eterno y el temporal; que Dios había nacido, padecido y muerto, lo cual repugna a la eternidad e inmutabilidad del Hijo de Dios y a su igualdad para con el Padre. Pero el camino que creyó más fácil, breve y libre de toda sospecha para sus fines, era el de negar la maternidad divina de María. Pues por una parte se persuadía que nada tan sencillo como privar a la Virgen del título de Madre de Dios, y por otra veía seguirse lógicamente de esta negación que, si Dios no había nacido, no existía en Cristo unidad de persona. Por eso, según refiere Teodoro<sup>1</sup>, el primer conato de innovación y todo su empeño lo puso en afirmar que la Bienaventurada Virgen, la cual engendró en sí al Verbo encarnado, no podía ser llamada Madre de Dios, sino sólo madre de Cristo, acumulando a este fin toda clase de argumentos, y haciéndola blanco de sus iras. Apellidar a María *THEOTÓCOS* (Madre de Dios), era para él la más horrible blasfemia, si bien concedía, para mejor paliar su impiedad, que María era digna de todo honor, y aun podía en cierto sentido llamarse *Deípara*, a la manera que una mujer es denominada madre del obispo, por serlo de un hombre que llegó a la dignidad episcopal. De esta suerte, la última conclusión de su sistema teológico, vino a ser la primera que públicamente impugnó y el centro de toda su herética doctrina.

Veamos, reducidos a pocas palabras, los argumentos que en defensa de su tesis presentaba Nestorio, dejando para otro lugar su refutación.

I.—Tratándose de los sagrados misterios, no es lícito, decía, afirmar cosa alguna que no se halle consignada en las Sagradas Escrituras, y no constando en éstas que María sea Madre de Dios, no es permitido nombrar así a la Madre de Jesús.

II.—En segundo lugar, si María es madre del Verbo inseparablemente unido con el Padre y el Espíritu Santo, resultaría

1 Theodor. De haeret. fab., l. IV, c. 12: «Primum innovandi conatum in hoc adhibuit, ut assereret B. Virginem, quae Dei Verbum carnem assumens in se genuit, non esse Dei Genitricem confitentam, sed solum Christi genitricem».

también Madre de las tres divinas Personas, de toda la Santísima Trinidad.

III.—Además, así como la mujer que da a luz a un niño, se llama madre del hombre formado en ella, pero no del alma, por no proceder ésta de la mujer sino de Dios que la crea para unirla al cuerpo; de la misma manera, la Virgen llevará el título de Madre del Hombre-Jesús, pero no el de madre del hombre Dios, puesto que no procede de ella la divinidad que se unió a Jesucristo.

IV.—En cuarto lugar, proclamar Madre de Dios a una mujer, sería atribuirle la divinidad, pues la madre y el hijo son siempre de la misma naturaleza; declararla diosa, al modo de los gentiles, que señalaban madres a sus falsos dioses, y hacerla causa y origen de la misma Divinidad.

V.—La madre es necesariamente anterior a su hijo. ¿Cómo, pues, María podría engendrar al Eterno e Increado? En tal caso, el hijo existiría antes que su madre.

VI.—Finalmente, añadía Nestorio, dar a una mujer ese título, es declararse eunomiano y apolinarista, y aun dejar muy atrás a los arrianos, los cuales, si bien hacían al Verbo inferior al Padre, no llegaban a la demencia de rebajarle hasta suponerle inferior a una criatura.

Frente a esta teoría de Nestorio, que aniquilaba el misterio de la Encarnación, reduciendo el Hombre-Dios a una persona humana en la que habitaba la Divinidad, a un hombre lleno de Dios, enseñaba la Iglesia que el Eterno había tomado la naturaleza humana, a la cual correspondía una subsistencia personal; pero como la persona infinita del Verbo asumió en sí la humanidad de Jesús, quedó excluida toda persona humana, resultando de ambas naturalezas un solo sujeto o persona, Cristo Jesús, Dios y hombre a la vez, Hijo de Dios no por gracia sino por naturaleza, aun considerado en su humanidad. Ese Dios-Hombre es quien padeció y murió, según su naturaleza humana, permaneciendo entretanto impassible e inmortal según su naturaleza divina. Él es nuestro Redentor, y al dárse nos en la Eucaristía, nos comunica realmente el cuerpo de Dios humanado. La Virgen María lo concibió y dió a luz: luego ella es, en puridad, madre del mismo Dios.

## CAP. VI.—PRIMEROS ENCUENTROS

Elevado Nestorio por obra de Teodosio a la silla patriarcal de Constantinopla; agasajado en tan fausta ocasión con las afectuosas felicitaciones y generosos encomios del Romano Pontífice San Celestino y del Patriarca de Alejandría San Cirilo; enaltecido a los ojos de todos con la gracia y favor que le dispensaba la corte imperial; autorizado por la elocuencia de que hacía ostentación, celo incansable contra las herejías y santidad que tan admirablemente sabía fingir, había conseguido tocar la cumbre de la fama, haciendo llegar su nombre nimbado de gloria a todos los pueblos de oriente y occidente. Imposible esperar más propicia ocasión para realizar sus dorados ensueños tanto tiempo acariciados, presentándose como un nuevo doctor, enseñando públicamente las doctrinas que hasta entonces había ocultado en su corazón. El siervo fiel y sincero estaba ya a punto de alzarse con la posesión de la viña.

Al efecto procuró con gran artificio prepararse el terreno, ya con fogosas declamaciones contra la superstición judaica y los errores de las sectas, a fin de apartar de sí toda sospecha, ya con el celo que aparentaba por instruir al pueblo en los dogmas de la fe, lamentando frecuentemente la negligencia de sus predecesores en ilustrar en los misterios de la religión a una ciudad tan dócil y piadosa como la de Constantinopla. Durante algún tiempo, limitóse a insinuar sus ideas con frases equívocas y expresiones obscuras; pero antes de acabar el mismo año 428, en que había tomado posesión del patriarcado, se decidió a exponer clara y terminantemente su sistema teológico; y no atreviéndose él mismo a romper el fuego, por así decirlo, calculando con gran sagacidad cuanto iba a suceder, encomendóselo a su adictísimo familiar el presbítero Anastasio, que había llevado consigo de Antioquía. Puestos ambos de acuerdo, cierto día que predicaba Anastasio en una gran solemnidad religiosa, pronunció estas impías palabras: «Nadie llame a María Madre de Dios; María fué una mujer y de una mujer no ha podido nacer Dios». Escandalizado con la nueva doctrina y herido en lo que más estimaba aquel pueblo devotísimo de María, a la que se había consagrado y elegido por su Madre y Patrona, acudió al Patriarca

en justa protesta contra el orador, que así despojaba a la Virgen de su título de Deípara y consiguientemente de todas sus glorias. para que con su autoridad impusiera pública y solemne retractación al desdichado presbítero que a tal osadía había llegado. Pero Nestorio, que era el instigador de Anastasio y el único causante de aquellos sucesos, confiado en su gran poder, crédito y autoridad, a la que se imaginaba nadie se atrevería a resistir, despreciando toda reclamación y arrojando la careta que hasta entonces le había ocultado, tomó la defensa de su familiar, exponiendo y ampliando en sus sermones la impía doctrina contra la maternidad de la Virgen.

Predicando en una gran fiesta a la que había concurrido extraordinaria multitud de fieles, ávidos de oír al Patriarca sobre lo que tanto les interesaba, éste, después de citar el texto del Apóstol: *La muerte por un hombre, y por un hombre la resurrección* (I Cor., XV, 21), empezó en estos términos: «Hay una cuestión que nos divide y agita mucho los ánimos, conviene a saber, si debemos llamar a María Madre de Dios o madre del hijo del hombre y del Cristo. Yo pregunto a todos mis oyentes: ¿tiene Dios Madre? Si respondéis afirmativamente, os diré que son excusables los paganos cuando las dan a sus dioses, y que es un impostor San Pablo al decir de la Divinidad de Jesucristo, que es sin padre y sin madre y sin genealogía. No, María no dió a luz al Señor. La criatura no es madre del Creador, sino de un hombre instrumento de la Divinidad, del ungido de Dios, del Cristo que adoro; porque yo adoro al que ven mis ojos, a causa del Dios invisible, que es inseparable y reside en el hombre como en templo que se consagró para siempre». Estremecióse la multitud ante tan sacrílegas palabras: un confuso rumor invadió el templo con gestos de desaprobación, que muy pronto se trocaron en abierto tumulto y fuerte protesta. Un seglar, muy virtuoso y versado en materias teológicas, el abogado Eusebio, más tarde obispo de Dorilea, destacándose de entre los demás fieles, lleno de confianza y celo, exclamó en alta voz contra el orador: «Todos hacemos aquí, profesión de creer, porque ésta es la fe constante de toda la Iglesia, que el Verbo Eterno nació verdaderamente de la V. María. El mismo Verbo divino que nace eternamente del Padre, en el tiempo nació de una Virgen».

La multitud, arrebatada de júbilo, prorrumpió en aplausos a Eusebio, mientras que algunos pocos, adeptos al Patriarca, increpaban la conducta de aquél, creciendo con ello espantosamente la confusión y tumulto. Nestorio, irritado sobremanera por la no esperada contradicción, pero sin acobardarse, prosiguió la oración, lanzando injurias contra Eusebio y blasfemias contra el dogma católico. A los pocos días, volvió a subir al púlpito y declaró con más furor contra Eusebio, exponiendo juntamente con mayor claridad sus heréticas ideas, por lo que Eusebio, con todo el respeto debido al Patriarca y al episcopado, levantó pública protesta contra Nestorio, y demostró que había resucitado la herejía de Pablo de Samosata, según el cual uno era el Verbo de Dios y otro Jesucristo, destruyendo la unidad que admite y confiesa la Iglesia en el Hombre-Dios. Desde entonces, muchos pública o secretamente se retiraron de la comunión de Nestorio.

Llegada la fiesta de la Anunciación, en 429, el heresiarca invitó a predicar en ella al elocuentísimo San Proclo, obispo de Cícico en la Propóntide (423), que desterrado inicuaamente de su silla, ejercía en Constantinopla el ministerio sacerdotal, y que, desde el 434 al 445, en que murió, ocupó el patriarcado constantinopolitano. Aceptó de muy buen grado San Proclo el encargo, deseoso de aprovechar aquella solemne ocasión para exponer al pueblo la doctrina ortodoxa sobre el misterio de la Encarnación y vindicar la maternidad divina de la Virgen, refutando, sin nombrarle, al autor de la nueva herejía. El elegantísimo orador sagrado comenzó su discurso que aún conservamos, con estas palabras: «La expectación de tan numerosa y célebre asamblea excita, hermanos míos, en la presente festividad la palabra y los elogios; y la solemnidad a que concurrimos, nos proporciona propicia y feliz ocasión para recordar a este devoto auditorio muy útiles verdades. Su asunto es la castidad y santidad, no menos que la justa gloria de la mujer y el inaudito prodigio de la Virgen Madre. Tierra y mar honran a la augusta Virgen, y, compitiendo en fervor por servirla, forman su acompañamiento como satélites de su grandeza: ésta, allanando sus olas apaciguadas bajo el buque del navegante; aquélla, desarrollando ante los pasos del viajero apacibles caminos. El mundo se extremece; las mujeres reciben honra de María; la naturaleza humana guía los



coros y entona himnos; la virginidad es glorificada, la santísima Madre de Dios María, nos reúne a todos en un mismo éxtasis...» Proclo prosiguió su oración enalteciendo a la Santísima Virgen con magnificatísimos encomios. Probó con muy sólidos argumentos que siendo Jesucristo, el hijo de María, verdadero Dios y verdadero hombre, ella era necesariamente Madre de Dios, condenó la naciente secta nestoriana e hizo esta profesión de fe católica: «Decir que Jesucristo no es más que un hombre, es ser judío; creer que sólo es Dios, sin participar de la naturaleza humana, es ser maniqueo; y enseñar que el Verbo eterno y Cristo son dos, es estar separado de Dios»<sup>1</sup>. El pueblo acogió con grandes aplausos el elocuente discurso del orador. Nestorio sumamente irritado contra él, sin respeto a aquel sagrado lugar (bien que como a Metropolitano la costumbre le autorizaba para añadir alguna palabra después del sermón) subió inmediatamente a la cátedra para protestar contra su sufragáneo desatando su lengua en acerba diatriba contra el orador. «Justo es, dijo, alegrarse de los elogios y aplausos dados a esta glorificación de la Virgen María; pero guardémonos de ensalzarla sin límite y condenemos toda opinión en contrario, pues parecerá nueva a algunos. Es insensato afirmar que Dios nació de María, que padeció y murió; solamente cabe decir que el Verbo estaba unido al que nació de la Virgen, y que el Señor resucitó al hombre en el que su divina persona habitaba... Un Dios envuelto en pañales y crucificado es una fábula gentil. Jamás, añadía, llamaré yo Dios a un niño de dos o tres meses...»<sup>2</sup>. Predicó después tres sermones para refutar los invencibles argumentos de San Proclo, y a los muchos sacerdotes y monjes que abiertamente se opusieron a sus enseñanzas, les hizo experimentar sus iras, castigándolos con azotes, prisión, deposición de sus oficios y destierro.

La indignación popular rebasó los límites en que hasta entonces había podido contenerse, cierto día que, en una gran solemnidad religiosa, Doroteo, hombre ambicioso, obispo justamente depuesto de su sede de Marcianópolis, en Mesia, para adular al

1 Labbe, *Con. ephes.*, p. 11.

2 «Puerum bimestrem Deum nunquam vocabo». (Evagrio, *Hist. Eccl.*, I, I, c. 2.)

Patriarca y aun cumpliendo sus órdenes, según se creyó, levantándose en medio de la augusta asamblea, gritó con gran energía, lanzando excomunión contra los que confesaren la Maternidad divina de la Virgen: «Si alguien dijere que María es Madre de Dios, sea anatema; si quis Mariam deiparam dixerit, anathema sit». Horrorizado el pueblo fiel al oír tales palabras, abandonaron atropellada y tumultuosamente el templo, determinados a no volver más, no queriendo comunicar con los que defendían la nueva herejía. Nestorio que se hallaba presente, haciendo suyas las palabras y conducta de Doroteo, admitióle al instante a la comunión y participación de los sagrados misterios. A partir de aquella hora, la ruptura entre los fieles y el Patriarca fué oficial y completa. «Tenemos Emperador, decía el pueblo apesadumbrado, pero no tenemos obispo», pues no reconocían ya por tal a Nestorio. Este, envalentando y apoyado por la potestad civil, que tenía incondicionalmente de su parte, y ganándose a los prefectos y magistrados con los bienes de las iglesias, redobló la persecución contra los fieles, vejándolos y atormentándolos como a herejes arrianos y apolinaristas.

No contento Nestorio con publicar su impiedad en Constantinopla, y deseando propagarla por todo el orbe cristiano, ayudado de sus adeptos, reunió en un volumen sus sermones, multiplicó prodigiosamente las copias y las envió, como sus más activos propagandistas, a las principales iglesias de oriente y occidente, sembrando por doquiera la discordia y la lucha, pero especialmente en los monasterios de Egipto, a donde primero llegaron y donde levantaron muy acaloradas disputas e hicieron prosélitos, consiguiendo envolver con sus sofismas a buen número de monjes incautos e ignorantes. Por lo que, el año 430, los monjes Basilio y Talasio, en nombre de sus compañeros, dirigieron al Emperador Teodosio un memorial quejándose de los atropellos que el Patriarca cometía con los católicos, y aconsejándole la celebración de un concilio ecuménico como el mejor medio para atajar los progresos de la herejía y ahogarla en su cuna.

## CAP. VII.—EN PLENA LUCHA

La repentina perturbación causada por los escritos de Nestorio entre el clero, monjes y demás fieles de Egipto, llegó muy pronto a oídos del vigilantísimo Patriarca de Alejandría, ya informado de los tristes sucesos que venían desarrollándose en la Iglesia de Constantinopla. Lazos de sincera amistad uníanle a la persona de Nestorio, pero sobre el amigo estaba el deber sacratísimo de defender la fe contra las herejías y mirar por el rebaño que Jesucristo, Pastor supremo de las almas, le tenía encomendado; por lo que se dispuso a cumplir su oficio con gran celo y no menor prudencia y caridad: *Amicus usque ad aras*. Aprovechando la antigua costumbre que tenían los obispos alejandrinos de enviar a sus principales iglesias, a principios de año, homilias o cartas llamadas festivas o pascuales (EPISTOLAI EORCASTICAI), señalando el comienzo de ayuno y la fiesta de Pascua, y dando instrucciones sobre ella o sobre otros asuntos, dedicó la del año 429 a exponer el misterio de la Encarnación, defendiendo a la par el título de Madre de Dios dado a la Virgen, y refutando los tres sermones de Nestorio como si fueran anónimos <sup>1</sup>. A continuación envió una epístola encíclica a los monjes de Egipto sobre el mismo tema, probando por la autoridad del Concilio de Nicea y otros argumentos que María debe llamarse con aquel título. «Si Nuestro Señor Jesucristo, les escribía, es Dios, ¿cómo podrá negarse la prerrogativa de Madre de Dios a aquella que le concibió en su seno y le dió a luz? Esta es la fe que nos dejaron los apóstoles, aunque no se sirvieran de tal locución: ésta es también la doctrina de los Padres, especialmente del incomparable Atanasio, mi ilustre predecesor en la Cátedra de San Marcos, el cual apellida muchas veces en sus obras a la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios. Habiendo sido Atanasio el más intrépido defensor y fiel intérprete del gran Concilio Niceno, no puede ponerse en tela de juicio que tal fuese el pensamiento de aquella augusta asamblea. Basta leer su símbolo para persuadirnos de que ésa ha sido la fe de todos los

1 Cyr., Hom. Pasch. XVII.

Padres de Nicea <sup>1</sup>». Al fin de la carta, el sabio y vigilante Pastor los previene contra las falacias de Nestorio y sus secuaces.

Propagáronse rápidamente por todas partes las cartas de San Cirilo, con gran consuelo y gozo de los fieles, produciendo muy buenos resultados. Entretanto, habiendo ya llegado a oídos del R. Pontífice, Celestino, el rumor de la nueva herejía, encargó encarecidamente al patriarca alejandrino que indagara la verdad de los sucesos y le diera cuenta de todo ello. Cirilo escribió a Nestorio sumamente ofendido contra él por la carta dirigida a los monjes de Egipto, procurando con muy blandas palabras aplacarle y traerle a buen camino, e invitándole a admitir y confesar la maternidad divina de la Virgen. «Este escándalo y turbación, le decía, no ha comenzado por mis escritos, sino por los que yo combato, sean o no vuestros. No tenéis motivo para quejarnos de mí, que no he tenido en esta turbación más parte que pretender calmarla; pero os es fácil hacer que cese el escándalo: llamad Madre de Dios a la B. Virgen, y con eso desipáis toda sospecha y libertáis a la Iglesia y al Imperio de toda funesta consecuencia <sup>2</sup>». Pero Nestorio, más inflamado en ira contra Cirilo, contestóle muy altanero en términos injuriosos; y viendo en él a su más terrible adversario, como no esperase vencerle en la disputa, trató de desprestigiarle y difamarle, y valiéndose de tres desalmados que vivían en Constantinopla, acumuló sobre él toda suerte de calumnias y le indispuso con la Corte y con el pueblo constantinopolitano. Cirilo volvió a escribirle deshaciendo las quejas y calumnias que se le habían levantado, y exponiendo nuevamente el misterio de la Encarnación. Para preservar del error a la familia imperial, dirigió a Teodosio, a sus hermanas y a Eudoxia tres tratados en forma de epístolas, rebatiendo la herejía nestoriana. El heresiarca, a su vez, esperando prevenir el ánimo del R. Pontífice, fingiendo mentidos pretextos, enderezóle muy artificiosa carta, en la que defendía sus doctrinas y confesaba que María era madre de Cristo, pero no de Dios sino en un sentido impropio, pues en ninguna parte le da ese título la Escritura, y repugna a la razón que engendrase

1 Cyr., Epist. ad monach. Aegypti.

2 Cyr., Epist. ad Nestor.

al que es más antiguo que ella. Con esta carta remitíale algunos tratados suyos sobre la Encarnación, y juntamente acusaba a su adversario de los errores de Arrio y Apolinar. También Cirilo, en cumplimiento de su deber y de la misión que el Papa le había encomendado, se había dirigido, por medio de su diácono Posidonio, a la S. Sede, dándole cuenta de los sucesos, de su gestión cerca de Nestorio y de los errores por éste propalados. La carta, notabilísima por muchos conceptos, monumento incontrastable del altísimo puesto que ocupaba el R. Pontífice en toda la cristiandad, empieza con estas palabras: «Al Beatísimo y amadísimo de Dios Padre, Celestino, salud en el Señor... La antigua costumbre de la Iglesia me obliga a comunicar a V. Santidad lo que la malicia infernal ha inventado contra el honor de Jesucristo<sup>1</sup>». Y consultándole sobre lo que debía hacer, añadía: «Dignaos guiar nuestros pasos y manifestarnos si creéis que debemos comunicar con él (Nestorio) o separarnos abiertamente de él, para que la conducta de los ortodoxos sea uniforme en estas provincias... El pueblo de Constantinopla no se junta ya con su obispo, a excepción de sus criminales aduladores y de un cortísimo número de personas de poca fe; casi todos los monasterios con sus abades y la mayor parte de los magistrados se han retirado de él; todos los orientales miran con el mismo horror que nosotros la nueva doctrina, y, para que Vuestra Santidad pueda bien conocerla, le trasmito los libros que la contienen, juntamente con los textos de los Santos Padres que la combaten, y las cartas que con tal ocasión he escrito».

El Sumo Pontífice San Celestino reunió un Concilio y, enterado de las doctrinas de Nestorio y de Cirilo, aprobó lo enseñado por éste, invitó a aquél a hacer penitencia, le conminó con la excomunión y deposición si en el término de diez días, después de recibir sus mandatos, no se retractaba de sus errores, y le ordenó admitiera en la comunión eclesiástica a todos los sacerdotes que había desterrado. Cirilo, como primer obispo de Oriente, fué deputado por el Papa para la ejecución del decreto pontificio. «Tal es nuestra decisión, — le decía Celestino a Nestorio, —

---

1 Cyr., Epist. IX ad Coelest.

que enviamos por nuestro amado hijo el diácono Posidonio a nuestro colega en el episcopado, el obispo de Alejandría, que ha tenido el celo de instruirnos sobre cuanto acontecía, y a quien hemos comisionado para obrar en nuestro nombre, y comunicarnos, así como a todos nuestros hermanos los obispos, lo que hemos ordenado»<sup>1</sup>.

En virtud de tan honrosa delegación, Cirilo reunió en Alejandría un Concilio de sus sufragáneos para con su consejo y acuerdo proceder con toda prudencia y seguridad en un tan importante y espinoso asunto. «En este intervalo, Juan de Antioquia, (dice el historiador Hergenroëther), antiguo discípulo de Nestorio, había recibido una carta del Papa; conforme a los avisos que ésta contenía, exhortóle, así como a algunos obispos reunidos en su casa, a no dar ocasión al cisma en la Iglesia y a ceder sobre la expresión Madre de Dios... En cuanto al término de diez días concedido a Nestorio, era corto, en verdad; pero un ánimo bien inclinado no necesitaba más que algunas horas para abandonar la controversia. Nestorio envió una respuesta respetuosa, pero dilatoria; se declaró dispuesto a tolerar la expresión que le era tan odiosa, habló con vehemencia del orgulloso egipcio y remitió la cuestión al concilio universal prometido ya por el Emperador»<sup>2</sup>. El Concilio provincial reunido en Alejandría, previa madura decisión, exigió a Nestorio, en conformidad con las disposiciones de la Sede Apostólica, la retractación formal y jurada de sus errores, dentro de los diez días de recibidas las cartas sinodal y del Pontífice Romano; y conociendo las astucias del heresiarca, compuso un extenso documento, en que exponía la doctrina ortodoxa sobre la Encarnación del Verbo, y le manifestaba que, además de aceptar el Concilio de Nicea, era absolutamente indispensable que adjurara sus errores según la fórmula que se le remitía. A este fin redactó Cirilo, para que Nestorio los suscribiera, doce puntos o artículos contra todas las impiedades que el hereje había enseñado, y juntamente con los demás documentos y otras dos cartas para el clero y monjes de Constantinopla, se los remitió por medio de una

1 Actae Con. Ephes., P. I, c. 15-20 (Mansi, t. IV, col. 1017-22; 1025-50).

2 Hergenroëther, Hist. ecl., t. II, n. 131.

legación compuesta de cuatro obispos de Egipto designados por el Patriarca y sínodo. Dichos artículos contra las diferentes manifestaciones Nestorianas, tan célebres en la Historia eclesiástica como en el dogma, son conocidos con el nombre de anatemas de San Cirilo. He aquí los más directamente relacionados con la cuestión principal que se ventilaba.

I.—Si alguno no confiesa que Emmanuel es verdaderamente Dios y que por consiguiente la Virgen es Madre de Dios, pues ha engendrado según la carne al Verbo de Dios humanado; sea anatema.

III.—Si después de la unión, divide alguno las hipóstasis en Cristo, o no las junta sino por una conexión de dignidad, autoridad o poder, y no por unión natural; sea anatema.

V.—Si alguno se atreve a decir que Jesucristo es un hombre que lleva en sí a Dios, en vez de decir que es Dios en verdad, como Hijo único y por naturaleza, en cuanto el Verbo ha sido hecho hombre y participa, como nosotros, de la carne y de la sangre; sea anatema.

X.—Llamando la Escritura a Jesucristo el Pontífice y Apóstol de nuestra fe, y diciendo que se ofreció por nosotros a Dios Padre en olor de suavidad, si alguno dice que nuestro Pontífice y Apóstol no es el Verbo mismo de Dios, después que se hizo carne y hombre como nosotros, sino que es este hombre que nació de mujer, como si fuese distinto del Verbo... sea anatema.

XI.—Si alguien niega que la carne vivificante del Señor sea la propia carne del Verbo que procede de Dios Padre, y si afirma que es la carne de otro unido al Verbo en cuanto a la dignidad y en quien la divinidad simplemente habita; y si no confiesa que es vivificante porque es la propia carne del Verbo que vivifica todas las cosas; sea anatema.

Nestorio, previendo el golpe fatal que le amenazaba, escribió al Papa Celestino asegurando que su augusta Persona había sido víctima de las astucias y engaños de Cirilo, acusaba a éste de grandes crímenes y herejías, y se justificaba a sí mismo, explicando su sentencia sobre la voz *theotocos* con expresiones ambiguas, aparentemente ortodoxas, pero heréticas en el fondo. Al mismo tiempo, con gran arteria logró conmovier muy acremente al Emperador contra el egipcio, que así llamaba a San Cirilo,

pintándole a sus ojos como hombre vengativo, revoltoso, soberbio y criminal, único causante y responsable de las luchas y disturbios levantados en la Iglesia y en el Imperio; y seguro de que con el favor que le dispensaba la Corte, y la amistad que mantenía con varios obispos orientales, alcanzaría completa victoria contra el Patriarca Alejandrino, aconsejó a Teodosio la inmediata celebración del Concilio Ecuménico. Por lo cual, el Emperador escribió una carta a los metropolitanos de sus dominios para que en la próxima Pascua de Pentecostés (431) se reunieran con sus sufragáneos en Concilio general, y otra a Cirilo, increpándole con dureza su conducta, y provocándole a dar razón de sí y de su doctrina en la asamblea ecuménica que proyectaba.

Cuando todo lo iba así Nestorio disponiendo, llegaron a Constantinopla los prelados comisionados por el Sínodo Alejandrino, y entregándole los documentos de que eran portadores, le intimaron su formal retractación bajo pena de ser depuesto de su oficio y ser separado de la comunión eclesiástica. Pidióles el herejarca espacio para deliberar, diciéndoles que volvieran al día siguiente por la respuesta, pero al presentarse según lo convenido los cuatro obispos, no les permitió la entrada en Palacio. Predicó a los pocos días en Santa Sofía contra Cirilo, aunque sin designarle por su nombre, tratándole de apolinarista y arriano, y desafiándole a un certamen singular sobre el dogma católico. Luego, para responder a los doce anatematismos de Cirilo, publicó otros doce anti-anatematismos en los que sin ambages expuso toda su impía doctrina, entregándolos a sus adeptos como escudo contra los errores de Arrio y Apolinar resucitados por el Alejandrino. «Si alguien, era el primer anti-anatematismo, llamare a Emmanuel (Cristo) verdadero Dios y no, como se debe decir, Dios con nosotros, puesto que habitó en nuestra naturaleza uniéndose a ella y tomándola de la Virgen María, y llamare a ésta Madre del Verbo Dios, en vez de Madre de Cristo... sea anatema»<sup>1</sup>. Un seglur muy instruido, el africano Mario Mercátor, que por entonces se hallaba en Constantinopla, fué el pri-

1 «Si quis eum, qui est Emmanuel, Deum verum esse dixerit et non potius nobiscum Deum... matrem etiam (V. Mariam) Dei Verbi et non potius ejus, qui Emmanuel est, nuncupaverit, anathema sit».



mero que, llevado del celo de la religión, refutó con muy fuerte réplica los anti-anatematismos Nestorianos, publicando su meritisima obra *Libro de los doce capítulos de las blasfemias de Nestorio*.

Sus dos últimos sermones <sup>1</sup>, modelo del disímulo, hipocresía y mala fe, y los anatematismos Cirilianos se los transmitió Nestorio a su gran amigo Juan de Antioquía, el cual, arrastrado de su afecto al Patriarca de Constantinopla, y de su envidia al de Alejandría, a quien veía tan honrado con la delegación del Vicario de Roma, se imaginó que la doctrina de Nestorio era ortodoxa, y herética la de Cirilo. Con esta falsa persuasión, quiso excitar a todos los obispos orientales contra el Alejandrino. Muchos de ellos censuraron los anatematismos. Andrés de Samosata, que gozaba de gran celebridad por su elocuencia y erudición, impulsado por el Patriarca Juan, así como Teodoreto de Ciro, sacaron a luz folletos muy violentos contra San Cirilo, reprendiéndole acremente sus inexactitudes teológicas y aun tratándole de hereje apolinarista. Pero tan pronto como Cirilo supo por su amigo Evopcio, obispo de Tolemaida, lo que contra él se había hecho, compuso el *Apologético de los doce capítulos, contra los orientales* y la *Respuesta a las acusaciones de Teodoreto contra los anatematismos*, donde con vigoroso raciocinio y riqueza de ciencia teológica refutó valientemente a entrambos escritores, poniendo primero el texto de cada anatematismo, a continuación las objeciones de los orientales, y después su respuesta y justificación <sup>2</sup>. Más tarde, el Concilio general de Calcedonia condenó los escritos de Teodoreto contra San Cirilo.

#### CAP. VIII.—TRIUNFO DE MARÍA

Perturbada tan hondamente como queda indicado, la paz de la Iglesia con tales disensiones, luchas, escándalos y persecu-

<sup>1</sup> Serm. Nest. XII-XIII.

<sup>2</sup> Entre los autores que exponen y defienden más ampliamente los anatematismos de S. Cirilo, pueden verse Petavio (*De Theol. dogm.*, de Inc., l. VI, c. XVII) y Natal Alej. (*Hist. eccl.*, saec. V, dis. VIII).

ción de parte de los sectarios, hacíase indispensable la celebración de un Concilio Ecúmenico, no ciertamente para aclarar, exponer y definir la doctrina católica, y proscribir los nuevos errores, que ya lo habían sido en primera y última instancia por el Romano Pontífice San Celestino, sino para confirmar más y más la fe ante la conciencia del pueblo cristiano, dar la mayor publicidad posible a la condenación de la herejía Nestoriana, a fin de evitar así el peligro de seducción entre personas ignorantes e incautas, y detener los progresos que el error estaba haciendo en el Imperio. Teodosio, prestando oídos a las peticiones del pueblo de Constantinopla, del clero y monjes que sufrían las vejaciones del Patriarca, y principalmente instado de Nestorio, que con sus malas artes esperaba triunfar de Cirilo en un Concilio general, arrogándose un derecho que no le pertenecía, por más que en ello su recta intención le hiciera excusable, convocó (19 de Noviembre de 430) el Concilio para la Pascua de Pentecostés, que el año 431 caía en 7 de Junio. «Ha sido del agrado de nuestros piísimos Emperadores,—escribió Nestorio al Papa Celestino antes de conocer la sentencia condenatoria de Roma,—abrir con la ayuda de Dios un Concilio de todo el orbe de la tierra para la investigación de otras cosas eclesiásticas<sup>1</sup>». El Papa, usando de gran prudencia, se avino a la determinación del piadoso Emperador y aun le alabó por su cuidado en procurar la paz, tranquilidad y prosperidad de la Iglesia, consintió en la suspensión de la sentencia pronunciada contra Nestorio hasta que se celebrara el Concilio, nombró, para que en él le representara, al Patriarca de Alejandría, y además envió tres legados suyos, los obispos Arcadio y Proyecto, y el presbítero Felipe.

\* En este hecho pretendieron apoyarse los Galicanos para establecer la superioridad doctrinal y disciplinar del Concilio sobre el Papa, ya que, según ellos afirmaban, la conducta de Celestino y de los Padres prueba que ni aquél tuvo su juicio por irrefragable antes de someterlo al consentimiento universal de la Iglesia, pues no hubiera permitido que se discutiera lo que ya

---

1 Nest., Ep. ad Cael.: «Placuit vero piísimis Imperatoribus, Deo adjuvante etiam synódum inexcusabiliter totius orbis terrarum indicere propter inquisitionem aliarum rerum ecclesiasticarum».

había sido por él definido, ni los Padres de Éfeso hubieran osado tratar de nuevo la sentencia dada por Celestino en el sínodo romano contra Nestorio. Pero ¿quién no ve la inconsistencia y inutilidad de tal objeción? El Concilio fué, ciertamente, convocado por Teodosio sin anuencia del Pontífice, el cual, atemperándose a las circunstancias por que atravesaba la sociedad y la Iglesia, por no desairar al Emperador, por otra parte piadoso y benemérito de la religión, y juzgando que nada había más conducente para confirmar en la fe a los indecisos, reducir o reprimir a los extraviados, que, reunidos todos los obispos en un lugar bajo el Romano Pontífice o sus delegados, proclamar a la faz de toda la Iglesia su unánime consentimiento en las materias impugnadas por los herejes, consintió de buen grado y aplaudió la idea de celebrar el Concilio Ecuménico, que no daría ningún valor intrínseco a la decisión Pontificia, pero contribuiría grandemente, como dice Jungmann <sup>1</sup>, a su solemnidad externa, «*quoad solemnitatem externam*». Por eso, en la epístola a sus delegados, les ordena proceder como jueces en el Concilio, sin mezclarse en las discusiones ni permitir que se pusiera en litigio la autoridad de la S. Sede o que se discutiera lo sentenciado por Su Santidad: «*Auctoritatem S. Apostolicae custoditi mandamus... ad disceptationem, si fuerit ventum, vos de eorum sententiis iudicare debeatis, non subire certamen* <sup>2</sup>». Y en la carta al Concilio (leída por los delegados en la primera sesión) les manifestaba su convicción de que acatarían sin duda alguna sus decretos <sup>3</sup>.

Por lo que hace a la decisión pontificia en la causa de Nestorio, el Papa, confiando que el Concilio reduciría al hereje, y a la par preparándole el camino, dispuso, respondiendo a una consulta sobre ello, que se suspendiera la sentencia de excomunión y deposición, caso de retractarse, y que de lo contrario, sin necesidad de la aprobación conciliar, se cumpliera la sentencia ya fulminada contra él desde Roma <sup>4</sup>.

1 Jungmann, *Dissertationes selectae in Hist. eccl.*, t. II, p. 243 (1880).

2 Ap. Constand, *Ep. RR. PP.*—Caelest. ep. XVII, t. I, col. 1552.

3 *Ep. Coel. ad Conc.*

4 *Ep. Coel. R. P. ad Theod. et ad Cyr. alex.*—*Conc. ephes.*, Act. II, apud Labbe, t. III, col. 659 seq.

Resuelta esta pequeña dificultad contra el Primado del Romano Pontífice, enfilemos la parte historial del Concilio. Éfeso, ciudad abundantemente provista de todo lo necesario para la vida, y de fácil acceso por tierra y mar, fué la designada para la reunión de los prelados, fijándose la Pascua de Pentecostés (7 de Junio de 431) para la primera sesión. Nestorio, para hacer ver la confianza que tenía en su causa y juntamente para aumentar el número de sus parciales, previniendo a los Padres, apresuró su marcha a Éfeso, acompañado de dieciséis obispos, incondicionales suyos, una turba de gente armada, el conde Irineo, su amigo, y Candidiano, que mandaba las tropas imperiales, y a quien Teodosio enviaba por su representante en la augusta asamblea, pero con orden expresa de no intervenir en las disputas del dogma, y limitarse a garantizar el orden del Concilio y su celebración, así como la tranquilidad de la ciudad, no permitiendo a los conciliares salir de Éfeso sin antes resolver tan grave asunto.

Como cuatro días antes de la Pascua, llegó San Cirilo con cincuenta obispos de Egipto, y poco después Juvenal de Jerusalén con los prelados de Palestina. Las Iglesias de África, a causa de las devastaciones de los Vándalos, no pudieron enviar sino al diácono Besula. Desde Éfeso, escribió Cirilo a los fieles de Alejandría, implorando sus oraciones por el triunfo de la fe<sup>1</sup>, y, mientras iban reuniéndose los obispos, dedicóse a entresacar de los libros de Nestorio los pasajes principales en que vertía sus errores (*Cyrilli deflorationes*) y varios testimonios de los Santos Padres contra la herejía, los cuales fueron después leídos en el Concilio. Los demás Prelados disertaban sobre la Bienaventurada Virgen María, y algunos disputaban con el Patriarca de Constantinopla, esforzándose por convencerle y reducirle de su mal camino.

Había ya pasado la Pentecostés, y aún no había llegado el Patriarca Juan de Antioquía con sus obispos orientales, los cuales en su mayor parte favorecían a Nestorio, cuyos errores no conocían perfectamente, y a quien, por las calumnias propaladas, suponían víctima de la mala fe y envidia de Cirilo, mien-

---

1 Cyr., Epist. XIX.

tras que a éste le miraban con malos ojos, creyéndole inficionado de apolinarismo. Cuando sólo le faltaban unos cinco días de jornada para llegar a Éfeso, envió delante a los metropolitanos de Apamea y de Hierápolis, para comunicar al Presidente del Concilio, en carta llena de demostraciones de amistad y respeto, que no se prolongara más la apertura de la asamblea, y que se diera inmediatamente principio a las deliberaciones. Sospecharon con razón los Padres que el Patriarca Antioqueno se proponía con esto no asistir a la condenación de su amigo Nestorio, sacado de su iglesia, y según iban pasando los días, crecían las justas quejas de los prelados por la injustificable tardanza de Juan, que tantos gastos, molestias y daños les ocasionaba, deteniéndolos inútilmente en Éfeso, donde varios obispos habían enfermado y algunos fallecido. Por eso, después de retrasar el Concilio quince días la fecha fijada por el Emperador, juzgando que no se debía esperar más, señalaron la apertura para el 22 de Junio. El conde Candidiano hizo grandes esfuerzos por impedirla, alegando falsamente la voluntad contraria de Teodosio; pero obligándole los Padres a presentar las órdenes que tenía, y visto que nada se establecía en contrario, sin ulterior demora, retirándose despechado el conde, determinaron abrir el Concilio. Protestó formalmente el partido Nestoriano, invocando la ausencia de Juan de Antioquía; pero los obispos, al fin, reuniéronse en la iglesia de Santa María para celebrar la primera sesión. Allí estaba como presidente del Concilio en calidad de representante del Papa Celestino, el Patriarca de Alejandría, Cirilo, pues aún no había llegado la delegación Pontificia, y, colocados a entrambos lados, cincuenta obispos de las dilatadas regiones de Egipto; el célebre Memnón, obispo de Éfeso, con cuarenta prelados asiáticos; Juvenal, acompañado de los obispos palestinos; y otros de varias regiones hasta el número de doscientos Padres. Sobre un trono erigido en medio de la Iglesia, colocaron los Santos Evangelios representando a Jesucristo que personalmente presidía el Concilio y le asistía con su inspiración: costumbre que después han seguido todos los demás Concilios de la Iglesia.

Imaginemos el gozo que en aquellos felices momentos inundaría el corazón del celosísimo defensor de la fe San Cirilo. Con

gran elocuencia y entusiasmo, en una de sus homilias, abre sus labios para saludar a los Padres y felicitarles por tal acontecimiento. «Mi ánimo, dice el Presidente de tan augusta asamblea, hondamente apenado por la impía blasfemia de Nestorio, suspiraba por la celebración de este Concilio, lleno de armonías y de encantos, concilio angélico, celestial. En él veo congregados a los maestros de la piedad, a los que son columnas y antorchas de nuestra fe; sus baluartes inexpugnables, sus puertos bonancibles, sus prudentes y fidelísimos administradores, sus artífices sapientísimos; los que señalan con su vida de evangelización por la tierra los derroteros del cielo; los émulos de los profetas, los sucesores de los Apóstoles, los Pontífices de las Iglesias santas; vengadores de la blasfemia criminal, de la persecución que padecemos y de los ultrajes inferidos a nuestro prestigio. ¡Cuánto gozo viéndoos sentados en el hermoso y divino trono del sumo sacerdocio, derramando dulzura y suavidad, pregoneiros espirituales del saber divino que venís de las cuatro partes del mundo, sin que las inclemencias del aire, ni las procelas del mar, ni el indómito furor de las olas, ni los vientos, ni las tempestades hayan sido bastantes para impedirnos concurrir aquí y asociarnos al entusiasmo de los fieles; antes al contrario, presurosos, en alas de vuestro deseo, mejor diré, llevados del temor de Dios y armados con la cruz, habéis venido para mostrarnos sapientísimos custodios de la Madre de Dios! Confortados con vuestras santas oraciones, demos a esta ciudad el parabién por tanta dicha. ¡Salve, ciudad de Éfeso, más hermosa que los mares, porque en vez de los puertos de la tierra se dieron cita en tí los que son puertos del cielo! ¡Salve, honor de esta región asiática sembrada por doquiera de templos a manera de preciosas joyas y consagrada al presente por las benditas plantas de muchos santos Padres y Patriarcas! Con su venida, te han colmado de toda bendición, porque donde ellos se congregan, se aumenta y multiplica la santidad: religiosos, fieles, ángeles de la tierra, ahuyentan ellos con su presencia todo satánico poder y toda afición pagana, lo mismo la de los porfirianos que la de sabelianos, apolinaristas, fotinianos... Ellos por decirlo de una vez, confunden toda herejía y son gloria de nuestra fe ortodoxa».

Abierta la sesión, un notario, el presbítero de Alejandría, Pedro, propuso la siguiente acusación: «Nestorio, poco después de ser elegido Patriarca de Constantinopla, ha turbado la paz de la Iglesia con doctrinas erróneas, sobre lo cual el piadosísimo obispo de Alejandría le ha escrito varias veces para apartarle de sus errores. Con el mismo fin le ha escrito el santísimo Pontífice de la Iglesia Romana, Celestino. Ved aquí los documentos justificativos». Antes de leerlos, a fin de proceder según los cánones, cuatro obispos, diputados el día anterior para notificar a Nestorio la apertura del Concilio, fueron a su residencia para intimarle, en segunda citación, que compareciera ante la asamblea de los Padres. Pero las tropas armadas que rodeaban su casa, opusieron por orden suya a que penetraran los delegados. Hizose tercera monición por escrito en estos términos: «Conformándose el Santo Sínodo con los Cánones y usando de dulzura, os cita por tercera vez. No rehuséis ya presentaros; que si os obstináis, el Santo Concilio, aunque con gran dolor, se verá obligado a sentenciar contra vos según los decretos de los Padres». Como no obtuviera esta monición mejor resultado que las precedentes, antes habiendo sido en ella insultados los prelados, Juvenal de Jerusalén dijo, en medio de la gran indignación de toda la asamblea: «Los extravíos de nuestro hermano deben causarnos mayor compasión que severidad; y si bien los cánones sólo prescriben tres moniciones, gustosos haríamos la cuarta y otras mil por salvarle; pero el guardar su casa con soldados es una triste prueba de que, habiendo cerrado sus oídos a las voces de la conciencia, mucho menos dispuesto está a abrirlos a las de nuestras caritativas amonestaciones. Es preciso, pues, pasar adelante, y ya que no podamos salvar a nuestro hermano, asegurar el depósito de nuestra fe».

Acto continuo, leyéronse los símbolos de los dos Concilios precedentes, en especial el Niceno, algunos testimonios de la Sagrada Escritura y pasajes de los más venerables Santos Padres, hasta el número de doce, respecto de la Encarnación del Verbo divino. Cotejaron con esta doctrina las cartas y los anatematismos de San Círiilo, y los Conciliares, admirando la profundidad del Patriarca Alejandrino, los aprobaron y aclamaron a una voz por ortodoxos. Expusieron luego las enseñanzas de

Nestorio, aduciendo pasajes de sus obras y su segunda epístola a Cirilo, en la que sin ambages manifestaba sus ideas. Acacio de Melitene y Teodoto de Ancira, amigos particulares de Nestorio, a quienes en su afán de atraerlos a su partido, les había, tres días antes, abierto su herético corazón, sin ocultarles ninguno de sus pensamientos, dieron público testimonio de que el acusado continuaba enseñando los errores que tan justamente se le atribuían. «Si he sido adicto a mi amigo, dijo en la asamblea Teodoto, amo mucho más los intereses de la Iglesia y aunque sea doloroso a mi amistad, daré testimonio fiel a la verdad católica. Lo que Nestorio ha dicho muchas veces, lo que públicamente ha enseñado y estampado en sus libros, lo ha repetido y lo sostiene después de nuestra llegada. Pocos días ha, le oímos nosotros y otras muchas personas que no se podía anunciar un Dios nacido de una Virgen, un Dios de dos o tres meses alimentado con la leche de una mujer». Confesaron todos los Padres, como artículo de fe, la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima, hecha en el instante de su Concepción, en dos naturalezas, la divina y la humana, pero en unidad de persona, que era la de Cristo nuestro Señor, y declararon como dogma que la Virgen María era verdadera y naturalmente Madre de Dios. Y convencidos de las blasfemias nestorianas, pronunciaron todos sucesivamente anatema contra el innovador y los que sostuvieran los mismos impíos errores. La sentencia de condenación fué redactada en los siguientes términos: «Habiendo rehusado Nestorio no solamente obedecer a la citación que se le ha hecho por nuestra parte, sino también recibir los venerables obispos nuestros delegados, no hemos podido dispensarnos de examinar sus impías enseñanzas. Convencidos, pues, como estamos, por lectura pública de sus cartas, sus escritos y por los discursos que acaba de pronunciar en esta ciudad, según fidedignos testigos auriculares, de que siente y enseña doctrinas impías; obligados por los cánones y por la carta de nuestro Santísimo Padre Celestino, con lágrimas en los ojos damos y pronunciamos la siguiente sentencia: Nuestro Señor Jesucristo ultrajado por las blasfemias de Nestorio, ha definido por este Santo Concilio que dicho Nestorio queda privado de la dignidad episcopal y separado de toda comunión y asamblea



eclesiástica». Al día siguiente, le fué intimada la sentencia aún con más energía por estas palabras: «A Nestorio, nuevo Judas, de parte del Sacrosanto Concilio congregado por la gracia de Dios en Éfeso, conforme a las órdenes de nuestro piadoso Emperador: sabed que por vuestras impías doctrinas y resistencia indómita a la autoridad de los cánones, os ha depuesto el Santo Concilio según las leyes de la Iglesia, y habéis caído de todo grado eclesiástico, a 22 del presente mes de Junio».

Esta primera sesión había durado desde la mañana hasta muy entrada la noche, con ser aquéllos los días más largos del año. Era Éfeso una ciudad esencialmente Mariana. Consagrada por la presencia de la Santísima Virgen, que en compañía de San Juan Evangelista había en ella morado bastantes años, profesábanla sus habitantes entrañable devoción, amándola por este particularísimo motivo como a su especial abogada y ternísima Madre. De aquí su especial interés en ver el fin de aquella asamblea en que se trataba de la gloria de la Reina de los Cielos atacada por Nestorio en el dogma de su divina Maternidad. Todo el día lo pasó el pueblo congregado a las puertas del templo, sin acordarse ni aun de comer, aguardando con santa impaciencia la sentencia condenatoria del heresiarca y el fausto nuncio de la victoria de su idolatrada Madre María. Ábrense las puertas del magnífico templo, para que los Padres se retiraran a sus domicilios, y en un instante, como una corriente eléctrica, se propaga la noticia de la sentencia dada contra Nestorio, estallando simultáneamente en todos los efesinos indescriptible entusiasmo y júbilo. Resonaban los aires con prolongados aplausos a los obispos; subían hasta los cielos cantos de regocijo, himnos a la Madre de Dios, coreados por infinitas voces; la ciudad toda apareció iluminada y engalanada como por ensalmo, y los efesinos todos, ebrios de dicha y gozo, en improvisadas procesiones, entre vitores, plácemes, aclamaciones y ricos perfumes quemados por las matronas en bandejas de plata, iban en triunfo acompañando a los Padres a sus respectivos domicilios, pudiéndose afirmar que no hubo jamás en Éfeso día más festivo y alegre que aquella memorable noche. Así consta, entre otros documentos, por la carta que San Cirilo envió a Alejandría, participándoles estos

sucesos. <sup>1</sup> Al día siguiente, se fijó en las plazas de la ciudad la sentencia de condenación, *una de las más solemnes*, dice Rohrbacher, *que ha pronunciado la Iglesia* <sup>2</sup>, y públicos pregones la anunciaban por las calles de Éfeso. Cirilo escribió al clero y pueblo de Constantinopla, dándoles cuenta de todo lo determinado por los Padres en el Concilio, y presidió la segunda sesión en la que pronunció un celeberrimo discurso en alabanza de la bienaventurada Virgen María.

Al poco tiempo, arribaron a Éfeso los delegados del Papa San Celestino (Arcadio, Proyecto y Felipe), y recibidos con gran honor por el Concilio, celebróse (10 de Julio) sesión, leyéndose las cartas del Romano Pontífice, a quien aclamaron los Padres por nuevo Pablo y custodio de la fe, comunicóse a los legados todo lo hecho en la causa y deposición de Nestorio y ellos firmaron la sentencia ya pronunciada. Algunos obispos que, engañados por Nestorio, habían hasta entonces formado en sus filas, abandonándole, se adhirieron al legítimo Concilio.

María había quebrantado la cabeza de la serpiente infernal. Su triunfo era completo: ya nadie podrá dudar de su divina Maternidad tan solemnemente proclamada por toda la Iglesia, quedando para siempre consagrada en labios del pueblo cristiano, para invocar a la Virgen Santísima, la fórmula *Santa María Madre de Dios*. Los Padres efesinos, el nuevo obispo de Constantinopla Maximiano, y el Emperador Teodosio enviaron después una comisión al Papa San Celestino para felicitarle por la destrucción de la herejía y derrota de Nestorio. «Entonces, dice Baronio <sup>3</sup>, créese haber sido añadida a la salutación angélica la segunda parte: *«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, etc.*

#### CAP. VI.—EN LA RETIRADA

Parecerá quizás totalmente exterminada ya en la Iglesia y el imperio la herejía Nestoriana, después de la primera sesión

<sup>1</sup> Cyr., ep. 34 ad Alex., de rebus in Synodo gestis.

<sup>2</sup> Rohrbacher, Histoire Univ. de l'Eglise, t. IV p. 412 (Paris, 1844): «Cette sentence l'une des plus solennelles qui aient été prononcées dans l'Eglise, etc.

<sup>3</sup> Baron., Ann. eccles., an. 431, CLXXIX: «Tunc et additamentum illud accipisse creditur Angelica salutatio: Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis, etc.»

del Concilio Efesino, en que aquella augustísima asamblea, a la faz del mundo, había aclamado a María por Madre de Dios. Pero a la manera que el enfermo, al presentir sus últimos instantes, parece recobrar a veces todos sus espíritus y fuerzas para resistir a la muerte; así al sentir la impiedad el golpe fatal sobre ella descargado por medio del Concilio, haciendo un supremo esfuerzo, revuélvese, aunque en vano, con todo furor, en medio de sus convulsiones, contra la sentencia y personas de los Padres Conciliares, a fin de evitar su aniquilación o, por lo menos, prolongar algunos días su efímera existencia. Cumplábase las palabras del Apocalipsis <sup>1</sup>: «Al verse arrojado el dragón, enfurecióse contra la mujer, y marchó a dar la batalla a los demás de su descendencia que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo, y se presentó sobre la arena del mar», coligándose con la bestia que subía del océano, protegida de siete cabezas, armada con diez cuernos y adornada con diademas reales, horrible a la vista por los nombres de blasfemia escritos sobre su frente.

Compendiemos en breves palabras esos postreros instantes y esfuerzos de la herejía Nestoriana.

Celebrada la primera sesión del Concilio y comunicada a Nestorio su condena y deposición, protestaron él y su amigo el conde Candidiano de todo lo hecho por los santos obispos, y enviaron al Emperador una falsa y calumniosa relación contra los Padres y en particular contra Cirilo y Memnón, obispo de Éfeso, participándole que el Concilio, iniciado sin hallarse presentes los obispos de Antioquía, no había sido sino una serie de tumultos, intrigas y violencias. Al fin de la epístola le decían: «Os suplicamos, señor, que, pues hemos venido aquí por vuestra orden, atendáis a nuestra seguridad, porque nuestra vida corre peligro; y que procuréis siquiera hacernos conducir sin riesgo a nuestras casas. Si queréis que se celebre el Concilio, ordenad, piadosísimo Emperador, que se congregue según las leyes debidas; que ningún sacerdote ni obispo comparezca en él, sin ser expresamente llamado, y que sólo asistan dos obispos de cada

---

1 Apocalipsis, c. XII, v. 17-8.

provincia con el metropolitano que tenga conocimiento de las cuestiones que se han de tratar». También los Padres escribieron a Teodosio notificándole las deliberaciones y resultado del Concilio, pero Candidiano, guardando todos los pasos por mar y tierra, consiguió impedir que las cartas llegaran a su destino. Entretanto, ejerció una verdadera persecución contra los preladados ortodoxos, valiéndose de sus soldados para insultarlos públicamente, originarles muchas molestias y aun privarlos de las cosas más indispensables en las cotidianas necesidades de la vida.

Trascurridos cinco o seis días de la condenación de Nestorio, presentóse en Éfeso Juan de Antioquía con treinta obispos, y gravemente ofendido de que en ausencia suya hubiera sido condenado su favorecido, de acuerdo con Candidiano, celebró inmediatamente en casa una asamblea con sus obispos y algunos otros Nestorianos, cuarenta y tres en conjunto, anuló todo lo hecho y decretado por el Concilio, condenó los anatematismos cirilianos, como plagados de arrianismo y apolinarismo, no comprendiendo el sentido de algunas frases de ellos, declaró depuesto a Cirilo y Memnón, y exigió que todos los Padres, más de doscientos, abrazasen su partido, excomulgando a los que se le opusieran. Enseguida envió a la Corte y al pueblo de Constantinopla relaciones de lo que habían determinado, y con el apoyo del brazo secular hizo sufrir a los miembros del Sínodo católico toda suerte de vejaciones. Sin embargo, es muy de notar que los cuarenta y tres obispos no se atrevieron a aprobar la doctrina enseñada por Nestorio y pronto muchos de ellos se adhirieron a San Cirilo. El legítimo Concilio citó por tres veces a Juan de Antioquía para que se presentara a dar cuenta de su conducta y demostrar las herejías y crímenes que atribuía a Cirilo y Memnón; pero habiendo rehusado comparecer, los Padres, con aprobación de los legados pontificios ya presentes, lanzaron contra él sentencia de excomunión, declararon nulo cuanto había sido decretado en el conciliábulo contra el obispo de Éfeso y el patriarca de Alejandría, y se lo comunicaron al romano Pontífice y al Emperador. «Es imposible explicar, dice un historiador <sup>1</sup>, todas las

---

1 Berault—Bercastel Hist. Ecl., t. 1, l. XV.

maniobras y engaños de que se valieron para extinguir o amortiguar la nueva luz que adquiría la verdad, para denigrar a sus defensores y en especial al obispo de Alejandría, y para impedir que llegasen a la Corte las cartas del Concilio, que Candidiano, como depositario de la autoridad imperial, hacía interceptar en todos los caminos. Los herejes, entretanto, inundaban todas las provincias con libelos y calumnias; escribían a las iglesias más ortodoxas esforzándose en pervertir a los hombres más piadosos y más sabios; inventaban las cosas más malignas y pintaban de tal modo los frívolos indicios, que consiguieron por lo menos precipitar en la incertidumbre a los que no pudieron persuadir del todo... El emperador Teodosio por su parte, habiendo recibido las cartas de Juan de Antioquía, y de sus secuaces, y no teniendo ninguna de los Padres del verdadero Concilio de Éfeso, tomó este silencio aparente como una confesión de su irregular conducta. En vano, para calmar sus recelos, envió diferentes señores de su Corte al lugar del Concilio, pues éstos se dejaron corromper por la política de Candidiano y por las maniobras de los sectarios, y a su regreso no le dijeron cosa alguna que no favoreciese a la secta. Por otra parte, habiendo vuelto a la capital el conde Ireneo y uniéndose algunos de los más poderosos muy adictos a Nestorio, no hubo resorte que no moviesen para que a lo menos quedase en duda la verdad de los hechos más incontrastables. Todos los obispos ortodoxos se hallaron como encarcelados en Éfeso, no sólo sin poder restituirse a sus iglesias, sino también sin comunicación con ellas, habiendo consumido cuanto llevaron, con muchas deudas, faltos los más de ellos de recursos y de crédito, cayendo diariamente enfermos, pereciendo de necesidad o de las incomodidades que tenían que sufrir». Uno de los delegados enviados por Teodosio para que fielmente le enteraran de los sucesos, reunieran a todos los obispos de ambos partidos y se resolvieran los asuntos que motivaban el Concilio, fué el conde Juan, su tesorero; pero también éste fué sobornado por los nestorianos y puso en prisiones a Cirilo, Memnón y Nestorio, aunque por pura ceremonia a éste. No pudiendo los Padres explicarse lo que contra ellos se ejecutaba, sino suponiendo que sus cartas eran interceptadas y que a Teodosio sólo llegaban falsas relaciones de los herejes, dieron a un hom-

bre de toda confianza el encargo de llevar, disfrazado de mendigo, y en el hueco de su bordón, las epístolas de los obispos al Emperador, sacerdotes y monjes de Constantinopla.

La indignación de toda la ciudad al informarse de los manejos, intrigas y violencias de los herejes y cismáticos, no tuvo límites. El clero envió una representación a Teodosio, conjurándole que no permitiese que fuese oprimida en su reinado la santa Iglesia, y asegurándole que, si se patrocinaba la maldad herética, hallábase dispuestos a sacrificar sus vidas en defensa del dogma y de los Padres efesinos. Los monjes todos de Constantinopla y sus contornos, capitaneados por el santo abad Dalmacio, que ante el peligro de la fe, abandonó su retiro, del que no había salido durante 48 años, dirigieron, seguidos del pueblo, al palacio imperial, entonando en dos coros himnos religiosos, como guerreros y atletas de la fe. Teodosio, profundamente impresionado a vista de semejante espectáculo, admitió a su presencia a los abades y les aseguró su amor y protección a la Iglesia de Dios, con lo que, alegres, volvieron en el mismo orden procesional al templo del mártir S. Mocio, donde, al leer, desde el púlpito, S. Dalmacio la carta del Concilio con la deposición de Nestorio, la multitud, fuera de sí de júbilo a la par que de indignación, prorrumpió en fervorosas aclamaciones a la Bienaventurada Virgen y anatemas al herejarca.

Tras varias vicisitudes, Teodosio ordenó que se presentaran ocho obispos de cada partido para oír a entrambas partes, y al fin, bien enterado de todo lo acaecido, declaróse abiertamente a favor del legítimo Concilio, puso en libertad a Cirilo y Memnón, y autorizó la consagración de Maximiano para sucesor de Nestorio. Para dar más firmeza a sus disposiciones, proteger el depósito de la fe y acabar con la herejía, publicó leyes en las que mandaba quemar los libros del impío Nestorio, lo mismo que los escritos contra el Concilio y la doctrina de San Cirilo, y prohibió conservar copias de tales libros heréticos. A los nestorianos les vedó el juntarse entre sí y decretó la confiscación de todos sus bienes. Los oficiales que tan inicuaemente habían engañado al Emperador, cayeron en desgracia suya y fueron desterrados de la Corte. Nestorio fué retirado a su antiguo convento de Antioquia para que hiciera penitencia de sus extravíos, y como con-

tinuara predicando sus errores, se le relegó al desierto de Oasi y después a otras partes de Egipto, donde murió miserablemente el año 451. Decíase que los gusanos le habían en vida comido la lengua, como en castigo de las blasfemias pronunciadas contra la Virgen María. Cirilo volvió a su ciudad y silla de Alejandría, siendo recibido en triunfo con jubilosas aclamaciones como un segundo Atanasio.

El cisma lamentable que tuvo origen en Éfeso entre los Padres y los orientales, duró todavía algún tiempo con gran escándalo y perturbación del estado eclesiástico, lanzándose por ambas partes excomuniones y deposiciones. Los orientales, esto es, Juan de Antioquía y casi todos sus sufragáneos, exigían la admisión de una sola naturaleza en Cristo, e interpretando mal algunos anatematismos cirilianos, veían en ellos errores apolinaristas y arrianos. Detestaban las perversas doctrinas atribuidas a Nestorio, pero defendían la persona de éste, afirmando que no había él enseñado tales impiedades y que, por tanto, su condenación era injusta. La causa católica defendíanla San Cirilo, Maximiano de Constantinopla, Teodoro de Ancira, los doscientos obispos congregados en Éfeso, el Emperador, el Romano Pontífice y con él todo occidente. Después de múltiples tentativas de paz, Juan de Antioquía hizo profesión de fe admitiendo una sola persona y dos naturalezas en Jesucristo, hijo de María, y suscribió la condenación de Nestorio, así como poco a poco, tras grandes disgustos, casi todos los obispos orientales, siendo recibidos por Cirilo en su comunión. Sixto III, sucesor de Celestino, aprobó con su autoridad la unión eclesiástica de los Antioquenos y Cirilo.

Los herejes que permanecieron contumaces, propagaron por todas partes, traduciéndolas al siríaco, al persa y al arameo, las obras de Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuesta, padres del nestorianismo, y, en folleto aparte, opusieron a los anatematismos de Cirilo varios pasajes de Teodoro. «Dícese que de este modo nada menos que diez mil escritos de Teodoro fueron puestos al alcance de los cristianos de Mesopotamia, Adiabene, Babilonia y países vecinos. Aquellas iglesias le dieron de un modo absoluto el título de Intérprete (de los Santos Padres), y el seguirle como a tal fué eventualmente la profesión precisa de la comunión nestoriana. «La doctrina de todas nuestras iglesias orienta-

tes, dice un Concilio bajo el Patriarca Marabas, está fundada en el credo de Nicea; pero en la exposición de las Escrituras, seguimos a San Teodoro». «A todo trance debemos permanecer fieles a los comentarios del gran comentador», dice el Concilio bajo Sabarjesús: aquel que de algún modo se oponga a ellos o piense de diferente manera sea anatema. «Nadie desde el principio del cristianismo, tuvo como Teodoro tan gran influencia literaria en sus hermanos, excepción hecha de Orígenes y Agustín<sup>1</sup>».

En verdad, los restantes nestorianos mostraron una firmeza digna de mejor causa. Nada les importaba su pequeño número. Creían que la fe estaba oscurecida y desfigurada; con gran arrogancia teníanse a sí mismos por el *pusillus grex*, el pequeño rebaño de la verdadera iglesia de Cristo, y según sus palabras, estaban tan persuadidos de la verdad de su doctrina, que aunque los monjes resucitaran todos los muertos en confirmación de las enseñanzas egipcias, ninguna mella harían en sus corazones para apartarlos de su fe.

¿Qué queda ya del nestorianismo? En el imperio Romano, desapareció muy pronto, y en 489 el Emperador Zenón suprimió totalmente la escuela de Edesa, que había sido el principal foco de las intrigas contra los católicos. En Persia, era muy crecido el número de los herejes, apoyados por el obispo de Nisibe, Barsumas, y favorecidos por la corte, extendiéndose luego a la Arabia, India y China<sup>2</sup>. A fines del siglo XIII, había en todo el Oriente cerca de ciento cuarenta obispos nestorianos. En los tiempos posteriores, la mayor parte de los sectarios fué exterminada por los hijos de Mahoma, y otros se unieron a la Iglesia, quedando reducidos desde el siglo XV a la costa de Malabar y a una pequeña región de Kurdistán. En el Pontificado de Julio III, a causa de un cisma surgido con motivo de la elección simultánea de dos Patriarcas nestorianos persas, uno de ellos se presentó en Roma para que el Pontífice le consagrara obispo, hizo profesión ortodoxa y recibió el título de Patriarca de los Caldeos, cuyo patriarcado consérvase todavía en el obispo católico de Bagdad, con unos cien mil fieles. En Persia, los nestorianos

Newman, Desenvolvimiento del dogma. (Barña, 1907) pág. 231-2.

<sup>2</sup> Hergenroether, Hist. ecl., t. II, c. II, n. 140-1.



tienen por jefe al Patriarca de Babilonia resistente en Kodschanes, de Kurdistán. «En cuanto a los cristianos de Malabar, —leemos en la Enciclopedia Espasa<sup>1</sup>,—calculaba Chabot, en 1904, (Hechos d'Orient, VII, 285) que los católicos son doscientos cincuenta mil, y los no católicos ciento veinte mil». Pero las estadísticas de que se sirvió Chabot eran sin duda muy antiguas. Limitándonos a los nestorianos en la costa de Malabar, sólo se hallan en el reino de Cochín, y según los datos fidedignos que, al escribir estas líneas, nos comunica Mons. Ángel María, Arzobispo actual de la Misión católica de Verápoly (Cochín Travancore) no pasan de doce mil; y aun se puede decir que sólo materialmente son nestorianos, por vivir bajo obispo y patriarca de esta secta. Tan es así, que en la ciudad de Trichur, donde mora el núcleo principal de los nestorianos, su mejor iglesia está dedicada a la Virgen de los Dolores, celebran las festividades de la Santísima Virgen y rezan, como los demás católicos, el Santo Rosario. Llámense Nazarenos y en general sirianos.

#### CAP. X.—INTENTOS DE VINDICACIÓN NESTORIANA

Incompleta quedaría la sucinta exposición que del nestorianismo hemos hecho en su parte histórica, y aun pudiera parecer que buscábamos las tinieblas, temerosos de la luz, si afectáramos desoir las voces que en diversas ocasiones se han levantado para vindicar la memoria de Nestorio librándole del estigma de hereje con que aparece en la Historia eclesiástica.

Quien primero se alzó para justificar al herejarca, fué el apóstata Lutero. Según el padre del Protestantismo, toda la controversia agitada entre el Patriarca de Alejandría y el de Constantinopla, y resuelta en el Concilio Efesino, no pasa de ser una logomaquia, pura cuestión de palabras. Nestorio pecaba más en el modo de expresarse que en el fondo de la doctrina, la cual era tan ortodoxa como la de sus adversarios, ya que sólo rechazaba el título de Madre de Dios por el abuso que de él podían hacer los herejes y los cristianos poco instruidos. Unica-

<sup>1</sup> Encicl. Espasa, t. 38, p. Nestorianismo.

mente a la tiranía del Papa Celestino, al orgullo y carácter fogoso y turbulento de Cirilo, y a su envidia contra Nestorio y Juan de Antioquía, se debió la resonancia e interés que tomó la pretendida herejía nestoriana condenada en Éfeso por los Padres, procediendo éstos contra toda regla de prudencia, caridad y justicia, y sin querer oír las excusas y pruebas de Nestorio.

A Lutero, en esta acusación lanzada contra San Cirilo, siguieron con gran ardor los Protestantes «defensores natos de todos los errores y de todos los herejes», distinguiéndose, entre otros, escritores como La Croze, Mosheim, Basnage, Gieseler, Schrockh, Saurin, Le Clerc, etc., que acumularon todo género de falsedades y calumnias para denigrar al acérrimo defensor de la Virgen y hacer la apología de Nestorio, sacrificado, en opinión de ellos, a la mala fe y aviesas pasiones de Cirilo, y tan ortodoxo como él, según pretendían demostrarlo con testimonios de Juan de Antioquía, Teodoreto, Sócrates y textos del mismo Patriarca Constantinopolitano, en que afirmaba la unidad de persona y doble naturaleza en Jesucristo y la maternidad divina de la Bienaventurada Virgen María. Pero ¿acaso no han sido ya mil veces refutadas tan falsas aseveraciones<sup>1</sup>, para que nadie pueda en nuestros días tomarlas en serio y detenerse en semejante asunto?

Por lo que mira a la pureza de fe de San Cirilo, fué aprobada por los Sumos Pontífices Celestino y Sixto III, y por el Concilio de Calcedonia, celebrado veinte años después del Efesino, y el Concilio de Constantinopla, quinto ecuménico, condenó los escritos de Teodoreto contra San Cirilo, declarando calumniadores a los que acusaban al Santo de hereje apolinarista. Más aún, la doctrina íntegra profesada por los Padres en Éfeso era la misma de Cirilo, que presidía tan augusta asamblea. En cuanto a la moral, los Protestantes más solícitos en buscar errores en los Santos Padres de la Iglesia, como Barberac, ninguno se han atrevido a señalar en las obras de San Cirilo.

Respecto de Nestorio, los testimonios alegados en favor de su ortodoxia pierden toda fuerza ante la indiscutible autoridad

---

<sup>1</sup> Cf. Jungmann, *Dissert. selectæ in H. Eccl.*, t. II, p. 229 (1880).

de los Padres Efesinos, que condenaron la doctrina nestoriana como verdadera y formal herejía. ¿Acaso la mayor parte de los amigos de Nestorio, como el Patriarca Juan y Teodoreto, que al principio, cuando no había aún expuesto clara y francamente su sistema el heresiarca, le seguían y excusaban, interpretando benignamente sus asertos, después, convencidos de su perversidad y errores, no le abandonaron y suscribieron la condenación contra él fulminada por los obispos? En vano se alegan frases de Nestorio, al parecer católicas, pues no eran sino ambigüedades con que procuraba celar su herejía, para engañar incautos. Así, negaba que Cristo fuera puro hombre, pero estaba muy lejos de admitir en él una sola persona divina; confesaba que en el Cristo, en el Hijo de Dios, existía unidad de sujeto, pero esta unidad entendíala en un sentido moral y no física y ontológicamente; permitía que en algún modo a la Virgen se la llamara Madre de Dios, pero negaba al mismo tiempo lo significado por tal nombre, no sufriendo que se la designara con aquel título sino en atención a la unión moral existente entre el hombre Jesús y el Verbo divino. ¿Quiérese prueba más convincente de sus errores que los doce anti-anatematismos que opuso a San Cirilo? ¿No bastan ellos, aun prescindiendo de otros innumerables instrumentos, para demostrar el pensamiento herético de su autor? Recordemos siquiera el primero, que directamente se relaciona con la Virgen Santísima: «Si alguien dijere que Emmanuel es verdadero Dios, en vez de llamarlo, como se debe, Dios con nosotros, pues que habitó en nuestra naturaleza, uniéndose a ella y tomándola de la Virgen María, y a ésta llamare Madre de Dios, en vez de Madre de Cristo, sea anatema». Era la réplica al primer anatematismo de Cirilo, en el que se confesaba a Cristo por Hijo de Dios, y a María se la declaraba Deipara. Por cierto, nadie podrá juzgar de la mente de Nestorio mejor que sus contemporáneos, aquellos Santos Padres que le habían oído predicar y exponer sus ideas, y habían leído sus escritos.

La audacia protestante llegó a lo sumo con la obra anónima que en 1645 dió a luz un calvinista en la que, condenando todos los Concilios, al condenar uno, se propuso demostrar que Cirilo y los Padres de Éfeso, así como Gregorio Taumaturgo, Dionisio

sio Alejandrino, Atanasio, Crisóstomo, eran impios y herejes, sectarios de Apolinar, Valentín, Manés y Dióscoro, y que en el dogma de la Trinidad habían gravemente errado Cirilo e Hilario. En cuanto al misterio de la Encarnación, rechazaba la comunicación de idiomas o propiedades, y negaba que María fuese verdadera y propia Madre de Dios. Para él Nestorio, oprimido por la insolencia, tiranía e injusticias de Cirilo, era católico muy piadoso, a quien debíamos venerar como mártir y doctor de la Iglesia. Obra tan escandalosa fué victoriosamente rebatida con gran profundidad, erudición y elegancia, tan pronto como apareció (1646), por el eminente teólogo Petavio, en todo el libro VI de su célebre *De Theologicis dogmatibus* (t. VI, lib. 6).

Modernamente, se ha disputado con gran calor sobre este punto, pretendiendo algunos escritores probar la ortodoxia de Nestorio. El protestante racionalista Loofs apela a las fuentes «a las que no se ha prestado suficiente atención», para mostrar que las cosas pasaron muy diferentemente de lo que refiere la tradición católica, y llega a concluir que «la cuestión nestoriana fué una cuestión de palabras. Si Nestorio hubiera vivido en tiempo del Concilio Calcedonense, hubiera pasado por una columna de la ortodoxia. El Concilio de Éfeso que le condenó, no merece mejor calificativo que el que condenó a Flaviano, y fué llamado latrocinio de Éfeso<sup>1</sup>». Pero aquí podemos preguntar con un escritor al teólogo de la protestante y racionalista Realencyclopedia: ¿Quién hubo de conocer mejor las primeras fuentes, aún sin prestarles tanta atención como Loofs: Cirilo de Alejandría y los demás autores de la tradición sobredicha, que tuvieron a su disposición todos esos *infinitos tratados* que Loofs, con Gennadio, atribuye a Nestorio, o Loofs y los demás contemporáneos que existimos tantos siglos después del incendio a que fueron condenados todos aquellos escritos, y que, en efecto, sólo nos han dejado en traducciones inseguras o en pequeños fragmentos en gran parte averiados, lo que Loofs ha recogido en su librito *Nestoriana*?<sup>2</sup> Sin duda, la autoridad de los Padres no hay argumentos que la puedan destruir.

1 Loofs, Realencyclopédie für prot. Theol., XIII, Art. Nestorius, p. 736.

2 Encicl. Espasa, Art. Nestorio.

Pocos años más tarde, en 1908, Bérthune-Baker, apoyándose en el libro, entonces inédito, «Libro de Heráclides», emprendió una apología del *ilustre proscrito*, en su «Nestorio y su doctrina: un nuevo examen hasta la evidencia»<sup>1</sup>, obra completamente falta de toda crítica, donde se propuso demostrar que la doctrina de Nestorio nada tenía de común con la de Teodoro de Mopsuesta, progenitor de la herejía nestoriana, y que tan sólo en la forma de expresarse, se apartaba de los SS. Padres, debiéndose, por tanto, su condenación a la mala interpretación que a sus palabras dieron Cirilo y el Concilio efesino.

Las disputas tomaron mayor incremento en 1911, al divulgarse, traduciéndola del siríaco al francés, la dicha obra atribuida a Nestorio «Tegourta Heraclidis» (Libro de Heráclides), que se creía perdida, cuyo único manuscrito existente, que se remonta al siglo XI, lo posee el patriarca de los Nestorianos de Kotchanes, en el Kurdistán turco<sup>2</sup>. La obra, de gran importancia en esta cuestión, acaba con tres apéndices, el último de los cuales es una carta de Nestorio a los de Constantinopla, exhortándoles a perseverar en la fe de Flaviano y del Papa San León, a quienes llama sus correligionarios.

Razones muy graves, como dice Lebón<sup>3</sup>, impiden atribuir esta obra a Nestorio. Pero aun admitida su autenticidad, y prescindiendo de otros escritos suyos, el «Libro de Heráclides», no sólo no puede vindicar la fe de Nestorio, antes lleva al ánimo del lector el convencimiento pleno de que el Patriarca de Constantinopla era verdaderamente hereje. Tal es la última consecuencia de la crítica imparcial.

«Corolario de esto—dice un autor—, es que Nestorio merece crédito al afirmar en su «L. de Heráclides»,<sup>4</sup> publicado por F. Nau, su solidaridad doctrinal con Teodoro de Mopsuesta; mas no lo merece al repetir que su doctrina estaba conforme con la que después sancionaron S. León, en su carta a Flaviano<sup>5</sup>, y

1 B-Baker, Nestorius and his teaching, etc. (Cambridge, 1908).

2 «Le livre d'Heraclides de Damas traduit en français par F. Nau, avec le concours du R. P. Bedjar et M. Brièse, Paris, 1910.

3 Revue d'Hist. eccles., Lovaina, t.-II, Julio de 1911.—Cf. «Gregorianum» (Muller), abril de 1921.

4 Págs. 291-293.

5 Ibid. págs. 298, 302, 330.

Flaviano en su proceso contra Eutiques <sup>1</sup>). Leído despacio el *Libro de Heráclides*, dice otro crítico, <sup>2</sup> «convence de que el pensamiento de Nestorio es el que se le viene atribuyendo desde que vivió». Su carta a los de Constantinopla le sería la más favorable; pero aun dada su autenticidad, al llamar correligionario a San Flaviano y San León ¿no se ilusionaba Nestorio? Lo cierto es que estos Santos le condenaron, como le ha condenado la tradición católica. Y creemos que, quien examine con cuidado los mismos escritos de Nestorio, incluso el *L. de Heráclides*, lejos de concluir, con M. J. T. Béthune-Baker, que Nestorio no fué nestoriano, se confirmará en que enseñó la herejía, admitiendo dos personas físicas en J. C. con unidad moral <sup>3</sup>). Nestorio, pues, continuará llevando siempre el estigma de heresiarca que merece <sup>4</sup>.

#### CAP. XI.—NESTORIANISMO MODERNO

El árbol de la herejía nestoriana, desgajado, destroncado y sin vida durante catorce siglos, desde que fué herido por el rayo del concilio efesino, ha tenido en nuestros tiempos dos retoños, aunque a la verdad, mezquinos, infructuosos y estériles, conocidos con el nombre de nestorianismo günteriano y nestorianismo simbolista de los protestantes liberales.

El nestorianismo resucitado por Günther y sus discípulos (Baltzer, Knood, etc.), consiste en explicar el misterio de la Encarnación admitiendo en Jesucristo una sola persona *formal y dinámica*, pero dos personas reales y distintas (numéricas). Véase por qué vías pretendió Günther llegar a esta conclusión dentro del dogma católico.

Su primer paso en el camino del error fué querer medir los dogmas de la fe con los criterios de la razón humana; pues «no comprendió bien—dice Pío IX,— que en las cosas pertenecientes a la religión, la Filosofía no es la señora sino la esclava; no

(1) *Ibid.*, págs. 310-374.—Dicc. E. Espasa, p. Nestorio.

(2) *La Ciencia tomista*, t. III, 1911, pág. 530.

(3) *Razón y fe*, t. XXXI, 1911, p. 257.

(4) Cf. «Gregorianum» (Muller), V. II, fasc. 2, (abril de 1921), pág. 263-84.

debe prescribir lo que se ha de creer, sino prestar un razonable obsequio; ni puede escudriñar los profundos misterios de Dios, sino piadosa y humildemente reverenciarlos»<sup>1</sup>. No pudiendo, pues, comprender que exista una naturaleza racional sin su correspondiente personalidad, ni persona sin su propia naturaleza, enseñó que a las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad correspondían tres naturalezas, y a las dos naturalezas, divina y humana, de Cristo, dos personas numéricas.

Para eso, asentó que el constitutivo formal de la persona consiste en la conciencia de sí mismo, en el conocimiento del yo: principio ambiguo y siempre falso, que abrazaron no pocos teólogos, como Kuhn, Dieringer, Staudenmaier, Berlage, etc. Ahora bien, decía Günther, Cristo en cuanto Dios, es consciente de sí mismo, y en cuanto hombre tiene también conocimiento de sí; de lo contrario, la naturaleza humana no estaría en él íntegra. Luego hay en él dos personas distintas, correspondientes a sus conocimientos o conciencias: el Verbo eterno y el hombre Jesús de Nazareth. Estas dos personas hállanse íntimamente unidas desde el instante de la concepción de Jesús en el seno de María; de suerte que la humana se reconoce a sí misma como destinada, ordenada y sujeta a la divina, y ésta se ve a sí como inseparablemente unida a aquélla, influyendo y obrando en ella por razón de su superioridad. De este mutuo conocimiento y subordinación de ambas personas, resulta otra compuesta y relativa. Por lo que coexisten, sí, en Cristo dos personas numéricas, pero también hay una persona *formal* (ya que la conciencia es la forma de la personalidad) y *dinámica* a causa de la relación de señora y esclava y de la mutua acción que existe entre las personas divina y humana. En este sentido se dice que hay en Cristo una Persona en dos naturalezas.

Pero ¿no es esto resucitar el puro nestorianismo condenado por la Iglesia? En manera alguna, responden los günterianos. Nestorio, dicen, no rechazó la unión personal, ni fué meramente por ello condenado, sino que negó tan sólo la existencia de esa unión desde el instante de la concepción humana de Cristo en el

1 Pius X, Denzinger, Enchiridion etc., n. 1514.

seno de María. Éste fué su error y la causa del anatema pronunciado contra él por los Santos Padres. La doctrina de Nestorio, concluyen, era real y verdadero dualismo, pero estotra es un dualismo mitigado que redundaba en la unidad; y si la Iglesia proscribió aquel error valiéndose de fórmulas que parecen contrarias a esta nueva exposición (güntheriana), debe atribuirse a pobreza de tecnicismo, a la condición en que se hallaba la filosofía y psicología en el siglo V; pues, a poseer los adelantos de la moderna filosofía, sin duda hubiéranse expresado de otra manera, sin excluir el dualismo personal en el Verbo encarnado. En confirmación de toda esta doctrina alega Baltzer aquella autoridad de San Anselmo: «In Christo Deus est Persona et homo est persona, nec tamen duae sunt personae sed una persona <sup>1</sup>». «Nadie negará, dice el empedernido güntheriano, que San Anselmo entiende en este lugar la persona de Cristo en el sentido de la Iglesia, de los antiguos Concilios de Éfeso, Calcedonia y Constantinopla, esto es, como compuesta, a modo de una síntesis, y por tanto como unidad formal de dos sustancias personales, reales, no como unidad numérica real... Puesto que, si en Cristo Dios es persona y el hombre es persona, y sin embargo no son dos personas sino una, Cristo Dios-Hombre no es una simple persona sino una persona compuesta con unión natural, en la cual la personalidad del espíritu humano en su esencia real no está excluida por la personalidad del Verbo <sup>2</sup>».

No menos expresamente, dice Baltzer <sup>3</sup>, enseñan los Concilios que en Cristo no hay *unidad aritmética* personal, sino dos sujetos de los que se predica el *yo*, y que componen una persona con *unidad copulativa y formal*. Y como prueba fehaciente, cita <sup>4</sup> cierto símbolo inserto en la sesión primera del Concilio Calcedonense <sup>5</sup>.

No es justo pasar adelante sin satisfacer brevemente a estos fútiles argumentos de la escuela güntheriana, mostrando la fal-

1 Ansel., L. de Inc. Verbi, c. VI.

2 Baltzer, Epp. ad Ant. Günther, ep. X.

3 Novae ep. ad Anf. Günther, 1853.

4 Ib. p. 162-3.

Collect. Mansi, t. VI, p. 89.



sedad de los dos principios en que se apoya su sistema: el principio filosófico, que hace consistir la personalidad en la conciencia de sí mismo, y el principio histórico dogmático de que Nestorio fué condenado por negar la perpetua unión de ambas naturalezas en Jesucristo. «Sin duda, dice el teólogo Janssens, que la racionalidad, cuya evolución engendra el conocimiento de sí mismo y de las demás cosas, es la razón de la dignidad personal del hombre sobre los demás animales. Pero la conciencia de sí no constituye la persona; más es un accidente de la naturaleza racional que el principio de su subsistencia. Por lo cual habrá tantas conciencias de sí mismo cuantas naturalezas racionales en perfecta evolución, sin que por eso el número de naturalezas corresponda al de personas, ni éstas deban ser necesariamente tantas cuantas naturalezas y conciencias de sí mismo»<sup>1</sup>. Así, concretándonos a la Encarnación, Cristo en cuanto Dios, se conoce a sí mismo como unigénito del Padre y juntamente hijo de María, y ve que la naturaleza humana tomada de la Virgen subsiste en la segunda Persona de la Santísima Trinidad: Cristo, en cuanto hombre, por la luz natural entiende su naturaleza humana, y por la luz de la visión beatífica conoce la naturaleza y persona del Verbo y ve que éste sustenta su naturaleza humana.

Son, pues, dos conciencias distintas las que hay en el Verbo, pero se compenetran, atestiguándolo todo eso un mismo sujeto, y no sólo no producen la unidad de persona, sino que la reconocen y suponen. Esta es la solución católica, sosteniendo la unión real de ambas naturalezas en Cristo, mientras que la solución güintheriana, no pudiendo el conocimiento mutuo de ambas naturalezas acrecentar y menos producir la unión de ellas, vuelve, necesariamente, a la unión moral predicada por Nestorio, cual es la que existe entre Dios y los grandes santos.

No menos falso es que el principal error de Nestorio se refiriera al tiempo y no a la índole de la unión. El mismo heresiarca afirmaba frecuentemente que la unión por él defendida había sido hecha en el mismo instante de la concepción de Cristo, ni negaba a María el título de Theotocos porque después Jesús hu-

1 Janssens, Praelect. theolog. De Verbo incarnato, t. IV, q. II, a. VI appendix.

quiera llegado a ser hijo de Dios, sino porque el Eterno no podía nacer de mujer. Lo mismo se desprende de las Actas y anatematismos de los Concilios, ya que ni los Padres reprendían a Nestorio porque negase la unión perpetua, ni hay mención de tal controversia en los Concilio efesino, calcedonense y constantinopolitano primero.

Inútilmente se esfuerzan los günterianos en traer a su partido, interpretándolos erróneamente, textos de los Santos Padres y definiciones conciliares, cuyos cánones son tan terminantes, que sólo la unión numérica (y no la *formal-dinámica*) puede admitirse <sup>1</sup>. Ciertamente, «en Cristo, dice Anselmo, Dios es persona y el hombre es persona, mas no son dos personas». Pero el claro sentido de estas palabras es que podemos considerar a Cristo Dios como persona, y a Cristo-Hombre como persona, pero con una sola y misma persona numérica. Y querer interpretar esa sentencia, como si Anselmo no admitiera más unidad personal que la colectiva o compuesta, de los günterianos, es calumniar evidentemente al Santo, según lo hizo el obstinado Baltzer. Respecto del símbolo *falsatum* que este mismo autor alega en confirmación de sus errores, hállese, ciertamente, en las actas del Concilio Calcedonense, pero no como exposición de la fe, sino como *instrumento* para el asunto de que allí se trataba. Era el símbolo compuesto por Teodoro de Mopsuesta y condenado en la sesión sexta del Concilio de Éfeso, al presentarlo con este intento el presbítero Carisio. «El «Latrocinio de Éfeso» o concilio de Dióscoro insertó en sus actas toda la sesión sexta del Efesino, y habiendo el Calcedonense vuelto a tratar la cau-

1 Los Teólogos han disputado largamente sobre si Cristo y su persona pueden llamarse compuestos. La persona de Cristo, tomada en concreto, esto es, Cristo, el Verbo eterno, no admitiendo composición, no es compuesto; pero la persona de Cristo, en cuanto Dios y hombre, bien puede llamarse compuesta por tener en sí la naturaleza humana y la divina, o sea, como dice Santo Tomás, *in quantum unum duobus subsistit* (III p., q. 2, a. 4).—Para evitar toda ambigüedad y error, lo más conveniente es denominar a la persona de Cristo simple (contra el nestorianismo antiguo y moderno), y al mismo Cristo, compuesto (contra los eutiquianos). Véase sobre esta cuestión: San Buenaventura (in III, D. 6, a. 1, q. 2); St. Thom. (ubi supra); Suarez (D. 7, s. 4); Thomasinus (De Inc. I, III, c. 6); Franzelin (De Verbo inc., thes. XXXVI); Petav. (De theol. dog., I, III, c. 12); Vázquez (in III P., d. 6, s. 4); Pesch (t. IV, p. I, 1, 2); etc.

sa de Dióscoro, allí debió aparecer el símbolo de Teodoro, de donde lo tomó Baltzer. Es pues un símbolo Nestoriano. Al leer los Padres del V Concilio (Constantinopolitano II) el «*Sceleratum Symbolum Theodori*», exclamaron unánimemente: «¡Este símbolo lo compuso Satanás! ¡Anatema al que lo compuso! Este símbolo lo condenó el Sínodo Efesino, así como a su autor<sup>1</sup>».

No es de extrañar que Cirilo lo hubiera llamado *exposición llena de perversos conceptos y de impiedad nestoriana*<sup>2</sup>, y que el Concilio Efesino lo hubiera anatematizado<sup>3</sup>.

Siendo, pues, la teoría de Günther y sus discípulos verdadero nestorianismo, con razón fué condenado por la Congregación del Índice en 1857; y como los günterianos quisieron evadir la condenación, alegando que ninguna proposición en particular había sido proscrita, Pío IX, en el mismo año, escribiendo al Cardenal Arzobispo de Colonia sobre los escritos de Günther, señaló los errores de éste en particular, afirmando, después de censurar su doctrina sobre la Santísima Trinidad, que no eran menos reprobables las enseñanzas que defendía sobre el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios<sup>4</sup>. Y en 30 de Marzo de 1857, escribía igualmente sobre la escuela günteriana al obispo de Breslau: «No son pocas ni leves las cosas que se hallan en dichos libros contrarias a la verdad católica, entre las cuales se deben contar especialmente las que el autor defiende sobre la Santísima Trinidad y la Encarnación del Señor»<sup>5</sup>. A mayor abundamiento, recordaremos que entre los esquemas del Concilio Vaticano hállanse los Cánones segundo y tercero que dicen así: «Si alguien negare que la naturaleza humana de Cristo está unida al

1 «*Hoc symbolum Satanas composuit! Anathema ei qui hoc symbolum composuit! Hoc symbolum ephesina synodus una cum auctore ejus anathematizavit.*»

2 Cyr. alex., ep. ad Procl.: «*expositionem perversis plenam intellectibus et nestoriana impietate stillantem.*»

3 «*Si qui inventi fuerint sive sentire, sive docere ea quae continentur in expositione oblata a Charisio presbytero de Unigeniti Filii Dei incarnatione, sive scelerata et perversa dogmata quae et subnexa sunt, subjaceant sententiae sanctae hujus et universalis synodi.*»

4 «*Neque meliora, neque accuratiora esse quae traduntur de sacramento Verbi incarnati; deque unitate divinae Verbi personae in duabus naturis divina et humana.*» (Denzinger, Enchir., symb. et def., n. 1509).

5 Cf. Denzinger, l. c., n. 1513.



Verbo de tal manera que el Verbo subsista en ella, como haciéndose la propia, sea anatema... Si alguien introduce dos personas en el misterio de Cristo, la divina y la humana, las cuales unidas desde la concepción con lazo indisoluble constituyan una persona compuesta, sea anatema». Semejante a la doctrina de Günther es una proposición, la 27, <sup>1</sup> de Rosminio condenada por la Santa Sede.

Mucho más avanzado y pernicioso es el Nestorianismo moderno que llamaríamos *simbolista*, profesado por los protestantes liberales, al enseñar que Jesús, el hijo de María, propiamente no es sino una persona humana, que puede llamarse divina porque, habiendo Dios determinado desde la eternidad representar en el hombre Jesús la norma de la verdadera y perfecta Religión, hizo de él un tipo perfectísimo en este orden, y lo constituyó representante y cabeza de los genuinos adoradores de la divinidad. Por razón, pues, de esta idea divina en él realizada, puede denominarse persona divina; y no otra cosa querían significar los antiguos cuando, por no poseer el tecnicismo filosófico de los modernos, apellidaban a Jesús divino, persona divina, Dios.

Siendo esta teoría una manifiesta negación de la divinidad de Jesucristo, no hay por qué detenerse en refutarla, aunque si convenía notarla, dice Pesch, para no caer en engaño al oír a los protestantes liberales dar a Cristo atributos divinos y aun llamarle Dios, como los católicos, siendo así que su modo de expresarse no tiene otro fin que el de ocultar con palabras piadosas su impiedad <sup>2</sup>.

1 Prop. 27 inter damn.: «In humanitate Christi humana voluntas fuit ita rapta a S. Sancto ad adhaerendum Esse objectivo, id est, Verbo, ut illa Ipsi Integre tradiderit regimen hominis et Verbum illud personaliter assumpserit, ita sibi uniens naturam humanam. Hinc voluntas humana desiit esse personalis in homine, et cum sit persona in aliis hominibus. in Christo remansit natura». (Denzinger, Enchir., n. 1762).

2 Pesch. Praelect. dogm., t. IV, p. 1.<sup>a</sup> s, I, a. I, n. 7: «Haec ideo notanda sunt, ne forte quis putet libérales Protestantes, si Christo tribuant praedicata divina aut eum Deum vocent, uti verbis sensu proprio, quo Catholici loqui solent, cum illorum loquendi ratio solum eo valeat, ut piorum verborum involucris impietatem suam tegant».

## SAN CIRILO Y LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

por Fr. Ángel Vega González, Agustino.

LEMA: *Cirilum celebros Domini mei amicum,  
et Dominae semper Virginis propugnato-  
rem.*  
(Migne: vida del Santo, T. 69 (P. G.)  
col. 14).

### INTRODUCCIÓN

Cosa magnífica es cantar las glorias de la Virgen, predicar sus grandezas del Oriente al Occidente, y del Septentrión al Mediodía, llevando a través de las montañas, de los desiertos y de los mares las palabras sencillas pero sublimes, que encierran el más grandioso y encantador poema que han visto y verán las gentes de toda nación y pueblo, cuyas páginas han sido escritas con sangre, con la sangre de un Dios moribundo: poema de suspiros y lágrimas, de angustias y agonías de muerte, tanto más admirable, cuanto celestial y divino, realizado en la obscuridad y en el silencio; viniendo a tener, no obstante, trágico y sangriento desenlace en la publicidad de todas las naciones, a la vista de todas las razas, cuando entre los cielos y la tierra quedara el Santo de los santos, suspendido en un infame patíbulo. Aparecieron en la escena de este poema sobrehumano dos personajes tipos, cuyos papeles se requieren y se completan. Ambos tienen la misma misión, ambos el mismo fin: baja el uno del Cielo para habitar con el hombre de la tierra; procede el otro de la tierra y sube hacia el Cielo, encontrándose con la divinidad y dándose el abrazo más estrecho que existió nunca. Que-

daron con tan milagroso abrazo unidas ¡ambas naturalezas: quedó la humana investida de la divinidad; apropióse Dios la carne con todas aquellas condiciones que a la carne son debidas: entroncaron los hijos del destierro y de las lágrimas con el Rey Supremo de lo criado: acercóse la criatura a su Criador, adentrándose hasta el seno de los amores más puros. Resumido está este magnífico poema en dos bellas canciones de amor y de misterio saturadas, que revelan bien el papel desempeñado por cada uno de sus actores. Cántase en la primera aquella hermosa jornada que, teniendo por aledaños la eternidad, vino a consumarse en el mundo al llegar la plenitud de los tiempos: «In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum: et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis». Oyése resonar en la segunda el eco bajado del Cielo, abarcando en su pequeño círculo, la inmensidad de lo infinito: «Ave, Maria, gratia plena: Dominus tecum: Benedicta tu in mulieribus... Sancta Maria Mater Dei ora pro nobis peccatoribus».

Bien pudiéramos decir que en las palabras precedentes se contienen todos los misterios de nuestra Religión, y que de ellas brotan, como ríos caudalosos cuyo origen piérdese en el fondo de los valles, las verdades más consoladoras del Cristianismo, los problemas más trascendentales del género humano, como que con ellos se resuelven los destinos eternos de la criatura, revelándose en admirable concierto las trazas de la providencia, y la economía de su infinita bondad, decretada antes de ser los siglos, en favor los mortales.

Ello es que, al llegar la plenitud de los tiempos, poniendo Dios en ejecución su decreto, determinábase a resolver el más tremendo de los conflictos: el conflicto entre su infinita misericordia y su infinita justicia. Y el conflicto quedó resuelto con creces, pues que las obras de Dios no son menguadas, como las de los hombres, y no en vano lleva los títulos de misericordioso y omnipotente: quedando el hombre desde entonces restablecido en su antigua dignidad, elevado hasta el trono mismo de Dios, a título de hijo del Excelso, como lo canta el Rey Profeta: «Yo he dicho que sois dioses e hijos todos del Altísimo» (Psal. 81, 6). Entre los modos infinitos en número que podía utilizar la Providencia, para llevar a cabo la regeneración de nues-

tra naturaleza sin menoscabo de sus atributos divinos, plúgole el más conveniente a las frazas de su economía, cual fué el hacerse hombre en las entrañas purísimas de una Virgen. Así quedó constituido el más amoroso de los misterios, la obra más encantadora y saludable que pudo llevar a término el amor purísimo de Dios; así quedó saciada el ansia que el Señor tenía de amarnos, así quedó fortalecida nuestra flaca naturaleza, restablecido el orden, burlado el demonio, vencida la muerte. Así se anonadó hasta hacerse hombre, el que es Dios desde la eternidad, para elevar nuestra naturaleza hasta el trono de su gloria, hasta aquel trono que había perdido en el tiempo de su ruina, elevando también hasta los confines de la divinidad a la persona de la más humilde de las criaturas, al escogerla para Madre, y Madre verdadera del Dios verdadero. De aquí se desprenden dos cosas que han de tenerse muy en cuenta para penetrar el fondo y verdadero sentido de las obras del Santo, cuya apología pretendemos hacer, como acérrimo defensor de la Maternidad divina de la Virgen. Es la primera, la íntima union que existe entre el dogma de la Maternidad de la Virgen y la Encarnación del Verbo, con los demás que de este se derivan; porque, si aparece entre los hombres el que es *camino, verdad y vida*, no aparece sino naciendo de una Virgen; y si el Verbo de Dios derrama su sangre para rescatarnos, es después de tomarla de aquella purísima Doncella Nazarena; y si, llevado de su ardiente amor hacia los hombres, queda con ellos escondido hasta la consumación de los siglos, no es sino después de habitar nueve meses en el vientre de su Madre, delicioso sagrario consagrado por su divinidad, como primer templo donde moró el que tiene por límites lo infinito, el que con solo su querer pudiera sepultar en el abismo de la nada cuanto de sus manos recibiera la existencia.

Lo segundo, que, como consecuencia lógica y necesaria de aquí se deduce, es que de este dogma de la Maternidad, a parte de ser «fundamento de la Encarnación, Redención y Eucaristía, los tres grados del amor divino con que nos libra de la muerte, elevándonos a la participación de su vida»<sup>1</sup>, nacen todos los

<sup>1</sup> Augusto Nicolás. — María y el plan divino, trad. de la 5.<sup>a</sup> edición francesa. — T. 4.<sup>o</sup> pág. 70.

títulos con que la Iglesia ha saludado a la que, siendo Madre de la Vida, lo es también de todos los vivientes, «siendo tanta la excelencia de la Divina Maternidad, que viene a constituir como la médula y el centro sobre que gira toda la sublimidad de María»<sup>1</sup>. Y en verdad que si la saludáis con el título de Señora y Reina, es porque a Ella rendido permaneció treinta años el que es Rey de todo lo criado y Señor de los que dominan; y si Virgen la queréis llamar y *Virgen de vírgenes*, es porque estaba escrito su destino para albergar en su seno purísimo al que es la fuente misma de la pureza; y si os place llamarla Madre de la gracia o del amor hermoso, es porque habitó en Ella la plenitud del Espíritu Santo y la heroseó con el don precioso de Sí mismo el amor de los amores. Y discurrid por todos los títulos de su grandeza, e inventad, si podéis, otros nuevos para honrarla, y preguntad después la razón de tales títulos, y siempre llegaréis a esta respuesta: porque es Madre de Dios, fuente y raíz de todos los títulos y grandezas. Síguese ya la gran importancia práctica que lleva consigo la afirmación o negación de este dogma de la Maternidad divina, como que de él depende la afirmación o negación de los más augustos misterios, la afirmación o negación de las verdades más consoladoras del Cristianismo; existiendo tal trabazón entre unas y otras, tal dependencia de este augusto misterio, que «todo este edificio de nuestro destino en Jesucristo es fantástico e ilusorio, a no hacerlo real la Maternidad de María»<sup>2</sup>.

Ved cómo se expresaba ya en el siglo tercero el sabio Arquelao, hablando contra el impío Manés<sup>3</sup>: «Si, como tú aseguras, Jesucristo no ha nacido, tampoco puede haber resucitado, por ser imposible que quien no ha nacido padezca; si no ha padecido, preciso es que desaparezca hasta el nombre de la Cruz. Suprimida esta, Jesús no ha resucitado de entre los muertos. Y si Jesús no ha resucitado de entre los muertos, ninguno otro re-

1 Janssens, Sum. Theol., T. 5.º pág. 468.

2 Augusto Nicolás, T. citado, pág. 70.

3 Acerca de la originalidad del «Acta disputationis Arquelai episcopi Mesopotamiae et Manetis heresiarchae» Vid. J. A. Onrubia en su Patrología. Para nuestro caso lo mismo da que sea de Arquelao, como quieren unos, que de Hegemonio, según pretenden otros.



sucitará. Si ninguno ha de resucitar, no habrá juicio, porque en verdad es muy cierto que si yo no resucito, yo no puedo ser juzgado. Y si no ha de haber juicio, en vano observaremos los mandamientos de Dios; no hay para qué enfrenar nuestros apetitos: comamos y bebamos, pues mañana moriremos. Todas estas cosas se encadenan por quien niegue que Jesús haya nacido de María <sup>1</sup>. Si por el contrario confiesas que nació de María, la pasión sigue al nacimiento; a la pasión la resurrección; a la resurrección el juicio; y todos los preceptos de la Escritura están en salvo. No se trata aquí de una vana cuestión; sino de una cuestión que contiene muchas cosas en estas solas palabras: Así como toda la Ley y los Profetas se hallan contenidos en el doble precepto, de igual manera toda nuestra esperanza se halla suspendida del parto de la Bienaventurada María <sup>2</sup>.

Este mismo razonamiento, repetido más tarde por San Cirilo, como tendremos lugar de ver, es la voz unánime de toda la Iglesia, que hablaba en los primeros siglos por boca de los Santos Padres, intérpretes y transmisores fieles de la tradición, según la recibieron de los Apóstoles mismos y de los Evangelistas que escucharon la palabra de Dios de los labios del que es todo verdad.

De aquí es que la Iglesia haya reconocido siempre este Dogma, como base y fundamento de otros muchos, que vienen a constituir el depósito inapreciable que le mandó en arras Jesucristo. No me defenderé a probar esta verdad con los lugares del Antiguo y Nuevo Testamento, donde se habla de la Maternidad divina de la Virgen, cosa que se verá más adelante, al exponer las doctrinas de San Cirilo; mas citaremos sí, aunque sólo de paso, algunos testimonios en apoyo de esta tradición, conservada hasta el gran Concilio de Éfeso. Léense en las Constituciones atribuidas a los Apóstoles dos cánones, relativos a la Maternidad de la Virgen. Dice así uno de ellos: «Si algún Obispo cruel no perdonase a un penitente verdaderamente arrepentido,

---

<sup>1</sup> Y por consiguiente, para quien niegue que María es Madre de Jesús, esto es: Madre del Salvador del mundo, Madre del Dios-Hombre. Téngase en cuenta lo que dejamos dicho de la reciprocidad de estos dos misterios.

<sup>2</sup> Augusto Nicolás, T. citado, págs. 90-91.

pecará contra el Señor su Dios, queriendo ser más justiciero que el mismo Dios, no recibiendo al hombre que Dios recibió por Cristo; y por cuya causa envió Dios a la tierra a su Hijo hecho hombre para bien de los hombres; y por cuya causa también quiso que el que era Autor y Criador del hombre y de la mujer, hiciese su entrada en el mundo, *naciendo de una mujer*». Y en otro canon dice que «el Día del Señor en esto aventaja a los demás días, en que nos recuerda al mismo Mediador, Providente, Legislador, Autor de nuestra resurrección, Primogénito de toda criatura, Dios Verbo, y Éste hecho Hombre y nacido de María Santísima sin obra de varón, que vivió en justicia y santidad y fué puesto en Cruz bajo el poder de Poncio Pilato, y fué muerto y de entre los hombres resucitado»<sup>1</sup>.

Tal era la fe de los primeros creyentes, y tal se conservaba a principios del siglo tercero, confesada por el concilio de Antioquia contra Pablo de Samosata, que «no veía en Jesucristo cosa que le distinguiese de los demás hombres»<sup>2</sup>. Y, mientras afirmaba que había en Jesucristo dos personas y dos Hijos de Dios, uno por naturaleza y otro por adopción,<sup>3</sup> destruyendo así el dogma de la divina Maternidad, confesaba dicho concilio, asistido por el Espíritu Santo, que «el Hijo que está cerca del Padre es Dios verdadero, Señor de todas las criaturas, y que fué enviado por el Padre desde el Cielo, y se hizo hombre después de tomar nuestra carne. Por lo cual su cuerpo, tomado de la Virgen, en el cual habitó corporalmente la plenitud de la Divinidad, fué unido a la misma divinidad sin mutación de naturalezas»<sup>4</sup>.

La misma fe y la misma doctrina confesaba en el siglo cuarto el concilio tercero de Roma, convocado por San Dámaso para condenar las horrendas blasfemias de los Apolinaristas, como eran el decir, entre otras cosas, que el cuerpo de Jesús tenía la misma naturaleza de la divinidad, y que, bajado del Cielo, sólo pasó por María como por un canal; y que, por lo tanto, no era la

1 Sum. Aur. T. 7, col. 643.

2 S. Lig. Hist. de las herej. T. 1.º pág. 41.

3 De los errores del Samosateno hablaremos más adelante.

4 Sum. Aur. T. VII.º col. 644.

Virgen no podía llamarse Madre de Dios. Contra estos y otros desatinos equivalentes, condenados ya por San Atanasio en el concilio de Alejandría en el año 362, protestó este Concilio, fulminando contra los impíos anatemas terribles, entre los cuales se cuentan los dos que siguen: 1.º Si alguno no cree en la Virgen María como Madre de Dios, está fuera de la Divinidad; 2.º Si alguno dijese que Jesucristo pasó por la Virgen como por un canal, y no confiesa por el contrario que fué en Ella formado sin la concurrencia de varón, de un modo maravilloso, aunque, por otra parte, siguiendo todas las demás leyes de la procreación humana, incurre en semejante impiedad». Y la misma doctrina exactamente confiesa el concilio primero Toledano contra los priscilianistas.

Y ¿qué diremos de la elocuencia brotada al calor de la disputa, en la polémica y en la sagrada cátedra, en las reuniones y concilios, con que los Padres de la Iglesia defendieron la Maternidad de la Virgen contra toda afirmación que se opusiese aún de lejos a tan alta prerrogativa de la excelsa Señora?

Empezad desde San Juan el divino Teólogo, que escribió las palabras más sublimes que salieron nunca de labios humanos contra el desdichado Ebión, el primero que, llamándose cristiano, negó la Divinidad de Cristo. Admirad a San Justino, que siguiendo la lucha contra esta misma herejía en el siglo II, reduce al silencio a su adversario, apoyándose de lleno en la Maternidad divina de María, que siendo Madre no dejó por eso de ser Virgen. No obtuvo menores triunfos San Ireneo, defensor acérrimo de la fe y mártir de Jesucristo, que con espada de dos filos combatió por una parte a los docetas, herejía diametralmente opuesta a la anterior y refutada ya antes por San Ignacio Mártir, y a los ebionitas por otra, con los testimonios de San Justino, quedando también en sus doctrinas refutados los errores del Protestantismo moderno. Viene después aquel doctísimo varón Clemente de Alejandría, que tan divinamente habló de la Virgen Madre; San Gregorio Neocesariense y San Arquelaos, a quien ya hemos citado, como defensor del misterio de la Encarnación contra Manés, y por ende defensor de la divina Maternidad. No queremos omitir los nombres gloriosísimos de San

Efrén, en cuyas «Deprecaciones a la Madre de Dios», «retoza la plegaria y se difunde como las olas del mar; de la mar que aún siendo inmensa, se pliega y somete al continente»<sup>1</sup>; de San Epifanio, que refuta las ochenta herejías que turbaban ya a la Iglesia en el siglo IV.<sup>o</sup>; de San Atanasio y San Gregorio Nacianzeno, que hirieron de muerte al arrianismo, el primero en el gran Concilio de Nicea, y el segundo en sus sapientísimas cartas, invocadas más tarde en los Concilios de Éfeso y Calcedonia contra Nestorio y Eutiques<sup>2</sup>. Háse podido advertir que, si bien la Iglesia consideró siempre como esencialísimo, este inefable cuanto glorioso misterio de la Maternidad de la Virgen; no había hecho sin embargo más que conservar la tradición desde Jesucristo y los Apóstoles, pues que si las herejías habidas hasta el siglo V.<sup>o</sup>, atacaban de un modo o de otro a la divinidad, o a la humanidad de Jesucristo, destruyendo en consecuencia el dogma de la Encarnación, y adulterando así el de la Maternidad, haciendo de María una Madre como todas las demás madres, esto es, Madre de un puro hombre, concebido como los demás por obra de varón: o bien haciendo de Ella una madre ficticia de la Divinidad; no obstante, ningún heresiarca había dispuesto directamente un sistema de ataque contra la Maternidad divina, razón por la cual tampoco por parte de la Iglesia había respondido una defensa directa; y si algunos Concilios, como hemos visto, fulminaron terribles anatemas contra los opugnadores de esta primera prerrogativa de la Virgen, fué sólo como consecuencia de la íntima unión, que media entre los atributos del Verbo hecho carne, y los privilegios de la Madre, que le recibió en sus virginales entrañas. Estaba reservado al siglo V.<sup>o</sup> oír las mayores blasfe-

1 A. Nicolás, T. cit., pág. 118.

2 No aducimos otros testimonios de los SS. PP. de estos cuatro primeros siglos, por creerlos aquí fuera de propósito, ya que después nos ahorrará este trabajo el mismo San Cirilo, al confirmar sus doctrinas con la autoridad de muchos de ellos. Puede verse además la exposición detallada que en el Concilio de Éfeso leyó Pedro, presbítero de Alejandría, a petición de los PP. de dicho Concilio, de los testimonios principales en que se contiene la doctrina netamente católica acerca de la Maternidad divina, doctrina que, según él mismo confiesa, sacó de los escritos de los SS. PP. y sabios Obispos, así como de las Actas de los Mártires, que habían precedido al Concilio de Éfeso. (Vid. Conc. gen. coll. Reg. max., col. 1399 y sigs.)

mias, que labios humanos han pronunciado contra la Virgen; mas también le estaba reservada la gloria de ofrecer a las plantas inmaculadas de María los más gloriosos trofeos que en su honor se conquistaron. Grandes luchas se preparaban entre la Serpiente y la Mujer; que le quebrantó la cabeza, y en las ciudades de Constantinopla y Alejandría permanecían serenos ambos combatientes, que en nombre de una y otra, teniendo por espectadores al mundo entero, al Cielo y a los abismos, preparábanse a librar la gigantesca batalla, batalla que iba a decidir ante los hombres, no una vana cuestión de controversia, sino una verdad fundamentalísima, quitada la cual habría que suprimir toda la razón de ser del Cristianismo; habría que suprimir la Iglesia con todas las verdades de nuestra sacrosanta Religión, porque «no es ni puede ser ortodoxa una doctrina cristiana, que prescinda del cargo y prerrogativa de la Madre de Dios»<sup>1</sup>.

Esta lucha tremenda entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, tenía en expectación a toda la Iglesia, y todos, católicos y no católicos, fijaban sus miradas en aquellos dos hombres, que en combate singular muy empeñado estaban decidiendo su causa. Los nombres de Cirilo y Nestorio eran conocidos y pronunciados en todo el orbe. Pero como no podía menos de suceder, la verdad prevaleció sobre la mentira; el bien sobre el mal; la Mujer bendita entre todas las mujeres, sobre la Serpiente maldecida en el Paraíso.

Veamos, pues, de exponer la doctrina acerca de la divina Maternidad de la Virgen, tal como la ha profesado siempre la Iglesia, y tal como brillantísimamente la defendió contra las afirmaciones heréticas de Nestorio, el que mereció ser llamado por el Concilio Calcedonense «Abogado de la recta e inmaculada fe»: el que con justísima razón fué saludado siempre como invicto defensor de la Maternidad...

1. Faber: Prog. del alma en la vida espiritual, trad. de G. T. 2.ª edición.

## SAN CIRILO Y LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

### I

Al estudiar las doctrinas que a la divina Maternidad dicen relación, encontrámonos con dos cosas que conviene analizar por separado, a fin de evitar confusiones y embrollos en materias que, como la presente, requieren suma claridad. Encuéntrense íntimamente unidos un hecho y el modo de llevarse a término tal hecho; derivándose tanto del hecho, como del modo, consecuencias y verdades consoladoras, que forman, enlazadas entre sí en admirable sistema, la trabazón de todo el edificio católico; partiendo de aquí, como de dos grandes fuentes, los caudalosos ríos, cuyas saludables aguas fertilizan la tierra de la Iglesia, desbordándose al son de sus olas por los campos dilatados y amenos, teñidos en sangre; en la sangre que, corriendo desde la cima de un monte, invadió los valles, penetró en los desiertos, y, cosa admirable, allí hizo fructificar flores de fragante aroma, flores bellas y hermosísimas, flores que dieron a Cristo buen olor de santidad, y alegraron la tierra triste donde los hijos del dolor lloraban su infortunio. Pues bien; al afirmar el *hecho*, afirmamos la Encarnación del Verbo con todas las consecuencias que de ahí se derivan; y al afirmar el *modo*, afirmamos que este Verbo de Dios llevó a cabo su Encarnación, tomando la misma carne de las purísimas entrañas de una Virgen, y uniéndose a esta carne de un modo admirabilísimo y nunca pensado ni siquiera por los mismos Ángeles, nació de Ella sin detrimento de su virginidad; o sea: al afirmar el *modo* afirmamos la Maternidad divina de la Virgen. Y de tal suerte se requieren y se completan en la economía divina este hecho y este modo, que, aunque cosas distintas, pueden convertirse sus términos, afirmando o negando el *hecho* por el *modo*, o viceversa

el *modo* por el *hecho*. Por aquí ya se ve que, para afirmar el dogma de la divina Maternidad, o bien podemos afirmarlo directamente afirmando el modo, o bien de una manera indirecta, aunque real, afirmando el hecho, pudiendo seguirse el mismo camino para la negación. Y como los enemigos de la verdad recurren a todos los medios que su padre el Príncipe de las tinieblas les puede sugerir, ningún camino pudo verse libre de sus ataques, tanto más encarnizados, cuanto que encontraron ya preocupadas sus puertas por la verdad que no entiende de soltar su presa ni abandonar sus posiciones conquistadas ante el fuego arrollador del adversario. Apenas empezó el enemigo a levantar su cabeza, sembrando errores para dar apariencia de verdad a sus mentiras, resonaron en todo el orbe los ecos de aquellas palabras divinas, que proclaman el hecho más grandioso de los siglos: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros mismos hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de Verdad» (Joan. I, 14). Y otro Evangelista, no menos sencillo que sublime, cuéntanos el modo de llevarse a término tal hecho, cuando nos describe el diálogo encantador entre el Arcángel y la Doncella de Nazaret: «¿Cómo se podrá cumplir lo que me anuncias, si no conozco varón? No temas, oh María, porque sobre tí descenderá el Espíritu del Señor, y la virtud del Altísimo te hará sombra, y por eso lo que de tí nazca será llamado Hijo de Dios» (Luc. I, 34-35). He aquí la doctrina de la Iglesia naciente, que en nada se diferencia de la doctrina que la misma Iglesia siguió confesando a través de los siglos, como lo prueba el que nunca sus adversarios (que no son pocos ni de buenas intenciones), hayan podido sorprender en ella alguna contradicción que tal pueda llamarse.

Pero ¿cómo pudo verificarse este acontecimiento de un modo tan admirable y nunca imaginado, sin ofender por otra parte las leyes de la naturaleza? Escuchad para ello el resumen de la doctrina teológica que a la cuestión se refiere, basada en los principios de la razón y de la más sana filosofía: «En la generación temporal del Verbo eterno, se unió la naturaleza divina a la humana; faltándole a ésta en su orden lo que necesariamente le había de faltar, para que el Hijo de la Virgen fuera Hijo de Dios. Toda naturaleza individual termina y tiene su complemento en

la personalidad, de tal manera que cada individuo de una naturaleza constituye un sér que puede comunicar su naturaleza a otros seres que procedan de él por generación, mas nunca su personalidad; pero en la unión de las dos naturalezas divina y humana de Jesucristo, una de estas tenía que perder su complemento último; y es muy evidente comprender que la que tenía que sufrir esta privación fuese la naturaleza humana, por la sencillísima razón de ponerse en contacto con la divina, en la cual todo es infinito. Por consiguiente, al unirse el cuerpo y el alma de Jesucristo en el seno virginal de su Madre, el resultado de esta unión tenía que ser la terminación de esta naturaleza humana en la nueva personalidad de su Hijo: pero en el mismo instante el Hijo de Dios se unía a este cuerpo y a esta alma, y como su persona era infinita, tenía que terminar en ella la naturaleza humana, así como termina también la divina. Y de ahí resulta que en el mismo instante en el cual, por un acto purísimo, inmanente, indivisible e inmutable, el Padre engendra a su Hijo Dios, la Virgen le engendra también en su seno Dios y Hombre, y ese Hijo de Dios era desde entonces el Hijo de Marfa»<sup>1</sup>.

De donde resulta que el Verbo de Dios engendrado por el Padre desde la eternidad, tomó carne en las entrañas de Marfa, esto es: tomó la naturaleza humana a la cual se unió en el mismo momento, y nació Dios-Hombre de la Virgen; y por la misma razón, exactamente decimos que Marfa es Madre de Dios, no porque el Verbo haya empezado a existir al tomar carne en el seno virginal de María; sino porque, habiéndose unido a la naturaleza humana en el mismo instante de su formación por la virtud del Espíritu Santo, quedó constituido un solo supuesto: y sabido es que al supuesto y no a la naturaleza se atribuye la generación, según el principio: «Generari est suppositorum».

Esta es la misma doctrina de Santo Tomás, tomada en todo y por todo de San Cirilo, como tendremos ocasión de advertir más adelante. «Así como las madres — dice el Doctor de Aquino— no se llaman madres porque engendran todo el supuesto, porque es el hombre un compuesto de cuerpo y alma, y su na-

<sup>1</sup> Martínez: «La Virgen María». T. 1, pág. 193-194.



turalidad radica más en el alma que en el cuerpo; el alma emperatriz nunca es tomada de la Madre...

Luego así como a cualquiera mujer se le llama madre porque de ella ha tomado su cuerpo la criatura; del mismo modo y por la misma razón la Bienaventurada Virgen debe ser llamada Madre de Dios, si de ella fué formado, como lo fué, el cuerpo de Dios, la naturaleza a que se unió la divinidad»<sup>1</sup>.

Hemos dicho en los preliminares que ningún hereje hasta el siglo V había constituido un sistema de ataque directo contra el dogma de la Maternidad, desdicha reservada para el tristemente célebre Nestorio, hombre independiente y soberbio, como todos los hijos de Satanás, a cuya semejanza cayó como el rayo despeñado desde lo más alto de la Iglesia de Jesucristo, hasta un abismo de estupidez y degradación inconcebibles.

Natural de Germanicia, pequeña ciudad de Siria, fué ordenado de sacerdote por el Obispo Teodoto, quien le confió la misión de explicar la fe y defenderla contra los herejes, cosa que Nestorio cumplió a la maravilla, peleando con notable celo contra los sectarios de Arrio, Apolinar y Orígenes, que eran los herejes más temidos de Oriente.

Granjeóse con esto el aprecio de los fieles, y su mérito reconocido por toda la Iglesia, fué premiado con la elevación a la silla patriarcal de Constantinopla el año 428, con aplauso general de todo el clero, incluso del mismo San Cirilo, quien le quería y respetaba, según lo testimonia él mismo en algunas de sus cartas, contándose en comprobación de su celo aquella célebre frase que en su discurso de entrada dirigió al Emperador Teodosio el Joven: «Dadme, Señor, la tierra limpia de herejes, y yo exterminaré con vos los Persas».

Grandes cosas se esperaban del nuevo Patriarca a juzgar por sus buenos principios; mas toda esperanza fué vana, porque, dejándose arrastrar del secreto orgullo que le dominaba, cayó en la herejía más lamentable, pronunciando contra la Madre de Dios las blasfemias más horribles que se oyeron jamás: nególe

1 Comp. Theol. c., 222.

todos sus privilegios, títulos y grandezas, al negar la fuente de todos ellos, al negar su Maternidad Divina <sup>1</sup>.

No quedó, empero, triunfante la mentira, pues, aunque el error cundió en breve por todas las Iglesias de la cristiandad, fué de paso, como la luz de un relámpago que, apenas se deja ver, cuando ya desaparece, para no volver nunca...

Así tenía que ser, porque en ninguna época le han faltado a la Virgen servidores fieles que defienden sus grandezas, combatiendo en las mayores crisis, en las circunstancias más calamitosas por que ha pasado la Iglesia, a la vanguardia del escuadrón valiente de Cristo, llevando la bandera de María al lado de la bandera de Jesús, con los nombres dulcísimos de ambos grabados en el estandarte y en el corazón.

Pues bien: contra Nestorio, levantóse San Cirilo en nombre de toda la Iglesia, y con la bendición del Vicario de Jesucristo, supo luchar y vencer con la valentía de un héroe, con la humildad de un Santo.

Era San Cirilo sobrino del Patriarca Teófilo de Alejandria, a quien sucedió en el Patriarcado el año de 412, mostrándose siempre celoso por la casa del Señor, y un tanto severo con los enemigos de la Iglesia.

Táchanle sus biógrafos de muy duro para con San Juan Crisóstomo, cuyos méritos reconoció más tarde, estimándole después, como tan gran Varón se merecía <sup>2</sup>.

Mas, cuando verdaderamente empieza a brillar la vida de San Cirilo, es en sus luchas contra Nestorio, defendiendo la Maternidad Divina de la Virgen, ya en sus libros (que son muy numerosos), ya en sus cartas, casi todas de carácter apologético; ora en el púlpito, donde a torrentes se desbordaba su elocuencia; ora desde los Concilios, cuya alma fué, y desde donde hizo valer su autoridad con el carácter de representante del Vicario

<sup>1</sup> V. S. Ligorio: (Hist. de las Herej. T. I, pág. 166 y sig.)—(Migne: Pat. Gr. T. 69).

<sup>2</sup> Nótese que no tratamos de hacer una biografía del Santo, y por ello no nos detenemos a comprobar otros datos, que pueden consultarse en cualquier historia o en la vida del Santo, que al frente de sus obras se halla editada en la Patrología Griega de Migne, tomo 69.

de Jesucristo, viniendo a constituir la figura principal del siglo quinto.

Podemos bien decir que desde la época en que empezaron sus luchas de controversia, hasta su muerte ocurrida el año 444, desaparece el hombre privado, para convertirse en el público defensor de la Maternidad. Y es tal el carácter de todas sus obras a partir de esta época, que todas llevan el mismo sello, todas tienen el mismo fin: fundamentar la verdadera doctrina de la Iglesia acerca de la Encarnación, sacando la consecuencia de la Maternidad, y deshacer al mismo tiempo las objeciones de los adversarios, estableciendo el verdadero sentido de la S. Escritura contra la torcida interpretación que le dan sus adversarios <sup>1</sup>.

Por este mismo interés de fundar bien la doctrina católica, se repite frecuentemente en sus obras, y hasta con las mismas palabras muchas veces.

En la imposibilidad de dar una idea exacta de todos sus escritos en que defiende la Maternidad Divina de la Virgen, nos limitaremos a extractar aquellos testimonios que nos parezcan más oportunos, siguiendo en cada una de sus partes la refutación de la herejía Nestoriana.

Réstanos ver antes los puntos de contacto y los de separación con la doctrina católica, según la dejamos expuesta:

Era la herejía Nestoriana una amalgama de Docetismo y Ebionismo: el Docetismo niega a Cristo la humanidad; el Ebionismo le niega la Divinidad. Nestorio, juntando estas dos herejías, admitió también las dos negaciones, pues al negar la unión hipóstatica de ambas naturalezas, admitiendo sólo una

1 A defender la Maternidad se dirigen exclusivamente los «Cinco libros contra las blasfemias de Nestorio», el «Diálogo con el mismo», el libro «Contra los que no quieren confesar que la Virgen es Madre de Dios», la «Explicación de los doce anatemas contra Nestorio», una «Defensa apologética de los mismos contra Teodoreto», tres «Exposiciones de la recta fe, una dirigida a Teodosio, y las otras dos a las Reinas», «Apologéticus pro XII, cap. contra Orientales», casi todas sus cartas, principalmente las que dirige a Nestorio, y otras que, se relacionan con el Concilio de Éfeso, las «Orationes u Homilias» que pronunció en dicho Concilio, sin contar otros fragmentos contra Teodoro de Mopsuesta, de quien tomó parte de sus errores Nestorio, y contra Diodoro de Tarsis, Maestro del Eresiarca. (Tomos 76 y 77 de la Patr. Gr. editada por Migne).

unión moral, negaba al Verbo encarnado la humanidad, pues Cristo hombre, según él, es persona distinta del Cristo-Dios, y negaba también la divinidad a Jesucristo, como persona distinta de la del hombre. Consecuencia lógica era hacer de Cristo un puro hombre, y a lo más, en virtud de esa unión moral (que él admitía) con el Verbo-Dios, podía llamársele Deifero o portador de Dios: mas nunca Dios, según su naturaleza. Resultaba también de ahí, por otra segunda consecuencia, que María no era más que la Madre de un hombre, y que si merecía ser honrada, no era precisamente por ser Madre de Dios; sino porque Dios había pasado por Ella <sup>1</sup>; y aún esta honra la tenía Nestorio por sospechosa.

Seguía Nestorio los errores de Pablo de Samosata, condenados ya ciento sesenta años había, según la relación de una carta enviada por San Cirilo a Constantinopla, para que, siendo leída en público, se enterasen todos de los perniciosos errores que iba propalando el que aún era su Patriarca. Dice así: «Por la Santísima Trinidad le conjuro al que esta carta reciba, que la haga pública a todos los Obispos, Presbíteros, Diáconos, Lectores y Legos que habitan en la gran Constantinopla, y que además les remitan un ejemplar, contra el herético Nestorio, porque defiende cosas semejantes a las que enseña Pablo de Samosata, anatematizado ciento sesenta años hace por los Obispos ortodoxos, coincidiendo en esto ambos herejes:

Pablo de Samosata dice: «María no engendró al Verbo», y Nestorio añade: «No engendró, oh preclaro varón, no engendró María a la divinidad».

Pablo: «Ni fué antes de los siglos». Y Nestorio: «Sin embargo le atribuyen madre a la divinidad, al autor de los tiempos y de los siglos».

Pablo dice: «María recibió al Verbo y no es más antigua que el Verbo».

Añade Nestorio: «¿Cómo pues María pudo dar a luz al que es más antiguo que ella?».

---

<sup>1</sup> Más adelante explicaremos cómo entendía Nestorio esto de pasar Dios por la Virgen.

Dice Pablo: «María dió a luz a un hombre igual a nosotros». Y Nestorio: «El hombre que nació de la Virgen».

Pablo de Samosata dice: «que, aunque hombre, pero es más excelente que los demás hombres, porque en Él habita la gracia del Espíritu Santo, de las profecías y de la Escritura»<sup>1</sup>. Nestorio, para confirmarlo, dice: «Vi bajar al E. Santo, y permanecer sobre Él, al que le dió la ascensión»<sup>2</sup>.

Pablo dice: «Y de tal suerte esto es verdad, que, ni el Ungido de David carece de sabiduría, ni ésta habitó en alguno con tanta plenitud. Pues, aunque hubo sabiduría en los Profetas, y sobre todo en Moisés y en otros, pero en Cristo habitó de manera más excelente, como en su propio Templo. Y en otro lugar dice que uno es J. C. y otro el Verbo». Y Nestorio: «¿Acaso es posible que el que nació antes de los siglos vuelva a nacer, y esto, según su divinidad?»<sup>3</sup>.

Por donde se prueba—dice San Cirilo—que el transgresor afirma abiertamente que no ha nacido de María el que nació del Padre, y consiente y se conforma con el herético Pablo en que uno es el Verbo y otro Jesucristo, quitando la unidad de personas que la fe recta nos enseña»<sup>3</sup>.

Estas doctrinas heréticas que después de Pablo de Samosata fueron enseñadas por Teodoro de Mopsuesta y Diodoro de Tarsis, Maestro de Nestorio, de quienes las aprendió él<sup>4</sup>, fueron brillantemente refutadas por San Cirilo, invocando las Sagradas Escrituras, tradición y razones teológicas, y buscando el remedio en las mismas fuentes de donde sacaron los enemigos la maldad.

Iremos exponiéndolo por partes.

## II

Para comprender mejor las doctrinas de San Cirilo, convendrá exponer antes (aunque sea con brevedad) todo el sistema de

1. Esto es: el Varón agraciado de quien hablan las Escrituras.

2. O sea, al que le dió la virtud, para ascender.

3. Harduinus: Conc. gen. coll. Reg. Max., t. I, col. 1271.

4. Véase: Onrubia, Patrología, pág. 329.

Nestorio, que en último caso viene a refundirse en estas palabras: Negar la unión hipostática del Verbo, admitiendo por vía de consecuencia dos personas en Jesucristo, y negando por ahí que María fué Madre de Dios, viendo en Ella solamente a la madre de un hombre, aunque más excelente que las demás madres.

Pero dejemos exponerlo al mismo San Cirilo en carta al Papa Celestino: «La fe de Nestorio—le dice—o más bien su perversa sentencia, suena así: Dice Nestorio que, porque el Verbo de Dios sabía desde la eternidad que el que había de nacer de la Virgen, había de ser Santo y Grande; por esto mismo lo eligió, queriendo que naciese de una virgen sin obra de varón, concediéndole tales gracias y privilegios hasta concederle fuese llamado con sus mismos nombres <sup>1</sup>, dándole también virtud para resucitar de entre los muertos.

Por lo demás, cuando decimos que el Verbo Unigénito de Dios fué *encarnado*, en tanto decimos encarnado, en cuanto que estuvo unido siempre con el hombre que nació de la Virgen, a la manera que lo estuvo con los Profetas, aunque aquí la unión fué más estrecha. Por esto evita con todo cuidado Nestorio usar la palabra unidad, usando sólo la palabra unión, para significar la unión de cosas que se unen por lazos extrínsecos, como es la unión de que habla Dios a Josué, cuando le dice: «Como estuve con Moisés, así estaré contigo» (Josué, I, 5).

Y para encubrir su impiedad, dice que el Verbo estuvo unido al Hombre desde el mismo vientre de la Virgen. Por lo cual, dice, que no es verdadero Dios; sino que este nombre, le ha sido concedido por beneficencia de Dios, y, aunque el mismo es llamado Señor, no es porque realmente lo sea; sino por la sencilla razón de que Dios le dió al Verbo, para que así fuese llamado. Y que no hay razón para decir, como nosotros los católicos decimos, que el Hijo de Dios padeció muerte por nosotros y resucitó; sino que debe decirse: el Hombre fué muerto y el Hombre resucitó, sin pertenecer nada de esto al Verbo de Dios <sup>2</sup>.

1 Con los nombres de Señor, Hijo de Dios, Salvador, etc...

2 San Cirilo: Epist. XI, col. 86 y 87, t. 77 de la Patrologia Griega editada por Migne.

NOTA.—Para todas las citas que se hagan de las obras de San Cirilo, nos valtemos de la dicha edición de Migne.

Y en otro lugar resume todas las blasfemias de Nestorio con las palabras que siguen: «A comprender no alcanzo el descaro de aquellos que atropellan los sacratísimos dogmas de la Iglesia, y mancillan la santidad y pureza de la Virgen, haciéndola juguete de sus pueriles interpretaciones, pretendiendo hacernos ver verdades inconcusas, donde no hay más que desvario de su pobre y loca imaginación. Pues, rechazando ellos por disonante y oscura la palabra Madre de Dios (Deípara), que usaron los Santos Padres, como la más propia y conveniente a la dignidad de la Virgen: y lo que es más, acusándonos de usar una palabra que carece de significación<sup>1</sup>, hacen de Jesucristo dos personas, admitiendo dos hijos, quitando de este modo al Verbo-Dios la cualidad pasible de la carne: aunque tampoco decimos nosotros que Dios padezca según su naturaleza divina; sino que el padecer lo atribuimos al Verbo; pero al Verbo de Dios hecho carne, al Dios humanado: de tal suerte que así sólo puede llamarse Salvador, pues por su pasión fuimos sanados, conforme escrito está: «padeció por nuestros pecados», aunque su naturaleza divina fuese incapaz de padecimientos: entonces fuimos hechos salvos, cuando su humanidad sacratísima, (unida siempre a la divinidad) se abrazara con la muerte<sup>2</sup>.

Guárdase muy bien Nestorio de negar a las claras un Dogma, que en la Iglesia de Jesucristo había sido hasta entonces tan respetado, que ningún hereje osó poner sus labios impuros (de manera tan descarada) contra la primera y más grande prerrogativa de la más excelsa criatura. Y tal era el amor y cariño que los fieles profesaban a este consolador misterio, que apenas el desventurado obispo Doroteo; servil adulator de Nestorio, pronunció aquella horrenda blasfemia contra la Virgen: «Si alguno dice que María es Madre de Dios, sea excomulgado», lleno el pueblo de horror, lanzó un grito de indignación, y alejóse del templo no queriendo comunicar más con los autores de tales blasfemias<sup>3</sup>. Bien pudo experimentarlo también el mismo Nes-

1 Que no puede apropiársele el sentido que exige la naturaleza de la palabra «Deípara».

2 Adv. Nest. lib. I, cap. I, t. 76, col. 18.

3 San Cirilo, Epíst. XI, 77. Col. 82.

torio, pues que, exponiendo un día la doctrina de la Maternidad, opuesta a la que hasta entonces habían profesado, levantóse en el templo la voz de un hombre principal, que contradijo sus blasfemias con estas palabras: «Verdaderamente que el mismo Verbo que en la eternidad fué engendrado por el Padre, nació en el tiempo de una Virgen según la carne» <sup>1</sup>.

Por esto Nestorio procuraba disfrazar sus doctrinas, hablando con ambigüedades, y recurriendo de ordinario a torcidas interpretaciones de la Sagrada Escritura. Pero el Santo Apologista sabe cortarle bien las vueltas y cogérle por los flacos, sacando gran partido de las mismas proposiciones de Nestorio, como quien mata a su enemigo, valiéndose de las mismas armas que este antes afilara contra él.

Establece apenas Nestorio el punto de la cuestión, y pronuncia la primera blasfemia, blasfemia que se esfuerza inútilmente por sostener con otras mil más atroces, con desatinos y puerilidades sin número; tira del lazo San Cirilo, y aprisionale en las mismas redes que con tanta maestría había él preparado.

Véamoslo: «Muchas veces, dice Nestorio, les he hecho semejante pregunta: ¿Luego vosotros decís que la Divinidad ha nacido de la Virgen?—A lo que responden ellos: Y ¿quién hay tan loco, que blasfeme de esa manera, diciendo que la que solamente engendró al Templo por obra del Espíritu Santo, ésta misma haya dado a Dios la existencia? Y, si se les pregunta ¿qué hay de absurdo en usar una palabra cuyo significado sea común a ambas naturalezas?, luego responden que blasfemamos. Una de dos: o confesáis que la Divinidad nació de la Virgen, o si rechazáis por blasfema tal afirmación, ¿por qué fingís decir otra cosa, cuando en realidad decís lo mismo que nosotros?» <sup>2</sup>.

Tal es el lenguaje de los impíos. Cúbrese con el manto de la hipocresía, y aparentan empuñar en su diestra el cetro de la verdad; mas ocultan en su seno envenenado cuchillo para clavarlo en el corazón inocente, seducido tal vez por sus falacias. Poco aprovechan sin embargo al impío todas sus trazas, porque

<sup>1</sup> Adv. Nest., Lib. I, cap. V, t. 76, col. 42.—Vid. S. Lig. Hist. de las Herej. t. I, pág. 167.

<sup>2</sup> Adv. Nest. lib. I, c. I, t. 76, col. 19.



frente a frente de su orgulloso trono, levantado sobre movediza arena, brotan a torrentes los resplandores de la verdad, que desconciertan sus malvados planes, poniendo en vergonzosa fuga a los que blasonaban poco ha de invencibles y poderosos. Ved sino con qué facilidad reduce a polvo nuestro Apologista el capcioso dilema de Nestorio, que, como fundado en el aire, vino-se con todo su peso a tierra, sorprendiendo entre sus ruínas a los infelices autores de su trama. «Luego, según tú mismo dices, aunque no alcanzo a comprender lo que quieres opinar; pero, tomando el testimonio de tus mismos labios, llegamos a una consecuencia del todo favorable para nosotros, cual es el asegurar que los que contradicen tus doctrinas con las suyas, fueron los que conservaron íntegra la fe y juzgaron rectamente de Cristo Salvador Nuestro: y esta fe y estas doctrinas las han venido transmitiendo fielmente a la Iglesia los Ministros de la palabra de Dios, Sacerdotes y administradores fieles de nuestros divinos misterios. Con razón pues han rechazado siempre como argumento de supina ignorancia o de refinada impiedad el decir que aquel Verbo engendrado de Dios Padre antes de los siglos, haya recibido en el tiempo su existencia: o que la carne, tomada en el vientre virginal de María, venga a ser origen del que dió principio y existencia a los siglos. Sin embargo llamamos a la Virgen Madre de Dios» para dar a entender que de Ella nació el Emanuel, consubstancial al Dios Padre: pues el Verbo que habitó con nosotros es Dios por naturaleza y está sobre nosotros tanto como el Criador está sobre la criatura»<sup>1</sup>. Y viniendo al dilema arriba propuesto, échalo por tierra, negando ambos miembros «puesto que nunca ha la Iglesia confesado que la Divinidad como tal, esto es, la naturaleza divina simplemente, haya nacido de la Virgen; lo que confiesa sí, y ha confesado siempre la Iglesia, cosa muy distinta es, y contraria a la sentencia de Nestorio, porque lo que nació de la Virgen, dice la Escritura, inspirada por el Espíritu Santo, es sí aquel Verbo procedente de Dios Padre desde la eternidad, y consubstancial a Él; pero después que se hizo carne, esto es: después que hipostáti-

<sup>1</sup> Adv. Nest. lib. I, t. 76, col. 19.

camente se unió a la carne, sin confusión de naturalezas: y no es que este cuerpo a que se unió el Verbo y nacido de la Mujer, haya quedado como yuxtapuesto y sin pertenecerle; sino que desde el momento de la unión con la naturaleza divina del Verbo, formó un todo completo (que los filósofos llaman supuesto, o persona) a la manera que lo forma nuestro propio cuerpo en unión con el alma<sup>1</sup>. Pero dejemos por ahora todas estas razones, que reconocen por fundamento los principios de filosofía, y vamos viendo cómo San Cirilo ataca a Nestorio con la Sagrada Escritura, a la que acude también el hereje con tanta impericia, como malas intenciones. El Santo hácele ver unas veces lo ridículo de su interpretación, oponiéndole otras los testimonios más claros y explícitos (que Nestorio procura eliminar de sus doctrinas, para no verse expuesto a compromisos), o haciéndole ver los absurdos a que le conducen sus errores, y las mil contradicciones en que a menudo incurre, prueba evidente de la falsedad de su doctrina. Veamos como este lobo maligno se cubre con piel de oveja: «No es, dice, que yo repruebe el que se honre a la Virgen con esta palabra Madre de Dios (Deipara); porque bien conozco que es digna de veneración la que en su seno recibió a Dios: aquella por la cual pasó el Señor del universo, por la que brilló el Sol de justicia. Pero me tengo por sospechosa tanta alabanza<sup>2</sup>. Porque ¿cómo habéis entendido aquella palabra *pasó*? No he dicho que pasó, entendiendo por esto que fué engendrado; pues no me olvido con tanta facilidad de mi opinión y sentencia. El que Dios haya pasado por la Virgen, aprendido-lo he de la Sagrada Escritura; nunca empero he aprendido que de Ella (de la Virgen) haya sido engendrado. Pues en parte ninguna dicen los Libros Sagrados que Dios haya sido engendrado; sino que al engendrado llaman Jesús, Cristo, el Hijo, el Señor. Por lo cual Cristo no fué verdadero Dios, sino más bien Deffero o portador de la divinidad. Y en este sentido se entienden las

1 Adv. Nest. lib. y c. citados.

2 Tiene Nestorio por sospechosa esta alabanza, no sea que alguien vaya a creer que a tal palabra corresponda un oficio de verdadera Madre de Dios, cosa que Nestorio no podía admitir. Ya se ve que esto no es más que disfrazar su blasfemia, queriendo aparentar por una parte confesar la misma doctrina que nosotros, mientras que por otra le quita todo fundamento.

palabras del Arcángel a San José: Levántate, toma al Niño y a su Madre. Por donde se ve que los mismos ángeles, más sabios sin duda que nosotros, conocieron que aquel era un puro hombre, como los demás». Del mismo modo, añade Nestorio, nos hablan en otras partes las Escrituras, cuando nos dicen: Nos habló en el Hijo a quien constituyó heredero de todos, y por quien hizo los siglos, el cual, siendo el esplendor de su gloria... etc. Nótese que, habiendo dicho *hijo*, añadió la Escritura: *a quien constituyó heredero*, y siendo *el esplendor de su gloria*; entendiéndose que fué constituido heredero según la carne, y es el esplendor de la gloria según su divinidad. Por la misma razón dice más adelante, que en otro lugar la Escritura convida a todos los hombres a que hagan penitencia, porque *ha establecido el día en que ha de juzgar al mundo en el Varón que tenía determinado, confirmando a todos en la fe al resucitar de entre los muertos*. Para que nadie entendiése que lo que había muerto era la Divinidad, convertida en hombre<sup>1</sup>. Razón es ya hacer justicia; el reo confesó su crimen, falta ahora que el Juez examine la causa, y le aplique la ejecutoria.

En primer lugar, y lo primero de lo primero, es entenderse uno a sí mismo, para entender después a los demás, y para que los demás le entiendan a él. Nestorio, en cambio, no se entiende a sí mismo, y quiere que le entendamos nosotros.

«Porque por una parte, le advierte San Cirilo, no repruebas que se honre a la Virgen con el título de Madre de Dios, mientras por otra, le quitas la dignidad de la divina generación, con tu afirmación gratuita. Y si piensas que el afirmar de Ella la divina Maternidad es una blasfemia, ¿cómo así permites que la llamen Madre de Dios los que quieren satisfacer su devoción? De esta manera tú mismo te contradices, al permitir que se le honre y al dejar que se le honre blasfemándola. ¿Acaso crees que se le honra, profiriendo contra el Verbo de Dios una blasfemia, en aquello que constituye su principal oficio? Pues esto es ciertamente lo que haces, al detestar que el Verbo procedente de

1. Adv. Nest. lb. I, t. 76, col. 2.

Dios haya sido engendrado en el tiempo según la carne, y luego concedes que puede llamarse Madre de Dios, a la que de ninguna manera le engendró. Y ¿no podíamos decir más bien que tú has despreciado la voluntad del Señor?». Y algo más adelante aprémiale de nuevo, haciéndole más palpable la contradicción. «Ahora bien, le dice, ¿no juzgas por dignas de todo respeto a Santa Isabel y a otras santas mujeres? ¿mirarías con agrado que se las llamase *madres* de Dios? Juzgo que no; antes bien te repugnaría semejante desatino. Pues bien, estas mujeres dieron a luz a hombres muy santos; pero que ninguno de ellos tenía la naturaleza de Dios, ninguno era consustancial al Padre. Luego si has de ser consecuente, o no debes permitir que mujer alguna sea llamada Madre de Dios, o si a sola María le concedes este título ¿qué causas y razones alegas en tu favor?—Que debe ser honrada, dice, aquella por quien *pasó* el Señor del Universo, por quien brilló el Sol de justicia. Pero ¿cómo pudo recibir a Dios, o cómo pasó el Señor por Ella, o cómo en Ella brilló el Sol de justicia? Porque si no dió a luz a Dios, a Dios digo hecho carne ¿cómo pudo recibirle? Mas ¡ah! que ya te oigo pronunciar aquella tu sapientísima sentencia: *El Verbo era Dios, y estaba unido con el hombre y habitaba en él*. Pero aparte de oponerte a la tradición constante y universal, pues nunca se ha dicho que adoramos al Hombre *Deifero*, y si al Dios humano, ¿no adviertes, además, que adulteras la verdad de los dogmas divinos, oponiéndote a la misma Sagrada Escritura, que explícitamente dice que *el Verbo se hizo carne*? Ahora bien, terminemos: ¿cómo pudo recibir a Dios, o pasar Dios por Ella, si no crees que dió a luz al Emanuel, al que tiene la misma naturaleza de Dios?»<sup>1</sup>. A lo que dice Nestorio, que aprendió en las Sagradas Escrituras que Dios pasó por la Virgen, y que en parte ninguna se lee que Dios se haya encarnado, respóndele San Cirilo en mil lugares de sus obras con abundantísimos testimonios del antiguo y nuevo Testamento, que bastarían para convencer a cualquiera cuyo entendimiento no estuviese entenebrecido por el orgullo y la soberbia más incalificable, como lo esta-

1 Adv. Nest. lib. I, c. 2.º col. 26.

ba sin duda el indigno Patriarca de Constantinopla. Incalificable es la audacia de este impío en la interpretación de la Sagrada Escritura, acomodando a su capricho los testimonios, y rarísima vez al sentido que tuvieron siempre en la Iglesia Católica, quitándoles en esta parte a los Protestantes la gloria de ser ellos los primeros reformadores, pues ya once siglos antes de Lutero establecía Nestorio, sino con palabras, con sus obras, los artículos de fe, que habían de ser la base de la nueva Reforma. Y ¿qué diremos de las objeciones llenas de astucia y mala intención con qué pretende hacer caer a los incautos, paliando con ellas su iniquidad y desvergüenza? Basten para muestra algunos botones, y por ellos puede juzgarse lo restante.

«La misma razón hay—dice Nestorio—para llamar a Santa Isabel Madre del Espíritu Santo, que para llamar a la Virgen *Madre de Dios*, puesto que Isabel dió a luz a Juan, ungido en su mismo vientre, por el Espíritu Santo.—Es cierto, le contesta San Cirilo, que San Juan fué ungido por el Espíritu Santo en el vientre de su Madre; pero, y bien: si se leyese en los Libros Sagrados que el Espíritu Santo se hizo carne, como se lee y afirmamos del Verbo, con muchísima razón la madre del Bautista debiera ser llamada Madre del Espíritu Santo; pero si sólo nació el Bautista honrado con la simple unción, ¿qué motivos hay para igualar cosas evidentemente distintas, equiparando una gracia participada con la Fuente misma de todas las gracias? No es, pues, lo mismo decir que el Verbo se hizo carne, y decir en espíritu profético que alguno fué ungido por el Espíritu Santo. Y mientras en la Escritura leemos de la Santísima Virgen que «llevará en su vientre y dará a luz un hijo y que éste será llamado Emanuel, que se interpreta *«Dios con nosotros»*, sólo se lee de Santa Isabel «que dará a luz un hijo, que andará en el espíritu y en la virtud de Elías, y que irá delante del Señor a preparar sus caminos». Luego de ninguna manera puede decirse que Isabel sea Madre del Espíritu Santo, porque haya dado a luz al Profeta del Altísimo; pero si es verdadera Madre de Dios la Santísima Virgen, porque de Ella nació Dios según la carne, esto es: dió a luz al Verbo Dios hecho carne»<sup>1</sup>. Pero donde más

<sup>1</sup> Adv. Nest. lib. I, c. V; t. 76, col. 39-42.

se refleja la malicia del hereje y su saña infernal contra el dogma de la Maternidad Divina, es en el testimonio del Evangelista San Juan, que como fundamento de toda nuestra doctrina, ha sido también el blanco de todos los ataques. Al llegar—dice el impío—a contarnos el Evangelista la manera de hacerse Hombre el Verbo, evita con todo cuidado hablar de *generaciones*, y en lugar de esta palabra, emplea la palabra *encarnación*, donde dice que el Verbo se hizo carne. No dice: *nació* por la carne. Mas donde los Apóstoles o Evangelistas hacen mención del *Hijo*, dicen que *nació* de la Mujer. Donde se ha de fijar la atención: pues hablando del Hijo, dicen que fué dado a luz por la Mujer, y usan la palabra *nació*; mas, cuando hacen mención del Verbo, nadie se atrevió a decir que fué engendrado por la humanidad<sup>1</sup>. ¡Miserable de tí! ¿no ves que estás confesando la mismísima doctrina que tratas de impugnar? *Ex ore tuo te judico, serve nequissime*, te está diciendo ya San Cirilo. Responde, sino, con sinceridad a lo que tu juez te pregunta. «Cuando los Apóstoles y Evangelistas dicen que el Verbo se *encarnó* y se hizo Hombre ¿por ventura quieren significar otra cosa, sino que el Verbo *nació* según la carne? Este modo de Encarnación no puede convenir sino a quien antes no era hombre, mas subsistía según su propia naturaleza. Y en verdad que sería gran desatino decir que la carne se hizo carne, porque ninguna cosa puede hacerse lo que ya era... Luego si dicen que el Unigénito fué Encarnado (y esto no pudo acontecer más que por la generación de la carne) ¿cómo, pues, podrá alguien negar que confiesan abiertamente que aquel Verbo de Dios *nació* según la carne? Porque, aunque no pongan explícita esta palabra *generación*, es tal la naturaleza del asunto, que todo hombre de sentido común la sobreentiende, ya que para hacerse carne el Verbo, no queda otro camino que la generación, según las sabias leyes de la naturaleza. Por lo dicho, debemos y podemos negar que se haya llevado a cabo la Encarnación por otra vía desconocida y extraña a la misma naturaleza de la cuestión que tratamos. ¿Acaso, porque se lea en el Génesis: «*a Set le nació un hijo y le puso por*

---

1 Lugar antes citado.

*nombre Enos*». tenemos derecho a decir que aquel hijo no fué engendrado, porque la Escritura no emplea explícitamente la palabra generación? Y ¿no se diría que esta era la mayor necesidad, puesto que la misma naturaleza del nacimiento nos lleva de la mano a admitir también la generación? ¿Por qué entonces no hemos de profesar la misma doctrina acerca del Verbo y, admitida la Encarnación, admitir también la generación? <sup>1</sup>. En donde hay humanación, debe admitirse la generación por medio de la cual la otra se llevó a cabo» <sup>2</sup>.

Esta doctrina que el Santo explana profusamente, y confirma con abundantes testimonios de la Escritura, está fundada en el conocido axioma: «Todo efecto requiere una causa adecuada que le produzca». Por consiguiente, de admitir, como admite Nestorio, que la Escritura habla de la Encarnación del Verbo, debe admitir una causa proporcionada a este efecto. Ahora bien, causa proporcionada y única es la generación; y como a la generación sigue el nacimiento; y el nacimiento es correlativo de la Maternidad, síguese que, como la Sagrada Escritura dice, y lo admite también Nestorio, que el Verbo de Dios fué hecho carne y habitó con el hombre, dice también que el Verbo Divino fué engendrado según la carne, y que hecho hombre nació de la Virgen, y que, por consiguiente, la Virgen es Madre de Dios. La misma doctrina, y acaso con más extensión, establece en la «Recta fe» (exposición de), dedicada al Emperador Teodosio el Joven, aunque nunca nombra allí al impío, pues sabía que era estimado del Emperador por las buenas prendas que, según hemos dicho, no faltaban a Nestorio antes de caer en la herejía. Después de exponer al Emperador los errores más comunes contra el misterio de la Encarnación, como eran los de los Maniqueos, Gnósticos, Fotinianos, Marcelianos y Apolinaristas, resume con brevedad y buen tino las doctrinas del entonces Patriarca de Constantinopla, oponiéndole los testimonios de la Es-

1. Nótese que en todo este pasaje, como en otros semejantes, lo mismo Nestorio que San Cirilo, hablan únicamente de la generación temporal del Verbo, puesto que el mismo Nestorio admite la generación eterna; nunca la otra, haciendo de Cristo dos Hijos: uno divino y eterno; humano y temporal el otro, unidos ambos desde el seno de María con una unión moral.

2. Adv. Nest. lib. I, c. VIII, col. 50-51.

critura y de la tradición constante de todas las Iglesias cristianas.

«Bien puede echárseles en cara, dice el Santo, hablando de estos herejes, que yerran, ignorando las Sagradas Escrituras, ignorando también aquel gran misterio de piedad, esto es, Cristo, que se manifestó a los hombres hecho carne, y fué justificado en espíritu, y apareció a los ángeles, y fué predicado a los gentiles, y el mundo creyó en Él, y subió a la gloria». (Tim. 16).

Este misterio de piedad, no es ciertamente otro que el Verbo de Dios, manifestado a los hombres en carne mortal, cuando tomó la forma de siervo y nació de la Virgen María. Apareció también a los ángeles, como verdadero Dios, venerando al recién nacido con aquel himno celestial: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

La aparición del Verbo de Dios, fué anunciada también a los pastores, cuando se les dijo: Ved que os ha nacido hoy en la tierra el Salvador que es Cristo Dios, en la ciudad de David, y esta será la señal para conocerle: Le hallaréis hecho Niño, envuelto en pañales, y puesto en un pesebre (Luc. II, 11-12).

De negar testimonios tan explícitos, concluye San Cirilo, habría que negarlo todo; y por otra parte, admitiendo la Sagrada Escritura, es delirio incalificable dar el nombre de apariencia a la manifestación más evidente de la verdad: porque, si esto no es más que cosa imaginaria y la Virgen no es verdadera Madre de Dios, tampoco el Verbo de Dios, que procede del Padre por generación, tomó la descendencia de Abrahán, ni se asimiló a sus hermanos, contra lo que nos testifica el Apóstol (II hebre., c. II, 16-17). Así, pues, lo que aquí en este misterio se nos manifiesta, no es una sombra ni una figura; es la verdad misma, es la misma realidad»<sup>1</sup>. Otra consecuencia se seguiría de no ser esta manifestación más que una apariencia de la verdad, consecuencia terrible que ella sola bastaría para echar por tierra todo el edificio de nuestra Religión, «porque, si el Verbo de Dios no se hizo carne, añade San Cirilo, tampoco pudieron comprenderle las tentaciones, y así, no experimentando la tentación, no

1 De recta fide ad Theod., VIII; i, 76, col. 1143.



puede socorrer a los que son tentados; por la misma razón no puede tener padecimientos, porque ningún padecimiento puede haber en lo que no es más que sombra de realidad, y así viene a *ser inútil todo lo que se hizo* por nuestra salvación.<sup>1</sup> Porque sino ¿sobre qué espaldas recayeron los azotes? o ¿qué mejillas fueron ofrecidas a las bofetadas de los que le maltrababan? o ¿con qué resistió tan varonilmente a los malos tratamientos que admiraban a los mismos Judíos? Y ¿qué manos y qué pies fueron por los clavos traspasados? Y ¿qué costado abierto por la lanza, cuando a la vista de los verdugos saltó aquella preciosísima sangre mezclada con agua? Y, para decirlo de una vez, si el Verbo de Dios no se hizo carne, tampoco murió por nosotros ni resucitó de entre los muertos. Concedido esto, vana es toda nuestra fe: desapareciendo esto, desaparece también la Cruz, que es la salvación y la vida del mundo, desaparece también la confianza firmísima de todos aquellos que durmieron en la fe de nuestros padres. Todo esto es una consecuencia lógica de quitar el nacimiento del Verbo, de suprimir la Divina Maternidad, que es también lo mismo que dice el Apóstol: «Os he enseñado la misma doctrina que por tradición recibí, porque Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, fué sepultado, y resucitó al tercer día de entre los muertos; y se apareció a Cefas, y después a los once, después se dejó ver de más de quinientos hermanos que se hallaban reunidos, de los cuales muchos aún viven, otros ya reposan, durmiendo el sueño de la muerte: después

<sup>1</sup> Parece claro el pasaje del Santo, porque siendo la naturaleza humana la que había de ser redimida (pues ella había quebrantado la Ley del Señor) era también la llamada a reparar este ultraje; mas como por sí misma no podía repararlo, por la distancia infinita que hay del hombre a Dios, de la criatura ofensora al Dios ofendido, por eso la divina misericordia determinó que el Unigénito, Dios, como el Padre, se uniese a la naturaleza humana para llevar a cabo la grande obra de la Redención. Esto mismo es lo que indica el mismo Santo algo más adelante, cuando dice: «Nosotros, por consiguiente, confesamos al Emanuel, nacido verdaderamente de la Virgen: ni lo tendremos en poco; antes bien, debemos admirar la extraordinaria gloria que ha sobrevenido a nuestra naturaleza, pues que el Verbo no tomó para redimirnos su propia naturaleza (en este caso ninguna utilidad de provecho hubiese resultado para la nuestra), ni tampoco tomó la de los ángeles; sino que, como está escrito, tomó la descendencia de Abraham, la manera más conveniente para restaurar al Género humano, levantándolo del miserable estado en que le precipitó su primera desobediencia.

se apareció a Santiago, y a todos los Apóstoles; y últimamente a mí, como a un aborto que soy». Y a continuación sigue: «Si, pues, se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿por qué entre vosotros hay algunos que niegan la resurrección? Porque sino existe la resurrección de los muertos, Cristo tampoco resucitó. Y si Cristo no resucitó, inútil es nuestra predicación, vana nuestra fe: y nosotros nos convertimos en falsos testigos de Dios, dando testimonio contra Él mismo de que resucitó Jesucristo, no habiendo resucitado, si es verdad que los muertos no resucitan» (I Cor. XV, 12-15). Ahora bien, pregunta San Cirilo, ¿cómo pudo morir lo que sólo es una sombra, una apariencia de realidad? ¿De qué manera podía el Padre volver a Cristo a la vida, si Cristo no podía morir, como no puede una cosa imaginaria sujetarse a las cadenas de la muerte?. Desaparezcan, por consiguiente, concluye el Santo, desaparezcan esas engañosas que no son más que fábulas y deliramentos de una calenturienta fantasía. Contra ellas nos previno ya el Salvador, cuando nos dijo que se habían levantado en el mundo muchos seudo-profetas Pero en esto hemos de conocer, añade nuestro Apologista, cuál es el espíritu de Dios: Todo el que confiese que Jesucristo vino al mundo hecho Hombre, es espíritu de Dios; quien esto niegue, no es espíritu de Dios, no está con Dios». Y para dar más importancia a su razonamiento, vuelve a hacer hincapié sobre la misma idea, bien convencido de que, asentada o negada esta verdad, se asienta o se niega el fundamento de toda nuestra Religión; por lo cual concluye con las siguientes palabras: «Si, pues, el Verbo no ha nacido, tampoco subió en carne a la diestra del Padre celestial; ni tampoco al final de los tiempos volverá a juzgarnos, revestido de nuestra carne» <sup>1</sup>. La misma doctrina asienta en varios otros lugares, como cuando dice contra los que niegan la subsistencia del Hijo, como segunda Persona de la Santísima Trinidad: «Si Dios no nos dió a su Hijo, porque, según vuestra sentencia, no subsiste, nada hizo entonces en favor de nuestra causa. Porque, siendo así, ni el Verbo se hizo carne, ni padeció en la Cruz, ni destruyó el imperio de la

1 De recta fide ad Theod. IX, t. 76, col. 1146.

muerte, ni por consiguiente resucitó. Pues si, como nos echáis en cara, no es nada, ni subsiste en la naturaleza de las cosas ¿cómo pueden convenirle la Cruz, la Pasión y la muerte? Luego, según esto, todo ha sido una invención de las Escrituras, que así lo impusieron a los fieles; y toda la firmeza de nuestra fe cae a tierra por su base. O por ventura ¿no nos han enseñado los Libros santos que el Hijo apareció en la forma de Dios?»<sup>2</sup>. Y ¿no le llaman también *imagen y figura del mismo Criador*? ¿quién duda que la imagen debe en todo parecerse al tipo que representa, porque de otra manera no sería imagen? Pues, si no subsisten la figura y la imagen por sí mismas, conviene que el prototipo tampoco exista, si han de parecerse a él, como los defectos de la imagen redundan en absoluto en la cosa arquetipa». Resultado inmediato de tal afirmación o de tal negación, es el admitir una quimera contra la Sagrada Escritura, contra la razón y la historia, como es el admitir un Sér perfectísimo, porque así lo exigen sus atributos, Criador y Conservador del mundo, y un sér, que, por otra parte, carece de propia subsistencia, carece de realidad propia, un sér que no es sér, que es el colmo de la contradicción. Y que este razonamiento sea lógico para los que admiten el testimonio de la Escritura. pónelo San Cirilo en evidencia con las palabras del Evangelista. Hablaba cierto día Jesús a sus discípulos de su Padre celestial, y aquellos rudos pescadores, que antes de ungirlos el Espíritu Santo no veían lo que se metía por los ojos, hablaron a su Maestro, siempre para ellos dulce, siempre complaciente, por boca de Felipe, de esta manera: muéstranos, Señor, al Padre y quedaremos satisfechos (Joan. XIV, 8). Y notad bien la respuesta, porque no le dijo: Mi Padre no puede ser conocido, pues lo que no existe no puede conocerse; mas respondiéndoles: ya lo veis; porque has de saber, Felipe, que quien me ve a mí, ve también a mi Padre, y la razón de ello es porque yo y mi Padre somos una misma cosa. Luego diremos, para terminar, que el Verbo de Dios «es vivo y eficaz», según Él mismo lo declaró: «Ego sum vita»; y la Santísima Virgen es, por lo tanto, Madre del Dios

2 Esto es: que tiene la misma naturaleza que el Dios Padre y el Espíritu Santo

verdadero. Por no repetir las mismas ideas con que el Santo forma el baluarte de todas sus argumentaciones, citando de ordinario los mismos testimonios más o menos explanados, lo que sucede principalmente en todas aquellas cartas que se rozan con esta materia (y son la mayoría de la colección), pasaremos a analizar con suma brevedad otro punto de la misma herejía, con la refutación del Santo, según lo hemos venido haciendo.

Trátase ahora de considerar la herejía de Nestorio en relación ya inmediata con la naturaleza de Jesucristo, pues de negar la unión hipostática, resulta, como no puede menos de resultar, la necesidad de admitir dos personas que vienen a corresponderse con las dos naturalezas, atribuyendo a la Virgen la Maternidad de Cristo-Hombre, mas no la del Cristo Dios, y quitando a María el nombre más augusto de su grandeza, y el título que la distingue de todas las otras madres. Y como de costumbre, Nestorio apela a la Sagrada Escritura, recogiendo de cada parte lo que le conviene, e interpretando, si necesario es, a su arbitrio, los testimonios que pudieran comprometerle, sacando siempre en consecuencia que la Virgen debe llamarse Cristipara; pero que de ninguna manera puede llamarse Madre de Dios o Deípara (Teótocos, que dicen los Griegos).

Dejemos también aquí hacer el gasto a los dos atletas, y veamos nosotros de aprender algo de la maestría de San Cirilo, pues que en los tiempos modernos vase también encarnizando la lucha en pro y en contra de la Virgen Santísima, viéndose levantar cada día nuevos Arrios, nuevos Nestorios y nuevos Calvinos que (aunque no tan descaradamente como aquellos, lo que no sería tanto de temer, pero sí embozados con el manto vil de la hipocresía), pretenden restar grandezas a la Virgen, y llénanseles de agua los ojos, al oír que en muchedumbre, pueblos, aldeas y ciudades le aclaman Reina de sus corazones y se rinden a sus plantas sacratísimas, encadenados con las dulces cadenas del amor. Esto no puede ser, exclaman airados los criticones del día, tan fielmente retratados por el mejor místico-mariano del siglo XVII; esto es atribuir a la Virgen (que no deja de ser pura criatura) los honores y alabanzas que a solo Dios se deben; esto es volver a la barbarie y a los tiempos de la idolatría. ¡Misera-

bles! ¡cómo si el Hijo llevara a mal los honores y alabanzas tributados a su Madre! ¡Cómo si la Madre de un Dios no fuera acreedora a los homenajes de aquellos que, por otra parte, son también sus hijos, y deben ser sus fieles servidores!

Mas veamos ya sus mismas palabras, insertando algunos rezos del diálogo con Nestorio:

—Nestorio. «Cuando la Sagrada Escritura habla del Nacimiento de Jesucristo o de su Muerte, nunca dice que la Virgen sea Madre de Dios; sino Madre de Jesucristo, del Salvador, de Jesús: porque estas dos palabras pueden significar indistintamente las dos naturalezas, ya la una, ya la otra. Así, por ejemplo, cuando habla San Pablo de que Cristo nació de una Virgen, dice que «envió Dios al Hijo hecho de mujer» (Gal. II, 4). Y nótese que no dijo el Apóstol: Envió Dios a su Verbo; sino que emplea el vocablo *Hijo*, común a ambas naturalezas, a la de Dios y a la de hombre; y en este doble sentido se toma la palabra Jesucristo. En este mismo sentido se dice que la Virgen dió a luz un Hijo, lo mismo que, cuando cantaba David: «Yo he dicho que sois dioses e hijos todos del Altísimo». Por donde se ve que las sagradas letras llaman a la Virgen Madre de Cristo, Madre del Salvador, Madre del Hombre; mas nunca Madre de Dios».

—Cirilo. «Que escuche Nestorio al Profeta Isaías que le está clamando: he ahí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que quiere decir: *Dios con nosotros*». Luego el que nació era Dios, oh Nestorio, mal que te pese.

—Nes. Dijo el Ángel a José: «Levántate, toma al Niño y a su Madre, huye a Egipto y permanece allí hasta que seas avisado». No dijo toma a Dios y a su Madre; sino toma al *Niño*.

—Cirilo. Sin embargo, el Arcángel Gabriel dijo a la Virgen: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por eso lo que de tí nazca Santo, será llamado Hijo del Altísimo».

Nest. El Apóstol dice: «Se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, esto es: vistiéndose de nuestra carne, en la cual crecía en saber, edad y gracia ante Dios y ante los hombres». Como si fuera hombre divino; pero al fin puro hombre.

—Cirilo. Lo que nace de la carne, carne es ciertamente; pero esto no excluye el gran milagro de su Nacimiento, y así como Dios engendra según su naturaleza divina (*divinitus*), así también la Venerable Virgen dió a luz en la carne al Verbo Dios de Dios.

—Nest. Separo las naturalezas y hago una adoración, porque Dios es inseparable (en el culto) de aquel que es distinto de Él. Por eso no divido el culto.

—Cirilo. El que separa las naturalezas, tiene también que admitir dos Hijos, contra la Sagrada Escritura que dice: «Y el Verbo se hizo carne».

—Nest. Jesucristo dice por Isaías: «El Señor me envió y su Espíritu. El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió. Y por esto dijo: te ungió el Dios, el Dios tuyo con el óleo de la alegría sobre todos tus compañeros». Respeta, pues, al ungió, confiesa al que le unge, adora al Templo por respeto al que en él habita.

—Cirilo. Luego confieso un solo Hijo, fruto del Espíritu Santo y de la Virgen María, sin hacer dos hijos de uno solo.

—Nest. ¿Dices que el Hijo padeció? Pues entonces también padeció el Padre. Porque si niegas que padeció el Padre, afirmas que el Hijo no es consubstancial al Padre.

—Cirilo. Ni afirmo que el Padre sea pasible, ni que el Hijo es impasible: impasible es la divinidad; pasible empero es Dios revestido de nuestra carne»<sup>1</sup>.

Para defender que la naturaleza del Hijo es la misma que la del Padre (que en lenguaje clásico, consagrado por el Concilio de Nicea, se dice que el Hijo es *consustancial* al Padre, y que, por esta razón, que adelante ampliaremos, debe María ser llamada Madre de Dios), escribió asimismo el Santo un tratado, que lleva por título «Contra los que no quieren confesar a la Virgen por Madre de Dios», llevando siempre por escudo la Sagrada Escritura y la tradición. Además de los testimonios ya citados, que bastarían suficientemente para probar la verdad que defiende, apóyase en otros de San Pablo, como aquel en

<sup>1</sup> Migne, t. 78, col. 250 y sig.)

que dice escribiendo a Tito: «Esperando la dichosa esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios, y Salvador nuestro Jesucristo». (II, 13). «Después de tan explícitos testimonios — comenta San Cirilo — ¿no se avergonzarán de separar a Jesucristo del Verbo? Pues nótese que no dijo el Apóstol: del gran Dios en *Jesucristo*; sino que a uno mismo llamó Dios y Jesucristo, y por esto también puso una sola manifestación». Hablando en otro lugar el mismo Apóstol de la conveniencia de ocultar Jesucristo, bajo la vestidura de la carne, los resplandores de la divinidad, cuya naturaleza estuvo siempre unida a la naturaleza humana, dice que si los judíos le hubiesen conocido (como Dios que era) nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 18). Donde confiesa San Pablo una sola Persona en Jesucristo por razón de la unión hipostática de ambas naturalezas. Porque no pasó un momento siquiera en que Jesús fuese simple hombre; sino que en el mismo instante indivisible, en que el Verbo descendió al seno de María, apropióse un cuerpo de la sustancia de la Virgen y nació de Ella (después de nueve meses) hombre puro a lo que exteriormente parecía, siendo intrinsecamente también Dios por su naturaleza. Por esta razón no privó a María de la Virginidad aun después del parto, lo que a ninguna otra mujer fué concedido, por santo que fuese el fruto de su nacimiento; porque, siendo los demás Santos hombres puros por naturaleza, conforme a ella nacieron <sup>1</sup>.

Mas, como el que nació de la Virgen era por naturaleza Dios, asumida en los últimos tiempos la naturaleza humana <sup>2</sup>, tomó también un nuevo nacimiento excelente sobre el de todos los demás hombres, cuanto excelente era la Persona que nacía. Luego con justísima razón podemos decir que María es Madre de Dios y Madre virgen» <sup>3</sup>.

1 Por eso ni siquiera a Santa Isabel, cuyo fruto fué santificado en el mismo vientre de su madre con la visita de la Madre de Dios, se la llama virgen, ni en el parto, ni después del parto; porque, concibiendo con deleite, debía también parir con dolor. Sola María fué exceptuada en el edicto general del Omnipotente...

2 Los tiempos anunciados por los Profetas, y sobre todo por Daniel.

3 No significa lo mismo el Teótocos de los Griegos, que el Deipara usado por los latinos, pues Teótocos, en traducción directa, vale tanto como «el que engendra a Dios» y su traducción, aplicándola a la Virgen, se corresponde con

Otro testimonio no menos explícito que el anterior es el del Apóstol San Judás, donde dice: «Quiero enseñaros, pues, para que sepáis todas las cosas, por qué Jesús, libertando a su pueblo de la esclavitud de Egipto, dejó en su perdición a los que no creyeron en Él, y reservó en el juicio del gran día para las cadenas eternas, que se hallan entre tinieblas y obscuridad, a los ángeles rebeldes, que no supieron conservar su principado, mas abandonaron su propio domicilio» (Jud., 6) Ahora bien, observa San Cirilo, si el Jesús que dió a luz la Bienaventurada Virgen hubiese sido puro hombre, ¿cómo, según dice este Apóstol, fué el que libró a Israel de las manos de los Egipcios y condujo a su pueblo por los desiertos: y lo que es más, obrando tan estupendos milagros, aún antes de nacer de la Virgen? ¿De dónde vino, cuando nació de la Virgen? ¿A dónde permaneció oculto durante todo aquel tiempo? Porque aquí no podrán alegar aquella especiosa razón de que empezó a existir en el seno de María. Demuestren, pues, los inventores de tan perjudiciales dogmas, dónde trajo su origen este Hombre, o en qué lugares permaneció oculto durante tantos siglos. Se necesitaría haber perdido el juicio para decir que el que tantos siglos ha decretaba para los rebeldes castigos eternos, sea un simple hombre como nosotros, y que tenga un poder limitado el que, con autoridad nunca vista, arranca a Israel de las cadenas que le esclavizaban tantos años había.

Luego, según lo concedido por los adversarios, ni puede decirse que Jesús sea Dios Verbo, a causa de su nacimiento de la

---

las palabras latinas «Dei Genitrix», en castellano: la que engendra a Dios, o Engendradora de Dios; mientras que el vocablo latino *Deipara* no significa otra cosa más que la que da a luz a Dios. Y mientras que el acto de engendrar (del griego *tiktein*) puede aplicarse también al Padre, y de hecho se aplica, la palabra «Deipara», sólo puede aplicarse a la Madre, con exclusión del Padre. Pudiendo de aquí ya deducirse que el *teótocos* tiene más extensión que *Deipara*; y por esto los Eutiquianos, conceden con más facilidad llamar a la Virgen *Deipara* que *Teótocos*. Por lo mismo se debe advertir aquí que esta palabra se toma aquí en sentido estrictísimo, y no en sentido impropio, como quiere Nestorio. La significación del griego *Teótocos* y su correspondiente latina *Deipara*, se toman indistintamente para significar que María es Madre de Dios con los actos de engendrar y dar a luz (aunque el primero no excluya el acto del Padre en las demás mujeres); de aquí que se tomen indistintamente, cuando se refieren a un mismo supuesto, objeto de ambos actos distintos entre sí.



Virgen, ni tampoco puede ser simple hombre, el que obra semejantes prodigios, que exceden las fuerzas de la naturaleza humana. ¿De qué condición, pues, o de qué naturaleza tan rara será Jesús? Mas bien les podemos increpar con las mismas palabras del Salvador: Errantes andáis, ignorando las Escrituras y la Virtud de Dios»<sup>1</sup>.

Prosigue San Cirilo exponiendo, como en tantos otros lugares lo verifica, la verdadera naturaleza de Jesucristo, y cómo, siendo Dios desde la eternidad, hizose hombre, al tomar carne en el seno de María. Y añade luego: «Este mismo argumento puede verse en otros muchos lugares y elocuentemente lo canta un Profeta, cuando dice refiriéndose a Jesucristo: Este es nuestro Dios, y no hay otro que con Él se pueda comparar: Él descubrió todos los caminos de la ciencia, y se la entregó a Jacob su niño, y a Israel su predilecto. Después de esto se dejó ver en la tierra y conversó con los hombres» (Baruch. III, 36-38).

Esto mismo lo significó también David en aquel salmo, cuando dijo: «La madre de Sión dice: un Hombre y un hombre nació en ella y a ella la edificó el Altísimo» (Psal. LXXXVI, 5). ¿Qué significa esto, sino que uno mismo es Dios y Hombre? Pues al mismo tiempo que es confesado hombre, es llamado el Altísimo y el Fundador de Sión. Lo misma confesión está contenida en otro salmo, donde se dice: «Tu asiento, oh Dios, en los siglos de los siglos: la vara de tu dirección es la vara de tu reino: amaste la justicia y odiaste la iniquidad, por eso te ungió Dios con el óleo de la alegría sobre todos tus compañeros» (Psal. XLIV, 7). Al nombrar aquí el Profeta al Verbo, confiésale Dios y Rey, y sin embargo no separa las naturalezas, ni le atribuye dos personas, aunque dice que fué ungió con el óleo de la alegría. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo el Verbo, siendo Dios, fué ungió, sino porque fué uno mismo el que se vistió de nuestra carne y al cual convino recibir el crisma de la unción? Y si, como alucinados, creen que el Verbo por su habitación en el hombre, hizo las veces de crisma, sepan, si quieren saberlo, que esta habitación se predica, no precisaménte de Jesucristo, sino de los Profetas y de

1 Quod B. M. sit Deipara, t. 76, col. 262.

otros Santos. Mas las frases antedichas exceden los términos e indican algo más que una mera mansión y permanencia. Y aunque Dios habita y mora en todos los Santos (y todos los cristianos que están en gracia son morada y templo vivo del Espíritu Santo), a ninguno, no obstante, se le llama el Santo y el Ungido por excelencia, como se le llama a Jesucristo»<sup>1</sup>. Contra algunos testimonios truncados de la Sagrada Escritura, en que se le llama a Jesucristo hombre, sin hablar para nada de la divinidad, como aquel del Apóstol, escribiendo a Timoteo: «Homo Christus Jesus» expone el Santo Patriarca de Alejandría otros claros y concluyentes, como aquellos del mismo Apóstol: «No nos predicamos a nosotros mismos; sino a Jesucristo Nuestro Señor: mas nosotros somos siervos vuestros por Jesús» (II Cor., 4.5). Y aquel otro, donde, hablando de los Israelitas, dice: «De quienes, según la carne, procede Jesucristo, que está sobre todas las cosas, y es Dios bendecido por todos los siglos. Amen». (Rom. IX, 5). Y aquel otro: «Habiendo Dios enviado al mundo a su Primogénito, dijo: adórenle todos los ángeles del Cielo» (Hebr. I, 6).

Después de estudiar las obras de San Cirilo, y admirar la pasmosa sabiduría que informa todos sus escritos, y aquella admirable prudencia que debe caracterizar todo asunto de polémica y apología, nos parece que en las disputas que le granjearon el título de Apologista invencible de la Divina Maternidad, pudiera de él decirse una cosa semejante a lo que de Jesucristo cuentan los Evangelios: «Que nadie podía responderle palabra». Todo su libro segundo contra Nestorio lo dedica a establecer la verdadera doctrina acerca de la naturaleza del Verbo, fundándose en lo acordado por el Concilio de Nicea, siendo todo él un copioso arsenal de testimonios de la Sagrada Escritura, muchos de los cuales quedan ya comentados en lo que llevamos expuesto. Empieza el Santo por confesar la verdadera unión hipostática en el mismo sentido que la Iglesia le dió siempre, echándole en cara al hereje la contradicción de su sistema, pues por una parte aparenta defender la misma doctrina que los católicos, confesando que Cristo es uno; para después echarlo a perder todo,

<sup>1</sup> Lugar citado, col. 263.

reconociendo dos personas en Jesucristo. «Nosotros, oh buen hombre,—le dice con cierta gracia San Cirilo—que nos levantamos a ideales más nobles que todas tus vaciedades y ridiculeces, y que seguimos el verdadero sentido de las Sagradas Letras que a una con la tradición confiesan un solo Dios Padre, Creador de todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo por quien todo fué hecho; cuando leemos que Jesucristo nació de la Santísima Virgen, siguiendo con prudencia el camino recto de la verdad, decimos que aquel Verbo, nacido de Dios Padre desde el principio, fué hecho Hombre y unido hipostáticamente a la carne, naciendo según la carne; y de ninguna manera podemos asentir a tus falacias y embustes: sino que a un Hijo solo y único atribuimos el nombre de Cristo: y esto con justísima razón, pues antes de nacer de la Virgen, fué de Ella engendrado por virtud del Divino Espíritu. Aquellos nombres de Cristo, Hijo y Jesús son comunes y se aplican a muchos otros. Pues muchos hijos de Dios hay, según la gracia, y dioses y señores en el Cielo y en la tierra, según el testimonio del Apóstol; mas son solamente por imitación y participación del que lo es por naturaleza. Mas el nombre y significación de Cristo (que quiere decir unguido) no conviene al Verbo si se le considera separado de la naturaleza humana. Porque, si decimos que se anonadó a sí mismo hasta hacerse siervo y semejante a nosotros por la carne, del mismo modo le llamamos Cristo, en cuanto que fué unguído; pues no fué unguído el Verbo en cuanto a su naturaleza divina; sino que la unción recayó más bien sobre la naturaleza humana. Así, pues, cuando llamamos Cristo al que fué unguido, no significamos, como tu pretendes, que el Ungido sea un puro hombre separado del Verbo-Divinidad y nacido así de la Virgen; sino que la unción la atribuimos al Verbo, engendrado de Dios Padre, pero unido a la naturaleza humana. Y ciertamente que el que la unción se haya verificado en la naturaleza humana, nos lo atestiguan con claridad las Escrituras... etc. <sup>1</sup>. Casi lo mismo dice también en su epístola a los Solitarios de Egipto: «Me admira sobremanera que haya entre vosotros quien se per-

1 Adv. Nest. lib. II, c. II, col. 70.

mita dudar, si la Virgen Sma. debe ser llamada Madre de Dios, porque si N. S. Jesucristo es Dios, ¿por que razón no ha de poder llamarse Madre de Dios la Sma. Virgen, que le dió a luz? Esta es la fe que nos trasmitieron los discípulos de Jesús, aunque ellos no hayan usado explícita esta palabra, doctrina transmitida y enseñada fielmente por todos los Santos Padres... Y más adelante, refutando a los que sólo llaman a María Crístipara y no Deipara, añade: «Todos los demás (Profetas o Cristos) son tales y pueden así ser llamados por el beneficio de la unción; solamente el Emmanuel es de tal manera Cristo, que es al mismo tiempo Dios. Por esto no se separan de la verdad los que a las madres de los Profetas llaman Crístiparas; pero de ningún modo Deiparas. Solamente entre todas la Sacratísima Virgen es y puede ser llamada Crístipara y Deipara al mismo tiempo, puesto que dió a luz, no a un puro hombre, como somos nosotros, sino al Verbo de Dios Padre, Encarnado y hecho Hombre.»<sup>1</sup>

Sorprendido y acorralado Nestorio por todos los caminos, recurre a la metáfora, diciendo que es verdad que la Escritura llama a Jesús: Señor, Cristo, Dios, Hijo y Santo; pero que esto no pasa de ser una figura, del mismo modo que llama Dios a Moisés, cuando le dice: Que le constituyó Dios para Faraón, y que su hermano Aarón sería su Profeta (Exod. VII, 1), como le llama también hijo a Israel, donde dice: «Mi hijo primogénito Israel» (id. IV, 22), y a Saúl y a Ciro llama Cristos.» (I Reg. XXIV, 7—Isa. XLXV, 1)<sup>2</sup>.

Y, aunque concede Nestorio que aventaja Jesucristo a todos los otros en la alta dignidad que resulta de su cohabitación con el Verbo, confunde lastimosamente lo que se predica por traslación de sentido, con lo que se afirma en conformidad con su misma naturaleza. El Santo pone en evidencia la falta de lógica entre el antecedente y la consecuencia, porque, a parte de ser meras figuras por las cuales el pueblo podía venir en conocimiento de lo significado por ellas, no había razón para admitir la conveniencia de los nombres, y no admitir igual dignidad en aquellos a quienes tales nombres se atribuyen.

1 Epist. ad Monach., T. 77, col. 19.

2 Adv. Nest. lib. II, c. IV, T. 76, col. 75 y sig.

Sería cuestión de no terminar, si quisiéramos ir extractando, aunque sólo fuera lo más saliente, de lo que atañe a nuestro propósito; pues restan aún los tres últimos libros contra Nestorio, que son complemento de los anteriores. Explica en el libro tercero el verdadero sentido de la Escritura en los títulos que da a Jesucristo de Apóstol, Pontífice, Hijo de Abraham, Hermano nuestro. Enviado por el Padre y Ungido por el E. Santo.

En el cuarto, además de otras cuestiones que hacen relación a las tres personas de la Sma. Trinidad en la formación del cuerpo de Jesús, defiende contra Nestorio que Cristo obraba los milagros por su propia virtud, prueba de que era Dios, además de ser hombre; y que la carne que Cristo nos da a comer en la Eucaristía es la carne de un Dios-Hombre, pues, de otra suerte, no nos sería salud eterna, ni antídoto contra el pecado.

Resuélvense en el libro quinto algunas objeciones relativas a la Pasión y muerte de Jesucristo, sacando en consecuencia S. Cirilo que hemos sido rescatados por la muerte de Dios-Hombre, que si en cuanto Hombre dijo al Padre: ¿Porqué me has abandonado?, en cuanto Dios venció a la muerte con su resurrección; y, si el Padre da testimonio de que Cristo es Dios, al llorar su muerte toda la naturaleza, el agua y sangre salidas de su costado, están también dando testimonio de que era Hombre al mismo tiempo.

Con esto damos por terminado el argumento de Escritura, y pasaremos a analizar con suma brevedad el argumento, fundado en la tradición, transmitida por los Santos Padres, Concilios, etcétera, dejando para el fin los argumentos de razón, que por otro nombre se llaman razones teológicas...

### III

Algo hemos hablado ya en los preliminares de la tradición, y de los SS. PP. y Concilios, que la vinieron representando desde Jesucristo y los Apóstoles. Tan arraigada se hallaba en los fieles la creencia en este dogma consolador, que a los primeros síntomas que en contra se advirtieron, levantóse el pueblo en masa contra los herejes, que se atrevían a proferir tamañas blasfemias: y cuando algo más tarde doscientos obispos ortodoxos,



reunidos en la Ciudad de María,<sup>1</sup> y en el templo a Ella dedicado, discutían y condenaban las doctrinas de Nestorio, era el pueblo, eran los fieles todos, quienes hacían la guardia a los ministros de Jesucristo, que allí se habían reunido para enseñar al mundo, que la que había extirpado con su planta virginal las herejías, al triturar una vez la cabeza de la serpiente, venía ahora a reportar, sobre sus enemigos el más grandioso triunfo. Y mientras los sucesores de los Apóstoles se reunían bajo las bóvedas de aquel Templo, monumento perenne de la devoción a la Madre de Dios, cuyos fieles instrumentos eran, y de quienes se servía su piadosa mano para hacer brillar en Éfeso y desde Éfeso en todo el orbe las grandes maravillas que sobre Ella había obrado el Todopoderoso, por las cuales le venían llamando Bienaventurada todas las generaciones, allí permanecía con impaciencia, sí; pero con fe firme y con esperanza inquebrantable el pueblo fiel, la gente sencilla de corazón y de alma pura, esperando las decisiones del Concilio, presidido en nombre del Romano Pontífice por el Prelado más celoso de la Iglesia, por el más ardiente propagandista de las grandezas de la Virgen... Y, al tener noticia el pueblo de que había la verdad triunfado, siendo sancionada la fe católica acerca de la Maternidad de María, resonaron los vítores y aclamaciones a la *Madre de Dios*, y a los Padres que habían condenado la herejía nestoriana; revistiéndose de gala la ciudad, y no se perdonó medio alguno que mostrara pudiese la emoción gratísima de sus almas: prueba la más concluyente de lo arraigada que tenían los fieles la creencia en la Maternidad.<sup>2</sup>

Esta tradición universal y constante, es argumento de que se vale también San Cirilo contra Nestorio, en todos los lugares de sus obras, donde establece la doctrina católica de la Maternidad de María, como faro de segundo orden, que va alumbrando su camino en pos de la Sagrada Escritura, en el dilatado campo de

1 Éfeso fué la dichosa ciudad donde se retiró la Santísima Virgen a pasar los años de vida que le restaron después de la muerte de su Hijo, viviendo en compañía del Discípulo Amado, según se lo encargó Cristo desde la Cruz, al dárselo por hijo en lugar suyo.

2 Vid. S. Ligorio: Hist. de las herej., trad. por M. Sánchez.—T. I., pág. 173.

la teología y del dogma. Pero, debido sin duda a esta misma raigambre que entre los fieles tenía la tradición, no se detiene de ordinario el gran Apologista a enumerar explícitamente los muchos testimonios de los Padres; y solamente en dos o tres lugares verifica esto, citando como de paso algún testimonio de los Padres o sabios Obispos más conocidos entonces en su confirmación, contentándose otras veces con recordarlo a su adversario de una manera general. Así por ejemplo, hablando de la Madre de Dios dice: «A comprender no alcanzo el descaro de aquellos que rechazan esta palabra (Deípara) por disonante y oscura, y falta de significación, cuando la usaron todos los Padres, como la más propia y conveniente a la dignidad de la Virgen» 1. «Y esta fe, añade en otro lugar, que los discípulos nos entregaron en depósito, aunque no hayan ellos usado explícita esta palabra (Deípara), nos fué transmitida también y enseñada por los Padres, y en especial por aquel preclarísimo varón nuestro Atanasio... etc.» 2. Y prueba también de esta tradición es el verse obligados a confesarla los mismos adversarios, aun los más impíos y blasfemos, como era el renegado Emperador. ¿Acaso—dice este impío—podía la Virgen dar a luz a un Dios? .. Pues vosotros no cesáis de llamar a María Madre de Dios: «At vos Mariam Deiparam vocare non cessatis» 3.

Haciéndose eco de esta tradición quéjase amargamente San Cirilo de que Nestorio se hiciese cómplice de las blasfemias de Doroteo, que por adular a su Patriarca, se atrevió a mancillar a la que es más pura que los mismos Ángeles. «En el anatema de Doroteo—dice el Santo—no sólo hemos sido comprendidos los que aun vivimos; si que también todos los Obispos del Orbe, y nuestros mismos Padres que ha ya tiempo abandonaron este destierro.

Y quién nos prohibía—añade—pronunciar contra las voces del blasfemo, anatema para quien diga que la Virgen es Madre de Dios? Sin embargo no lo hemos querido hacer, porque no se diga que el Obispo de Alejandría dió anatema contra la senten-

1. Adv. Nest. lib. I, c. 1.º 76, col. 18.

2. Ad Monach. A Egiptios, t. 77, col. 14.

3. Contr. Julianum, lib. VIII, t. 76, col. 292.

cia de Nestorio <sup>1</sup>. Por lo demás, cuando se enteren los piadosísimos Obispos tanto de Oriente como de Occidente, de que todos han caído bajo el anatema de Doroteo (pues todos confiesan a María por Madre de Dios) ¿cuán consternados no quedarán? ¿Cómo podrán sufrirlo de buen grado, no tanto por ellos mismos, cuanto por los Santos Padres, en cuyas obras encuéntrase a cada paso nombrada la Virgen con este vocablo *Madre de Dios*? Pues en verdad que, si no me pareciese tan costoso, os enviaría no pocos volúmenes de los diversos Padres, en donde no sólo alguna vez, sino que con mucha frecuencia, encuéntrase esta palabra (Défpara), confesando con ella por Madre de Dios a la Virgen Santísima <sup>2</sup>.

Exponiendo en otro lugar las doctrinas de la Encarnación y de la Maternidad contra los errores de Apolinar, Arrio y Eunomio, añade: «Y con ellos anatematizamos también a Nestorio. Pues la fe que recibimos desde el principio de la Iglesia, la conservamos, como firmísima áncora de nuestras almas, según escrito lo tenemos (Hbr., VII, 19). Y así confesamos a Jesucristo Nuestro Señor por único y verdadero Hijo de Dios Padre; sabiendo además que este mismo que procede del Padre y es Dios, como Él, y se llama el Verbo, nació en el tiempo de la mujer hecho hombre (Gal. IV, 4); y estando en cuanto Dios sobre la Ley, quiso depender de ella en cuanto hombre: y existiendo según su propia naturaleza, con la dignidad de Señor del universo, apareció no obstante en forma de siervo (Fil. II, 7) por la economía de la Encarnación.

Esta tradición ya nos la encomendaron Moisés y los Profetas, y todos aquellos que desde el principio fueron Ministros de este Verbo Dios, y confiados le esperaron. Lo mismo hicieron los Santos Padres que nos precedieron, los cuales, teniendo pa-

<sup>1</sup> Esto lo escribía el Santo, cuando empezaban aún a extenderse los rumores de la herejía, después que había ya escrito la famosa carta a los Monjes de Egipto; pero no se atrevía a excomulgar todavía al hereje, aconsejándole antes por medio de cartas que se retractase de sus errores; más no haciendo caso Nestorio, pidió consejo al Papa Celestino, el cual reprobó las doctrinas del Herejarca, aprobando y ensalzando las de nuestro apologista...

<sup>2</sup> Epist. VIII, col. 59.



labras de salud y de vida, fueron puestos como candeleros que alumbraron al mundo... etc.»<sup>1</sup>.

La antigua tradición de la Maternidad de la Virgen, tan antigua como la Iglesia de Jesucristo, tuvo solemne confirmación en el concilio de Nicea, sobre cuya profesión de fe o Símbolo de Nicea están colocadas las doctrinas de nuestro Santo, como él mismo lo dice expresamente en diversos lugares, y lo confirma en carta a Juan Antioqueno. Escríbale éste después de su reconciliación con la Iglesia Católica: «Expresaré con brevedad lo que sentimos y hablamos acerca de la Virgen Madre de Dios, y del modo de encarnarse su Unigénito Hijo (no porque se necesite añadir algo; sino más bien en forma de satisfacción), como lo recibimos de las Sagradas Escrituras y de los Padres, sin añadir nada a lo dispuesto en el gran Concilio de Nicea, pues esto nos basta para el conocimiento de la verdad, y para la refutación de todo error, etc...»

A lo que contestaba San Cirilo: «Habiendo leído vuestras palabras, al advertir que pensabais como yo mismo pienso, no pude menos de alabar a Dios y dar gracias y glorificar al Salvador de todos, congratulándoos también de que corresponda la fe de nuestras Iglesias a la Sagrada Escritura y a la tradición de todos los Santos Padres»<sup>2</sup>.

En vano procura Nestorio rehuir esta tradición, diciendo que aquello de que el Verbo se hizo carne, se entiende que el Verbo habitó en el Hombre, como en un templo; admitiendo sin embargo, con evidente contradicción, que el Verbo se hizo hombre, contra todas las iglesias de la tierra y aquellos mismos venerables Padres, que nos dieron la definición y confirmación de la recta fe, hablando por ellos el E. Santo, los cuales, al decir que el Verbo se hizo hombre, «no significan otra cosa; sino que el Verbo se hizo semejante a nosotros, naciendo según la carne, de la mujer.»<sup>3</sup>

Y, cuando Nestorio, con la impiedad acostumbrada, nos echa en cara que fingimos una divinidad, cuando oímos llamar a Cris-

1 Epist. XXXI, t. 77, col. I, (1-154).

2 Epist. XXXIX, t. 77, col. 175.

3 Adv. Nest. lib. IV, c. II, t. 76, col. 175.

to Apóstol o Pontífice, queriendo solo significar los testimonios del Apóstol que Cristo era puro Hombre, como lo significan los oficios de Pontífice y de Apóstol; refútale el Santo Patriarca de Alejandría con la brillantez de siempre, añadiendo que Nestorio se desdeña de seguir la opinión de todos los que piensan con rectitud, siguiendo el sólo el nuevo camino de su inconsiderada sentencia». <sup>1</sup>

En consecuencia, pues, S. Cirilo, defendiendo la Maternidad Divina de la Virgen, hácese eco de la tradición acerca de este Dogma, siendo él el representante más genuino en el siglo V de la Iglesia.

Y que las doctrinas que dejó expuestas en sus libros no son sino las mismas que enseñaron los Padres y sabios Obispos que le precedieron, pónelo en claro, citando los testimonios recogidos de las mejores obras. «Para que no parezca — dice — que hablo de memoria y que temerariamente afirmo lo que primero se me ocurre, procuraré confirmar mis doctrinas con los argumentos sacados de los mismos libros que ellos compusieron, para utilidad de la Iglesia. Empezaré, pues, por aquel Bienaventurado y célebre Atanasio... etc. <sup>2</sup>

Expone a continuación S. Cirilo fragmentos de algunas obras de S. Atanasio, del Obispo Atico, de Antioco Amón, S. Juan Crisóstomo y otros, que se completan con los citados en otro lugar, en la explicación de los anatematismos («Apologeticus pro XII cap. contra Orientales) donde cita, además de S. Atanasio, a S. Gregorio Niceno y a S. Basilio; mas hacemos caso omiso del extracto, para terminar este punto que nos ocupa. <sup>3</sup>

#### IV

Fáltanos analizar la última fuente de donde toma también la Iglesia sus argumentos, que, si bien en asuntos dogmáticos quedase su fuerza probativa muy por atrás de la Escritura y

1 Adv. Nest. lib. III, c. I, 119.

2 De recta fide ad Reginas, t. 76, col. 1210.

Véase el tomo citado a la col. 389-383.

tradición, no dejan de hallar gran cabida en el campo del raciocinio, sirviendo de confirmación a los anteriores.

Tal es aquella clase de argumentos, que, basados en la Lógica y sana Filosofía, descubren al hombre que quiera discurrir en conformidad con su razón, alguna verdad que, por estar más encubierta, no es menos real y efectiva, que si pudiera por todos conocerse con evidencia meridiana. Claro es que tales argumentos han de venir siempre fundados a *posteriori* en alguna verdad contenida ya en la revelación, como norma extrínseca por sí misma, aunque *per accidens* pudiese alguna vez convertirse en positiva; pero sin colisión de ningún género entre las fuentes anteriores y ésta de que ahora vamos a tratar, que en lenguaje escolástico se conoce con el nombre de razones teológicas <sup>1</sup>.

Trátase de hacer patente ahora la repugnancia de que María sea y pueda llamarse verdadera Madre de Dios, considerada la Maternidad bajo el punto de vista filosófico.

Todas las razones vienen a engranarse en aquel conocido principio de filosofía: «Generari est suppositorum». Ahora bien, como para que un supuesto se diga engendrado real y verdaderamente, no es necesario que sea engendrado todo el supuesto; sino que basta que una parte sustancial lo sea; y por la misma razón llamaráse Madre del supuesto a la persona que haya engendrado esa parte sustancial del supuesto; del mismo modo, para que la Virgen sea y pueda llamarse Madre de Dios, sólo se requiere que haya engendrado una parte sustancial del supuesto, que se llama Verbo Encarnado.

Tal es el sólido fundamento sobre que asienta San Cirilo toda su doctrina teológica de la Maternidad, demostrando *per modum unius* ambos misterios, que, como hemos dicho, son inseparables el uno del otro.

Dirígense todos los esfuerzos del Santo a desbaratar la sofística doctrina de Nestorio, que hubiera evitado muchas y horrendas blasfemias con sólo tener en cuenta los principios de filosofía. Escuchémoslo ya:

---

<sup>1</sup> Véase a este propósito: Const. I de fide, cap. 2 y 4; cap. 2, can. I del Concilio Vaticano.

«Si negáis, nos dice, que la naturaleza del Verbo procede de la carne ¿cómo aseguraréis que Dios nació de la Virgen?» Y creyendo insoluble este conflicto, añade, como quien está seguro de su triunfo: «Una de dos: o confesáis abiertamente que la Divinidad fué engendrada por la Bienaventurada María, o si esto tenéis por blasfemia y lo negáis por consiguiente ¿para qué fingís no decir lo que nosotros (los Nestorianos), cuando en realidad decís lo mismo?»<sup>1</sup>

Atiende, Nestorio, atiende a las razones que en nombre de la Iglesia Católica, con la Escritura y la tradición delante echan por tierra tu fantástico castillo, y edifican a la sombra de sus ruínas la grandiosa y prepotente fábrica del Cristianismo, izando en sus alturas al lado de la bandera de Cristo teñida en su sangre redentora, la purísima bandera de la Virgen, la bandera de la Madre de Dios.

En primer lugar—respóndele San Cirilo—que precisamente nosotros, si bien decimos que el Verbo, en cuanto a su naturaleza divina, nada tiene que ver con la carne; sin embargo, tratándose del Verbo Encarnado, decimos con la Sagrada Escritura inspirada por el Espíritu Santo, que el Verbo se hizo carne, esto es: que fué unido hipostáticamente a la carne, sin confusión de naturalezas, permaneciendo en virtud de dicha unión un sólo supuesto. Y no es que después de la unión quedara el cuerpo yuxtapuesto a la divinidad, pero sin pertenecerle; sino que desde el mismo momento de la unión, se apropió aquella naturaleza humana, a la manera que nosotros nos apropiamos nuestro propio cuerpo, considerándolo, como en realidad es, parte sustancial de nuestra persona, como que en virtud de la materia signata, según Santo Tomás, viene a constituirse nuestra personalidad, lo que llamamos: la persona de cada uno...<sup>2</sup>

Ahora bien ¿puede darse conflicto o repugnancia de algún género entre lo que nosotros afirmamos, esto es: entre la Encarnación del Verbo Dios en las entrañas de la Virgen, y el nacimiento de la *Divinidad*? Habría ciertamente conflicto, si nosotros afirmásemos que la divinidad, como tal divinidad, esto es:

1 Adv. Nest., lib. I, c. I, t. 76, col. 19.

2 V. Adv. Nest. t. 76, col. 19.

Dios, según su naturaleza divina solamente, había nacido de la Virgen; pero, al decir nosotros la divinidad, esto es: Dios, siempre añadimos que nació unido hipostáticamente a la carne: luego el conflicto queda resuelto por nuestra parte, porque, si la divinidad se unió a la naturaleza humana, formando una sola persona, o, por mejor decir, conservando la subsistencia de la naturaleza divina, y asumiendo en sí la de la naturaleza humana, a la cual se unió el Verbo en el primer instante, afirmamos también que la Virgen engendró al supuesto completo, esto es, al Verbo, al engendrar una parte sustancial de él, cual es la naturaleza humana. Y la razón de ello fácil es comprenderla con lo que dejamos dicho, que no es más que la doctrina del mismo San Cirilo: «La carne—dice el Santo—es engendrada ciertamente por la carne, y después el Artífice de todas las cosas, por modos y razones admirables que Él conoce, encárgase de vivificarla: la mujer empero que da a luz, aunque sólo engendró la carne, dícese que es madre de todo hombre, es a saber: del alma y del cuerpo, aunque por sí con nada concurrió por la existencia del alma: sin embargo quien dice *hombre*, significa el alma unida al cuerpo.

Pues, así como la mujer, aunque sólo dió a luz el cuerpo, se llama madre de todo el supuesto: del cuerpo y del alma, sin que por ello nadie se atreva a decir que el alma ha tenido su origen en la carne<sup>1</sup>; del mismo modo se halla la cuestión por parte de la Virgen, pues, aunque es Madre de aquella santísima carne, que por obra del Espíritu Santo se formó en su vientre, dícese, sin embargo, que es Madre del Verbo Dios, unido hipostáticamente a la humana naturaleza en las purísimas entrañas de María. Y los que tal confiesan, no por ello atribuyen al Verbo una existencia temporal, cuyo principio ha de buscarse en el momento de la Encarnación; sino que, confesándolo eterno como el Pa-

1 La opinión defendida por Frohschammer, que, con el nombre de *generacionismo* dice que el alma humana es comunicada por los padres, en virtud de la fuerza creadora, es unánimemente rechazada por los verdaderos filósofos, juntamente con el *traduccionismo corpóreo* defendido por Apolinar en el siglo V, así como el *espiritual*, defendido, en parte, por San Agustín, y otras opiniones erróneas como la de Rosminio, que no ve en el alma racional más que la misma sensitiva, después de infundirle Dios la idea del *ente*, V, Boeder *Psicol. Rat.* (edit. 3), pág. 426.

dre, ven sólo en su anonadamiento hasta hacerse carne, una manifestación de la economía divina»<sup>1</sup>.

Luego ¿a qué vienen las gratuitas afirmaciones de Nestorio, que no parece sino que está definiendo ex-cátedra otros tantos dogmas con la autoridad infalible del Vicario de Jesucristo? Escuchad, sino, sus inapelables sentencias: «No es por sí Dios lo que fué formado en el vientre de María; no es por sí Dios lo que fué formado por virtud del Espíritu Santo: no es por sí (per se) lo que fué puesto en un sepulcro, pues de otra manera tributamos a un hombre o a un cadáver los honores debidos a la divinidad únicamente; sino que, como está Dios en lo que fué tomado (en la carne), por eso lo que fué tomado se llama también Dios, recibiendo el hombre del que tomó, en virtud de la unión»<sup>2</sup>. Y ¿qué? ¿se creía Nestorio que íbamos a ser tan necios, que negásemos un principio tan evidente, toda vez que admitiéndolo concluye en favor nuestro completamente, sin recurrir, como él a la falacia, indigna de toda verdad, ya que la verdad no necesita disfraces, ni encubrimientos; sino que desnuda y sola hace frente a la mentira, y sola en campo abierto basta a desbaratar los planes de los impíos?

Y ciertamente confesamos por verdadero aquel principio de que «nadie da lo que no tiene», y que por lo mismo lo que puede dar la carne y lo que de ella puede nacer *carne será siempre*.

Pero recuerde Nestorio que desde el mismo instante de la Encarnación, aquella carne que en el vientre de la Virgen se formó por obra del Espíritu Santo, dejó de pertenecerse a sí misma, esto es, perdió su propia subsistencia, para tomar la subsistencia del Verbo, y constituir con Él un solo supuesto, una sola persona, que siguió siendo la misma persona divina, segunda de la Santísima Trinidad, a la manera que el alma, al unirse al cuerpo que ha de informar, constituye con él una sola persona, como dejamos ya dicho.

Ahora bien ¿no llamaríamos necio a quien dijese que el cuerpo de por sí solo no era el mismo hombre, y le diríamos que era

1 Adv. Nest. lib. I, c. IV, col. 38-39, l. 76.

2 Adv. Nest. lib. II, c. XI, col. 106.

una afirmación excusada, o que se quería chancear de nosotros? <sup>1</sup> ¡Tan pueril parece la afirmación que Nestorio asienta, como una verdad trascendental, para llegar a ulteriores descubrimientos en el campo del dogma, tales como nunca se vieron hasta que Nestorio sacó al mundo de su ignorancia!

Pero sigamos la comparación del *hombre total* con el supuesto total, llamado Jesucristo. Y diremos con San Cirilo, que nadie ha tenido aún la feliz ocurrencia de decir que el cuerpo o el alma por separado se expresan con un nombre común a ambos, para significar un *hombre*; sino que, considerándolos unidos, según su unión natural, entonces con toda exactitud llamará a todo el conjunto *hombre* <sup>2</sup>.

Así es razonable considerar a Jesucristo y decir que el cuerpo tomado de la Virgen, y unido después al Verbo según su unión hipostática, constituyó una sola persona que se llama Jesucristo, Hijo y Señor, siendo este supuesto al mismo tiempo Dios y hombre.

Però Nestorio, abandonando los principios de la sana filosofía, éntrase descarrado por caminos perversos, y temiendo, horrorizado al parecer, tributar a un hombre los honores de la divinidad, nos predica dos dioses, uno verdadero y según su propia naturaleza, es a saber, el Verbo que procede de Dios Padre, y otro que juntamente con éste se llama también Dios <sup>3</sup>.

Acaba de decirnos que no es Dios lo que se formó en el vientre de la Virgen, y a las dos líneas, añade que lo que fué tomado en virtud de la unión, con el que le tomó, se llama también Dios.

¿En qué quedamos? Lo que nació de la Virgen ¿es Dios o no es Dios? Si es Dios, ¿para que echarnos en cara que confesamos a Dios nacido de la Virgen? Y, si no es Dios, ¿de dónde se saca el otro Dios, además del Verbo, que, como dice, *pasó* por la

1 La doctrina que precede es en sustancia la misma de San Cirilo: (V. Adv. Nest. lib. II, c. 12, col. 106-107.

2 Esto es: que cuando alguien quiere referirse a un hombre, no dice, por ejemplo: un cuerpo o un alma me dió tal noticia; sino que dice: un hombre o una persona, etc. me lo ha dicho, atribuyendo la acción a todo el supuesto, según el principio «actiones sunt suppositorum».

3 San Cirilo: adv. Nest. lugar citado.

Virgen? Porque, así como es ridículo decir que alguien estaba conversando consigo mismo, o que un Rey reina a un mismo tiempo consigo mismo, esto es: que reparte el trono con su misma persona, y nos burlaríamos del que tal dijese, atribuyendo a uno lo que es propio de dos o más, del mismo modo es cosa necia decir que siendo un sólo Dios el que *pasó* por la Virgen, también al hombre se le llama Dios por su cohabitación con el Verbo, como si una relación meramente extrínseca, pudiese cambiar la naturaleza intrínseca de las cosas»<sup>1</sup>.

Por otra parte, como la misión del Verbo era redimir nuestra propia naturaleza y reconciliarnos con Dios, fué menester que para ello tomase el Verbo nuestra misma naturaleza, y para esto no quedaba otro camino, si había de acomodarse a la ley natural, que tomar nuestra propia carne con las miserias subsiguientes a su naturaleza. Pero, al tomar carne fué también necesario destituirla de su propia personalidad, para dotarla de la subsistencia del mismo Verbo; rescatando así con su sangre, con su pasión y muerte, no a una persona determinada; sino a la naturaleza humana a quien hipostáticamente se unió. Escuchemos también en esta parte la autorizada doctrina de San Cirilo:

«No vayas a creer, le dice a Nestorio, que así por hablar he dicho que, si el Unigénito del Padre no se hubiese hecho semejante a nosotros (y no se pudo hacer de otra suerte que naciendo de mujer) nunca hubiésemos podido participar los tesoros de su Redención. Pues, como escribe S. Pablo, el Emmanuel que apareció, no provenía de la tierra, como el primer Adán; sino que este segundo Adán descendió del Cielo; y procediendo del Padre, vino a tomar carne a la tierra; pero no tomó la naturaleza de un sér particular, ni como cosa extraña a su Persona divina, ni sobre alguien descendió para habitar en él, como habitó en los Profetas; sino que, apropiado aquel cuerpo que de la Mujer tomara, engendrado por Ella según la carne, y apareció con nosotros hecho hombre, el que antes de los siglos existía como Dios, procediendo del Padre por generación.»

<sup>1</sup> San Cirilo, lugar citado.



Y para desengañar a Nestorio de que, al confesar la Encarnación del Verbo, no por eso le atribuimos una existencia temporal, añade el Santo a continuación: «Esta es la confesión de nuestra fe, que las S. Letras y la tradición nos enseñaron, y tú finges temer que alguno de nosotros sospeche siquiera que aquel Verbo procedente del Dios Padre, recibiera con la carne el principio de su existencia, y niegas radicalmente el misterio de la Encarnación y por ende la redención del hombre, al negar que la Virgen debe ser llamada Madre de Dios ¿y dices que los que así la llaman necesaria e inevitablemente han de confesar que el Verbo es fruto de la carne? Lejos de ti ese temor, Nestorio, pues la cosa muy distinta es de lo que tu te figuras. Lo que nosotros decimos es que el Hijo de Dios Padre, aquel mismo que existía desde la eternidad, como Creador de los siglos, al llegar el tiempo señalado en su economía divina, hizo se hombre y habitó con nosotros.»<sup>1</sup> Y nada puede aquí aquella objeción de los nestorianos de que «si el Emmanuel era un compuesto de dos naturalezas, y después de la unión resultó una sola, es a saber: la naturaleza encarnada del Verbo, se sigue en consecuencia que el mismo Verbo padeció en su naturaleza divina», porque, si bien dice la S. Escritura que el Verbo se hizo carne, entiéndese que aquella carne estaba animada por un alma inteligente, y así lo entendieron siempre los SS. PP., cuando confesaron en el Concilio de Nicea que el Verbo procedía de Dios Padre por generación eterna, y que era de la misma naturaleza del Padre, aquel Unigénito por quien fueron hechas todas las cosas, y el mismo, que al llegar a la plenitud de los tiempos, se encarnó y se hizo hombre semejante a nosotros: «*Quisquis igitur Verbum dicit fuisse incarnatum, carnem illi unitam non sine anima intelligente fuisse confitetur.*»<sup>2</sup>

Y no es que en virtud de esta unión haya habido mezcla o confusión de ambas naturalezas, ni tampoco desaparición de la humana, o disminución en sus atributos, como pretenden nuestros adversarios, «pues, aunque uno solo es el Hijo, y siendo real y verdaderamente el mismo Verbo, que desde la eternidad

1 Adv., lib. I, cap. I, col. 23.

2 Ep. XLVI, t. 77, col. 239.

es engendrado de un modo inefable por el Padre, el que después nació de la mujer hecho hombre, habiendo tomado carne dotada de un alma inteligente, no se divide por ello en dos personas o en dos hijos, permaneciendo único, revestido de su propio cuerpo y con su propia carne, con unidad que no puede jamás romperse.

Quien esto afirma, ninguna mezcla y confusión afirma, ni de algún modo se sigue por necesaria consecuencia; pues, al decir nosotros que uno es el Unigénito de Dios encarnado y hecho hombre, no por esto decimos que se hayan mezclado ambas naturalezas, o que la naturaleza del Verbo se haya convertido en la naturaleza de la carne, o al contrario, la carne en naturaleza divina; sino que, permaneciendo cada naturaleza con todas sus propiedades y atributos, como queda ya indicado, unidas entre sí por manera inefable, resultan una sola persona que es la del Hijo, pero ésta encarnada, pues no solamente se dice uno a lo que es simple por naturaleza<sup>1</sup>; sino que también se dice uno a lo que resulta de la unión de varias cosas, como se dice que en el hombre hay unidad, aunque es compuesto de cuerpo y alma. Pues estos dos componentes (cuerpo y alma) aunque son de distinta especie, y tienen esencia diversa, constituyen, sin embargo, en virtud de su unión natural, una sola naturaleza, la naturaleza del hombre; conservando, no obstante, dentro de su misma composición, la diferencia esencial que a cada componente corresponda, según su propia naturaleza.

Ya se ve por aquí cuán vana es la argumentación de los que dicen que, si una es la naturaleza encarnada del Verbo y después de la encarnación resultó un sólo supuesto, tuvo que seguirse necesariamente la mezcla y confusión de naturalezas, resultando disminuida, o anulada totalmente la naturaleza humana.

---

1 Así se define la unidad: «Quod est indivisum in se», distinguiéndose varias especies de unidad que se llaman «unidad de simplicidad», «de composición natural», «de composición artificial» y «de agregación». La primera excluye toda división actual y potencial; mientras que las otras sólo excluyen la actual; pero no la potencial. A estas especies de unidad, podemos añadir la que resulta de la unión hipóstática, que sólo ha tenido lugar en Jesucristo, según nos enseña la fe, y no puede verificarse en ninguna otra cosa.

Ni fué disminuída, ni anulada, como los adversarios dicen, pues, para entender cómo el Verbo se hizo Hombre, basta decir que el Verbo tomó carne. Si nosotros nos callásemos esto, pudieran los enemigos calumniarnos; pero añadiendo siempre, como añadimos, que el Verbo se encarnó ¿cómo ven ellos manera de disminución o aniquilamiento en la naturaleza humana? <sup>1</sup>.

Y no es que, por admitir dos generaciones en Jesucristo, haya necesidad de admitir dos personas y, por consiguiente, dos Hijos, como quiere Nestorio; ni se sigue tampoco que de admitir un solo Hijo, haya necesidad de admitir una sola generación. En cuanto a lo primero «admitimos y confesamos en Jesucristo dos generaciones y dos nacimientos (uno según la naturaleza divina, otro según la humana); pero sólo y único es el sujeto de ambos nacimientos, que, siendo el Verbo de Dios antes de revestirse de nuestra carne, se hizo Hombre por nosotros, naciendo de la Mujer, según la carne.

Hubiera acertado Nestorio, si hubiese dicho que entre los hombres, a dos generaciones, corresponden dos hijos; pero, como el misterioso nacimiento de Jesucristo, así como su Encarnación, no estaba sujeto a las mismas leyes que el de los demás mortales, siguiendo camino diverso, y apareciendo también de este modo muy distinto, ¿por qué cae en esa estúpida infidelidad, al trasladar su pensamiento a cosas tan admirables y que sobrepujan la razón humana, sin ajustarse a las costumbres de las cosas que no llevan el sello del milagro?» <sup>2</sup>.

Así como de admitir dos generaciones, no se sigue la necesidad de admitir dos personas, del mismo modo se ha la inversa: de admitir un solo Hijo, una sola persona, no se sigue la consecuencia de admitir una sola generación, porque, si así fuera, diganos Nestorio, cual de las dos generaciones habíamos de admitir, y cual nos íbamos a quedar.

¿Nos quedamos solamente con la generación eterna, por la cual es el Hijo engendrado del Padre, antes de los siglos? Entonces cae a tierra todo el misterio de la Encarnación, pues si

<sup>1</sup> Epist. XLVI, t. 77, col. 242.

<sup>2</sup> Adv. Nest., lib. I, cap. VI, t. 76, col. 43-46... Véase también el t. 77, col. 46.

no se hizo carne, no pudo anonadarse a sí mismo ni a tomar la forma de siervo.

¿Prescindamos de la generación eterna y afirmamos solamente la temporal, por medio de la cual nació de la carne de una Virgen? Entonces lo que nació de la mujer fué solamente hombre y no tenía virtud para redimirnos, y por lo tanto echamos a tierra toda la economía divina.

Luego cualquiera de las dos generaciones que quitemos al Verbo, nos conduce a admitir consecuencias en «extremo absurdas, llenas de impiedad y del todo contrarias a la fe y a la razón» <sup>1</sup>.

Con esto, damos por terminada la exposición de las razones teológicas, <sup>2</sup> diciendo, para terminar, cuatro palabras del Concilio de Éfeso, donde San Cirilo vió coronados todos sus esfuerzos, al aplaudir sus doctrinas toda la Iglesia, dispensándole el Vicario de Jesucrito el honor altísimo de presidir el gran Concilio ..

## V

Fué el concilio de Éfeso gran coronamiento, solemnísima confirmación que recibió el culto que a la Virgen se le venía tributando, como Madre de Dios, al que «afluyó, y desde él se derramó por todas partes». Afluyó como un río formado, primeramente, por los vapores del cielo sobre las altas cumbres apostólicas, alimentando con las más puras corrientes de la doctrina cristiana, expresada sucesivamente por los Padres de los tres primeros siglos; brotando en seguida de las catacumbas donde, tanto la corrupción, como el furor del paganismo, le obligó a ocultar su curso misterioso: hirviendo en S. Epifanio y S. Efrén con espumosa abundancia, donde los siglos posteriores han bebido: arrastrando después entre sus olas vigorosas los despojos de cien herejías derribadas a su paso, y llegando así en la pleni-

<sup>1</sup> Ibidem.

<sup>2</sup> Si alguno desea más datos en las obras del Santo, véase lib. II cont. Nest., col. 82; id. col. 90; lib. V, col. 199; Apologeticus pro XII cap. contr. Orientales, col. 319 y sig., t. 76... Epist. L, col. 255-258; Homilia paschalis XVII, col. 774 y sig., t. 77... y varios otros lugares, de menos importancia.

tud de su curso al siglo V, en que la herejía de Nestorio quiso detenerle, haciéndole desbordarse sobre el mundo. <sup>1</sup>

Así sucedió efectivamente, cuando aquellos dos Patriarcas, empeñados en lid ardiente, llevaron ambos su causa al supremo tribunal del Vicario de Jesucristo: y cuando éste, para hacer triunfar la verdad, convoca, reúne en Concilio General a todos los Obispos del Orbe cristiano, presididos por aquel Héroe de la verdad, Atleta de Cristo, invicto Apologista de la Virgen, Defensor de los misterios más augustos de nuestra Sagrada Religión. Allí (en Éfeso) sucumbió la serpiente que «se revolvió contra el talón que la aplastaba» <sup>2</sup>, herida por las doce flechas, significadas en los doce anatemas, fulminados con singular acierto por S. Cirilo.

De aquí salieron también aquellas palabras enrojadas por el fuego de la caridad más ardiente, que como otras tantas flechas amorosas fueron a clavarse en el corazón de María, y cuyos resplandores iluminaron a todo el mundo, y alegraron los corazones tristes, que ansiosos esperaban el triunfo,

«Te saludamos, María, Madre de Dios, venerable tesoro del universo entero, lámpara inextinguible, corona de la virginidad, cetro de la fe ortodoxa, templo perdurable, morada del que no cabe en los espacios, Madre y a la vez virgen, por la que se nos ha dado aquel que se llama Bendito en todas las generaciones, el que vino en nombre del Señor: salve, tu que encerraste en tu virginal seno al que tiene por límites lo infinito. Por ti la Santísima Trinidad es glorificada; por ti celebrada la Cruz, y adorada en todo el mundo; por ti de júbilo se estremecen los Cielos y los Ángeles y Arcángeles se alegran; por ti huyen los demonios, por ti el diablo tentador cayó del Cielo, y por ti a la criatura se le abrieron las puertas de la gloria». <sup>3</sup>

Yo también te saludo, Virgen Purísima, y te digo con los Obispos de Éfeso: Sta. María, Madre de Dios, ruega por nosotros, los pecadores, ruega por todos los pecadores del mundo,

1 Augusto Nicolás, T. citado, pag. 135-136.

2 Ibidem.

3 Homilia IV Efesi. in Nest. habita, T. 77, col. 991.

por los pecadores de mi patria que es España: ruega por este pueblo, que es el Benjamín de tus amores, la pupila de tus ojos. Extiende sobre él tu manto purísimo; y entre los que llamas siervos tuyos, cobije también tu misericordia al que siervo tuyo se proclama en presencia de todo el mundo.

## SAN EFRÉN Y LA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

por el Rdo. P. Fr. Eduardo Díez Nova, Agustino.

LEMA: Porfirio.

### SAN EFRÉN Y LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN

Idea luminosa y gran acierto ha tenido la muy ilustre ACADEMIA al consagrar un número de su brillante programa al discutible Padre y Doctor de la Iglesia San Efrén; pues no dudamos se hará luz de esta vez, quedando desmentidos y avergonzados los que, sin haber leído sus obras, le han negado un puesto distinguido entre los Padres, impidiendo que otros muchos, dejándose llevar del parecer ajeno, no consultaran sus escritos, arsenal inmenso de doctrina y jardín delicioso de belleza. Así las juzgó la antigüedad cristiana, tributándole por boca de dos esclarecidas lumbreras de la Iglesia griega y latina las más calurosas alabanzas. San Gregorio Niseno, en el bello panegírico que le dedica, le llama: «Doctor clarissime, optime Patrum», y «fértil vid, cuyos racimos de virtud y de doctrina deleitan y fortalecen a los hijos de la Iglesia.» S. Jerónimo, en su obra «De Viris illustribus», dice que se leían los escritos del Santo en las Iglesias después de las SS. Escrituras, y admira la fuerza y penetración de su ingenio, llamándole escritor sublime, aunque sólo conocía las traducciones griegas de sus obras. «Ephraem Edessanae Ecclesiae Diaconus, multa siro sermone composuit, et

ad tantam venit claritudinem, ut post lectionem Scripturarum, publice in quibusdam Ecclesiis, ejus scripta recitentur. Legi graccum volumen et acumen siblimis ingenii etiam in translatione cognovi». Lo mismo afirman Teodoreto y Sozomeno, el primero de los cuales dice en su Historia que fué el varón más admirable y el más excelente entre los escritores siros.

En la elocuencia brilla San Efrén de un modo nuevo, admirable. Dotado como estaba de una imaginación viva y fecunda, embellece todos los dogmas de nuestra sagrada religión sin llegar jamás a obscurecerlos; con imágenes apropiadas y expresivas, sublimes y encantadoras descripciones, cuadros llenos de vida y movimiento, y con todos los encantos de la poesía y el lenguaje. No fué tan estridente y duro como Tertuliano, pero sí más insinuante y asequible; lleno como estaba su pecho de amor de Dios y de mística ternura, derrite las almas, caldea los corazones, ilumina las inteligencias, arrastra las voluntades, adquiriendo tanto poder sobre las multitudes, que pudo decir San Gregorio Niseno: «aún a los corazones más duros y empedernidos ablandó, enterneció e hizo derramar lágrimas de arrepentimiento con su arrebatadora elocuencia. Animos quos, ob malam obstinatamque duritiem, lapides discesis, plane emolvit ac fregit. flexitque ut voluit». Desde que el Discípulo amado dejó de predicar al mundo, no se habían oído acentos más tiernos ni más conmovedores, porque a la dulzura del Apóstol añadía San Efrén torrentes de lágrimas por los pecados de sus prójimos.

Cuando habla del juicio final y de los novísimos, que por haberlo hecho de modo incomparable mereció ser conocido por este nombre, más que angel del Apocalipsis, llamando a los hombres a rendir cuentas sin lugar al arrepentimiento, se transforma en un Profeta, cuyos trenos y suspiros les hacen estallar en llanto saludable de penitencia.

Más en lo que no le superó nadie, ni le ha superado hasta el presente, es en hablar de la Santísima Virgen: aquí es donde se muestra su fantasía en toda su pujanza y esplendor; magnificencia en las imágenes, ornato en los discursos, abundancia en los períodos, belleza en las antítesis, ingenio en los contrastes, unión y ternura nunca vistas, devoción y entusiasmo incomparables, ... diríamos que aquel mortificado anacoreta dejó la sole-



dad (a) amada para arrebatarse con ímpetu a los hombres y llevarlos al regazo de la Virgen. Ningún Padre de la Iglesia es más rico en himnos y alabanzas a la Madre de Dios: esto lo han confesado algunos escritores modernos: el profundo A. Nicolás en su magnífica obra «La Virgen María y el Plan divino» dice: «El más antiguo de todos (habla del culto público deprecativo), San Efrén, es precisamente el más rico en alabanzas y plegarias a María. En él vemos el más bello vástago de la antigüedad cristiana honrando a la Madre de Dios». «Cuando canta a María, dice un patrólogo español contemporáneo, lo hace con acentos que no los empleó más fervientes San Bernardo». Lo mismo había dicho antes el insigne Bardenhewer, con estas palabras: «Cuando aventaja San Efrén a todos los oradores y poetas de la antigüedad, es al pulsar el arpa en loor de María; de su inmarcesible virginidad, de su verdadera Maternidad divina y de su limpieza de toda culpa». Y en el novísimo Oficio que la Iglesia le dedica, se celebra el entusiasmo y la fervorosa devoción con que cantó las glorias de María. «Metrica quoque cantica composuit in laudem Beatissimae Virginis Mariae ac Sanctorum: quam ob causam a Siris, «Spiritus Sanctis cithara», merito fuit appellatus. In merifica ac pia devotione erga eandem Virginein Immaculatam primum exceluit».

(a) Se cree que San Efrén vivió en un monte cerca de Edesa en compañía de unos monjes, discípulos suyos. Su vida, escrita por autores muy antiguos, es un conjunto de fábulas, desmentidas muchas de ellas por el mismo San Efrén. Tal es la de haber nacido de un sacerdote del Dios Abnil; pues en el sermón que titula «Reprehensio sui ipsius» dice, por estas palabras, que nació de padres cristianos, que confesaron a Cristo delante de los jueces: «Eram de Christo a patribus antea edoctus. Qui me secundum carnem genuerant, timorem Domini tradiderunt mihi... Patres mei in iudicio Christum confessi fuerunt». T. I, gr. lat., pág. 129).

No se sabe de cierto si fué ordenado por San Basilio de Diácono, o si ya lo era antes de ir a visitarlo. La visita del Santo a los Monjes de Egipto tampoco está comprobada, como tampoco el año de su muerte.

NOTA.—Siempre que citemos las obras de San Efrén, mientras no se advierta otra cosa, nos referimos a la edición romana hecha por el Maronita D. José Assémini desde el año 1732-1747.

Cuando citemos la de Vosio, nos referimos a la de Amberes de 1619.

Para que cada uno pueda juzgar por sí mismo, y ver que no son exageradas semejantes expresiones, procuraremos introducir en nuestro trabajo extensas y abundantes citas, y de esta manera el Santo sobresaldrá por sí mismo, confundiendo a los que, sin conocerle le hizieron descender del alto puesto que le corresponde entre los Padres de la Iglesia; pero antes de comenzar el estudio de sus obras, será bien dirigir una rápida mirada sobre el culto de la Virgen antes de Nuestro Señor Jesucristo y en los tres primeros siglos de la Iglesia, para desmentir a los herejes e impíos que nos tachan de fanáticos porque damos culto a la Virgen, colocándola en los umbrales de la Divinidad, y de innovadores porque no apareció este culto, según ellos, hasta el siglo V de la Era Cristiana.

## I

## EL CULTO DE LA VIRGEN HASTA SAN EFRÉN

Decía S. Efrén en el siglo IV, combatiendo a los Mániqueos, que habían podido las astucias y maniobras de la herejía y la impiedad contra la Sma. Virgen: lo mismo podemos afirmar hoy después de 16 siglos: todas las blasfemias que han vomitado los impíos contra Ella, todas las negociaciones y subterfugios de los herejes; todas las risas y sarcasmos de la incredulidad y todos los ataques del racionalismo, se han estrellado contra la evidencia de los hechos, quedando avergonzados y confundidos los secuaces del error.

«Este culto, dijo con gran descaro, Bayle, no principió en la Iglesia hasta cuatro siglos después de la Ascensión de Jesucristo. Debe su origen a la natural propensión de los hombres a imaginar la corte del cielo semejante a la de los reyes de la tierra, en las cuales por lo regular tienen las mujeres gran ascendiente, y también la sórdida codicia de los sacerdotes y monges que han visto cuán lucrativo es este culto.»

Este juicio que degrada al mismo que le ha formulado, por encerrar en sí el error y la calumnia, está desmentido por la creencia de todos los pueblos, pues desde que el Creador maldijo a la serpiente, anunciándole que una mujer quebrantaría su

cabeza, Eva y todos los hombres levantaron un altar en su corazón a la que había de lavar el crimen que se cometió en el Paraíso, pudiendo decir que el culto de la Virgen está tan lejos del siglo V como el Concilio de Efeso (431, fecha que le fijan los incrédulos) dista de la caída del primer hombre.

Se dispersarán los moradores de la tierra; la verdad encubierta entre las tinieblas del error, apenas brillará con pálidos resplandores en la obscura y dilatada noche que se extiende del otro lado del Calvario; un mar de supercherías inundará el mundo y anegará a los hombres, olvidados del verdadero Dios, en los abismos de la idolatría; quemarán incienso a sus pasiones divinizadas, bajo el nombre de innumerables mentirosos dioses, a quienes ofrecerán el más grosero culto; sus crímenes inauditos y los vicios más repugnantes les impedirán dirigir su mirada hacia la corte del cielo; mas, a pesar de sus vicios y de sus crímenes, a pesar de sus pasiones y de sus dioses, a pesar de todas sus diabólicas creencias y de todos sus errores, aún conservan vislumbres de verdad y la convicción de que una Virgen dará a luz al Libertador del mundo. Idea sublime, «gran quimera por todos defendida», (!;) como la llama un impío. Ella flota en el tenebroso cielo del mundo antiguo, cual lucero precursor de la aurora derramando el suave bálsamo de la esperanza en el corazón de la atribulada humanidad. Id sino a la Persia y os dirá Zoroastro que *el gran Libertador nacerá de una Virgen*; entrad en una pagoda india y veréis entronizada a Maya, *virgen* y madre de Buda; encamináos al país de los drúidas y al lado de sus dólmenes y menhires, encontraréis los monumentos erigidos *a la que había de parir siendo virgen*. Isis, que concibe a Horus por virtud de Osiris (ser por esencia); Io, entre las deidades griegas, a quien Júpiter hizo fecunda con el tacto de su dedo; y Mitra, conducida en triunfo del Oriente a Roma para ocupar un puesto distinguido en el Capitolio, ¿qué son sino reminiscencias y figuras de la que había de triunfar de la serpiente y concebir por obra del Espíritu Santo? Esta idea que se halla en el fondo de todas las teogonías, no podría haber sido tan universalmente admitida si no encerrara en sí una gran verdad, aunque disfigurada por la idolatría.

Y no sólo el mundo pagano dió culto en sus figuras a la Virgen, sino que hasta en el modo de concebir las relaciones existentes entre Ella y la humanidad, tiene muchos puntos de contacto con nosotros; porque si los cristianos consideran a María como Madre tierna, solícita y cariñosa, ellos también hacen a sus vírgenes mediadoras ante los dioses. Claro es que media una inmensa distancia entre la virgen de Homero y la que celebra Tertuliano; cierto que se distingue la de Virgilio, de la que ensalza San Efrén; más no se puede negar que las unas son símbolos y representaciones de la otra, y esta otra, que es María, Madre de Jesús, es la realidad de aquellas sombras, la anunciada por los Profetas, la requerida por los Patriarcas, la esperanza y el refugio de la humanidad afligida y desolada.

El culto, pues, de María no es nuevo, como no es nuevo el ensalzar a la madre que nos dió el sér y nos alimentó con el dulce néctar de sus pechos. La Santísima Virgen vive en el corazón de los cristianos, como Madre que nos engendró en la gracia, como Señora a quien debemos venerar, y como Reina merecedora de nuestro homenaje y pleitesía. Así pensaban los primitivos adoradores de Cristo, y, aunque no hubieran llegado hasta nosotros las obras de San Ignacio Mártir y San Justino, ni Tertuliano demostrara a Ebión y Valentín que María es Virgen y Madre de Dios; las piedras enterradas hace 20 siglos en las Catacumbas se levantarían para dar un solemne mentís a los que, con la mayor ligereza, aseguran que María no fué venerada hasta el siglo V.

No obstante, es muy cierto que del culto deprecativo apenas se encuentran huellas en las obras de los Santos Padres anteriores al siglo cuarto, si bien se hallaba vivo y palpitante en el corazón de los fieles, como lo demuestran las imágenes y pinturas de la Virgen, que hoy sacan los sabios de las Catacumbas.

Y no es de admirar que así sucediera; porque Tertuliano y todos los demás defensores de la Iglesia Católica, se guardaban muy bien de pactar, ni en apariencia siquiera, con los secuaces del paganismo; pues con vivos colores y aceradas frases ponían de manifiesto y avergonzaban a los que daban culto a mil femeninos dioses.

Los paganos, que no estaban en condiciones de percibir la sublimidad cristiana, hubieran levantado a María un altar en el Capitolio ¡quizá a la diestra de Venus!, confundiendo a Jesús con Apolo, y a la Santísima Virgen con sus impúdicas diosas. «Convenía, pues, dice A. Nicolás, que la Cruz sola alcanzase el honor divino de la redención del mundo. Estando después de esto los corazones dispuestos y purificados, y hallándose la idolatría y el paganismo derrotados, podía presentarse el culto de María sin peligro de ser desnaturalizado, y con todos los dones y gracias que de él se desprenden». Mas tratándose del culto laudativo, todos los Padres de los primeros siglos, defendieron contra los ataques de la herejía, aparte de otras prerrogativas, la virginal Maternidad divina de María. Así San Clemente, papa del primer siglo, dice: *Filium Dei Dominum nostrum Jesum Christum, sancta virginitas suo premio contulit*. De igual modo habla San Ignacio Mártir: «*Filium Dei secundum voluntatem et potentiam Dei natum vere ex Virgine*»<sup>1</sup>; y San Justino en su «Apología» dice más explícitamente, que la virtud de Dios, bajando sobre María, la hizo sombra y concibió permaneciendo Virgen<sup>2</sup>.

San Ireneo, aquel sabio profundo que confundió a Valentín y a toda la turba de gnósticos, demostrando que Jesús tomó verdadera carne de María, ya establece la antítesis entre Eva y la Santísima Virgen, diciendo «que aquella fué desobediente y ésta sumisa; Eva causa de la muerte y María origen de la salud; lo que Eva enredó con su incredulidad, María lo soltó con su acendrada fe<sup>3</sup>»; el género humano se perdió por la falta de Eva, y María es causa de su felicidad, restituyéndole la herencia.

Tertuliano, con dialéctica invencible y arrebatadora elocuencia, rechaza los errores de los Gnósticos, diciendo que María, Madre de Jesús, fué virgen, aunque Ebión no lo admite<sup>4</sup>; y que

1 Ep. ad Smyr., cap. I.

2 Sed virtus Dei superveniens Virgini obumbravit eam, fecitque ut tum cum esset Virgo praegnarét (Apol. pro. Chris.; núm. 33).

3 Quod enim alligavit virgo Eva per incredulitatem, hoc Virgo María solivit per fidem (Adversus haerèses lib. III, cap. 22).

4 Quam utique Virginem constat fuisse, licet Ebión resistat. (De virg. vela. d. cap. VI).

el Hijo de Dios tomó verdadera carne de sus purísimas entrañas, aunque Valentín lo niegue con inaudita imprudencia. Del mismo modo hablan Orígenes, San Gregorio Taumaturgo, San Atanasio y todos los Padres en general.

Tal es el estado en que se encuentra el culto de la Santísima Virgen, es decir, el laudativo en el campo de la controversia que el cristianismo tuvo que sostener con los paganos y herejes, y el deprecativo en el corazón de todos los fieles y en el fondo de las Catacumbas, cuando aparece San Efrén, que, deslumbrado por las excelencias de María y atraído por los divinos encantos que le rodean, canta en trovas admirables sus virtudes y le pide desde la cátedra sagrada que se digne mirar con ojos de misericordia a los hombres desterrados y afligidos.

Estaba San Efrén tan enamorado de la Virgen, que antes de haberse definido verdad alguna a Ella referente, ya declara y demuestra con testimonios apodícticos e irrefragables, la Virginal Maternidad de María, su Inmaculada Concepción, la Mediación Universal, y otras verdades que demuestran el fervor y entusiasmo de este Santo Padre de la Iglesia, como se verá en nuestro humilde trabajo.

## II

### SAN EFRÉN Y LA MATERNIDAD VIRGINAL DE MARÍA

Cuando San Efrén aparece en el campo de la discusión, y defiende de los ataques de la herejía la primera y más sublime de las prerogativas de María, se muestra como pensador profundo y teólogo admirable, que raciocina sobre los planes de Dios, elevándose hasta las más altas cumbres que es dado alcanzar a la humana inteligencia; pero cuando habla a los cristianos, cuando se dirige a los fieles que, arrastrados por su fama y elocuencia, corren a oírle ávidos de su doctrina, entonces es el amor quien le dicta, es la más fervorosa piedad quien le mueve, es el entusiasmo el que le hace prorumpir en cantos líricos e inspirados himnos con que celebra las virtudes y excelencias de la Virgen: mas nadie se debe escandalizar, ni atribuirlo a exageración cuando diga que María «es nuestro único refugio»; «en Ti

sola, oh Virgen bendita, tenemos nuestra confianza»; «Tú eres el único consuelo de los afligidos y causa de todas las gracias», y otras expresiones semejantes, conformes todas con los rigores del dogma; porque el simple título de Madre de Dios, en que las funda, lo explica todo: el error no es posible si consideramos el principio de los sermones y plegarias que compuso: «Domina mea Sanctissima Dei Genitrix»; «Virgo Domina Deipara»; «Immaculata Dei Mater», pues con esta base, lejos de ser heréticas tan bellas invocaciones, exaltan a Jesús de modo sublime y admirable.

Los herejes, adulterando el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras, intentan probar que María no puede ser Madre y Virgen al mismo tiempo; pero San Efrén, herido en lo más hondo de su alma por semejantes blasfemias, les responde con elocuencia insuperable: «La sabiduría levantó su propio templo con piedras talladas y cortadas sin auxilio de herramienta; como la gran Fábrica de Salomón fué hecha de piedras a las que no había tocado el martillo o la piqueta, de igual manera dió María su propia sustancia al Verbo, sin necesitar de varón (conservando, por lo tanto, su virginidad): en el Edificio Santo no se oyeron las estridencias del hierro ni el golpear de los martillos, porque la tierra pulfa y elaboraba los materiales, sin arte ni trabajo, como no hubo curso extraño en la concepción del Hijo de Dios, ni dolor en el nacimiento de Cristo».

En María no obró el hombre, sino solamente la Virgen: las piedras estaban labradas y pulidas: es decir, que Dios ha tomado nuestra naturaleza en María sin el concurso de varón, pero sí, depurada por la castidad exquisita de la Virgen, quedando immaculada la divinidad en tan insigne pureza. ¡Oh incomprensible misterio, que excede a toda imaginación y ningún entendimiento lo llegará a comprender!

Vengan todas las criaturas y admiren a su Creador, para que se convenzan de que le es muy fácil realizar lo que la naturaleza no puede conseguir, pues sin concurso hizo al Hombre que sostiene los mundos visibles e invisibles <sup>1</sup>.

1 Sermón de Margarita, t. II gre-lat p. 276 y sigs. Algunos lo citan con el título de «Supernaturali Virginis partu».

En el mismo sermón citado convida a todos los seres de la creación a que hablen a los herejes para que crean que Jesucristo no vino al mundo en apariencia, sino revestido de nuestra naturaleza, naciendo de Madre Virgen. El Santo combate estas herejías sirviéndose del ejemplo, muy usado entonces, de la perla <sup>1</sup>. Examina las propiedades e imperfección del marisco, y la belleza y precio de lo que produce, aplicándolo con gran ingenio a Jesucristo, que se dignó tomar nuestra corruptible naturaleza naciendo de una Virgen, no obstante encerrar en sí todas las perfecciones. «Considera, dice, el misterio de una carne tan imperfecta como la del marisco en la formación de la perla, y crearás la Encarnación real de Cristo en el seno de una mujer... ¡Oh incomprensibles misterios! ¡Oh celestiales creencias! ¡Que la naturaleza produzca cosas que le son extrañas, y que nazca un fruto de mujer sin concurso de varón! La Virgen se convierte en Madre, unos pechos alimentan, una doncella ayuda y coopera... ¿Cómo hubiera tomado solas apariencias de nacimiento Aquel que participó de la esencia y naturaleza del parto? Cristo ha crecido en su seno, cuando por ser Dios, de nadie necesitaba; ha nacido de mujer, siendo verdadero Hijo de Dios; conoció a María por madre, y por ella, la divinidad se junta con la humanidad» <sup>2</sup>.

Para responder el santo Doctor a las preocupaciones de los mismos herejes, relativas a la indignidad del nacimiento del Hijo de Dios, de una mujer, se remonta a la más elevada poesía en alas de su ardiente imaginación. Como la chispa y el rayo, prosigue, inundan de luz los lugares más oscuros que recorren, de igual modo purifica Cristo lo más oculto y recóndito de la naturaleza que se apropia; así purificó a la Virgen, su benditísima Madre...

Al nacer el sol, la naturaleza resplandece, y cuando se eleva sobre el horizonte, ilumina el universo ¿qué no haría en el lecho donde entrase todo entero?... Si Jesús, iluminando a Pablo desde lo alto del cielo con los resplandores de su gracia, lo inclinó a la piedad; hizo de un lobo, una oveja, de un cruel perseguidor, un apóstol fervoroso; de un alma sanguinaria, un horno de

<sup>1</sup> Se refiere a la perla de que habla San Mateo en el cap. 13 de su Evangelio.

<sup>2</sup> Sermón antes citado.



caridad, y de un carácter desabrido e intransigente, un dócil instrumento para sus inexcrutables designios, ¿con cuanta más razón al encarnarse el Verbo divino en el seno de María ha debido embellecerla y santificarla? <sup>1</sup> Teniendo presente la parábola ya citada en la perla, recorre el orden natural de la generación, y marca las diferencias esenciales entre el modo cómo concibe María y todas las demás mujeres. «Éstas para ser madres, dice, tienen que perder su integridad rompiendo el sello de la naturaleza; padecen muchos trabajos y sufren grandes dolores al dar a luz; no así la Virgen, que concibió del Espíritu Santo. Éste abrió el seno de María para que naciera el Supremo Artífice de la naturaleza, llenando de virtud a la Virgen Madre. El divino Espíritu cooperaba en el parto de la doncella que no conocía varón, por lo cual, ni el Hijo rompió el sello de la virginidad, ni la Virgen sufrió dolor al dar a luz; del propio modo que las plegadas conchas de la perla producen la margarita y de nuevo se unen con bien ajustado sello... Los reyes conceden privilegios a las ciudades en que fueron proclamados, y no concedería Jesús, estando en su poder, la virginidad a la Madre que le engendró?» <sup>2</sup>.

San Efrén amaba tiernamente a María, y por eso la bendice y glorifica en la multitud de tratados que compuso para rebatir el sinnúmero de errores y herejías que perturbaron la Iglesia en aquel tiempo. Los maniqueos condenaban el matrimonio; juzgándolo emanación del principio malo, a causa de la carne que es su elemento: el Santo, con lógica de hierro y arrebatada elocuencia, los refuta fundándose en la divina maternidad de la Virgen, de la siguiente manera: «Si proscriben el matrimonio ¿cómo se verificará la propagación del género humano? Sé que ellos delirán hasta el punto de juzgar que la mujer puede concebir por la influencia de puros espíritus.

María es la única; la incomparable que fué madre sin obra de varón, conservando su virginidad; porque nada es difícil a Dios. Vanamente admiraríamos prodigio tan estupendo, si los Ángeles pudieran ejecutar tan insigües maravillas. Entonces triunfaría el

1 Ibid. Pág. 270. Vosio 516 y 517.

2 Ibid. Pág. 266 y 267.

demonío, haciendo vírgenes madres en oposición a la Madre de Jesús. Su astucia puede remediar los caracteres de nuestra fe; pero respecto a la Santísima Virgen, nada parecido ha encontrado su malicia con que poder deslumbrarnos. Ha logrado procurarse algunos engañadores astutos a quienes llama sus santos: hombres alucinados y seductores que, fingiéndose profetas, como en otro tiempo el mistagoge Baal, quieren substituir a los venerables pontífices de nuestra religión, para perder de este modo a los incautos; ha enviado emisarios a semejanza de los Apóstoles de Cristo, consiguiendo levantar altares entre la gentilidad, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ha podido remedar la pobreza, la continencia, la sobriedad y el celo de la plegaria, encubriendo sus propósitos malvados bajo tales apariencias; pero le ha sido imposible representar a la Virgen: nuestra Virgen ha desbaratado sus astucias, y maniobras»<sup>1</sup>.

Con el mismo acierto y elegancia arguye a los judíos obstinados y deicidas; los avergüenza con el horrendo crimen que perpetraron, los combate con sus propias creencias y preocupaciones, y tienen que retirarse confundidos a los antros de la vieja Sinagoga «¿No creéis, les dice, que Cristo resucitó al tercer día? ¿por qué, pues, creéis que salió Jonás a los tres días sano y salvo del vientre de la ballena? ¿No creéis que la Virgen engendró al Hombre Dios? ¿Por qué, creéis que fué construido aquel templo suntuoso de piedras sin tallar, siendo el más bello de todos, aunque no intervino el hierro en fábrica tan gigantesca?»<sup>2</sup>.

Sí, combatiendo San Efrén a los herejes, habla con energía y entusiasmo, cuando se dirige a los creyentes, cuando predica a los cristianos, lo hace con tal suavidad y dulzura, con tal fervor y tal fuego, que enciende a los tibios, alienta a los flacos, consuela al triste, alegra al atribulado, mantiene a los fuertes y hace que todos se derritan en amor a la Santísima Virgen, Madre y Señora de todos los mortales.

Ya contemple el Santo a Jesús en los brazos de María, ya contemple a Ésta regalando a su divino Hijo con baladas de amor y de ternura; bien dirija su mirada al Paraíso donde tuvo lugar

1 T. II, Syr-lat. Sermón 19, adversus Haereses, pág. 478.

2 Sermón antes citado de la Margarita.

la gran tragedia, bien sondée las profundidades de la Sagrada Escritura, su alma se deshace en alabanzas de la Virgen, que es Madre por virtud del Espíritu divino. El sublime misterio de la Encarnación y el no menos inefable de la virginal. Maternidad, ocupan su mente y su corazón, no pudiendo menos, al tratar de ellos, de presentarlos adornados con bellas comparaciones, expresivas y magníficas figuras, con antítesis ingeniosas y contrastes adecuados, y con todos los encantos de la poesía y de la naturaleza. Véase hasta donde llega la elocuencia del Santo en uno de los sermones que compuso al Nacimiento del Señor. «En el invierno, cuando los árboles están desnudos de sus vistosos ropajes y no ostentan sazonados frutos; en Diciembre, cuando la naturaleza es infecunda y la tierra está azotada por violentas tempestades; en Diciembre, cuando el universo está envuelto en un manto de tristeza y la obscuridad reina por todas partes; en Diciembre, cuando los pastorcillos se gozan de ver los primeros recentales, se nos da el fruto de José, nace de María la espiga de la salud, viene al mundo el Cordero inmaculado, el Hombre-Dios que recibí el alimento de María. ¿Quién pudo medir el grandor de su majestad? y no obstante, ha encerrado sus colosales dimensiones en la estrechez de unos míseros pañales... María lleva este pequeño Niño que en su silencio disimulaba la ciencia que infundía en todas las lenguas: sustentábase el Altísimo con la leche de la Virgen, mientras que su admirable largueza sustentaba a su vez el universo, y mientras dormía el sueño de la infancia en el regazo de su bendita Madre, todo el mundo reposaba en su seno.

Cuando su cuerpo se formaba en el vientre de la Virgen, su poder reunía los miembros de todos los cuerpos; cuando tenía lugar su concepción, Él mismo elaboraba las primeras formas de todos los seres. Por la infusión de su propia virtud, pudo la Virgen llevarlo, mientras que Él sostenía todo lo que lleva vida y nombre en la naturaleza»<sup>1</sup>.

San Efrén habla del misterio de la Encarnación con más claridad que los Padres anteriores; lo hace resaltar de manera in-

1. Sermón II de Nativitate Domini, t. II Sir-lat, pág. 406 y siguientes.

comparable, introduciéndose de este modo en el alma de todos los creyentes, que le llaman «Lira del Espíritu Santo». El sublime párrafo que dejamos apuntado, como otros mil que pudiéramos sacar de sus obras, puede compararse con lo más elegante que produjo la antigüedad cristiana: es a la vez que una brillante profesión del misterio fundamental de nuestra fe, una enérgica protesta contra las herejías que lo adulteraban o corrompían con subterfugios y sofismas.

Glorificando San Efrén en un sermón «DE NATIVITATE DOMINI» al Infante recién nacido, ensalza a su bendita Madre con tal ingenio y entusiasmo, que la hace superior a todas las criaturas, colocándola en los umbrales de la Divinidad. En el incomparable canto del «Magnificat», la Santísima Virgen protesta de su indignidad para tan altos designios; dice que es humilde esclava y sierva inútil; mas esta confesión encierra en sí tan grandes maravillas y circunda a María de tanta luz y resplandor, que la inteligencia humana se pierde en la sublimidad de semejantes acentos. El Santo Doctor pone también en labios de Nuestra Señora palabras tan humildes y exclamaciones tan tiernas, que, a semejanza del «Magnificat», la encumbra a las más altas regiones de la gloria. Habla primero el Santo de los coloquios que tendría San José con el divino Niño, y extasiada María, en la contemplación de tan sublime misterio, prorrumpe en estos dulcísimos y maternales afectos: «¿A quién narraré mis dones y prerrogativas? he dado a luz al que es simplicísimo y encierra en sí todas las cosas, al que aparece pequeñito siendo inmenso, al que es aquí para mí todo y en cualquier parte todo. ¡Oh Hijo y Señor mío! Tú que eres el Unigénito y el Soberano, me hiciste Señora, de esclava; y desde el momento en que Gabriel visitó mi pobreza, fui Madre de tu humanidad, cuando sólo era indigna sierva de tu divinidad. Entre todos los descendientes de David escogiste una humilde doncella, hija de la tierra, y la encumbraste hasta la gloria, Tú que eres celestial. ¡Ah! ¡qué contemplo! veo a un Niño más antiguo que los mundos; que mira de hito en hito al Empíreo y no despliega sus labios: aunque su misterioso silencio encierra, sin duda, una dulce plática con la Divinidad. Jamás se ha visto un niño que con su tierna mirada abarque todas las cosas, como Éste que me tiene suspendida,

pues en sus cándidos ojos se refleja el que sostiene el orbe entero y gobierna con su providencia los mundos visibles e invisibles. ¿Cómo, pues, abriré yo las fuentes de mis pechos a Tí, que eres cabeza y fuente de todas las cosas? ¿A qué fin amamentaré a quien alimenta y sostiene a todos los mortales? ¿Para qué envolver entre pañales a quien está rodeado de luz esplendorosa y brillante?»

Continúa San Efrén tan bello panegórico, y hace que María dirija amorosas reconvenções a su divino Hijo, porque no habla para confundir a los malvados que calumnian a la Virgen y quieren dar muerte al Fruto de sus purísimas entrañas. «¿Quién, dice María, hizo enmudecer al Señor de lenguas? ¿Por qué no hablas, oh Hijo de mi corazón, en defensa de tu madre, cuando hombres envidiosos me calumnian, porque te concebí siendo inmaculada? ¿Por qué no haces ver a los malignos, al Autor de tu existencia en la tierra? Por Tí, que a todos amas, he caído en el desprecio de muchos, siendo perseguida y mal mirada por dar a luz al Reparador del mundo, al que llenó de alegrías y consuelos a Adán, volviéndole las llaves del paraíso. El mar se aísla y embravece pidiendo a tu Madre, como a Jonás en otro tiempo; ya el cruelísimo Herodes se agita para hacer a Jesús víctima de sus furores; mas yo dispuesta estoy a sufrir las cadenas del destierro con ánimo varonil y decidido; pues que, siendo Tú mi guía, hallaré salud segura; la cárcel, deja de serlo en tu presencia; los sepulcros y las tumbas, ya no lo son a tu vista, que eres vida y resurrección de los muertos, llegando los hombres con tu ayuda a las tranquilas playas de la gloria.»<sup>1</sup>

Jamás la inteligencia humana comprenderá los encantos y ternuras del alma de María; nunca los corazones de arcilla podrán sentir los celestiales afectos que brotaron del inmaculado pecho de la Virgen; imposible que la fantasía pueda medir el piélago insondable de virtudes y excelencias en que Dios sumergió a su criatura predilecta; pero San Efrén, que recostó su cabeza sobre el pecho de tan divina Señora, que respiró el ambiente y los perfumes que despide de su manto, que pasaba los días y las noches contemplando las prerrogativas de la incompa-

1 T. II, Sir-Iat. págs. 415 y 416.

nable María, llegó muy cerca de las profundidades del alma de la Virgen; su exquisita sensibilidad, sorprendió los secretos del corazón dulcísimo de la Madre de Dios; y su genio buscó nuevas formas de exteriorizar el amor que ardía en su pecho. En el párrafo que hemos citado habla María con Jesús entre caricias y arrullos; en otra composición del Santo, la primera que conocemos en su género, la prudentísima Virgen oculta los dones del Niño recién nacido, pregunta los motivos de una visita inesperada, teme que Jesús sea perseguido y encontrado en el pesebre, pide señales para saber si los próceres de Oriente vienen movidos por Dios; y cuando nada tiene que recelar que sean malvados, les declara el altísimo misterio, el origen sobrenatural de aquel tiernecito Infante, más antiguo que los cielos, la perversidad de Herodes que intenta darle muerte, la envidia de los fariseos que ya le declaran guerra, terminando por mandar la paz, que el Niño Dios trajo al mundo, a los venturosos pueblos que los Reyes gobernaban.

Esta composición a que nos referimos, es el magnífico «Canticum de María et Magis»<sup>1</sup> que aún se reza hoy en el oficio de Siria. Al trasladarlo al latín se convierte en bellísimo diálogo entre María y los Santos Reyes Magos, tan sencillo y emocionante, que bastaría para conquistar a San Efrén un lugar distinguido entre los cantores de la Virgen. Júzguense por estos cortos fragmentos las maravillas y primores que en sí encierra. Sorprendida la Virgen por la adoración y los dones, pregunta a los magnates: «¿A qué fin y por quién traéis estos regalos, y quién os llamó de vuestra tierra para ofrecerlos al Niño?»

Magos —Tu hijo es verdadero Rey y encierra en sí todas las diademas: de Él proceden todos los imperios y su reino no es de este mundo.

—¿Cómo yo, siendo pobre y necesitada, he podido dar a luz un poderoso Rey?

—A tí sola ha sido dado ser Madre del gran Rey: has sublimado la pobreza y los sclios todos estarán sometidos a tu Hijo.

T. III, Gre-lat, pág. 601. En la edición de J. Assémani no tiene el texto griego.

—¿Cómo proclamáis Rey a mi Hijo, que no tiene riquezas, ni tesoros, ni aderezo alguno de Monarca?...

María.—Sin duda otro es el Rey que ha nacido: buscadle con diligencia; pues este hijo de una pobre ni apariencias puede tener de Soberano.

Magos.—¿Puede suceder acaso que la luz tuerza el camino cuando ella misma dirige? porque no hemos sido llamados y conducidos por las tinieblas, sino por los esplendores de una luz esplendorosa: en verdad que tu Hijo es Rey.

—¿Qué visteis en el Infante para honrarlo con vuestros regalos dones, pues carece de trono y de diadema?

—Se hizo Niño porque ama la humildad y mansedumbre; mas tiempo vendrá en que los imperios le tributarán homenaje y adoración.

María.—Explicadme con fidelidad este misterio, y decidme sin engaño quién os hizo venir a mi presencia.

Magos.—Una estrella que obscurece a las demás, cuyos resplandores inundaron de luz nuestros dominios, anunciándonos que había nacido un poderoso Monarca.

—Os suplico no lo digáis en nuestra tierra, no suceda que los príncipes conciten sus iras contra el Niño. Temo que el cruel y sanguinario Herodes corte el dulce racimo antes que esté maduro.

—No temas, oh Virgen, los furios de ese rey, pues tu Hijo derribará su trono rompiendo su diadema...

María.—Os revelaré otro misterio para que más y más os confirméis de que mi Hijo es Rey más poderoso que todos los de la tierra, y su imperio no tendrá fin, porque es Hijo del Altísimo. Una Virgen dió a luz un Hijo e Hijo de Dios: id y predicadlo en vuestros reinos.

—Ya la estrella nos había anunciado que su nacimiento excedía el orden de la naturaleza.

—Los Ángeles y las estrellas lo predicán Hijo de Dios: id y anunciadlo a vuestros pueblos, llevándoles la paz y el regocijo,

y comunicadles la felicidad de que se ha dignado haceros participantes».

Tal es la conversación entre María y los Magos, en la que San Efrén llega a vislumbrar los dulcísimos coloquios y divinos razos; namientos que brotaron del pecho de la Virgen y de los santos Monarcas en presencia del Niño-Dios recién nacido; pero si no bastara para demostrar hasta dónde había llegado este santo en la contemplación del misterio de la virginal Maternidad de María, ahí tenemos esos magníficos himnos que compuso en momentos de inspiración y que después repitieron San Germán y San Sofronio, y el mismo San Bernardo (a). El fundamento de semejantes alabanzas es siempre, como no podía ser menos, la divina Maternidad. Tal sucede en el incomparable sermón «DE LAUDIBUS», cuando dice: «Colma mi boca de gracia y de dulzura, oh Soberana, e ilumina mi entendimiento, mueve mis labios para cantar con regocijado corazón tus alabanzas, y principalmente para repetir la salutación melodiosa con que Gabriel te saludó, Madre purísima de mi Dios. Dignate oirme con agrado al publicar tus bondades, oh sagrada Virgen, permitiéndome decir con devoción y ternura: Ave praeclarum et electum vas Dei; yo te saludo, vaso excelente y esclarecido de Dios: yo te saludo, María, Señora, llena de gracia: yo te saludo, Virgen benditísima entre todas las mujeres: yo te saludo, luminosa y resplandeciente estrella <sup>1</sup>, de la cual procedió Cristo: yo te saludo, luz esplendorosa, madre y Virgen que diste a luz al Rey de todas las cosas: yo te saludo a Ti, por quien se nos ha dado el divino Sol de justicia» <sup>2</sup>.

En otro sermón, <sup>3</sup>, casi del mismo título, «DE LAUDIBUS DEI GENITRICIS MARIAE», celebra San Efrén la misericordiosa con-

(a) No intentamos rebajar el gran mérito de estos Santos Padres con esta aserción; sino sólo patentizar a los adversarios de la religión católica la unidad de pensamiento de los Doctores de todos los siglos en lo que se refiere al culto de María.

<sup>1</sup> En la anotación marginal que pone Vosio dice: «Ave radix sanctissima etc..» y en el texto: «Ave stella fulgidissima ex qua etc...»

<sup>2</sup> Si alguno quiere apreciar la semejanza de este sermón con lo mejor de los PP. arriba citados, puede consultar el Breviario Romano en la fiesta de la Inmaculada Concepción y su octava.

<sup>3</sup> T. III, Sir-lat, pág. 604.



descendencia por la que Dios ha querido acomodar su terrible grandeza a nuestra debilidad en el misterio de la Encarnación: se goza en repetir la celestial embajada del Arcángel y, «en seguida, son sus palabras, para no ocultar ninguna parte de la gloria que corresponde a la Virgen», toma el asunto de más alto, explicando cómo se obró tan gran misterio; y compara a María con las figuras más bellas y expresivas de la Sagrada Escritura: el nuevo cielo de que habla San Juan en el Apocalipsis, la frondosa vid del Eclesiástico, y la milagrosa fuente de Joel, son otros tantos símbolos de Nuestra Señora, según el Santo Doctor. «Por tanto, dice, María se convierte para nosotros en un cielo, morada de la Divinidad, escogida entre todas las vírgenes para instrumento de nuestra salvación. En Ella se cumplieron todos los vaticinios y predicciones de los justos y Profetas; de Ella nació el Astro, cuyos divinos resplandores han iluminado a los que andaban en tinieblas; Ella es el magnífico templo en que habitó el Rey de Reyes, como en su propio trono, bajando de él a la tierra revestido de nuestra naturaleza; Ella es la fuente milagrosa, que, brotando de la casa del Señor, si alguno bebiere de sus aguas no sentirá sed jamás...»

Preconizada María de este modo, como portadora de la felicidad y salvación del mundo, termina el Santo por la antigua antítesis de la caída y la reparación en la que tan importante papel desempeña la Virgen. «En el principio, dice, la falta de nuestros primeros padres hizo entrar la muerte en el mundo; mas hoy por María somos resucitados a la vida: por los ojos de Eva inyectó la serpiente la gangrena en todo el cuerpo; hoy, prestando la Virgen oídos de fe a la palabra de Dios, ha introducido en el mundo al Autor de la eterna felicidad».

Este paralelo tan comunmente usado en aquel tiempo, sin razón atribuido como original a Tertuliano<sup>1</sup>, lo apunta San Efrén en varias obras: así al interpretar el capítulo tercero del Génesis, «vidit igitur mulier quod bonum, etc...» dice: «Eva revestida de gloria y esplendor, no quiso desecharla a la vil y desprecia-

---

<sup>1</sup> Antes que Tertuliano ya lo usó San Ireneo, como puede verse en sus obras: Patr. Migne, t. VII.

ble serpiente, cuando intentaba seducirla con engañosas palabras: admiremos a la Virgen, que sin temblar ni temer, pregunta y resiste a un ángel poderoso; Eva no se atreve a preguntar al inmundo reptil que se arrastra por el suelo, cuando María interroga, pidiendo explicaciones, al arcángel San Gabriel. Nuestra madre imprudente, deslumbrada por sus locas ambiciones, fué el origen de todas las calamidades, y nuestra prudentísima Hermana, con su humildad y su modestia, nos ha traído el regocijo y la dicha»<sup>1</sup>.

En el sermón sobre las mismas palabras del Génesis, contempla el Santo Doctor en Eva y María, los dos ojos del mundo; uno impuro y manchado, fué la causa de las tinieblas que oscurecieron al hombre; pues hizo retirar la luz que Dios le había conferido; el otro, nítido como el agua cristalina y resplandeciente como el astro de la mañana, cuyos resplandores inundan de claridad el orbe y de alegría a todos los mortales. «Mundum jam respicito, duos hic oculos nactus est: Eva fuit oculus sinister plane caecus; dexter, ex adverso nitidissimus, Maria; ut laevo oculo lux occidit, simul universo orbi incubuit nox»<sup>2</sup>.

Compara también el Santo a María con otras mujeres del antiguo testamento, que lloraron su esterilidad muchos años, y pedían, con lágrimas y suspiros, descendencia; pero a María, que renunciaba los honores de la Maternidad, se le concedió tan alta prerrogativa, acompañada de la más íntegra e inefable virginidad. «Sara, en premio de su larga paciencia, concibió a Isaac, formado a semejanza de su Dios: la estéril e impaciente Raquel pedía hijos con amargos sollozos y hondas quejas: Rebeca, Ana y Elisabeth hacían votos al cielo para verse libres del oprobio de la esterilidad: feliz María, que sin Ella solicitarlo, bajaste (oh Jesús) a su purísimo seno; bienaventurada María que no sintió deseos de prole, ni se derritió en plegarias, concibiendo, no obstante, sin menoscabo de su virginidad, al Señor que es servido por los sacerdotes, justos y santos, por los reyes que fueron y existirán, y por todos los nacidos de mujer ¿Qué madre ha existido a María semejante, que le fuera permitido

1 T. II, Sir-iat., pág. 321.

2 Ibid., pág. 329.

acariciar con dulces cantos y coloquios al Hijo del Supremo Artífice, al Hijo del Creador, al Hijo del Altísimo, llamándole Hijo suyo? ¿O a qué madre ha sido dado saludar de esta manera a su hijo: «Ave spes matris, quia Deus es, ave Dilecte et Fili, quia homo es, hinc amor, inde timor cum mihi tibi apparere contingit?»<sup>1</sup>.

En otra parte se vale de todas las circunstancias que concurrieron a la promesa hecha a Abrahán de que sería padre de un gran pueblo, para ensalzar con elocuencia y entusiasmo a la Santísima Virgen: «No necesitaba el Señor, dice, de la naturaleza para que una estéril fuera madre, como no la necesita para que, sin obra de varón, concibiera la Virgen María, dando a luz al Salvador del Universo sin mengua de su virginidad. Dios, que hizo a Sara madre en la vejez, conservó Virgen a María aun después del parto. Un Ángel dijo al Patriarca: Sara tu mujer tendrá un hijo; y otro Ángel anunció a María: *Ecce filium paries, gratia plena*. Rióse Sara porque conocía su esterilidad y preguntó al nuncio divino: «¿Cómo puede ser esto, si Abrahán y yo somos ancianos?»; e idéntica pregunta hizo María considerando su virginidad: «¿Quomodo fiet istud quoniam virum non cognosco?» ¿Quién hubiera dicho a Abrahán, prosigue el Santo, que goza en la contemplación de tan emocionante episodio, que Sara había de amamantar a un hijo en su vejez? decía la estéril; y ¿quién diría a los hombres «Virgo sum et partum edo ac lacto?» exclamaba María»<sup>2</sup>.

La conmovedora escena del Jordán, en el que Jesús fué bautizado, como la tragedia del Calvario que terminó con el sepulcro de Cristo, del cual salió triunfante y glorioso, sirven a maravilla para que el peregrino ingenio del Doctor siro, demuestre que María concibió de modo sobrenatural, y sin ayuda de varón. Las cristalinas aguas son acabada figura del seno immaculado de la Virgen: y en el sepulcro, custodiado por ministros de justicia y sellado por mandato de los jueces, contempla San Efrén a la Próvidencia, que guarda con cuidado su Templo, y a Dios que cierra con sellos irrompibles la habitación para su Hijo des-

1 T. II, Sir-lat. Serm. de Abraham y de Isaac, pág. 312.

2 T. II, Sir-lat. Serm. de Abraham y de Isaac, pág. 312.

tinada. «Si consideras, dice, que el río en que fué bautizado Cristo, lo concibió por segunda vez místicamente, y el trasparente seno de las aguas le dió a luz de manera santa y gloriosa, reconocerás en el límpido seno del río a la hija del hombre que concibió sin concurso de varón, educando a Jesús por gracia de la gracia. <sup>1</sup>»

Con la misma elocuencia habla de la virginidad de María, en sus magnificas plegarias, en las que agotó todos los elogios y alabanzas en honor de la inmaculada Madre de Dios. «María es virgen en el alma, virgen en el cuerpo, virgen en el entendimiento y en todas sus facultades; virgen antes del parto, virgen en el parto y virgen después del parto, y excede en pureza a toda virginidad. <sup>2</sup> Ella es más pura que el ampo de la nieve, más gloriosa que las milicias celestiales y sin comparación más resplandeciente que los mismos querubines »

Estos conceptos y alabanzas que salen del enamorado pecho de San Efrén, nos dejan vislumbrar su fervor y lo mucho que amaba a la Santísima Virgen, cuyas prerrogativas y excelencias casi llegó a sondear; pues con testimonios apodícticos y argumentos concluyentes demuestra la concepción Inmaculada de María, sin mancha alguna de pecado y libre de toda culpa, como se verá en el punto siguiente.

### III

#### SAN EFRÉN Y LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

«Inviolata, integra, planeque pura atque casta, Virgo Dei Genitrix, María. ¡Oh Inmaculada, intacta, enteramente pura y casta, Virgen Madre de Dios, María». Así comienza el sermón

1 «Rursus si fluvius in quo baptizatus fuit (Cristo) illum mystice iterum concepit, et mollis aquarum uterus purissime parturit, santeque peperit et extulit gloriose, agnoscas in puro fluminis alvo fillam hominis, quae sine viro concepit, et peperit sine semine, atque ex gratia gratiae, Dominum educavit». Tom. II, Sir-lat., pág. 328.

2 «Oh Virgo omni virginitate sine controversia sublimior, tamquam Virgo etiam ante divinum partum, super omnes virgines quae fuerunt, et in ipso partu ac post partum eadem permanens. «Orat. 6.ª t. III, grec-lat., pág. 537.

de «LAUDIBUS», ya citado, y para dar razón de semejante *ex abrupto*, continúa sublimemente entusiasmado: «Reina universal, esperanza de los afligidos, gloriosísima Señora nuestra, buena en todo y en todo excelente, más elevada que las celestiales inteligencias, más brillante que los resplandores del sol y los fulgores del rayo, más excelsa que los querubines, más penetrante que los espíritus de múltiples miradas, más alta que los serafines, y sin comparación más gloriosa que todas las falanjes celestiales. Única esperanza de nuestros padres, gloria de los profetas, anuncio de los Apóstoles, honra de los Mártires, júbilo de los Santos, concierto de todas las jerarquías, corona de las Virgenes y de todos los bienaventurados, y en el brillo y esplendor de la esfera que ocupáis inaccesible»<sup>1</sup>.

Con semejantes alabanzas y expresiones tan sublimes, San Efrén se adelanta 15 siglos a la misma Iglesia, y proclama el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen; su devoción y su genio se aúnan para ensalzar a María y colocarla en un trono de gloria, lo más cerca posible de la Divinidad. Nada son los Ángeles, nada los Arcángeles y las Virtudes, nada las Dominaciones y los Querubines en presencia de María. «Ella es Templo del Espíritu Santo; piélago insondable de la bondad de Dios; morada de todas las gracias; candelabro de siete brazos, cuyos resplandores exceden a la misma luz; tabernáculo santo que para sí edificó la Divinidad; áureo incensario, cuyos perfumes llenaron de gracia los cielos y la tierra; libro escrito por la mano de Dios, que nadie puede leer ni abrir sin su permiso; fresco monte de virtud en el que se complace en morar la Divinidad; paraíso santísimo del Edén, «Paradisus sanctissimus in Eden»; hermosísimo lirio, flor incorruptible, rosa de suave y celestial fragancia, árbol frondoso de vida, vara milagrosa de Aarón, santa espiga de Jesé, vellocino de Gedeón, monte santo de Daniel de cuya cima bajó Cristo Jesús<sup>2</sup>; tesoro de la vida feliz, puerta del sublime misterio, que la humana inteligencia no llegará a com-

1 Lugar citado; y Vosio, pág. 541.—Estas alabanzas las repite San Juan Damasceno casi con las mismas palabras. (Orat. in Anun. Deip.)

2 «Eademque montis figura pariter designatur Sancta Virgo ex qua decissus fuit mysticus ille lapis sine manibus, id est, sine virili semine».

prender; complemento de todas las graeias de la Santísima Trinidad y como segunda de la misma, «veluti secundas partes tenens post Divinitatem».

Todas estas figuras, además de revelarnos que en el pecho del Santo ardía un amor reconcentrado, demuestran que San Efrén contemplaba a la Santísima Virgen como libre de toda culpa; de lo contrario, podrían muy bien decir los Querubines y milicias celestiales: «María está adornada con excelentes prerrogativas y nos supera en gracia; no obstante, fué algún tiempo esclava del pecado»; mas el Santo Doctor dice que es digno templo del Espíritu Santo y morada de todas las gracias: ni una cosa ni otra sería cierta, si por un momento siquiera empañara su belleza y hermosura el hálito pestilente de la culpa, pues deberíamos confesar que Dios ocupó la morada que abandonó su capital enemigo; pero la Virgen debía ser pura, limpia, inmaculada, toda luz, y así lo creyó San Efrén, pues en el siguiente paso que encontramos en una dulcísima plegaria, <sup>1</sup> agota las palabras del diccionario, los primores del lenguaje y los encantos de la poesía para ensalzar a Nuestra Señora: «Domina sanctissima Dei Genitrix et gratia plena, Mater Dei benedictissima, sedes igniformis quadriformibus longe gloriosior, tota pura, tota immaculata, tota illibata, tota impolluta, tota irreprehensibilis, tota laudabilis, tota incorrupta, tota beatissima, tota inviolata, tota venerabilis, tota honorabilis, tota benedicta, tota memorabilis, tota desiderabilis, Virgo anima, corpore et mente; cathedra Regis qui sedet super Cherubim...»

Aunque en esta época (a) no fué planteada la cuestión di-

(a) Los teólogos suelen dividir en tres épocas el desenvolvimiento de este Dogma. La primera, que comprende desde la aparición de la Iglesia hasta el siglo IV, en que tuvo lugar la herejía de Pelagio, como no se trataba directamente de esta cuestión, los Santos Padres hablaban ordinariamente de un modo genérico e indeterminado de la Inmaculada Concepción: además se encontraban con la seria dificultad, que les presentaban los herejes, de la trasmisión del pecado original; porque la Iglesia no lo había definido solemnemente, ni su magisterio infalible había explicado su verdadera na-

1 Orat. IV, t. III grec-lat.—Todas las plegarias se encuentran en este tomo, al que nos referimos siempre que las citemos.

rectamente, los escritos de San Efrén no dejan lugar a duda; la Santísima Virgen debió ser concebida en la tierra como lo fuera en el cielo: pura como la luz, y radiante como el sol; su naturaleza «ab aeterno» destinada para comunicársela al divino Verbo, no debía estar infestada con el oprobio de la culpa, no era decente que la misma Virtud por esencia tomara asiento en lugar mancillado; por eso Dios comunicó una naturaleza a María «limpia como fuente cristalina; blanca como el ampo de la nieve, inmaculada con pureza celestial, cuya suavidad y fragancia es tan dulce y agradable, que llenó el mundo de inefables consuelos, borrando el amargor y las lágrimas que heredamos de nuestros primeros padres». «Pulchra natura omnisque reprehensionis incapax, illa, quae a Libano Virginitatis redit, et mundum odoris dulcedo defluens antiquam ligni acerbisatem dulcem efficit, quae totius divinae substantiae horrendum in modum capax fuit»<sup>1</sup>.

Con la misma claridad se expresa el Santo en los magníficos cánticos que establece entre Eva y María; entre las desgracias de que fué causa la primera y la felicidad que nos proporcionó la segunda. Eva y María salieron inmaculadas e inocentes de las manos del Criador, ambas poseían tesoros de infinitas gracias, candidas como palomas, sin mancha ni ruga de pecado; pero su misión entre los hombres era opuesta, porque a la sencillez de María acompañaba la más exquisita prudencia, mientras que Eva tenía la curiosidad más reprehensible. «Quae duae feminae innocentia et simplicitate fuerunt Maria et Eva, altera salutis, altera nostrae mortis origo fuit... Eva ex qua simplicitatem a prudentia discrevit, plane desipuit; Maria sapienter prudentiam credit esse salem, et condimentum simplicitatis»<sup>2</sup>.

Esta fiel correspondencia de la Virgen a las prerrogativas y excelencias con que Dios se dignó embellecerla, hace que San Efrén, en un éxtasis de amor, la compare con Jesús, su divino

turaleza. Bien conocidos son los esfuerzos del Aguila de Hipona San Agustín, para convencer a los Pelagianos de la inmunidad de María.

1 Orat. 4, pág. 529 y 530.

2 Serm. IV sobre el Géne., t. II, Sir-lat, pág. 327.

Hijo. El supremo Artífice del mundo reviste a María de los dones que necesita para cumplir con la misión que le encomendaba; quería ejecutar en ella grandes cosas y la encumbró a un ministerio altísimo e incomprensible; la destinó para imprimir en ella su nombre, y la adornó con todas las gracias convenientes a ese fin; hizo la Madre del Verbo, que es la misma virtud y claridad por esencia, y de estas mismas prerrogativas hizo participante a María, llegando a ser por gracia lo que es el Verbo por naturaleza, toda luz y resplandor, toda pureza y santidad. Esto mismo afirma San Efrén cuando dice: «Tú, y tu Madre sois los únicos a cualquiera luz y bajo todos los conceptos, totalmente hermosos; porque en Ti, oh Señor, no hay mancha alguna, ni mancha alguna en tu bendita Madre»<sup>1</sup>.

Después de testimonios tan explícitos y terminantes, debemos concluir que San Efrén penetró los arcanos de Dios, adelantándose 15 siglos a la definición de la Iglesia, declarando que la gracia de la Virgen debía ser proporcionada a su altísima dignidad: como esta dignidad era inmensa, incomprensible, infinita, María debía participar de lo infinito, de lo inmenso y de lo incomprensible, siendo pura e inmaculada desde el primer momento de su concepción beatísima, que causó admiración a los cielos, terror a las potestades del infierno, consuelo dulcísimo a los hombres y alegría inefable a todas las criaturas.

#### IV

##### SAN EFRÉN Y LA MEDIACIÓN UNIVERSAL DE LA VIRGEN MARÍA

La idea grandiosa de que María es la tesorera y dispensadora de todas las gracias que Dios concede a los hombres, ha estado amortiguada por algún tiempo en el campo de la teología, aunque siempre latió viva y consoladora entre los sencillos hijos de la Iglesia: hoy, debido a las Encíclicas de los últimos Pontífices, destinadas a inculcar la devoción a la Virgen, y al fervoroso entusiasmo de algunos enamorados de la Virgen María, que

<sup>1</sup> Carmina Nisib. n. 27, ed. Bickell, 40.



trabajan sin descanso para que los fieles conozcan las excelencias y bondades de Nuestra Señora. María es saludada como mediadora universal de todos los hombres, como madre cariñosa por cuyas manos pasan todos los dones que Dios nos manda del cielo, como «único refugio de la humanidad afligida y desconsolada»,<sup>1</sup> y como esperanza única de los que gimen en el desierto.

Esta verdad, comunmente recibida en la Iglesia, ha encontrado algunos adversarios que a todas horas repiten el testimonio de San Pablo, que no entienden: <sup>2</sup> «Uno es Dios y uno el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre que se dió a sí mismo en holocausto por todos»; mas a éstos, que se atienen a la letra, que los mata, responde el immortal Pío X, <sup>3</sup> que María nos merece de *congruo* lo que Cristo nos mereció de *condigno*, siendo Ella el primer Ministro en la distribución de todas las gracias. Y a la verdad; así como en el orden natural necesitamos de una madre cuando somos niños, de igual modo sucede en el orden sobrenatural, en el que toda la vida lo somos. La madre es el lazo providencial y misterioso que une los miembros de la sociedad doméstica, es el vínculo que estrecha al padre con el hijo y como centro de la familia: la madre es la que hace nacer en el corazón del hijo el amor y la esperanza; ella le enardece si se resfría, y le reanima si ha llegado a extinguirse; ella lo excusa, protege y defiende, calmando la ira del padre; detiene el efecto de las amenazas de éste y templá sus rigores: aparta el castigo, obtiene el perdón e inspira el arrepentimiento al hijo que ha prevaricado. La madre, pues, es la mediadora natural de la reconciliación, la mensajera del perdón y el árbitro de la paz; es quien adivina y remedia las necesidades del hijo; ella le ayuda y le protege, le defiende y no se vale del ascendiente y carácter de madre, sino para ser ministro de la bondad y del perdón.

Dios, que en el orden temporal dió a cada hombre una madre, le da también una madre en el orden sobrenatural, por cuyo

1 S. Efrén, Oraciones.

2 Fpist. 1.<sup>a</sup> ad Timoth., II, 5-6.

3 Ad diem illum, 2 de Febrero 1904.

medio le viniese toda la gracia; le dió a María, que es lazo de unión, canal de beneficencia, motivo de confianza, medio de defensa, inspiradora de amor y mediadora de la reconciliación en presencia de la Divinidad. Sin esta cariñosa madre no nos atreveríamos a llegar a Jesús; si María no nos lleva de la mano a los pies del crucifijo, nuestra desesperación es inminente, pues no sabríamos ver en Dios más que un Juez airado y severo, que castiga al transgresor de la ley, sin darle lugar a penitencia; pero la Santísima Virgen ha sido en todo tiempo la estrella de la esperanza, que aparece en la noche de la culpa, para iluminar al pecador y sacarle de su miserable estado; es quien manda la gracia del cielo a torrentes, cura las heridas de la inteligencia, las debilidades de la voluntad y los extravíos del corazón.

El fundamento teológico de esta doctrina, lejos de estar en un falso sentimentalismo o en la piedad mal entendida, como dicen algunos espíritus *fuertes e intransigentes*, se halla en la Encarnación inefable y real del Verbo en el seno inmaculado de la Virgen; la sublime confidencia y mediación de María, ha sido celebrada por los Padres, recogida por la sagrada liturgia, concretada por los Doctores de la economía de la gracia y admitida por la cristiandad en todos los siglos, como doctrina enseñada por Jesús en el Calvario cuando dijo a su dolorida Madre: «Ecce filius tuus»: «Hé ahí a tu hijo»: ahí tienes al hombre, hermano mío por naturaleza, y desde hoy hijo tuyo por la gracia, pobre, necesitado; enjuga sus miserias con el blanco cendal de tu misericordia; y María, en cumplimiento de su oficio, es, según San Efrén, fiel consejera en las dudas, amoroso consuelo en los trabajos, suavísimo regalo en la alegría, dulce compañera en la tristeza, socorro en nuestras debilidades y caídas; Ella es luz para el entendimiento, fuerza que ayuda poderosamente a la voluntad, bálsamo para las almas despedazadas por el dolor, puerto seguro en la tempestad, ayuda eficaz en la guerra que tenemos que sostener con todos los enemigos exteriores e interiores; «Ella es la causa de todas las gracias que se nos conceden y granjeadora de nuestra felicidad»<sup>1</sup>; por eso le dice en otra

<sup>1</sup> Orat. 5.<sup>a</sup>, pág. 535.

parte que dé a cada uno lo que le conviene: salud a los enfermos, tranquilidad a los que navegan, redención a los cautivos, alegría a los que padecen, remedio a la pobreza... y consuelo a todos los afligidos, mostrándonos tus antiguas misericordias, y haciendo ver a nuestros enemigos que eres omnipotente en el cielo y en la tierra, «et te posse omnia, et omnia efficere potentem esse, quaecumque vis in coelo et in terra»<sup>1</sup>.

Esta influencia que María ejerce en la tierra, es universal y continúa extendiéndose, según el Santo Doctor, a todas las personas y a todos los tiempos. «Tú eres, le dice en el sermón «DE LAUDIBUS», ya citado, la única esperanza de los Padres, gloria de los Profetas, pregón de los Apóstoles, honor de los Mártires, alegría de todos los Santos, luz de los Patriarcas, Abraham Isaac y Jacob; honra de Aarón; esplendor de Moisés, concierto y lazo de todas las jerarquías y corona de todas las vírgenes»<sup>2</sup>.

Con la misma claridad y entusiasmo habla en la Oración 4.<sup>a</sup>, en la que 205 gloriosísimos títulos no bastan a saciar el fervor del enamorado San Efrén. «Tú colmaste a las criaturas de todo género de beneficios; inundaste los cielos de alegría, salvaste la tierra, mudaste la creación, aplacaste al Supremo Artífice, hiciste bajar a los Ángeles, engrandeciste a los hombres, Tú misma uniste el cielo con la tierra transformándolo todo en mejor: por Tí, prosigue, tenemos una señal inequívoca de nuestra resurrección, por Tí esperamos alcanzar el reino de los cielos; en tu poder está nuestra salud y los cristianos tienen en Tí un muro fortísimo e inexpugnable». Todas estas expresiones del enamorado San Efrén, muestran bien claro el poder omnipotente y universal mediación de la Virgen «en cuyas manos, según el mismo Santo, están las llaves del cielo, siendo ella misma la puerta»; «ella es manantial perenne de la vida, piélago insondable de las secretas magnificencias divinas, regio vehículo por el que nos vienen todas las gracias, puente necesario y seguro que conducirá al mundo a las eternas mansiones, Señora de todas

1 Orat. II.<sup>a</sup>, pág. 551.

2 T. III. Grec-lat., pág. 577.

las cosas, después de la Trinidad, otro consolador después del Paráclito, *mediadora universal después del Mediador Cristo Jesús*, dispensadora de todos los bienes que vienen del em-píreo, y luz clarísima y resplandeciente que ilumina los hombres que vienen a la existencia» (a). «Tú, dice a la Virgen en otra parte, eres la *única* esperanza de los desesperados, nuestra ayuda, nuestro único puerto, y la única fortaleza que podemos oponer a nuestros enemigos, pues no conocemos otra» (b).

Tal vez parecerán excesivas o erróneas estas bellas invocaciones, porque obscurecen de algún modo a Jesús; mas, analizando detenidamente la cuestión, le prestan una luz más viva y resplandeciente; puesto que, refiriéndose todas a la dignidad de Madre de Dios en María, con ellas profesa y exalta la divinidad de Cristo: en el modo que la Virgen tiene en ejercer la mediación delante de Dios, aun en lugar de Dios, está el sólido fundamento de esta consoladora verdad para los hombres. Nosotros invocamos a María como *Patrona*, y Ella, por consiguiente, ensalza a Dios, para con el cual nos asiste con su intervención: también la invocamos como Madre, y por tanto, exalta a Cristo, su divino Hijo, de quien recibe su poder y en presencia del cual ejerce el cargo de madre de los hombres; así en estas frases del Santo Doctor «Tú eres nuestra única esperanza», «no reconocemos otro refugio ni otra protección», debemos entender estas palabras: *a causa de tu maternidad*, y por consecuencia, *para con tu Hijo*.

En la economía de la gracia, ha establecido Dios que sea medianera su bendita Madre; en sus providentes manos ha puesto el tesoro de sus bondades. Sin esta mediadora, sin esta efi-

(a) Porta coelestis per quam nos a terra currimus ad coelum... fons vivificus, pelagus inexhaustum divinarum secretarumque largitionum..., bonorum omnium erogatio, omnium post Trinitatem Domina; post Paraclitum alius consolator et post Mediatorem mediatix totius mundi, vehiculum intelligibilis Solis, verae lucis, quae illuminat omnem hominem venientem in mundum,... pons mundi totius ad altissimum coelum nos ducens, hominum tutela, currus divinus, vere fidei firmissimum fundamentum... (Oratio IV).

(b) Tu enim purissima es meus portus, auxilium et praesidium: necque agnosco Domina refugium aliud. (Orat. IX, Pág. 546).

caz protección, sin este piélago insondable de misericordias, el Angel exterminador hubiera caído mil veces sobre la tierra; Dios irritado por las continuas ofensas, hubiera ya descargado sus iras sobre la humanidad prevaricadora; pero las oraciones de María, los ruegos de María, han detenido el brazo justiciero dando lugar al arrepentimiento. «¿Cómo, dice San Efrén, considerando sus pecados, ha sufrido Dios mis iniquidades? ¿Por qué no sepultó a este miserable en el profundo del infierno, en el momento de la culpa? ¿Por qué no mandó un cuchillo del cielo que me hiriera o una espada que me cortara mi existencia? Tú has sido ¡oh María! la única que me has alcanzado tan singular favor; por tus continuas oraciones se me ha concedido el perdón y tiempo de saludable penitencia»<sup>1</sup>.

Al decir San Efrén que María es el canal por donde nos vienen todas las gracias, incluye también las que se concedieron antes de la existencia real de la Virgen, extendiendo tan benéfica influencia a nuestros primeros Padres. ¿Cómo ha sucedido esto? No pertenece a nuestro trabajo el disertar sobre ello, pues la solícita y distinguida ACADEMIA ha consagrado un número de su programa a este tema; mas no pasaremos en silencio que María ocupó desde el principio un lugar distinguido en la mente divina. Antes que existieran los montes y los abismos, ya existía la Santísima Virgen; cuando el Señor extendía los senos inconmensurables del cielo, cuando daba leyes a las aguas encerrando los mares dentro de sus ámbitos, cuando creaba la tierra y la dotaba de ordenados y admirables movimientos, ya María le acompañaba regocijándose de continuo en su presencia. Parécenos contemplar al Creador que llama con imperio a todas las creaturas que se rindan a los pies de la Virgen y le tributen homenaje y pleitesía. «Fiat lux, Hágase la luz», dice el Señor, a cuyos resplandores se vea la creatura inefable objeto de casi mi potencia infinita; salga de la nada el firmamento tachonado de luminosas estrellas, para que sirvan de corona y esca-

<sup>1</sup> Spectaculum vere horrendum! Quomodo meas iniquitates pertulit Deus? Quomodo statim in profundum inferni non dejecit me miserum vivum? Quomodo securim non dimisit e coelo clam, vel gladium ut me feriret? Ah, tu omnino tuis pepercacionibus vitam mihi, ¡o Domina! largita es, meam quaerendo penitentiam, quam mihi servo tuo, benignissima, fac praeveas, Orat. 6.º pág. 536.

bel a la que será mi Madre con el tiempo; hágase la tierra en la que pueda colocar sus benditas plantas la cándida paloma que fabricará el nido de mis amores; vengan los vientos del no ser a la existencia, en cuya alas subirán a mi trono los clamores de mi amada; produzca la naturaleza flores hermosas y de celestial fragancia para recreo de esta virginal doncella; nazcan ave-cillas que con sus dulces y melancólicos trinos inspiren a María, que celebrará con sentidas plegarias mis bondades; y Dios que crió todas las cosas, puestos sus ojos en la Virgen, puso también en sus manos todo lo necesario para conservarlas en esa misma existencia, pudiendo decir con San Efrén que toda la gloria, todo el honor y toda la santidad que se concedió, se concede y se concederá a los Patriarcas, a los Profetas, a los Apóstoles, a los justos, a los santos y a todos los mansos y humildes de corazón, se han derivado de la Virgen inmaculada en la que todos los seres encuentran motivos de celestial alegría. «Per te omnis gloria, honor et sanctitas ab ipso primo Adan, et usque ad consummationem saeculi, Apostolis, Prophetis, justis et humilibus cordis, sola immaculatissima, derivata est, derivatur ac derivabitur, atque in te gaudet, gratia plena, omnis creatura»<sup>1</sup>.

Esto que para algunos católicos no será más que un rasgo de elocuencia o una piadosa exageración del Santo, sin fundamento en el Dogma, es sencillamente una verdad teológica que los Padres han defendido en todos los siglos, los cristianos la creen y practican, recurriendo a la Virgen en sus necesidades, y la Iglesia la aprueba concediéndole un lugar distinguido en la sagrada Liturgia: siendo nuestra amada Patria una de las primeras<sup>2</sup> en celebrar esta fiesta que tanto enaltece y glorifica a María.

Repitamos con San Efrén, para terminar este punto, que María es nuestra Mediadora y confidente en el cielo; Ella es nuestro refugio y puerto seguro en la tempestad; nuestra defensa y la única que puede conseguir delante de Dios nuestra salvación y eterna felicidad. «Patrona et Mediatrix erga Deum ex te genitum genus humanum, Dei Mater, felicitatem suam ponit atque

<sup>1</sup> Orat. 4.<sup>o</sup> pág. 532.

<sup>2</sup> Quien primero suplicó al Romano Pontífice se dignara definir con su autoridad infalible, que María es Mediadora universal, fué Bélgica, siguiendo su ejemplo España a los pocos meses.

a tuo semper pendet patrocinio, teque solam habet perfugium ac defensionem, utpote quae confidentiam habes apud ipsum». <sup>1</sup> Se-  
mejantes convicciones llevan a San Efrén a entregarse en bra-  
zos de María y a poner toda su confianza en Ella; pues que,  
siendo omnipotente y madre nuestra, no puede menos de soco-  
rrernos en todas las necesidades.

## V

## SAN EFRÉN Y LA CONFIANZA EN EL PODER DE MARÍA

De lo dicho en el punto precedente se puede colegir la con-  
fianza que este Santo Padre tenía en la Virgen, al invocarla  
como madre cariñosa que quiere y puede socorrer todas las ne-  
cesidades que afligen a la humanidad dolorida. Este solo título  
de madre lo explica y justifica todo; pues a una madre le pedi-  
mos sin rebozo, le descubrimos nuestras miserias confiadamen-  
te, y cuando nuestra inteligencia está obscurecida, y nuestra  
voluntad indecisa, y nuestro corazón ajado por el infortunio, en  
el regazo de la madre encontramos luz, fuerza y consuelo; su  
seno es como benéfico oasis en el árido desierto de la vida; su  
voz más dulce que el panal y más suave que el bálsamo, calma  
las olas embravecidas y las tempestades que azotan y combaten  
nuestra alma.

San Efrén, cuya virtud e inocencia excitó las iras del infier-  
no, a quien el vivo deseo de la gloria le hacía sentir un gran va-  
cío en el alma, tristeza en el corazón, aridez y sequedad en la  
vida; que era combatido por el demonio con mil fantasmas y re-  
mordimientos, hasta conducirle al borde de la desesperación y  
del abismo; tentado en la vigilia y en el sueño, en la celda y  
en el campo, en la salud y en la enfermedad, en la oración y en  
el estudio sin tener un momento de calma ni un instante de re-  
poso, corre lleno de amor y confianza al regazo de María, don-  
de cesan las tempestades y todos los remordimientos; allí en-  
cuentra luz, fuerza, consuelo para ser valiente, resuelto e inven-

<sup>1</sup> Orat. 5.<sup>a</sup>, pág. 532.

cible; pues le ayuda la que es omnipotente y sabe remediar todas las necesidades. «Santísima Señora e inmaculada Madre de Dios, le dice en la primera oración, pon tus ojos de misericordia en mí, que soy impuro y abominable, manchado en el cuerpo y en el alma e inclinado a la voluptuosidad; limpia mi mente de los depravados afectos que la ocupan y haz que se corrija de todos sus errores y caídas; purificame enderezando mis torcidas y obscuras meditaciones; recoge y enseña a mis sentidos; líbrame de la viciosa y tiránica servidumbre de mis impuras preocupaciones y desarregladas tendencias; refrena la pasión que me domina, para no caer en pecado, y hazme digno de bendecirte con himnos y alabanzas, a Tí, única y verdadera madre de la verdadera luz Cristo Jesús»<sup>1</sup>.

Cuando San Efrén considera que Dios es juez inexorable y severo, se extremece de la cuenta rigurosa que dará en el postrer día; hace examen minucioso de sus culpas, y no se atreve a dirigir sus brazos al cielo en actitud suplicante, ni a desplegar sus labios manchados «con calumnias y palabras mortificantes»<sup>2</sup>, para implorar misericordia del Dios que enciende los montes con su dedo y hace estremecerse la tierra con sólo dirigirle una mirada; se confunde y avergüenza de la zizaña que ha germinado en su alma; mas en esos momentos angustiosos en que la desesperación cruza por su mente, un rayo de luz esclarece su inteligencia, una consoladora esperanza nace en su corazón, porque recuerda que tiene una madre en el cielo toda ternura y amor; contempla a María suplicante ante el trono de su ofendido Hijo, y a Ella se acoge como a tranquilo puerto y seguro refugio de su alma. «Pollui, dice anegado en lágrimas, enim templum corporis... omnesque sensus illicitis actionibus depravavi. Unde extollere manus ad coelum minime audeo, quas contaminavi pravis operibus, neque ad preces labia aperire, quae conviciis in proximum, et calumniis faedavi. Idcirco, Domina purissima, ante tuas misericordias inexplicables meipsum projicio, ipse miser decocctor»<sup>3</sup>. «No hay para mí, continúa, otra esperanza ni otro refu-

1 Pág. 524.

2 No se olvide que al morir dijo en su testamento, que no recordaba haber ofendido a nadie de palabra.

3 Orat. 2, pág. 525.



gio, sino Tú sola, que eres mi consuelo, mi defensa, alegría de mi alma, remedio de la tristeza, libertad de los cautivos, vínculo que une a Dios con las creaturas, nuestra intercesora y nuestro amparo, asilo de los caídos, fortaleza de mi alma y de mi cuerpo, perdón de mis pecados, rocío divino para mi seco y agostado corazón, lámpara resplandeciente de mi alma obscurificada, vestido de mi desnudez, alivio de mis lamentos. En Ti espero, en Ti me glorío; no apartes lejos de nosotros tu valioso patrocinio, sino préstanos en todos los momentos de la vida socorro y protección».

El poder de María, según este Santo Doctor, se extiende tanto como el del mismo Dios de quien es verdadera Madre: la Virgen tiene en sus manos las llaves del cielo y todas las gracias de la Santísima Trinidad; para Ella no hay cosa imposible, como nada hay imposible para Dios; «ella es sólido fundamento de la fe, resplandor que alegra el alma del cristiano, refugio de los pecadores, seguro de los fuertes, áncora de los que peligran, puerto en las tempestades, fortaleza de los débiles, felicidad de los ejércitos, concordia de las iglesias, gloria de las ciudades..., arca santa en la que nos libramos del diluvio de la iniquidad... Tú eres plácida visión de los Profetas, complemento de todos los vaticinios, dulce voz de los Apóstoles, confianza invisible de los vencedores, gloria del sacerdocio, remisión de los pecados... *salus mea, consolatio mea, mea vita, mea lux, spes mea, refugium meum, animi mei voluptas, refugium animae meae, protectio, robur, laetitia, dulcedo, murus, subsidium, munitio, armatura, defensio, gloria, patrona, mediatrix, tranquillitas, tuitio, exultatio, pax, laudatio, gaudium, benedictio, anchora, abundantia, ros, dignitas, sanctitas, magnificentia, laboratio, molestiarum mearum consolatio, peccatorum meorum redemptio, oblectatio ex Deo animae meae, mei avidi cordis divina aspersio, tenebrosae animae lampas lucidissima, nuditatis meae operimentum, gemituum meorum sedatio, meorum infortuniorum correctio, continentia, purificatio, fortitudo, temperantia, virtutum armamentum, mea libertas, portus, thesaurus, negotiatio vere aeterna... Domina mea, gaudium meum, splendor meus et ad Deum meum vigil custodia non erubescenda: vide meam fidem, meum desiderium di-*

vinitus datum, tamquam quae compassionem, et potentiam habes» 1.

En las obras de San Bernardo que tenemos a la vista, aquel melifluido Doctor que se trasformaba en querubín cuando escribía de la Virgen, no encontramos párrafos más fervorosos y elocuentes que el transcrito; no es posible dirigirse a María con plegarias más tiernas y llenas de celestial confianza; en el mundo no se han oído acentos más dulces, y al cielo no han llegado oraciones más henchidas de fervoroso afecto que las del Doctor Sirio: diríamos que San Efrén cantó las bondades de María con tal calor y entusiasmo, agotó de tal manera los encantos de la poesía y los primores del humano lenguaje, que todos los que vinieron después han tenido que repetir sus palabras o inspirarse en sus sermones. Es curioso y admirable que ningún Padre de la Iglesia haya podido substraerse, ni en los momentos de mayor inspiración, a la influencia de San Efrén, San Germán en sus incomparables Homilias, San Sofronio en sus magníficos sermones, San Tarasio en las celestiales plegarias que dirige a la Santísima Virgen y el Doctor mariano por excelencia, San Bernardo, le dan los mismos títulos, usan las mismas invocaciones, repiten las mismas plegarias, siendo muy raras las figuras y comparaciones que inventaron aquellos genios del cristianismo para ensalzar a la Madre de Dios 2.

Cuando hace San Efrén confesión de sus pecados en presencia de María, se declara culpable y reo de muerte, como el Rey profeta; mas, así como David confiaba en la bondad y en la misericordia de Dios, y se echaba en brazos de su providencia, San Efrén repite las palabras del Profeta y se refugia en el seno de la Virgen; corre al regazo de nuestra cariñosa Madre, de donde se le limpio de sus culpas y esforzado para andar por los caminos del Señor.

«Todas las miserias, exclama, que afligen a los descendientes de Adán, tienen asiento en mi corazón; soy peor que Cain y

1 Oratio 4.<sup>a</sup> pág. 528 y sigs.

2 No intentamos restar mérito ninguno a tan esclarecidos PP. de la Iglesia, sino demostrar a los que nos tildan de innovadores, que ya en el siglo IV se tributaban honores y alabanzas a la Madre de Dios.

que Lamech; peor que los sodomitas y los egipcios; más infeliz que los ahogados en el diluvio y el más miserable de todos los pecadores, porque mis iniquidades no tienen número. ¿Qué he de hacer, qué camino he de tomar? el de la inocencia no puedo, el de la penitencia es áspero, el del retiro y la obscuridad me horroriza, el de las lágrimas se me ha impedido». ¿Qué haré? Oh Madre omnipotente de Dios, remedia mi necesidad, tiéndeme tu mano salvadora, muestra en mí tus misericordias haciéndome salvo. Sé ¡oh Virgen Madre de Dios! que soy impuro y abominable, quoniam supergressae sunt caput meum iniquitates meae: multiplicatae sunt enim super arenam maris: putruerunt et corruptae sunt cicatrices meae animae ex multis malis meis; me he bañado en un mar de iniquidades, y mi alma sucumbe bajo el peso de tanta maldad; pero a tu presencia vengo y confieso todos mis pecados: compadécete de mí, ¡oh Señora! Tú que a todos miras con ojos de misericordia, y no me desprecies ni apartes tu rostro de mí, neque avertas faciem tuam a me. ¡Oh miserable de mí! a Ti recurro para que mis enemigos no me arranquen la victoria. Asperge me hyssopo misericordiae tuae et expurga me, abluens me per tuam gratiam meis lacrimis, et super nivem dealbabor; manda sobre mí el rocío de tu misericordia, y quede por tu gracia y con mis lágrimas, más blanco que la nieve. Inclina tu oído y oye mi confesión desde el trono de tu gloria, escucha mis clamores, atiende mis plegarias, ¡oh ayuda mía y mi refugio! Pequé, purísima, pequé, y reconozco mis iniquidades y tengo de continuo en mi presencia los pecados; concédeme fuentes inagotables de lágrimas, e imprime en mi corazón de piedra un santo temor de tu Hijo y de tu Dios; ilumina mi obscurecido entendimiento con la luz que sale del verdadero Sol, y disipa las densas tinieblas de mis continuas y pecaminosas meditaciones, restitúyeme la tranquilidad y alegría perdidas; hasta ver tu valiosa y visible protección; Tú ves las muchas heridas que tengo y las tendencias depravadas de mi naturaleza, dignate derramar sobre mi alma una gota de tu bondad y maternal compasión, y haz que tu divino Hijo me mire con aplacado semblante; pues no te olvides que eres refugio de pecadores»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Orat. II, 530.

Al meditar en la muerte y el juicio, su humildad le hace estremecerse de pavor; la memoria de sus faltas, los combates del demonio, los dolores de su cuerpo y la indecisión de la voluntad, que se experimenta en tan apurado trance, todo hace que San Efrén se dirija a María como única esperanza y consuelo en tan amargas aflicciones. «No me desampares, le dice, según tus entrañas de misericordia, en la terrible hora de mi muerte, sino préstame tu ayuda; no permitas que el infernal enemigo me hiera con las envenenadas saetas que de continuo me lanza»<sup>1</sup>; «mitiga mis dolores, alivia mis trabajos; sal a mi encuentro para que no me asalten las potestades del averno y me sepulten en el profundo del abismo; vea yo aplacado al Juez inexorable y, por tu mediación, éntre mi alma en el cielo».

«No te desdeñes, le decía en otra parte, de socorrerme, para que tu indigno siervo no perezca al fin; emplea todas tus maternales súplicas y sana mi alma pecadora. Lleno de confusión, no podría fijar tranquilamente la vista en mi Dios, por humano que sea, para suplicar el perdón de mis crímenes y la curación de mis incurables llagas... Tu Hijo único se deleita en tus plegarias; Aquel que quiso contarse entre el número de los siervos, ¿cuán fiel será a la gracia y al especial decreto que te dió el ministerio de ser generación inenarrable de nuestra redención? Ojalá tus plegarias nos preserven hasta el fin de la eterna condenación, para que, salvos por tu socorro y patrocinio, tribute-mos gloria, alabanza, acción de gracias y adoración a Dios solo, en su Trinidad, Criador de todos los seres. Soberana mía, Madre de Dios santísima y llena de gracia, contempla mi confianza y mi deseo; pues tienes en tus manos la compasión y el poder, como Madre de Aquel que solo es bueno y misericordioso. Tienes voluntad y poderío; y tienes con qué persuadir a Jesús y con qué calmarle, tienes esas manos con que le llevaste, esos pechos con que le alimentaste con tu leche; recuérdale los lienzos en que le envolviste y todo aquello con que le criaste desde su infancia; une a todas estas prendas, las que Él tiene, su cruz, sus heridas, su sangre que nos han salvado.

<sup>1</sup> Orat. III, pág. 527.

En Tí, patrocinadora y mediadora para con Dios a quien engendraste, la raza humana cifra la felicidad; siempre espera en tu poder, considerándote como su defensa y refugio, por el crédito que tienes cerca de Él. Usa de la libertad maternal para con tu Hijo y nuestro Dios, y pídele la remisión de nuestras iniquidades. Sé que en tí, oh Señora, se junta la voluntad y el poder, como Madre del Altísimo; he aquí por qué siento tanta confianza».

Para que se vea que en nada somos innovadores, al suplicar a María, citaremos un párrafo donde San Efrén pide a la Virgen que libre a su nación del hambre, pestes, terremotos, incendios, inundaciones; del fuego, del cuchillo, de las guerras civiles y de todas las calamidades con que Dios azota a la humanidad prevencadora. «Libera, Domina, tuis precibus gregem hunc peculiari modo in te confidentem, et totam urbem et regionem a fame, terrae motu, alluvione, igne, gladio, incursione barbarorum et bello civili, omnemque iram contra nos commotam juste...»<sup>1</sup>

Y considerando a María como Madre cariñosa que vela por sus atribulados hijos y les consuela en todas sus aflicciones, San Efrén, que sin duda había sido favorecido por tan bondadosa Señora, le da rendidas gracias, canta sus magnificencias, celebra su maternal providencia, alaba sus cuidados, y generosamente agradecido, no sabe con qué corresponder a solicitud tan inefable. «Nos autem pro his gratias agimus, praedicamus munera, non celamus beneficia, cantamus elata voce tua mirabilia, curam laudamus, providentiam extollimus, praesidium hymnis prosequimur, misericordiam commendamus: et quoad praeterita memores magnorum tuorum munerum, et ex quantis periculis erepti sumus per te, hoc cantum eucharisticum tanquam debitum offerimus tuis beneficiis, par minime futurum. ¿Quid enim esse potest correspondens?»<sup>2</sup>.

1 Orat. IX, pág. 552.

2 Oratio 8.<sup>a</sup>, pág. 543.

## VI

## SAN EFRÉN Y LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

San Efrén, que, como hemos dicho antes, meditaba día y noche las grandezas y virtudes de la Virgen; que la acompañó en la felicidad celebrando el Nacimiento, la Anunciación, y todos los misterios en que María rebosaba de gozo; que tan a la perfección supo interpretar las conmovedoras escenas de Belén y los dulces coloquios de María con los Magos, este Santo Padre que encendió a los fieles de su patria en amor a la Virgen, no podía menos de inspirarse en sus dolores y de acompañarle en el áspero camino del Calvario; es imposible que no derramara lágrimas con Ella, cuando contemplaba a Jesús clavado en un infame madero: dotado, como estaba, de un alma grande y de un corazón generoso y sensible, interpretó como ninguno las aflicciones y lamentos de María, en un magnífico Treno o «Lamentationes Gloriosissimae Virginis Matris Mariae super Passione Domini». En este sermón, aunque haya quien, sin fundamento, niegue su autenticidad (a), pone San Efrén en labios de María afectos tan tiernos y tan amorosas quejas; se lamenta de tal manera por los dolores de la Santísima Virgen, que, al leerlo los impíos, no podrán menos de conceder al Santo una exquisita sensibilidad y un pro-

---

(a) Un patrólogo español de nuestros días incluye entre las obras espúreas del Santo esta bella composición, porque, según él, se dan títulos a María que no estaban en uso en aquel tiempo; mas este argumento, que por sí solo no basta para rechazar una obra que se ha venido atribuyendo a un autor determinado, en la que nos ocupa viene a tierra por su base; pues en «Lamentationes Gloriosissimae Virginis Matris Mariae super Passione Domini», no se da título ninguno extraño a la Santísima Virgen. Así que, mientras no aduzcan argumentos más fuertes y concluyentes, seguiremos creyendo con el sabio Maronita Assemani (T. III grec-lat. pág. 574) y con el no menos inteligente Vosio (Pág. 530), que es de San Efrén. Mas si no bastara el parecer de tan respetables autores, diremos que por las cualidades intrínsecas de la obra, y por los caracteres que la sana crítica exige, se le puede atribuir sin escrúpulo ni reparo; pues las antítesis y contrastes, las exclamaciones y lamentos, las invocaciones y plegarias, y en una palabra la exquisita sensibilidad e incomparable ternura que apreciará quien lea este sermón, convienen perfectamente al carácter dulce y melancólico de San Efrén.

fundo conocimiento del corazón humano; pues no de otro modo hablaría una madre en presencia de su hijo inocente, a quien la envidia más cruel clavó en un infame madero.

«Está la Virgen, dice, pura e inmaculada cabe la cruz de la que pende el Salvador, y contemplando sus muchas heridas, clavos, bofetadas y oprobios, exclama con acerbo dolor y triste llanto: «Fili mi dulcissime, mi Fili charissime: Amantísimo Hijo de mi alma. ¿Cómo sufres esa cruz? Hijo mío y mi Dios ¿por qué has sido clavado y escupido? ¿Por qué padeces tantas injurias, befas e irrisiones? ¿Por qué la corona de espinas, el manto ignominioso y la amarguísima hiel? ¿Cómo Tú, Hijo mío, que vistes los cielos de nubes, estás en esa cruz muerto y desnudo? ¿Cómo padeces sed Tú, que eres el Creador de todas las cosas y extendiste por la tierra los mares y las aguas? ¿En qué pudiste ofender a los hebreos para morir entre impíos y facinerosos, oh Hijo de mi corazón?»

Después de tan patéticas exclamaciones, recuerda la Virgen todas las gracias y beneficios de que Jesús colmó a su pueblo: la salud que dió a los leprosos y tullidos, vista a los ciegos, fuerza a los paráliticos, consuelo al desgraciado, vida a los muertos y pan a los hambrientos... ¡Oh crueles israelitas, prosigue la angustiada Señora, asesinos de Cristo, perversos para con Dios e ingratos a vuestro Criador! ¿Acaso no fué Él quien os alimentó en el desierto y os concedió la tierra prometida? ¡Oh pueblo malvado, negador de Jesús, que correspondes a tantos favores con la ingratitud más negra y abominable... con amarguísima hiel al divino maná y al agua milagrosa con vinagre!»

Vuelve la Virgen a dirigirse a su divino Hijo, afeado por tantas salivas y ofendido con mil baldones y sarcasmos por aquella gente despreciable, y le pregunta: «¿Dónde está tu belleza y hermosura, Hijo de mi corazón? ¿Cómo has espirado en ese infame madero? El sol se obscurece, la luna oculta su luz, las piedras se han rajado, el velo del templo se rasgó en dos partes, todas las criaturas reconocen a su Artífice y Creador, y estos miserables y perversos israelitas han cerrado sus oídos a la Verdad y sus ojos a la luz, oh Hijo de mis entrañas».

En la cumbre de su desgracia, recuerda María su antigua felicidad, agravándosele de esta manera el dolor; le viene a la me-

moria la celestial embajada en que el Ángel del Señor le colmó de ventura y alegría, y le hace cargo amoroso de las divinas promesas, con acentos tan tiernos y dolorosos que nos hace derramar lágrimas de compasión: «Oh Arcángel San Gabriel y ministro de Dios; ¿dónde está aquel saludo en que me prometías la felicidad? ¿dónde las alegrías y bendiciones que me anunciaste al decirme: «Bendita entre todas las mujeres? ¿Por qué no declaraste el martirio y los dolores que había de sufrir por mi amadísimo Hijo? Ni un momento me ha abandonado el dolor, ni un instante dejaron mis ojos de llorar, porque ha pesado sobre mí la cruel envidia de los judíos y la ingratitud de los malvados».

«¡Oh venerable Simeón! prosigue la angustiada Señora, hé aquí el puñal que atravesaría mi alma, hé aquí el cuchillo, hé aquí la herida, Hijo de mi corazón y Dios mío. Tu muerte penetra mi alma y una acerada espada desgarró mi pecho y mis entrañas. Desfallezco de dolor, oh Hijo mío, porque contemplo tu inmerecida pasión y muerte y no puedo socorrerte». Con la muerte de Jesús, los dolores de María toman colosales proporciones; pues queda sola y abandonada. Cuando aun vivía su amado Hijo, tenía el amargo consuelo de saber que le miraba, que su corazón latía, que todos sus miembros estaban animados por el espíritu y la vida que Ella le había dado; mas al inclinar su bendita cabeza y emitir el último suspiro, la Virgen queda en la soledad y el desamparo más horribles que podemos imaginar. Cuán punzante sería este tormento, lo podemos vislumbrar por las palabras de Jesús, que no se queja de sus heridas ni de sus implacables enemigos, sino de la soledad y abandono en que le deja su Padre; mas Jesús no está solo del todo; al pie de la Cruz está María que lloraba con Él, se dolía con Él y con Él compartía su pasión; pero María con la muerte de su Hijo queda sola con toda la aflicción de su alma; pues con Jesús ha perdido su Hijo, su Padre, su Dios y su Creador, su esperanza, su vida, su protección y su apoyo, sin ver más que un Cielo nublado y una tierra de llanto y soledad. ¿Cuánto atormentaría esta idea el sensible corazón de la Virgen? Oigamos las quejas y lamentos que San Efrén pone en sus labios: «Compadécete, oh Hijo mío, de tu afligida y desolada Madre: compadécete de María que está sola y abandonada y dignate consolarme, ¡oh Hijo mío



dulcísimo!, mirame y contempla mis lágrimas, mis suspiros y lamentos. No tengo donde inclinar mi cabeza, pues no me queda otro Padre, ni otra madre, ni otro hermano. Tu mihi es pater, tu frater, tu filius; tu mihi vita et spiritus, spes atque protectio, tu mea es consolatio et creatio; tu Dominus meus et Deus meus; tu Creator et opifex meus. Oh vosotros todos los que amáis al Señor y contempláis mis dolores, llorad conmigo y calmad, si es posible, un poquito mi aflicción».

Después se dirige a la Cruz en la que está clavado y muerto su divino Hijo, y le dice, llena de llanto y amargura: «oh Cruz bendita y leño santo, inclínate para que yo pueda besar las llagas de mi Hijo y estrechar entre mis brazos al Hijo de mis entrañas, y colmar de caricias su suavísima boca, sus cándidos ojos y sus delicados pies; inclínate, oh Cruz veneranda, inclínate. Esclarecida es tu gloria, grande tu gracia e inmensa tu fuerza y poderío, oh bendito Madero en el que tu Dios y tu inocente Criador fué clavado, entre ladrones». Adora la Virgen las aflicciones de Jesús, y todos los instrumentos de su Pasión<sup>1</sup>, y endulza un tanto su amargura, considerando que los oprobios e ignominias de su bendito Hijo son para vida y gloria de los hombres, y su resurrección la prenda más segura de su felicidad; mas como este consuelo no sea bastante para calmar su lacerado corazón, le dice: «resucita cuanto antes, Hijo mío, según me predijiste, para salvar al universo. Muriendo Tú, venciste y derrotaste a la misma muerte: resucita pronto para que vuelva el gozo a tu humilde y afligida Madre; y conmigo se alegren los que Tú amas para confusión y vergüenza de los que te odian». Termina San Efrén este patético sermón con una súplica a María, llena de ternura y confianza; pues el título de Madre de los hombres que se le concedió en la gran tragedia del Calvario la obliga a favorecernos; el papel de corredentora que desempeña al lado de su divino Hijo, le fuerza, en algún modo, a socorrer a los hombres, para que la sangre de su Dios muerto y los dolores de una Virgen inmaculada, no sean estériles para nosotros. «Te alabamos, o Virgen, íntegra, sacrosanta e irreprochable, porque

1 Con esta adoración intenta San Efrén desmentir a algunos herejes de su tiempo que se negaban a dar culto a los instrumentos de la Sagrada Pasión.

eres esperanza de los reos y desesperados; nos postramos ante tus pies, oh llena de gracia, y te pedimos auxilio y protección. Remédianos en todas las *tentaciones* y dános fuerza en la tentación. Ayúdanos, oh mediadora nuestra, en la hora de la muerte, libranos de las llamas del infierno. Oh madre dulcísima, Tú eres nuestra única esperanza delante de Dios-Juez; Tu siquidem aptud Deum Christianorum spes nostra securissima, et sanctissima.

## VII

## INFLUENCIA DE SAN EFRÉN EN LA LITURGIA Y EN EL CULTO A MARÍA

Dijimos en la Introducción de este trabajo que el culto deprecativo a la Santísima Virgen había estado contenido y reservado en el corazón de los fieles y en el fondo de las catacumbas. Durante los tres primeros siglos la Iglesia se abstuvo casi por completo del culto de María; las sangrientas y continuas persecuciones y el gran peligro de reincidir los cristianos recién bautizados en sus antiguos errores, hizo que no se erigieran, salvo raras excepciones, templos, altares y estatuas a la incomparable Madre de Dios: mas cuando vinieron tiempos más bonancibles y serenos, cuando el Gran Constantino restituyó la paz a la Iglesia de Jesús, el culto de María brota del corazón de los fieles pujante, y decidió a abrasar todas las almas; es una explosión de agradecimiento y de entusiasmo, que dieron por resultado esos magníficos cantos y esas plegarias sublimes que el genio y el amor cristianos componen para ensalzar y pedir a la Santísima Virgen.

San Efrén, que nació, según hemos apuntado en otra parte, con la paz de la Iglesia, es el representante más glorioso de este culto que se muestra ahora, pero que ya existió en los siglos anteriores; es el vate más inspirado, que canta con más dulces y melodiosos trinos las excelencias de María; es un gigante cuya huella no se borrará jamás en la Iglesia; es un gran foco, cuyos resplandores llegan hasta nosotros y durarán mientras subsista la Inmaculada Esposa del Cordero. Quien conozca las liturgias que la Iglesia ha consagrado a María, y lea una sola

vez las obras de este Santo Doctor, apreciará por sí mismo la gran influencia que ha tenido en todas ellas. Desde las más antiguas que se conocen <sup>1</sup>, hasta las que rezamos hoy día, sin excluir la Muzárabe que recopiló San Isidoro de Sevilla, todas están fundadas sobre la interpretación que hizo San Efrén de las Sagradas Escrituras.

Quando natus es, decimos hoy en el Oficio Parvo, ex Virgine, tunc impletæ sunt Scripturæ: sicut pluvia in vellus descendisti ut salvum faceres genus humanum: te laudamus, Deus noster» <sup>2</sup>.

Esta aplicación del Sagrado texto (Jud. c. 6-38) a la Santísima Virgen, ya la hace el Doctor Siro cuando dice: «Gedeonis vellus, quod rorem de coelo accepit, Virginem figuravit, quæ Deum Verbum concepit» <sup>3</sup>. Los símbolos y figuras con que se celebra la virginidad y pureza de María en las demás antífonas del oficio citado, también las encontramos en las obras de San Efrén. «Rubum quem viderat Moyses incombustum... Germinavit radix Jesse...» Entre los 205 títulos que da el Santo a la incomparable Madre de Dios en la cuarta plegaria, se le llama: «zarza misteriosa que ardía en el monte sin quemarse; santa espiga de Jessé, cuyos frutos son de vida feliz y gozo eterno.» «Rubus incombustus, quem vidit Moyses divinitatis spectator... Radix sancta Jesse...»

Evidente es, asimismo, la influencia de San Efrén en todos los rezos litúrgicos con que la Iglesia implora los auxilios y misericordias de María: los himnos y oraciones que se cantan en sus fiestas, las tiernas invocaciones con que la saluda el pueblo cristiano, y todos los suspiros de amor que salen del pecho de los fieles, constituyen la gloriosa y rica herencia que nos legaron los Santos Padres, son las mismas súplicas, a veces las mismas palabras que San Efrén dirigía a la Santísima Virgen en nombre de todo el pueblo. Hoy bajo las bóvedas de nuestros suntuosos templos, resuena una dulcísima plegaria, una oración

1 La primera que se conoce en la Iglesia y que lleva el nombre de San Gelasio, es de fines del siglo V.

2 Oficio Parvo y Migne. Summa Aurea, T. 3 col. 1095 y Sigts.

3 T. I. Sir-lat. pág. 317.

consoladora que la Iglesia ha mandado rezar en el Rosario y que nosotros aprendimos de labios de nuestras madres cuando dormíamos en su regazo el plácido sueño de la infancia, una dulce súplica que inunda el alma de gozo y el corazón de inmortales esperanzas: «SUB TUUM PRAESIDIUM CONFUGIMUS SANCTA DEI GENITRIX» dice la Iglesia, y nuestras madres lo repetían al borde de nuestra cuna entre baladas de amor y de inefable ternura, con una encantadora sencillez y saturado de poesía popular:

Bajo tu protección, Virgen bendita,  
Se ponen tus hijos confiados

Pues esta fervorosa oración que saben todos los cristianos de memoria, ya se la dirigió San Efrén a la Santísima Virgen cuando, extasiado en presencia de los fieles, imploraba la misericordia del cielo y las bondades de la Reina de los Ángeles, con estas palabras: «SUB TUUM PRAESIDIUM CONFUGIMUS, SANCTA DEI GENITRIX, SUB ALIS PIETATIS ATQUE MISERICORDIAE TUAE, PROTEGE ET CUSTODI NOS». <sup>1</sup>

El histórico versillo que también se reza en el oficio de la Virgen y que ha dado lugar a tan agitadas discusiones, el «Dignare me laudare te, Virgo Sacrata»..., que según la opinión más probable, completó nueve siglos después el insigne Juan Duns Escoto cuando iba a defender el dogma de la Inmaculada Concepción, ya lo encontramos, en su primera parte, en el sermón ya citado. Antes de comenzar San Efrén el incomparable himno en que saluda 45 veces a la Virgen dándole muchos títulos de gloria, le pide permiso con estas palabras: DIGNARE SERVUM TUUM HUMILEM LAUDARE TE, VIRGO SACRATA».

Con estas devotísimas invocaciones y plegarias consiguió San Efrén enfervorizar a los fieles en amor de nuestra Señora, encumbrándoles a las altas esferas de lo sobrenatural y lo infinito. Creer, amar y bendecir a la Santísima Virgen; inspirar y encender a los cristianos para que conocieran y cantaran las virtudes de María; extender y difundir por todas partes estos sentimientos y enseñanzas, salvadoras para la vida del hombre y las

<sup>1</sup> Sermo de Sanctissimae Dei Genitricis Virginis Mariae laudibus. T. III. Grec-lat. pág. 576.

sociedades, tal es el noble fin, tal es el constante afán del Santo Doctor sirio. Los efectos de sus trabajos y sermones no pudieron ser más decisivos y halagüeños; pues los cristianos, movidos por su arrebatadora elocuencia, erigen monumentos, levantan iglesias y dedican a la Santísima Virgen un sinnúmero de estatuas para exteriorizar de alguna manera el fervor y entusiasmo que ardía en sus corazones.

Supo insinuarse de tal modo en el alma de los fieles, encendiéndolos en la devoción a María de tal suerte, que la invocaban en todos los peligros y calamidades; en las dudas le pedían acierto, en los extravíos misericordia, consuelo en la desesperación, socorro en las caídas, salud en la enfermedad, protección en los temores, y cuando llegaba el tiempo de la tribulación y de la prueba, a Ella se acogían como único asilo y puerto seguro de los desgraciados. Casi todas las oraciones que compuso San Efrén lo fueron para implorar las misericordias de María y verse libres de algún terrible castigo; plegarias tan patéticas y conmovedoras no podían salir de labios que no estuvieran amargados por el dolor y el infortunio; y del mismo modo que al presente se entonan en públicas rogativas las letanías para que el cielo se apiáde de nosotros por intercesión de la Virgen, de igual manera se rezaban estas súplicas, en las que se encuentran todos los títulos e invocaciones con que hoy saludamos y pedimos a nuestra Señora.

Si bien es cierto que San Efrén no compuso una «LETANIA LAURETANA»; si, como es verdad, no tejió la más brillante corona de gloria que los hombres pueden ofrecer a María, ni recogió las flores más olorosas de sus escritos para formar la oración Litúrgico-Mariana por excelencia, es indudable que influyó poderosamente en el que la escribió dos siglos después; es evidente que dejó todos los elementos que integran esa inefable plegaria con que a un mismo tiempo ensalzamos las prerrogativas de la Madre de Dios y pedimos que derrame sobre nosotros sus inagotables misericordias. Los títulos de honor que hoy damos a la Santísima Virgen en la Letanía, y todas las invocaciones con que se dirige a Ella el pueblo cristiano, ya las repetían los fieles de Siria en el siglo cuarto, movidos por el entusiasmo y elocuencia de este esclarecido Padre.

Y para demostrar esta aserción, que bastaría a cubrirle de gloria, labrándole una radiante corona de inmortalidad y virtud que demuestra los dos fines que nos propusimos al comenzar este modestísimo trabajo (probar que San Efrén fué muy devoto de María, mereciendo un distinguido puesto entre los Padres de la Iglesia, y que no somos innovadores al dar culto a la Virgen, como dicen los incrédulos y herejes): volveremos a leer sus magníficos escritos, sacando algunos títulos e invocaciones para formar una letanía y poder apreciar las semejanzas que tiene con la de la Iglesia, llamándola, con permiso de la Ilustre y muy distinguida ACADEMIA:

LETANÍA EFREMÍTICA O EFRENIANA A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Sancta Maria  
 Santissima Dei genitrix  
 Virgo super omnes virgines  
 Mater Christi  
 Mater misericordiae  
 Causa omnium gratiarum  
 Virgo purissima  
 Virgo castissima  
 Virgo inviolata  
 Virgo intemerata  
 Virgo immaculata  
 Tota amabilis  
 Tota honorabilis  
 Tota memorabilis  
 Tota desiderabilis  
 Mater creatoris  
 Mater salvatoris  
 Virgo venerabilis  
 Omnia potens  
 Virgo clementissima  
 Causa victoriae  
 Disolutio omnis maestitiae  
 Vas Dei  
 Vas manna repletum

Vas divinitatis unigeniti Filii immortalis  
Rosa suave olens  
Flos immarcessibilis  
Lilium candidissimum  
Turris fortitudinis  
Armatura bellica  
Acies robusta  
Altare aureum  
Tabernaculum sanctum  
Arca vera  
Arca sancta  
Janua aeternae vitae  
Porta coelorum  
Stella fulgidissima  
Confirmatio infirmorum  
Salus segura fidelium  
Peccatorum patróna  
Solamen afflictorum  
Refugium peccatorum  
Recreatio oppressorum  
Murum christianorum  
Domina angelorum  
Exultatio patriarcharum  
Regina apostolorum  
Decus prophetarum  
Patrum praeconium  
Martyrum fortitudo  
Tolerantia monachorum  
Sacerdotum gloriatio  
Virginum exultatio  
Sanctorum corona et gaudium  
Regina supernorum civium  
Piorum gloria  
Regina generis adamitici  
Currus divinus  
In procella portus  
Caecorum escipio  
Mundi reconciliatio

Ecclesiarum concordia

Regum firmitas

Delictorum remissio

Lucerna clarissima

Mensa mysticarum gratiarum.

. . . . .



## SAN EFRÉN, NOVÍSIMO DOCTOR DE LA IGLESIA, Y LA DEVOCIÓN A MARÍA

por D. Mariano de San Lorenzo.

LEMA: «Tu enim (Maria) honor honorum es, et praemium praemiorum».

*San Efrén.*

### OPORTUNIDAD DEL TEMA

Después de haberse dejado escuchar la voz augusta del Vicario de Cristo, nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV, que en sus Letras Apostólicas «PRINCIPI APOSTOLORUM» se dignó presentar ante el orbe católico al glorioso Diácono San Efrén como novísimo Doctor de la Iglesia, y después de haberse promulgado *Urbi et orbi* el rezo canónico del Santo de Edesa, en el que se afirma solemnemente que «In mirifica ac pia devotione erga eandem Virgínem Immaculatam primum excelluit», tiene especial interés y actualidad el tema que ofrece la ilustre ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA, para que se estudie al Santo en sus relaciones con la devoción a la Virgen.

Y resulta más interesante este asunto, porque es de notar que todos los documentos antiguos, en que se expone la vida de San Efrén, guardan total silencio sobre este punto. Muchos y muy ilustres han sido sus biógrafos, pero, aunque San Gregorio Niseno nos le presente anhelando, no el aparentar, sino el ser bueno; San Anfloco nos narre sus relaciones con el gran San Basilio; San Juan Damasceno le proclame exactísimo predicador de la segunda venida de Cristo; San Juan Crisóstomo le llame excitador de los adormecidos, consolador de los tristes, educador de los jóvenes, guía e instructor de los penitentes, dardo y

flecha contra los herejes, dechado de virtudes, y morada y lugar de descanso para el Espíritu Santo; y San Jerónimo alabe su ingenio y dé testimonio de que sus libros eran leídos en algunas iglesias después de la lección de las Sagradas Escrituras, en ninguno de estos autores, ni en otros de menor prestigio, que he consultado, se ve claro ningún elogio ni rastro de su devoción a María. Más aún, en sus mismas autobiografías, que tal nombre pudieran merecer la narración que hizo a los Monjes sobre su conversión y su plática de confesión y retractación pública, que, juntamente con su testamento, incluyen los Bolandos para dar idea completa de su vida mundana y monacal, en ninguno de estos preciados documentos se encuentran datos de lo que hizo San Efrén para demostrar su devoción a María.

¿Vamos por esto a excluir el nombre del Diácono de Edesa de la lista de los más insignes devotos de María? Hablan muy alto y claro sus escritos y sermones, para que podamos dar contestación afirmativa a tal pregunta; antes al contrario, de ellos se deduce evidentemente cómo amaba él a María, cómo cantaba sus glorias, cómo predicaba sus grandezas, cómo la defendía de las blasfemias heréticas, y cómo enseñaba a los demás a ser devotos de María.

## I

## CÓMO SAN EFRÉN AMABA A MARÍA

Si se ha de dar crédito a las palabras de un santo como San Efrén, no se necesitan más pruebas de que amaba a María que la de presentar abiertas las páginas de sus obras, en que se publican sus oraciones o sermones marianos. En ellas está explícita y terminante la manifestación de su amor, pero del amor más filial y entusiasta, que le hace prorrumpir a cada paso en una serie de calificativos tan tiernos y encomiásticos, que semejan torrentes de cariño desbordado, que brota a raudales de su corazón.

Mas esta devoción, como procedente de tal sabio y tal asce-  
ta, no tiene sólo la floración de vana sensiblería, sino que reune las señales de la devoción más sólida.

Aunque queramos buscar en ella los mismos caracteres, que el Bto. Luis M.<sup>o</sup> Grignón de Montfort exigía en la devoción verdadera, no nos será difícil encontrar en sus mismas palabras textos que demuestren la existencia de tales caracteres, a saber, ser interior, tierna, santa, constante y desinteresada.

a).— *Interior*

Lo que el Bto. Luis María entendiase por la primera condición está manifiesto en sus palabras: «La verdadera devoción a la Santísima Virgen es *interior*, esto es, nace del espíritu y del corazón; y la produce la estima que se hace de la Santísima Virgen, de la alta idea que uno se forma de su grandeza y del amor que le profesamos».

Basta citar, entre las obras, que se conservan de San Efrén, sus sermones en alabanza de María, para que se pueda ver la alta idea que tenía de la grandeza de su Señora; sólo copiaré unas palabras: «¡Oh inmaculada, intacta, enteramente pura y casta, Virgen Madre de Dios, María, Reina universal, esperanza de los desconsolados, gloriosísima Señora nuestra, buena en todo y en todo excelente; más elevada que las celestiales inteligencias; más brillante que los Querubines; más penetrante que los espíritus de múltiples miradas; más santa que los Serafines, y sin comparación más elevada en la gloria que todas las celestiales falanjes. Única esperanza de nuestros padres, gloria de los Profetas, predicación de los Apóstoles, honor de los Mártires, júbilo de los Santos, concierto de todas las jerarquías, corona de todas las Virgenes y de todos los Santos».

Lo mismo testifican las oraciones, que compuso en su honor, en una de las cuales no duda en invocarla diciendo: «Sí, mi Señora, sí, mi refugio, vida y protección, armadura y gozo, esperanza y fortaleza mía»; y cuán interior era este amoroso afecto, se ve en aquellas otras palabras: «...concédeme que te invoque de corazón y que en él te lleve... sálvame como quieres y como sabes...»

b).— *Tierna*

Para el Apóstol de la Esclavitud Mariana, devoción tierna quiere decir: «llena de confianza en la Santísima Virgen, como

la de un niño en su cariñosa madre. Ella hace que un alma recurra a María en todas sus necesidades de cuerpo y de alma, con toda simplicidad, confianza y ternura; que implore la ayuda de su celestial Madre en todo tiempo, lugar y cosa: en las dudas, para que la esclarezca; en los extravíos, para que la vuelva al buen camino; en las tentaciones, para que la sostenga; en las debilidades, para que la fortifique; en las caídas, para que la levante; en los desalientos, para que la infunda ánimos...»

El Santo que conmovía la Siria haciendo resonar con su brillante palabra la trompeta del Juicio, cuando trata de la devoción a María, y en sus oraciones, principalmente en la que hace su propia confesión, deja ver, entre los resplandores de su elocuencia, la ternura de su amor, llegando a invocarla en alguna de sus plegarias con estas frases: «Tú eres, Purísima, mi puerto, mi auxilio y mi defensa, y no conozco, Señora, otro refugio...» y en otra parte: «No tengo más auxilio y defensa que la tuya, en Tí espero, para lograr mis deseos, en Tí me glorio; no apartes de mí tu rostro por mis muchas faltas e iniquidades...» Y también puede verse más claro aún en estas otras frases: «En Tí, patrocinadora, en Tí, mediadora para con Dios, a quien engendraste, la raza humana cifra su felicidad; siempre espera en tu patrocinio, considerándote como su refugio y defensa, por el crédito que tienes cerca de Él. Y yo también pongo toda mi confianza en Tí, que engendraste verdaderamente, según la carne, al verdadero Dios. Conmuévase tus entrañas en mi favor, purísima Soberana, y usando de la libertad materna para con tu Hijo y nuestro Dios, suplícale la remisión de nuestras pasadas iniquidades. Conozco muy bien que en Tí se juntan en igual grado el poder y la voluntad, como Madre del Altísimo, y esta es la razón por que tengo tanta confianza...»

c). — *Santa*

Según el Bto. de Montfort «La verdadera devoción es *santa*, esto es, hace que el alma evite el pecado y copie las virtudes de la Santísima Virgen.»

Pues bien, el Santo de Edesa se dirige a la Virgen diciendo: «No te desdées de socorrerme, para que tu indigno siervo no

perezca al fin; sino, por el contrario, usando de todas tus maternales súplicas, sana mi alma pecadora. Cubierto de confusión, no podría fijar con tranquilidad la vista en mi Dios, por humano que sea, para pedirle el perdón de mis crímenes y la curación de mis hediondas llagas. No me atrevo a levantar las manos hacia aquel, a quien con tantos pecados he ofendido; he aquí por qué, purísima Soberana mía, me postro, miserable y confundido, a los pies de tus imponderables misericordias»; y particularizando más, le dice: «Muéveme a penitencia, y llévame por tu mano al camino de salvación, y cuando lo encuentre, y prosiga, que sea en tu compañía, para que bajo tu dirección sea salvo. Sí, Señora y Madre de un Dios bondadosísimo, estrecha mi corazón y tritúrale, y llena mis ojos de lágrimas espirituales, alumbrándoles con la luz de tus intercesiones, para que no padezca muerte eterna...»

No podrá decirse que San Efrén no encontraba en María su santificación.

d). — *Constante*

Otro de los caracteres de la verdadera devoción, según el libro montfortiano, es el de la constancia: «La verdadera devoción a la Santísima Virgen es *constante*; consolida a un alma en el bien y hace que no abandone fácilmente sus prácticas de devoción; le da ánimos para que se oponga a sus modas y a sus máximas; a la carne en los disgustos y embates de las pasiones; al diablo en sus tentaciones, de modo que una persona verdaderamente devota de la Virgen no es inconstante, melancólica, escrupulosa.»

No creo que disuene mucho junto a ese párrafo este otro del santo efesino: «Eres, María, de mi alma y cuerpo restablecimiento, mi salud, mi consuelo, mi vida, mi luz, mi esperanza, protección, fuerza, alegría, dulzura, muralla, auxilio, fortificación, armadura, defensa, gloria, patrona, mediadora, tranquilidad, guarda, elevación, paz, alabanza, gozo, bendición, ánora, abundancia, rocío, dignidad, santidad, magnificencia, liberación, consuelo de mis molestias, iluminación y santificación de mi alma, redención de mis pecados, riego divino para el corazón árido, lámpara lucidísima para mi alma entenebrecida, vestido

para mi desnudez, sosiego para mis gemidos, arreglo de mis infortunios, corrección, continencia, purificación, fortaleza, templanza, adorno de virtudes, mi libertad, puerto, tesoro, verdadero negocio eterno, congrua penitencia, sublimidad, buena salud, hermosura, fuerza, buen consejo, intelección, alegría, mi Señora, mi gozo, mi esplendor, y vigilante centinela ante Dios, del que nunca podré avergonzarme...» Y por si este pareciera poco probativo, va otro fragmento: «Ojalá tus plegarias nos preserven hasta el fin de la condenación, para que, salvo por tu patrocinio y socorro, tributemos gloria, alabanza, acción de gracias y adoración a Dios solo en su Trinidad, como creador de todos los seres».

e).—*Desinteresada*

La última cualidad que exige el Bto. Luis María en toda devoción verdadera, es el desinterés: «Finalmente, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *desinteresada*, es decir, que inspira al alma que no se busque a sí propia sino sólo a Dios en su Santísima Madre.»

No puedo decir, es verdad, que en ninguna de las oraciones de San Efrén se encuentren frases que excluyan toda idea de petición, pero sí se puede afirmar que el único interés que demuestra, es el de la gloria de Dios, y la propia santificación, proveniente del alto concepto, que tiene de María y del profundo conocimiento de su nada. Véase uno de sus párrafos: «Yo te saludo, casta Madre de Cristo, Hijo de Dios vivo. Yo te saludo, oh María, la que has educado y criado a Cristo, autor de la vida; a Cristo misericordiosísimo. Creador de todas las cosas, nuestro dulcísimo Señor Jesús, ordenador del universo, al que corresponde todo el honor y toda la gloria, grandeza, poder, alabanza y magnificencia, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y para siempre en la eternidad». Y en otra parte lo que pide es: «Abre mis ojos, para que perciban el sentido y la mente de las santas Escrituras, que son más dulces que la miel y el panal, y confortado por Tí le siga... luz de mis ojos, consolación de mi alma, y mi esperanza y salvación después de Dios».

A la vista de todas estas citas, creo que puede sostenerse, que San Efrén fué un verdadero devoto de María, pues, aunque sus biógrafos lo callan, sus obras lo proclaman muy alto, como lo reconoce en su inspirado libro el mismo Bto. Grignión de Montfort. Para dar una idea más alta de su devoción, no quiero dejar de indicar, aunque sea una repetición, que el Santo Diácono de Edesa se proclamaba a sí mismo como *stervo indigno* suyo, y que a Ella la calificaba de *Mediadora para con el Mediador*, o sea, que prácticamente reconocía la Esclavitud Mariana y su fórmula de AD JESUM PER MARIAM; más aún, en los mismos fragmentos citados puede verse como todo sabe hacerlo y encontrarlo EN MARIA, POR MARIA, CON MARIA Y PARA MARIA.

## II

### SAN EFRÉN CANTOR DE MARÍA

Como del amor procede la alabanza, y el que es poeta expresa sus sentimientos cantando, San Efrén, que amaba a María como hemos visto, y era un gran poeta, el más grande de los poetas orientales de su época, a quien los sirios reconocían con el calificativo de *la lira del Espíritu Santo*, no podía menos de ser también uno de los primeros y más excelsos cantores de la Reina de los poetas.

Pero no por ser el más ilustre entre los poetas sirios, se vió libre de esa prolijidad, que resulta fatigosa, y es característica de la versificación de su país.

Muchos debieron ser los himnos que compuso San Efrén; los Bolandos afirman que «Dicitur vero universim circiter tricies centena millia carminum conscripsisse». El asunto de ellos fué vario, siendo muchos compuestos para servir de cánticos sagrados en el oficio divino, y para enseñárselos a los fieles, con objeto de rebatir las herejías de su tiempo, como hizo en Edesa con los Bardesanitas.

Aunque no en todos se habla de María, en algunos se la alude fervorosamente, y otros son totalmente marianos. Voy a insertar la traducción de uno de estos, no sin hacer antes constar que de las poesías orientales no se puede hacer una versión dig-

na, pues tal es la brillantez de sus frases y figuras, que ha de perder mucho al traducirse a otra lengua.

*Cántico de María y los Magos*

Nacido el Hijo brilló la luz, y las tinieblas huyeron del mundo,  
y el orbe se iluminó: refiera, pues, las alabanzas del recién Nacido,  
[qué lo ha iluminado.

Nació del vientre de una Virgen, y al verlo las tinieblas desapare-  
[cieron,

y fueron expulsadas por él las tenebrosidades del error, y todo el  
[orbe fué iluminado; cante pues sus alabanzas.

Ha habido gran excitación en los pueblos; y la luz surgió de entre  
[tinieblas,

y se alegraron las gèntes, al tributar alabanzas a aquel que con su  
[nacimiento las iluminó.

Envió al Oriente su luz, y con el fulgor de la estrella se iluminó  
[Persia:

le invitó al nacimiento, y le anunció que ya venía como víctima que  
[alegraría a todos.

La estrella en su recorrido iluminó las tinieblas y llamó a los pue-  
[blos,

para que viniendo gozaran de aquella gran luz que descendió a la  
[tierra.

A uno de sus astros mandó Dios como embajador para anunciar  
a los Persas, con el fin de que se preparasen para concurrir ante el  
[Rey y adorarle.

Llamó a los Magos y les dijo: Cuando lo presintiereis desde la gran-  
[de Asiria,

cojed regalos y apresuráos a honrar al gran Rey, que ha nacido en  
[Judea.

Gozosos por esto los príncipes persas tomaron regalos de su región  
y llevaron al Hijo de la Virgen Oro, Mirra e Incienso.

Al entrar le encontraron como Niño, que yacía en casa de la pobre  
[Madre,

y con gozo le adoraron postrados, y le ofrecieron sus tesoros.

*María.*—Dijo María:—¿A quien dedicáis esto, y para qué? ¿qué causa  
os ha llamado de vuestra región, para que vengáis con

[vuestros tesoros ante este Niño?

*Magos.*—Ellos respondieron:—Tu Hijo es Rey, y ciñe diadema, por-  
[que es Rey de todos.



Es más alto que el mundo su reino, y a su imperio todos  
[se sujetan.

*María.*—¿Cuándo aconteció esto jamás, que una Pobrecita pariese  
un Rey?

Débil soy, en verdad, y necesitada, ¿de dónde a mí que dé  
[a luz un Rey?

*Magos.*—Sólo en tí ocurre esto de parir un Rey grande,  
y por tí ensalzará la pobreza, y a tu Hijo se le someterán  
[las diademas.

*María.*—No tengo tesoros de reyes, ni me vinieron nunca a mis ma-  
[nos las riquezas;  
he ahí cuán pobrecita es la casa y dismantelado el domi-  
[cilio; luego ¿por qué llamáis Rey a mi Hijo?

*Magos.*—Tu Hijo tiene grandes tesoros y caudales, que sirven para  
[enriquecer a todos;  
porque los tesoros de los Reyes se agotan, y los suyos, ni  
[se acabarán, ni serán contados.

*María.*—No sea tal vez otro el Rey vuestro, que os ha nacido, inves-  
[tigadlo;  
pues este es Hijo de una Pobrecita, que nõ puede ni apa-  
[recer como Rey.

*Magos.*—¿Por ventura puede ocurrir que se desvíe de su camino la  
[luz cuando es enviada?  
luego, puesto que nosotros no hemos sido llamados y guía-  
[dos por las tinieblas, sino que hemos andado en la luz, tu Hijo es Rey.

*María.*—He aquí que veis a un Niño que no habla, y la casa de su  
[Madre dismantelada y vacía,  
y no aparece en ella ningún vestigio real; ¿cómo, pues, el  
[que habita en tal casa es Rey?

*Magos.*—He aquí que, en verdad, le vemos silencioso y quieto, pero  
[Rey, aunque pobre, como has dicho,  
pues vemos también que con su imperio conmueve los as-  
[tros del cielo para que anuncien su nacimiento.

*María.*—Conviene, varones, que indaguéis quien es ese Rey, y en-  
[tonces le adoréis:  
por ventura habréis errado el camino, y es otro el Rey  
[que buscáis.

*Magos.*—Conviene, Virgencita, que creas que tu Hijo es Rey, que  
[nosotros hemos sido guiados  
por la estrella, que no puede errar, y el camino por don-  
[de nos ha traído es llano en verdad

- María.*—Pequeñito es el Niño, y he aquí que, como veis, ni tiene  
[diadema regia, ni trono,  
¿qué contempláis, pues, en él para que le honréis con  
[vuestros tesoros como a Rey?
- Magos.*—Es parvulito porque quiere, y ama la mansedumbre y la  
[humildad hasta que se manifieste;  
pero vendrá tiempo en que se le doblegarán las diademas  
[y le adorarán,
- María.*—No tiene fuerzas, ni soldados, ni legiones mi Hijo;  
su Madre yace en la pobreza, y ¿cómo es llamado por vo-  
[sotros Rey?
- Magos.*—Las fuerzas de tu Hijo son de lo alto, cabalgan en los cie-  
[los, y resplandecen con las llamas;  
una de ellas vino a llamarnos, y se aterró toda nuestra  
[región.
- María.*—Nació Niño, y ¿qué puede hacer para que sea Rey, cuando  
[es desconocido del mundo?  
¿cómo a los poderosos y a los ilustres les regirá un Niño?
- Magos.*—Tu Niño, oh Virgen, es anciano, más antiguo que los días,  
[y el primero de todo lo creado  
y, en verdad Adán es más joven que él, y por él todo se  
[rejuvenece.
- María.*—Os conviene, por prudencia, que expongáis todo el misterio,  
[y declaréis  
quien os ha manifestado los arcanos de mi Hijo, de que sea  
[Rey en vuestra región
- Magos.*—También te conviene a tí que creas que, si no nos impulsas e  
[la verdad del hecho  
de ningún modo hubiéramos llegado hasta aquí de los con-  
[fines de la tierra, caminando por tu Hijo,
- María.*—Todo el misterio, tal y como se ha desarrollado en vuestra  
[región,  
declarádmelo ahora, como amigos; y decid quien os ha llama-  
[do, para que a mí vinierais
- Magos.*—Se nos apareció una gran estrella, mucho más resplande-  
[ciente que los demás astros,  
con cuyo fulgor se iluminó nuestra tierra, y nos anunció  
[que había nacido el Rey
- María.*—No quisiera, os lo ruego, que hablarais de esto en nuestra  
[región,  
no sea que, conociéndolo los Reyes de la tierra, maquinen  
[algo por envidia contra el Hijo.

- Magos.*—No temas, Virgen, porque todas las diademas las deshará  
[tu Hijo,  
y las arruinará, y no serán capaces con su envidia de ha-  
[cerle daño,
- María.*—Temo a Herodes, lobo ensangrentado, no me perturbe  
y empuñe la espada con la que corte el dulce racimo aún  
[no maduro.
- Magos.*—A Herodes no le temas: por tu Hijo se desmoronará su  
[trono,  
y en un momento reinará, será destruido, y su diadema  
[caerá.
- María.*—Torrente de sangre es Jerusalén, y en ella caen los mejores,  
por lo cual, si esto presintiese, maquinaría contra él; y por  
[tanto hablad en secreto, os lo ruego, y no alborotéis.
- Magos.*—Todos los torrentes y las lagunas también por mano de tu  
[Hijo serán desecados,  
y en Jerusalén se embotará la espada, y no caerá sino lo  
[que él quisiere
- María.*—Los escribas y los sacerdotes de Jerusalén, que suelen trai-  
[doramente verter la sangre,  
tal vez tramen un duelo a muerte contra mí y contra mi  
[Hijo; magos, os ruego que calléis,
- Magos.*—Los escribas y los sacerdotes de ningún modo podrán con  
[su envidia hacer daño a tu Hijo:  
y por el mismo se terminará el sacerdocio, y se acabarán  
[sus solemnidades,
- María.*—Un ángel se me apareció cuando concebí al Niño; y, que es  
[Rey mi Hijo,  
y que es de lo alto su diadema y no se destruirá, él tam-  
[bién me lo explicó a mí como a vosotros
- Magos.*—El ángel, pues, de que tú hablas, ése es quien vino bajo  
[apariencias de estrella,  
y se nos apareció, anunciándonos que el Niño es mayor y  
[más resplandeciente que las estrellas.
- María.*—Me hizo entender, cuando me lo anunció, aquel ángel de  
[mis apariciones  
que su reino no tendría fin, y como debe guardarse esto  
[en secreto no se revele.
- Magos.*—Y nos explicó la estrella como tu Hijo es Señor de los Re-  
[yes; luego su aspecto no ha sido cambiado;  
y que él fuese ángel no nos lo indicó.

- María.*—Cuando se me apareció el ángel, le llamó Señor suyo, an-  
[tes de que fuera concebido,  
y me lo anunció como Hijo del Altísimo; y en verdad se  
[desconoce donde está su padre.
- Magos.*—Bajo apariencia de estrella nos predijo que había nacido  
[el Señor del cielo,  
y conviene que domine tu Hijo sobre los astros, y sin su im-  
[perio no fulguren.
- María.*—He aquí que ante vosotros manifiesto un gran arcano para  
[que os confirméis en él,  
a saber: que la Virgen parió un Hijo, que es Hijo de Dios;  
[predicadlo en vuestro regreso,
- Magos.*—Ya nos ha enseñado antes la estrella, que su nacimiento  
[había sido fuera del orden de la naturaleza,  
y que por encima de todas las cosas estaba tu Hijo, el cual  
[era también Hijo de Dios.
- María.*—Lo que testifican las alturas y las profundidades, y todos  
[los ángeles y las estrellas  
que él es Hijo de Dios y Señor, sed vosotros los que anun-  
[ciéis en vuestra tierra.
- Magos.*—Por una estrella el que está sobre el universo conmovió a  
[Persia, y fué confirmado  
que tu Hijo es Hijo de Dios, y que todas las gentes han  
[de sometersele.
- María.*—Sed portadores de la paz a vuestra tierra; aumentese la  
[paz en vuestros confines  
y seáis tenidos como heraldos veraces de la paz en vuestro  
[camino.
- Magos.*—La paz de tu Hijo nos vuelva incólumes a nuestra región,  
[como nos ha traído,  
y cuando sea manifestado ya su imperio al mundo, visite a  
[nuestra tierra y bendígala.
- María.*—Alégrense Persia con vuestra embajada, gócese Asiria con  
[vuestro regreso,  
y cuando el reino de mi Hijo sea propagado, en vuestra  
[región colocará su bandera.  
Y alabará gozosa la Iglesia que haya nacido el Hijo del  
[Altísimo,  
e iluminará la altura y la profundidad. Bendito sea el que  
[con su natividad alegró a todos.

## III

## SAN EFRÉN, PREDICADOR DE LAS GLORIAS DE MARÍA

El amor de San Efrén a María, que le movía a cantarle himnos, no podía menos también de impulsarle a ejercer su ministerio de Diácono, predicando sus grandezas en la cátedra sagrada.

Una idea general de lo que eran sus sermones, nos la dieron labios tan autorizados como los de San Gregorio Niseno, diciendo que: «Sus sermones no parecían sino oraciones sermones; éstos engendraban lágrimas, y a las lágrimas se sucedían las oraciones; éstas eran el alma de sus sermones, o por mejor decir, cuando predicaba estaba constantemente ocupado en la oración.»

Dejando a un lado todo cuanto pudiera decirse de sus múltiples sermones, me limitaré a hacer un ligero extracto de lo que habla de María en ellos, pues no sólo tiene algunos, en que trata tan sólo de la Virgen, sino que tiene otros en que incidentalmente la alude, dando así pruebas inequívocas de su piedad mariana.

Entre sus *sermones exegéticos sobre lugares escogidos de la Sagrada Escritura*, hablando sobre aquel texto del Génesis III-6 «vidit igitur Mulier, etc.» veo que, a propósito de la escena del paraíso, hace un hermoso paralelo entre Eva y María.

Presenta a Eva ante la serpiente y a María ante el ángel, la imprudencia de la una, la discreción de la otra, y las diversas consecuencias de la conducta de ambas; la obra de Adán con su pecado, y la de Cristo con su redención restauradora.

De sus trece *sermones de Navidad*:

*En el I.*—Se alegra del nacimiento del Hijo de la Virgen, diciendo que, si el primer Adán fué formado de la tierra virgen, hoy nace también de una Virgen el Adán Señor del cielo...

*En el III.*—Se admira de que en el mes de diciembre, cuando la tierra esconde la semilla que han depositado en ella, de una Virgen brote la espiga de salvación; y de que, cuando va-

gan por el campo los corderuelos. éntre en el seno de una Virgen el que venía a redimir a todos. De esta espiga brotada de María, salió grano bastante para saciar toda hambre. María presente el advenimiento de aquel Cordero que había de inmolarse, para alegría de todos. Narra aquellas tiernas escenas en que María alimentaba con su leche al que había de entregarse a todos por alimento, y va exponiendo nuestra filiación de María, llegando a decir: «Cuando María lactaba a Jesús, éste daba vida a todos los vivientes, y cuando descansaba en el seno de su Madre, en tal seno descansaba el mundo.»

*En el IV.*—Pone en boca de María los afectos de admiración y gratitud con que saludaría a su hijo recién nacido, en un tiernísimo coloquio.

*En el VI.*—Alaba la grandeza de la Virgen como Madre de Cristo, y hace ver como sobrepuja a todas las madres célebres de que nos hablan los libros santos.

*En el VIII.*—No encuentra título apropiado para calificar a María, porque a todos les sobrepuja, y entona después un himno de júbilo, que debían cantar las vírgenes hebreas en vez de los trenos jeremíacos.

*En el IX.*—Se deleita contemplando al Hijo de María, y hace ver la necesidad de encubrir la virginidad sobrenatural de la Madre Pura ante los ojos de los judíos.

*En el X.*—Canta las grandezas del Hijo juntamente con las de la Madre, que le engendró, y se hace intérprete de sus palabras.

*En el XI.*—Narra el modo singular como fué Jesús engendrado en María, y hace ver las relaciones entre María y José, el varón puesto por Dios a su servicio.

*En el XII.*—Va exponiendo los diversos oficios de María para con Jesús desde su encarnación, y comparándola con Eva.

*En el XIII.*—Hace una detallada y cronológica narración de las grandezas del recién Nacido, y le teje simbólicas coronas; entre ellas invita a los campos, refrigerados por los arroyuelos, que los fecundan, para que adoren al Hijo Divino, pendiente de los pechos de su Madre, y a la tierra, donde germinan multitud de semillas, para que engrandezca igualmente a la Virgen, que

también era tierra infecunda y de modo maravilloso produjo divina prole.

En sus famosas *PARAENESES*, o *exhortaciones a penitencia*, también habla, como no podía menos, de la Madre de los pecadores

*En la XXIX.*—Pide a los Ángeles que, con María y todas las criaturas, den gracias y tributen alabanzas al Dios excelso que les colmó de dones.

*En la XXX.*—Suplica al Señor que, aún en sueños, le defienda de las asechanzas del enemigo por las preces y méritos de María.

*En la LXII.*—Ofrece sus sacrificios juntamente con el suavísimo olor de los méritos de la Virgen María.

Entre sus diez y ocho *sermones sobre varios asuntos*:

*En el I*, (De Navidad).—Pide a la Virgen Madre que adore a Cristo, y le ponga preciosa diadema, al modo que a Salomón coronó su madre; y pide a todos que alaben y bendigan a quien le engendró y llevó en su seno.

Gózase en ver que María concibiera tan excelso Hijo, y para glorificar a Dios entra de nuevo en el Paraíso, donde le perdera la primera Eva, ya que ahora se ha dignado aceptarle como hijo tan santa Madre.

Y termina deteniéndose a considerar el misterio de la Anunciación, indicando que María estaba en oración cuando recibió tan fausta nueva, causa de toda alegría.

*En el III*, ya trata directamente de lo que indica su título: «*De alabanzas de María, Madre de Dios.*»

Hace notar primeramente el prodigio inaudito de permanecer encerrado el Unigénito de Dios durante nueve meses en el vientre de María.

Expone el doble prodigio ocurrido en el nacimiento de Jesús y de su Precursor, Juan, santificado éste en el seno de su madre con la presencia de aquel.

Contempla la grandeza de un Dios anonadado, y recuerda el hecho de Moisés hablando con Dios sin verle, cuando mira ahora a Dios en tan bajo estado.

Narra las escenas de la Anunciación y Encarnación, diciendo que María se ha hecho para nosotros cielo, que contiene la Divinidad.

Expone los diversos nombres que pueden darse a María, como templo del Hijo de Dios, nuevo cielo, vid fructífera, y fuente de la casa del Señor.

Prueba, finalmente, como se equivocan los que comparan el día de la creación con el de la Redención, demostrando como, por María, sobrepuja éste al primero, y felicita al nuevo Adán, que recupera la pérdida dicha.

También es muy notable, de entre las obras de las que sólo ha llegado hasta nosotros su versión latina, el intitulado «*Sermo de Sanctissimæ Dei Genitricis Virginis Mariæ laudibus*».

Es todo él una verdadera letanía de alabanzas a la Virgen.

Comienza en ellas poniéndola muy por encima de todos los Ángeles y de todos los Patriarcas; va acumulando en su honor multitud de títulos, símbolos y emblemas; después la invoca piadosamente, para que nos proteja, ya que sólo en ella tenemos puesta nuestra confianza. Va exponiendo los oficios de María para con nosotros, y hace oportunas súplicas; pide después gracia para cantar sus alabanzas, y para repetir las que la dijera el Arcángel Gabriel, y a continuación hace una larga glosa del *Ave María*, en la que no se cansa de buscar títulos con que aclamar a la Madre de Dios.

Tiene este sermón tanta semejanza con las oraciones del Santo, que su lectura hace recordar el juicio, ya referido, que hacía de su predicación San Gregorio Niseno.

En su *encomio de Abraham e Isaac* tiene un párrafo notable, en el que hace un paralelo entre los maravillosos nacimientos de Isaac y de Jesús, y entre las dos madres, Sara y María; haciendo resaltar la dificultad de Sara en engendrar y de María en permanecer Virgen, la doble aparición angélica, la risa de Sara y la duda de María, el gozo de Abraham y el de José, y los cuidados maternos prodigiosamente proporcionados por ambas madres a sus respectivos hijos, presentando a Jesús como causa del gozo de María y como modelo divino.



Al final del mismo presenta a Isaac como a una figura de Cristo, y hace ver a los incrédulos, que dudan de la virginidad de María, que el Dios omnipotente, así como para evitar el sacrificio de aquél supo hacer que la naturaleza produjese una oveja en el momento preciso, así también pudo hacer que, en el seno purísimo de una Virgen, el Verbo tomara carne.

Voy a terminar este punto incluyendo aquí aquellos piadosos y tiernísimos afectos que en la colección de sus obras llevan por título «*Threni, id est, Lamentationes gloriosissimae Virginis Matris Mariae, super Passione Domini*» y en la nota marginal indica: «Ejusdem Threnos... quae magna et sancta Parasceve dicitur».

Pinta en ellos a la Virgen mirando a su Hijo dolorido clavado en la Cruz, y pone en sus labios muy tiernas lamentaciones, preguntándole cómo se ha dejado poner en tan lastimoso estado, enumerando todos los tormentos de la sagrada Pasión. Va después recordando todos los beneficios que había hecho sobre la tierra con sus milagros más numerosos que las arenas del mar, preguntándole cómo se dejó morir él, que había resucitado a Lázaro. Increpa a continuación a los judíos, echándoles en cara los beneficios recibidos de Dios y de su Hijo, y su ingratitude por darle tan cruel muerte, haciendo notar como se condolieron las criaturas ante ella cuando la contemplaron. Invoca a los Angeles, preguntando a Gabriel dónde están las bendiciones que anunció a María el día de la Encarnación; hácele ver ahora sus dolores amarguísimos, y, hablando con Simeón, le asegura que ya se cumplieron sus profecías. Acude de nuevo a su Hijo, pidiéndole que se apiade de ella, porque en él tiene puesto todo su apoyo y esperanza. Invita a todos a llorar con ella, y pide a la Cruz el cadáver de su Hijo, para adorarle y besar sus llagas; canta las grandezas de la Cruz, y adora también todos los instrumentos de la Pasión, que se han hecho gloriosos por la ignominia de Cristo; y pide finalmente al Hijo que resucite pronto, para que se truequen en gozos sus dolores. Termina el Santo, dirigiendo a la Virgen tiernas y devotas plegarias y alabanzas, invocándola, y suplicando que nos atienda y asista en nuestras necesida-

des, especialmente en la muerte y juicio, como única esperanza nuestra ante Dios, a quien se debe todo honor y gloria.

Por estos lijeros compendios de sermones aparece manifiesto que, quien así hablaba de María en la cátedra sagrada, no puede negarse que le profesaba gran devoción, y era un insigne propagador de ella.

¡Ojalá resonaran hoy en nuestros púlpitos elogios marianos tan fervorosos como los que se escuchaban en los de Edesa!

## IV

## SAN EFRÉN, DEFENSOR DE MARÍA

Al justo renombre que alcanzó San Efrén entre los Sirios, como oráculo de la verdad y el más grande entre los confesores de la Fe, puede muy bien agregársele el de *apologista de Marta*.

La divina maternidad de la Virgen era por entonces puesta en duda por las diversas sectas de herejes, que pretendían con su venenosa baba mancillar aquella blancura inmaculada antes, en, o después del parto; pero la que era Reina de la Pureza escogió al casto Diácono de Edesa, que tantas veces supo triunfar de las torpes tentaciones de infames mujerzuelas, para que fuese su defensor más elocuente, como lo hizo.

Hizo San Efrén esta defensa de la Maternidad Divina en aquellos admirables sermones, de que ya he hablado, predicados para celebrar la Natividad de Cristo, que entonces comenzó a adquirir gran esplendor, libre ya la Iglesia de los temores de exponer en todos sus detalles, ante la curiosa e impúdica mirada del paganismo, el inefable dogma de la Encarnación, donde las azucenas de la pureza parece como que tejen los velos que cubren el misterio.

Mas no sólo de este modo indirecto rebatió nuestro Santo Doctor los errores contemporáneos; también se encuentra entre sus sermones el intitulado: «*Sermo adversus haereticos, in quo, tum ex «Margaritae», tum ex aliorum claris argumentis ostenditur, credendum esse, Sanctam Deiparam praeter*

*naturae leges Dominum ac Deum nostrum pro mundi salute et concepisse, et peperisse.»*

En este precioso estudio, después de un bello exordio lleno de piadosos afectos, expone la parábola evangélica de la *Margarita preciosa*, y arguye contra Marción y Manés, basándose en la formación de la perla, para probar que el Verbo tomó carne de María, siendo ésta Virgen. Pide a la concha que hable y dé lecciones a los sabios, que pretenden investigar y comprender el misterio, y va haciendo un largo paralelo contra la generación de la perla y la de Cristo, y entre María y la concha; dice que, así como ésta, sin valer nada, produce una piedra valiosa, así María engendró al que excede a toda criatura, y que como aquella, sin violación ni dolor produce la perla, así en María no hubo corrupción, ni padecimiento, al darnos a su Hijo. Cual la perla puede subsistir fuera de la concha, así Jesús pudo vivir con su propia naturaleza, recibida mediante un gran misterio. en el que supo Dios hacer que sólo la mujer engendrase al que estaba exento de toda corrupción, y era fuente de pureza y castidad.

Arguye después valientemente contra los herejes, preguntándoles cómo pudo sólo tomar la figura y apariencia el que participó de la naturaleza, esencia y tiempo de la generación, y para que fué necesaria entonces la intervención de mujer, y el someterse a las naturalezas fases de la concepción humana, y seguir el curso del ordinario crecimiento y desarrollo. Va mostrando los singulares favores otorgados por Dios a María al ofrecerse ésta a cumplir su voluntad haciéndola Virgen y Madre; compara el parto ordinario de los concebidos en pecado con éste, obrado por medio de la acción del Espíritu Santificador, que ni en la concepción, ni en el nacimiento, quebrantó el sello de la virginidad.

Así como algunos artistas devuelven perfeccionado lo que se les presta, así también el Hijo de Dios hizo que de ningún modo recibiera mancha el cuerpo de que él había de tomar carne. Cristo, que venía a reparar la naturaleza, ya lo hizo en su mismo nacimiento, viniendo al mundo sin que María sufriera dolores, ni detrimento en su virginidad, como convenía a tal Madre.

Después, prosiguiendo la comparación de la perla, defiende la maternidad verdadera de María, haciendo gran hincapié en

las palabras angélicas «quod nascetur *ex te*»; demostrando que esto excluye toda figura y simbolismo, porque la concepción rechaza toda idea que no sea de *naturaleza*.

Vuelve a comparar la pureza de la perla con la de Cristo, y de esta deduce la que habría en María, porque lo que Cristo escoje como morada no puede tener mancha; va explicando cómo se juntaron en María los afectos y efectos propios de la virginidad y de la maternidad, y hace dos hermosas comparaciones con el sol, y con Pablo, convertido éste de lobo en cordero por un momentáneo rayo de luz celestial, preguntando cuánto más pura estará María, en cuyo seno moró el mismo sol de la santidad y pureza.

Pasa a usar del símbolo agrícola, y considera a Dios como injertando a su Verbo en María, que es árbol para el Padre, madre para el Hijo, y para los hombres fuente de espiritualidad e incorrupción; este injerto tiene por ligaduras el testimonio de los profetas, y su hendidura tiene por división el espacio de la naturaleza. El agricultor celeste usa como cuchillo la virtud del Espíritu Santo, y el árbol que ha de sustentar la naturaleza se apoya en la fe de la Virgen; nada debe temer, por tanto, quien tenga fe, porque se trata de un misterio llevado a cabo por el poder de Dios. Si en lo natural se puede injertar árbol malo y dar buen fruto, ¿cómo Dios no podrá hacer algo semejante en lo sobrenatural y divino? Y añade «Verumtamen non ex superinducto semine Virgo peperit; absit; sed suam ipsius substantiam sine motu carnali commodavit».

Hace notar, valiéndose del símbolo arquitectónico, que no edificó la Sabiduría su casa con piedras labradas con instrumentos comunes, pues no se oyó ruido de hierro en el edificio, ni la proporcionó nada ningún varón, sino que ya estaban pulidas y cinceladas las piedras; así también en María no intervino ningún hombre para que fuera madre. Como de la tierra fueron sacadas las piedras ya perfectas, así con la ascensión de la naturaleza incontaminado permaneció sin mancha la divinidad. Sin hierro se edificó el templo, y sin corrupción, ni dolor nació Cristo; como la sola tierra lo proporcionó todo, así sola la Virgen le concibió; no se partió una piedra, ni sintió la tierra que se despedazaran los mármoles, cual la Virgen, ni sintió movimiento carnal, ni re-

cibió corrupción; y así como aquella proporcionó los jaspes elaborados con su industria, así también ésta fué ella misma la que produjo a su Hijo, del que, sino, hubiera sido nodriza y no Madre, como la llaman los Evangelistas.

Y a continuación resuelve el argumento de que San José también se le llama Padre, sin ser el que engendró, diciendo que no se le da tal nombre por Cristo, sino por la Madre, para defender su Virginidad, pues con tal objeto celebraron las ceremonias del desposorio, y le compara lindamente con las palmeras, que se hacen fecundas con la sombra...

Y continúa exponiendo esos misterios augustos, que se considera incapaz de narrar dignamente, invocando a los elementos todos para que lo testifiquen, y proclamen que Cristo no nació en apariencia, sino con naturaleza real y carnal de la Virgen.

Arguye después valientemente contra los judíos, que no creían en la Divinidad de Cristo, y hablando de María dice: ¿No creéis que una Virgen engendró a un Dios hecho hombre?; pues ¿cómo podéis creer en un templo hecho de piedras no labradas, y en cuya construcción no intervino para nada el hierro?... y existió el más hermoso de todos los templos y edificios.

Y termina confesando que él tiene puesta sólo en Cristo su esperanza, cantando las grandezas, e invitando a todos a trabajar, para hacerse participantes de esa mercadería y perla preciosa, Cristo Jesús, que con el Padre y el Espíritu Santo merece todo honor por los siglos de los siglos...

También entre los sermones polémicos contra los herejes sale a la defensa de María.

*En el I* de los siete sobre «*Margarita seu de Fide*».

Ve, según las ideas antes expuestas, en la preciosa perla, a Cristo Jesús, el Hijo de María, cuyo immaculado parto ya fué prefigurado en la misteriosa nubecilla bíblica.

*En el II.*—Habla de la Maternidad de María de un modo admirable, y proclama su immaculada Concepción. Hace ver lo maravilloso del parto de la Virgen, purísimo y sobrenatural, en que muestra al Hijo único de María como la más preciosa perla, que pudieron formar los mares.

*En el sermón XLX.*—Proclama incidentalmente la pureza de María, único ejemplar que pudo darse por la intervención divina en su fecundación, obra que excede a toda potencia angélica.

Así es como siglos, antes de que los Concilios proclamasen la Maternidad Divina de la Purísima Virgen, hablaba ya de ella su ferviente devoto y defensor entusiasta, San Efrén Sirio.

## V

## SAN EFRÉN, ENSEÑANDO A AMAR MARÍA

Tal vez parezca a primera vista exagerada esta afirmación tratándose de un varón ilustre, al que sus historiadores contemporáneos no cuidaron en presentar bajo este aspecto; mas ¿será posible negarlo, admitiendo como genuinos los escritos y sermones antes citados? Quien así se explicaba desde el ambón sagrado ¿cabe dudar que fué uno de los primeros y más grandes apóstoles de la devoción mariana?

Pero aun hay pruebas más convincentes, como son las tiernas y devotas oraciones a María, que se incluyen entre sus obras, y alguna de las cuales (testigo Augusto Nicolás) sirve para conmemorar en las iglesias de París el voto mariano que hiciera Luis XIII.

Según los Bolandos, los sirios afirman que escribió más de mil oraciones, como se deduce de las obras de Eusebio de Cesarea, el padre de la Historia Eclesiástica. De éstas no todas están directamente dedicadas a María, pero a Ella alude cuando el asunto lo reclama, como en la IX, donde, hablando del Juicio, al fin dice: «Virgen Madre de Dios, puerta del cielo y arca, tengo en tí salvación segura, socórreme, Señora».

Hay entre las que se nos conservan, una sección titulada «EJUSDEM PRECATIONES AD DEIPARAM», que merece especial estudio. Como la más breve de todas es la primera, será la que traduciré íntegra, y para dar una idea general de las restantes, haré de cada una un sencillo resumen.

*Ad Sanctissimam Dei Matrem*

*Oración I.*—Santísima Señora y Madre de Dios, única purísima en cuerpo y alma, única que excede toda inocencia, pureza y virginidad, única totalmente convertida en morada de las gracias todas del Espíritu Santo, y que, por tanto, superas sin comparación alguna a los mismos ángeles por la pureza y santidad de tu cuerpo y alma; vuelve tus ojos a mí, abominable, impuro, manchado en cuerpo y alma, con las miserias de mi vida muelle y voluptuosa; limpia mi espíritu entregado a malvados afectos; purifícame y corrige el desorden y ceguedad de mis pensamientos; dirige e ilumina mis sentimientos; líbrame de la esclavitud de mis hábitos tiránicos y pésimos, de mis inclinaciones y afectos impuros. Pon freno a tanta perversidad, como me domina, y concede a mi entenebrecido y desventurado espíritu prudencia y discrección para dominar mis errores y caídas, para que, libre de las tinieblas del pecado, sea digno de alabarte y con himnos de gloria celebrarte sin temor, única verdadera Madre de la verdadera luz Cristo Dios nuestro, porque Tu sola con él y por él serás siempre bendita y glorificada entre todas las criaturas visibles e invisibles ahora y siempre por todos los siglos de los siglos. Amén.

Esta doble idea de las grandezas de María y la humildad propia es la nota característica de todas las oraciones que siguen, y de cuantas San Efrén compuso.

*Ad Dei Matrem*

*Oración II.*—Comienza alabando a María como Madre de Dios, y pide que le escuche su indigna plegaria, ya que acude a ella con el corazón contrito; que no le deje perecer, sino que le sane de sus miserias por las que está tan confundido: reconoce su pecado, por lo que no se atreve a levantar las manos al cielo, y acude a Ella como a su única esperanza; enumera los títulos que tiene María, para cifrar en Ella su confianza, esperando que Jesús se deleite en oír sus súplicas y en complacerla; le suplica de nuevo que le atienda, a pesar de su miseria, logrando así el

más glorioso trofeo de su misericordia; la invoca como mediadora de la humanidad, y termina recordando de nuevo sus miserias, y acogíendose a sus preces maternas para con su Hijo, confiando que por ellas logrará ser digno de gozar con él en los cielos.

#### *Ad Dei genitricem*

*Oración.*—Principia invocándola como Madre de Dios, y poniendo en ella por esto toda su confianza; pide que le defienda y muestre la voluntad de su Hijo, esperando perdón para sus culpas, protección en vida, y después gloria eterna. En la hora de la muerte pide especial ayuda contra el demonio, fiando en su poder como Madre de Dios. Le ofrece el tributo, que le corresponde sólo a Ella por tal maternidad, ya que por Ella conocimos a Cristo, y quiso tomar de Ella el cuerpo y sangre con que nos regala. Alaba a María sobre los hombres y sobre los ángeles, rogándole no cese de interceder por nosotros, y librarnos con su intercesión de todo peligro. Le pide que tienda benigna a sus súplicas y de un siervo inútil haga que, limpio de toda falta, se llene de gracia de que estuvo Ella llena; y que le conceda compunción y verdadero arrepentimiento, para que con sus lágrimas se le borren sus pecados, y libre de turbaciones su corazón se alegre y dilate, entregándose a la oración, y a cantar las alabanzas de Jesucristo.

#### *Oratio ad Deiparam*

Comienza alabando a la Madre de Dios, como llena de gracia y de todas las purezas, siendo tantos y tales los calificativos, con que la honra en esta oración, que parece que quiere agotar las alabanzas formando como una interminable letanía de ellas, que le sugiere su entusiasmo, y después hace ya su presentación, depositando en Ella toda su confianza, ya que en sus manos está el poder y el querer, pudiendo presentar ante Dios los servicios que le hizo como Madre, llegando a decirle que tiene como deudor al que dijo: Honra a tu padre y a tu madre, quien para su honor ha de cumplir como un deber tales ruegos.



La proclama alegría de los cielos y de la tierra, a quien todos están sumisos, y como fuente de todos honor de donde se derivan todas las gracias, y en Ella cifra toda su confianza por ser Madre del que es acreedor a toda gloria.

*Oratio ad Dei matrem*

La saluda como Madre de Dios, en quien ha puesto su felicidad el género humano, como Patrona y Mediadora ante Dios; he ahí por lo que acude a Ella confiado, no atreviéndose a acudir con seguridad ante su Hijo, sino rogándole que por su intercesión le alcance la salvación. Le suplica que no desprecie a su siervo, que pelagra entre miserias y tiene puesta en Ella toda su esperanza, sino que como misericordiosa se compadezca y le libre de pecado, aquietando los malos pensamientos y deseos, y acrecentando su amor a Dios. Le ruega que se le conceda tiempo de penitencia, para que la guadaña de la muerte no le sigue infructuoso, y sea condenado al fuego como estiércol; que le alumbre y disipe sus tinieblas y oscuridades, ya que tanto puede el ruego de una madre ante su hijo. Pide la luz de la penitencia y ser conducido al día de la compunción, para hacerse grato a Dios; que le defienda en todas las fases de su paso sobre la tierra, y en el trance de la muerte que le asista y conduzca a la gloria, librándole del infierno, para gozar de la Trinidad, y allí alabar a María como auxilio nuestro, y la única criatura que consiguió eximirse de la culpa de Adán, por lo que la llaman bienaventurada todas las generaciones, y su esperanza los cristianos. Le suplica que arroje de él, miserable siervo, toda negligencia, acción perversa y pecado, porque él es lo más abyecto de los mortales y Ella la más gloriosa. Le da gracias por haberle proporcionado fuerzas para llegar hasta el momento presente, en que se acoje su patrocinio, implorando perdón para sus negligencias, y pidiendo le libre de sus miserias para dedicarse con todas sus fuerzas a cantar sus glorias y alabanzas como Madre misericordiosa del más bondadoso. Amador de los hombres, y comienza a gozarse contemplándola adornada con cuantos títulos le puede sugerir su amor a la vista de su misericordia y grandeza. Después dice lo que es María para él, y

vuelve a suplicarla que oiga su oración, que se conmueva ante sus lágrimas y le libre de sus depravados afectos y de las insidias de Belial, para que le pueda conducir a los tabernáculos celestes, a aquel gozo inefable del Rey eterno, puesto que tiene poder para ello como Madre de Jesucristo, a quien conviene todo honor y gloria.

*Oratio ad sanctissimam Dei genitricem*

Acude en ella confiado a la Madre de la luz inextinguible, para que le oiga, y le expone sus miserias y pecados, por los que la tierra clama contra él ante el Juez integérrimo, alegando como testigos a los astros del firmamento. Le expone sus temores, y cómo en Ella ha puesto toda su esperanza, para que, como Madre de Dios, ruegue ante su Hijo que se compadezca y rompa los vínculos de sus pecados. Pide que le resucite a la verdadera vida, y le lave con sus lágrimas de penitencia, admirándose de que ante el espectáculo horrendo de sus pecados Dios no le haya arrojado ya en el infierno y no le haya segado con la guadaña. Confiesa que a María debe la vida y el traerle a penitencia, porque Ella es su defensa y su puerto; le pide compunción y perfecta enmienda para servir a Dios. Quiere contemplarla, inmaculada para llenarse de gozo y que la noche se le trueque en día y en compañía de los ángeles y justos alabarla dignamente. Ensalza su poder como Madre del Unigénito y como Virgen antes y después del parto, por lo que nos da esperanza para acudir a Ella aún después del pecado, confiando en el poder de sus súplicas, que Él no puede desechar. Le ruega que como Madre benigna, tome su defensa ante el Dios de las misericordias, porque, siendo un recipiente de vicios, quiere acercarse a Dios, y tembla ante la muchedumbre de sus necesidades, de las que va haciendo una prolija enumeración; pensando en ellas, al acercarse a los sagrados misterios, se avergüenza y teme no sea como el convidado indigno arrojado a las tinieblas exteriores. ¿Qué hacer viéndose indigno de acercarse y si no se acerca cae en mayores miserias? Angustiado acude a María, su fortísimo apoyo, para que se conmuevan sus entrañas maternas y haga que se le perdonen sus faltas pasadas, inflamándose

en el amor divino y haciéndole puro en todo. Termina reiterando el ruego de que no desoiga sus súplicas, aunque indignas, y en vida, muerte y juicio le libre de toda adversidad, para que con la gracia la alabe y bendiga; e ilustrado con sus resplandores sepa ensalzar y adorar dignamente a la Santísima Trinidad por los siglos de los siglos.

*Oratio ad Dei Genitricem*

Después de invocar a la Virgen con varios títulos gloriosos basados en la maternidad divina, hace su presentación como miserable pecador, pidiéndole que, como Madre benignísima, no le desprecie, sino que se apresure a escuchar su súplica, y le obtenga con su intercesión la benignidad del Juez, de quien Ella es Madre. Le pide le muestre las entrañas de misericordia de su Hijo, que le ruegue disipe sus errores, y le encauce a la penitencia y al cumplimiento de sus mandatos; que no consienta sea presa de Satanás, sino que le renueve y corrija su alma, para presentarse sin culpa en el juicio, consiguiendo así la gloria. Y comienza de nuevo a reconocerse pecador despreciable, pero ahora se presenta arrepentido confesando su pecado. Ha provocado la ira de la Madre de Dios; pero le pide que se apiade como misericordiosísima, ¿será desechado por Ella como miserable? ah!, no podrá en ningún modo gozarse de eso el enemigo. Excite su pensamiento a penitencia, condúzcale y acompañele para ser salvo sirviéndole de guía. Sí, la Madre del Dios humano lo reformará el corazón, le dará lágrimas y le iluminará para que no padezca el sueño de la muerte. Pide que le rocíe con el hisopo de su misericordia y le lave con sus lágrimas para quedar más blanco que la nieve; que reciba esta su confesión, y conservándole en la penitencia, le asista de un modo especial en el juicio, borrando la lista de sus maldades. La invoca tiernísimamente, pidiéndole que le oiga, para que no tenga después que confesarlo todo sin perdón; repite la declaración de que ha pecado, y pide de nuevo lágrimas, temor de Dios, y luz del Espíritu Santo que disipe sus tinieblas y le haga acepto al que no vino buscando justos, sino pecadores. Se considera el mayor pecador del



mundo, y va comparándose con los pecadores del Antiguo y Nuevo Testamento, y se confiesa más ingrato y merecedor de castigo que ellos. Ante tan singular piélago de pecados ¿dónde acudirá sino a María? Cree que María le podrá salvar por la segura vía de la penitencia, y a Ella acude invocándola y pidiéndole que le mire y vea sus miserias, para que se compadezca y le vuelva benigno a su Hijo, que es quien ha de publicar sus maldades ante los ángeles y los hombres; Ella, como refugio de pecadores, le prestará su auxilio ante aquel Hijo suyo a quien corresponde todo honor y gloria con el Padre y el Espíritu Santo.

#### *Oratio ad Dei Genitricem*

Expone primeramente como la Virgen, cual Madre, no deja de protegernos, y ejerce su amoroso patrocinio prodigando toda clase de bienes, y le da gracias por todo, reconociendo que no puede corresponder dignamente. Con santa audacia se atreve a pedirle que interceda ante su Hijo, para que nos salve y le alabemos eternamente. Le hace presentes las tentaciones de Satanás, e implora su ayuda contra él. Como Madre de Dios, pone en Ella toda su esperanza, pidiéndole que le rija según la voluntad de su Hijo, que sea su refugio, y que no le deje, defendiéndole del demonio. La enaltece como lo más grande que hay después de Dios, y tras múltiples elogios, le pide que se compadezca de él y que le santifique, para gozar con Ella de las alegrías inenarrables del cielo; y esta idea la repite una y otra vez pidiéndole le otorgue los eternos gozos en unión del Hijo, del Padre y del Espíritu Santo.

#### *Oratio ad sanctissimam Dei Matrem*

Comienza con una larga enumeración de encomios a la Virgen, pidiéndole que le cobije bajo sus alas contra las insidias de Satanás, pues Ella es su puerto y no conoce otro refugio. Le ruega que no le rechace su Hijo por sus muchos pecados, sino que le haga ir a Él y entrar en la gloria, donde no hay males sino bienes. Pide que llene su boca de dulzura, y mueva su len-

gua y sus labios para entonar el himno que Gabriel le cantó; que le conceda ser redimido de pecados y malos pensamientos, con que pretende Satanás llevarle al infierno; que le dé temor de Dios y todas las virtudes que necesita y va enumerando, pues por sola su industria no puede esperar la salvación, ya que desde su tierna edad fué corrompido y hecho execrable; lamenta las insidias y pensamientos con que se ve combatido, y las malas inclinaciones que apenas le permiten desear la enmienda, pero ahora ya se quiere unir con juramento a su Hijo, y pide le perdone sus pecados, prometiendo no ofenderle más. Admirase de la longanimidad de Cristo y de que tolere misericordioso sus perjuros y miserias; lamenta su inconstancia y la falta de enmienda que le hace volverse peor, por lo que el diablo le tienta con desesperación, en vista de lo cual acude a su Señora, para que no permita sea juguete de Satanás, y para que le haga siervo de su Hijo y vaso del Espíritu, que la fecundó; ruega le conceda que la invoque de corazón, y sigue con una serie de alabanzas, en él tan características, que termina alabándola como alegría del mundo, como inmaculadísima, y como Madre de Cristo, para quien ha de ser toda adoración por los siglos de los siglos.

*Oratio exomologética ad sanctissimam Dei Genitricem*

Comienza considerándose indigno aún de mirar a la imagen de María, pues quien es tan impuro no puede mirar sin odio a quien es toda pureza; pero como el Dios que engendró Ella se hizo hombre sólo para llamar a los pecadores a penitencia, le ruega que oiga su confesión y la presente ante su Hijo, implorando perdón para su alma, puesto que por la muchedumbre de sus pecados no se atreve hoy ni a mirarle, y acude a Ella, la llena de gracias, para que sea su mediadora. Hace una hermosa descripción de su triste estado, viéndose desnudo de virtudes, lleno de vicios, y justamente despreciado de todos, y aún reconociéndose él mismo digno de condenación y castigo; acudiendo por esto a su protección, como el deudor de mil talentos, o como el hijo pródigo. Se encomienda a su misericordia, ya que todo lo puede, rogándole no le desatienda en sus ruegos y lágrimas, sino que con sus maternales cuidados le proteja y ayude en

todo momento y ocasión. Insiste de nuevo en que le oiga y atienda en todas sus necesidades y tentaciones, que le enseñe toda virtud en vida, y le auxilie en muerte y juicio. Ofrece esta confesión a María para consuelo de su alma, esperando que le libre de pecado y le haga digno aquí de recibir dignamente a su Hijo, y después de celebrar con Él las eternas bienaventuranzas.

*Oratio ad sanctissimam Dei Genitricem*

Acude a María enumerando sus grandezas por sus relaciones con cada una de las Personas de la Trinidad y con la humanidad en sus diversas acepciones, y le ruega que esté propicia para con nosotros sus indignos siervos, y sane todas nuestras miserias; que, como torre de fortaleza, nos defienda, y que nos muestre sus misericordias, provenientes de los méritos de Cristo, de quien es Madre. Pide que conceda a todos cuanto solicitan, y trae una lista de necesidades generales, citando expresamente a los Reyes, y en especial a aquellos fieles y región, para que los libre de males y les llene de gracias, mediante las que puedan gozar eternamente con el Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Entre las obras de que sólo se conserva la versión latina está la

*Oratio ad sanctissimam Dei Genitricem*

Es notable por las explícitas proclamaciones que hace en ella de la Inmaculada Concepción de María. Comienza así: «Inmaculada e inviolada, incorrupta y totalmente honesta, y exentísima de toda suciedad y mancha de pecado, Virgen Esposa de Dios y Señora nuestra...» y continúa acumulando títulos, para indicar la confianza con que espera y ruega no ser desatendido, a pesar de considerarse como un pecador tan lleno de miserias; como Madre del Dios benignísimo le pide le reciba amorosa y haga que Jesús, a pesar de sus pecados, le traiga a la penitencia y al camino de salvación. Le suplica que sea ahora y siempre, en vida, muerte y juicio, su auxiliadora, y después de este destierro le conceda la gracia de la misericordia de su Hijo, a quien

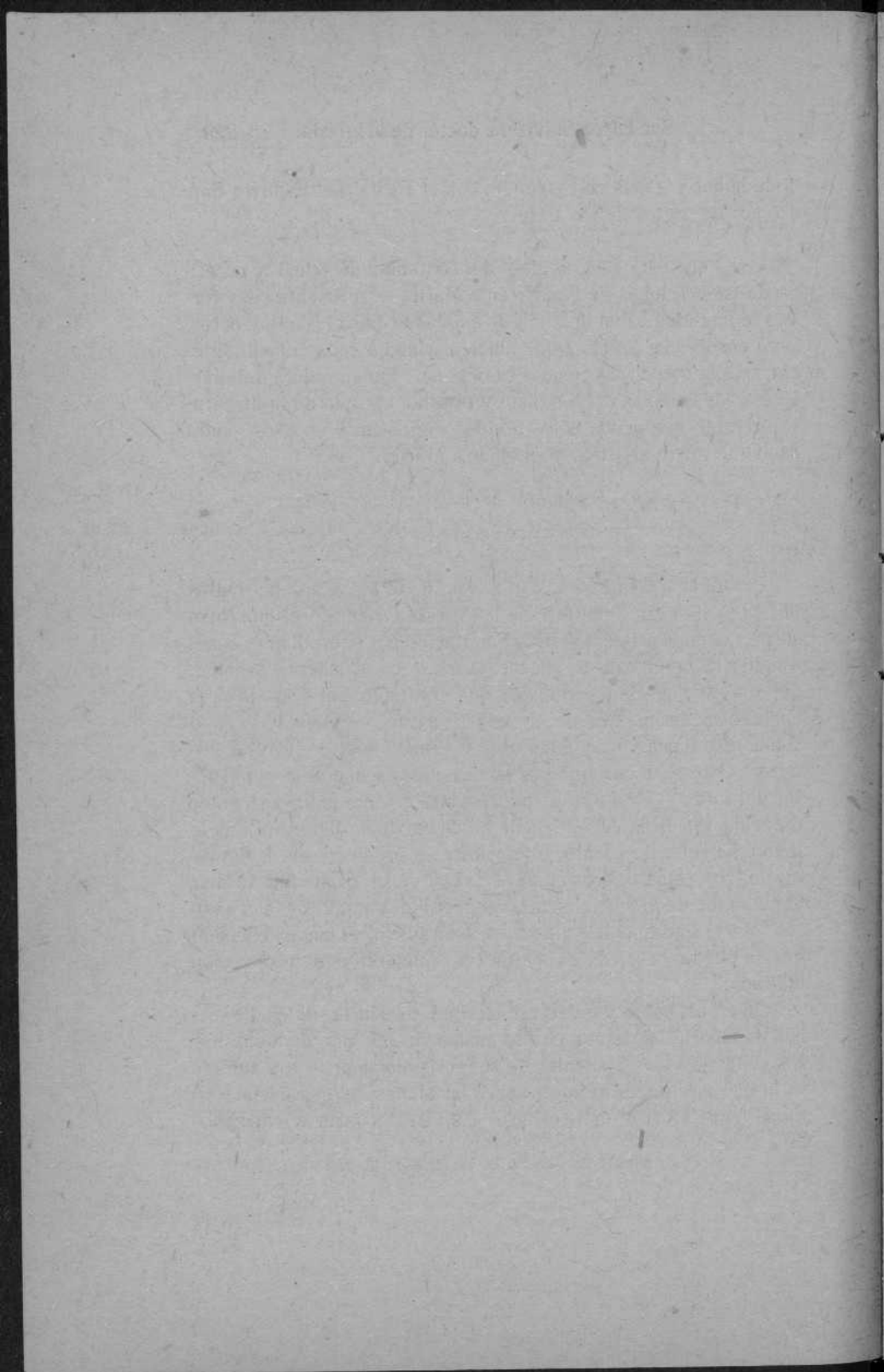
todo honor y gloria corresponde, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Creo que esta sucinta idea del contenido doctrinal y ascético de las oraciones de San Efrén a María, es suficiente para formarse una idea cabal del método empleado por el Santo Doctor, para enseñar la práctica del amor mariano a toda aquella Iglesia, que le escuchaba como a su oráculo. Quien quiera deleitarse con las bellezas del lenguaje y el sabor propio de la literatura oriental, que acuda a los textos originales, y en ellos podrá saciar su gusto artístico y su amor a María.

#### CONCLUSIÓN

Perdóneme San Efrén, que es, en frase del Cardenal Quirino, «aquella gran lumbrera de la Iglesia Oriental, el que hizo sorprenderse a primera vista a San Basilio por su erudición, aquel a quien San Gregorio Niseno ensalzó en elocuente sermón, quien atestigua San Jerónimo, que era leído publicamente en las iglesias después de la Sagrada Escritura, a quien el Obispo Teodoreto llama varón admirable y el más ilustre entre los escritores sirios, a quien Siria aclama continuamente como Doctor del orbe y Profeta...»; perdóneme que no le haya tratado dignamente; pero aunque nada he dicho de su biografía, ni siquiera he referido cuanto él escribiera y predicara en honor de María, con estos ligeros apuntes creo que se puede uno formar alguna idea de lo que él sentía respecto del objeto de sus amores, María Inmaculada, y esto es, a mi juicio, el mayor encomio que se puede hacer de un varón tan eminente por su devoción mariana.

Quien así habló y quien así escribió de María, no podía menos de amarla, ni dejaba en eso mismo de ser uno de los primeros y más grandes apóstoles de su purísimo amor, y esa aureola es la que más puede refulgir sobre las sienes del que decía: «TU ENIM (MARÍA) HONOR HONORUM ES, ET PROEMIUM PROEMIORUM.»





## SAN JERÓNIMO Y LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA

por el Rdo. D. Francisco Fontclara Feliu, Pbro.

LEMA: «Et vir non transibit per eam».  
(Ezech. XLIV, 2).

### NOCIONES PREVIAS

A) *Conveniencia de este trabajo.*—Antes de pasar a desarrollar el tema que tan oportunamente ha escogido el M. Ilustre Sr. D. Ricardo G. Rogí, Delegado diocesano de la ACADEMIA en Burgos, quiero tratar aquí de su *conveniencia* en el Certamen Mariano del presente año 1921. Porque, sabido es de todos que el Padre Santo, Benedicto XV, publicó, con motivo del XV Centenario de la muerte de San Jerónimo, en 15 de Septiembre del año próximo pasado, la Encíclica «Spiritus Paraclitus», en la cual hace elogios muy merecidos de la vida, trabajos y virtudes del egregio Doctor de la Iglesia católica.

El Sumo Pontífice, después de ponderar todos los méritos del Santo, hace un llamamiento paternal a todos los católicos del universo, para que conmemoren sus glorias y canten sus merecimientos, no olvidándose de imitar sus excelentes virtudes.

He ahí por qué le hayan dedicado festejos en distintos lugares del orbe cristiano; y, mientras el Instituto Bíblico Pontificio le celebra como «Gran Doctor en la exposición de las Sagradas Escrituras», las Universidades Pontificias le alaban como «Polemista insigne»; los Centros Docentes, los Seminarios y las Academias, como «Doctor egregio», no faltando predicadores insignes que le ponen como «Modelo en la exposición sagrada», al lado del Apóstol de las naciones.

Mas, ¿qué ha hecho la ACADEMIA MARIANA de Lérida? ¿Podía estar ociosa, dejando de señalar un lugar, a lo menos, en la prolongada lista de temas para el Certamen del año actual? De ninguna manera. San Jerónimo tiene sobradamente merecido un número en el programa. El Doctor de Estridón no defendía solamente el dogma teológico-cristiano. Él impugnó también los errores que se oponían al dogma de María; en una palabra: San Jerónimo fué *polemista dogmático-mariano*. Nuestro Santo «rebatíó todas y cada una de las dificultades que el hereje Helvidio propuso contra la perpetua virginidad de María; y, por lo mismo, la ACADEMIA MARIANA de Lérida había de reservar un tema Jerónimo-mariano para el Certamen, y lo ha sabido hacer muy oportunamente, por mediación de su Delegado en Burgos, el M.ltre. Sr. Rogí.

B) *Carácter del presente estudio.*—Por el solo enunciado del tema, aparece ya el doble aspecto del mismo; a saber: su carácter histórico, y teológico-mariano. Es *histórico*, porque trata de *un hecho* que tuvo por autor al hereje Helvidio al tener la osadía de *negar* «la perpetua virginidad de María»; y es *teológico-mariano* porque aquel *hecho histórico* se refiere de una manera muy directa al *dogma teológico de María*, acerca de su perpetua virginidad. Es preciso, pues, estudiar el tema, bajo el doble prisma: de la historia y de la teología, y así tendremos un trabajo completo, según exige la naturaleza del importante asunto que nos va a ocupar la atención.

C) *Fuentes para conocer el sentido del tema.*—Las fuentes a que debemos acudir para beber «la doctrina Jerónimo-mariana, acerca de *la perpetua virginidad de Nuestra Señora*, las encontramos en una carta polémica del Santo, titulada: «Hieronymus adversus Helvidium.—De perpetua virginitate beatae Mariae», que ocupa el primer lugar entre las cartas del Doctor de Estridón, publicadas en un segundo tomo, en París, en el año 1578. Allí aparece, en primer término, el argumento del escrito; sigue el trabajo, que formaría en conjunto unas 40 cuartillas escasas, llenas de jugo, vigor y energía, y acaba con unas notas aclaratorias del sentido del texto, por la comparación con los distintos códices del mismo.

Todo lo que digamos, pues, del Santo Doctor, acerca del trabajo que vamos a desarrollar, está sacado de la edición que acabamos de citar; y procuraremos seguir fielmente el sentido de su texto, a fin de que aparezca San Jerónimo tal como era: con su expresión fuerte, clara y sustanciosa, capaz de pulverizar todos los argumentos de los contrarios del nombre mariano.

D) *Estado de la cuestión*.—Al afirmar con San Jerónimo la *perpetua virginidad de María*, damos por supuesta «la certeza y la creencia universal en la virginidad de Nuestra Señora antes y después del parto»<sup>1</sup>.

Todo el mundo creía, sin hacer excepción del hereje Helvidio, que «no era decente que varón alguno tuviera comercio carnal con aquella que había concebido con la cooperación del Espíritu Santo,<sup>2</sup> albergando en su seno a Jesucristo, como en su templo. Pero, lo que jamás se atrevió a suponer varón impío, lo hizo descaradamente un discípulo de Augencio Arriano, el *indocto* y *charlatán* Helyidio—en expresión del mismo Santo—, y él solo<sup>3</sup>, se esforzó—inútilmente—en pretender demostrar con argumentos sacados de la Sagrada Escritura y de la Tradición que: «la Madre de Dios, después que hubo alumbrado a Jesús sin el concurso de varón, tuvo de su marido, José, algunos hijos que son llamados *hermanos del Señor*»<sup>4</sup>.

Indignado el sabio Doctor por las blasfemias del hereje, toma su pluma y pulveriza todos y cada uno de los argumentos de su contrario, demostrando con luz meridiana que «María se conservó perpetuamente virgen después del parto».

Este es el tema Jerónimo-mariano que vamos a desarrollar en la misma forma en que lo desarrolló el Santo, a saber: no de una manera *directa* y *apologética*, sino *indirectamente* o en *sentido polémico*, por la refutación de los argumentos del infame Helvidio.

1 San Jerónimo, «Obra citada». Argumento.

2 El mismo, en su Argumento.

3 Por aquellos tiempos, San Epifanio refutaba en la Arabia los mismos errores. (Consult. el Comp. de Hist. Eccl. de Marx, página 141). Pero San Jerónimo lo ignoraba, por estar entonces en Occidente.

4 San Jerónimo. «Argumento».

## «SAN JERÓNIMO Y LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA»

### EXORDIO

Nuestro ingenioso y varonil San Jerónimo empieza su carta descubriendo las pretensiones del *inculto retórico* y, sin miramientos ni rodeos, le trata, ya desde el principio, de «hablador» y le dice: que «no va a refutarle con frases retóricas, que se las lleva el viento y que, como hojas secas, sólo merecen ser echadas al fuego; sino con palabras sencillas y claras, que conducen a la posesión de la verdad»<sup>1</sup>. Luego se fija en las fuentes de donde saca él sus argumentos, y apela a las mismas que cita su adversario, que son: la Sagrada Escritura y la Tradición, pero expurgadas de las adiciones o supresiones, tal como se leen en los códices auténticos «para que así las lea quien podría leerlas y entenderlas, como las entendió la piedad universal y contra la cual solo él ha tenido el atrevimiento de oponerse»<sup>2</sup>. Finalmente, entra de lleno en la exposición de los argumentos helvidianos, que pasa a refutar.

Helvidio intenta probar la siguiente *tesis*: «María no fué perpetuamente virgen después del parto»; y se apoya en primer lugar en testimonios sacados del sagrado Evangelio. He aquí su

*Primer argumento*:—«Cum esset *desponsata* mater ejus (Christi) Maria Joseph—dice el texto sagrado—, *antequam convenirent*, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto»<sup>3</sup>. Esto es:—dice el hereje—siendo *desposada* (no simplemente encomendada) María con José.

De manera que María estaba *desposada* con José. Pero, ¿para qué? Sencillamente: *para unirse más tarde* con su mari-

1 Véase su parte introductoria.

2 Léase la misma introducción del Santo.

3 San Mateo, I-18.

do. Y la razón es obvia; porque, jamás el Evangelista habría dicho lo que a continuación expresa: «antequam convenirent» (antes de unirse), si no hubieran sido desposados *para la unión carnal*, como nadie dice: «antes de comer», si no tiene deseo de tomar bocado. En efecto: el mismo narrador evangélico llama a María «cónyuge de José»<sup>1</sup>; y este calificativo lo repite dos veces. Ahora bien: ¿qué quiere decir «cónyuge» sino *con-junta* o unida con su esposo? Y si es cierto que antes del parto no fué conocida por varón alguno, hemos de afirmar que, después de él, fué conocida carnalmente por José, según lo confirman claramente estas palabras del mismo evangelista: «Non cognoscebat eam (Joseph) donec peperit filium suum»<sup>2</sup>.

Consta, pues, por la Escritura que María no se conservó virgen después del parto.

Hasta aquí el primer argumento de Helvidio.

San Jerónimo, profundo expositor de las Sagradas Letras, y celador escrupuloso de la ortodoxia mariana, con la energía propia de su carácter, toma los Libros Sagrados; y, con el texto en la mano, rebate, en estilo varonil y con doctrina sana, todo el argumento de su contrario, pulverizando todos sus incisos y miembros.

a) Dice así el santo Doctor: «Siendo *desposada* María con José... etc. En efecto: María estaba *desposada* con San José»<sup>3</sup>.

1 S. Mat. I-20 y 24.

2 El mínimo evangelista, I-25.

3 Hace alusión el Santo a la antiquísima y loable costumbre de interponer cierto tiempo entre los esponsales y la celebración o consumación del matrimonio (Véase el Génesis XIX-14 y el Deuteronomio XX-7; XX-23); y supone que Nuestra Señora no había contraído matrimonio todavía, cuando apareció grávida ante los ojos de San José; pero que, una vez instruido por el ángel, celebraron inmediatamente el matrimonio.

Esta opinión de San Jerónimo, seguida por algunos Santos Padres, no pasa más allá de la mera probabilidad; siendo más común la que sigue Santo Tomás de Aquino, con San Bernardo, San Ambrosio y el Crisóstomo, los cuales opinan que la Virgen se casó con San José, antes de la salutación angélica. (Véase Billuart, «Sum. Sancti Thom». Tract. De myst. Christi, art. V).

Pero sea de esto lo que fuere, nada se sigue contra la doctrina dogmática del *no uso del matrimonio* de los esposos después del parto.

Pero, ¿para qué estaba desposada? No, como afirma impudicamente el impío Helvidio, para la unión carnal, sino para la celebración del matrimonio, y nada más. Por eso dice el evangelista: «*priusquam convenirent*» esto es: *proximamente a las nupcias*; siendo casi ya María, *uxor Josephi* y éste, *vir Mariae*, cosa que fueron inmediatamente, desde el momento en que se aceptaron por tales. Pero ¿de todo esto se sigue que *después del parto* hicieran uso del matrimonio? De ninguna manera. Porque, ¿cómo suponer en San José el deseo de la unión con María (después del parto), cuando todo deseo de ello, en esta suposición, se le habría quitado por el solo hecho de *presenciar en su esposa, una concepción obrada por el Espíritu Santo*? No; el *priusquam convenirent*, o indica sólo la *próxima celebración del matrimonio* o, si se refiere al *ante-uso*, únicamente expresa *el hecho de no haberse realizado la unión*.

b) Ni tampoco es exacta la comparación con que intenta el infame Helvidio corroborar su aserto: de que nadie debe decir «antes de comer, si no tiene deseo de tomar bocado»; porque muchos son los que se ven obligados a decirlo por falta de apetito, o sencillamente, porque el no comer, siempre es antes de comer...» Y si no lo ves claro—le dice el Santo—lo entenderás mejor, con esta comparación: «Helvidio *antes que* hiciera penitencia, murió». Luego señal inequívoca—según tu discurso—, de que hizo penitencia después de la muerte (!!!) ¡Como si en el infierno pudieran confesarse los pecados, y no fuera esto contra la expresión aterradora del Salmista, cuando dice: «In inferno autem, quis confitebitur tibi?»<sup>1</sup>.

c) «Es cierto que el Evangelista, en dos ocasiones distintas, llama a María *cónyuge* de José; pero no intenta expresar aquí lo que pretende Helvidio. Porque si quisiera indicar, con aquella palabra, que *habían sido unidos carnalmente*, entonces habría de admitir que Nuestra Señora perdió, *antes del parto*, su virginidad (cosa que rechaza él), porque el calificativo de *cónyuge* lo tenía ya María antes del nacimiento de Jesús. Luego *cónyuge*; sólo expresa aquí *mujer desposada*, pero próxima

1 Salmo, VI-6.

ciertamente a celebrar las nupcias con José, sin que se insinúe siquiera nada de *unión carnal* para antes o después del parto <sup>1</sup>.

Al llegar aquí, hace San Jerónimo una lijera digresión, en la que, después de exponer de paso los motivos que tendría el Señor al procurar la concepción en María siendo *desposada*, prueba la virginidad de Nuestra Señora, antes del parto, aunque no tenía necesidad de ello (por ser una verdad admitida por el hereje en sus dos extremos), y explica la frase con que el Evangelio y la misma Virgen dicen a José: *padre de Jesús* <sup>2</sup>, pasando a refutar el último extremo del argumento helvidiano: «Et non cognoscebat eam... etc.» <sup>3</sup>.

d) Así discurre el gran Genio de la Dalmacia: «¡Ah, inútilmente pretende (el enemigo) que la palabra *cognovit* se refiera más a la unión carnal, que al simple conocimiento o advertencia de la cosa, en muchos casos! Porque muchos son los pasajes bíblicos, en donde aquel verbo significa: *advertir*. Basta citar, entre otros, aquel pasaje de San Lucas en el cual, con ocasión de la pérdida de Jesús en el templo, dice: «*et non cognoverunt parentes ejus*» <sup>4</sup>; en donde, el *non cognoverunt*, se traduce por, *no lo advirtieron*; y así de muchos otros. ¿Por qué, pues, en el texto de San Mateo la misma frase ha de significar *la unión carnal*?».

«Pero, dado que tuviera en el texto citado esta interpretación, ¿se sigue de aquí que los esposos María y José *hicieran uso del matrimonio después del parto*? De ninguna manera. El adverbio *donec*, no siempre significa en las Sagradas Letras «el fin de un tiempo en que tendrá lugar lo que todavía no se ha verificado»; sino que a veces expresa «un tiempo indefinido». Así, cuando Dios por boca de uno de sus profetas, dice: «Ego

1 El Santo es consecuente en su opinión de que María era entonces sólo *esposa de José*. La opinión más comunmente seguida, según hemos dicho, es la de los que creen que estaba *ya casada*; y se fundan principalmente en la expresión dos veces repetida de *cónyuge*. Pero, aunque fuera así, nada se sigue a favor del hereje, refutado magistralmente por nuestro santo Doctor.

2 San Lucas, II-41, 48.

3 San Mat. I-25.

4 San Lucas, II-43.

sum qui sum, et *donec* senescatis, ego sum» <sup>1</sup>, indica que *siempre* será Dios, y que *jamás* dejará de serlo, aunque todas las cosas llegaran a su fin. Y el Apóstol de las naciones, al aplicar a Jesucristo aquellas palabras del Salmista: «Dixit Dominus Domino meo etc...» <sup>2</sup>, añade: «Oportet illum (Christum) regnare *donec* ponat omnes inimicos sub pedibus ejus» <sup>3</sup>. ¿Qué significa aquí el adverbio *donec*? ¿Por ventura el Señor ha de reinar hasta que sus enemigos empiecen a estar debajo de sus pies; y, una vez bajo sus plantas, dejará de reinar, siendo así que el reinado de Jesús empezará, con más propiedad, cuando todos sus enemigos serán absolutamente vencidos?».

Cita ahora el Sabio varios testimonios sacados del Génesis, del Deuteronomio, de los Salmos y de los Evangelios, con los cuales corrobora su apreciación de la palabra *donec*, como *expresión de tiempo indefinido*, y pasa, por fin, a vindicar idéntico sentido para el mismo adverbio del texto que se discute, probando directa e indirectamente que la Virgen *no fué conocida carnalmente después del parto*.

«Y en realidad de verdad; el mismo San José que había recibido el encargo que le dió el ángel de que «no dejara de admitir a María por esposa suya» <sup>4</sup>, fué quien oyó, en el pesebre, a los ángeles cantando las glorias de Jesús; él fué quien, en el templo, presenció a Simeón y Ana predicando y profetizando sus excelencias que no tienen fin; él fué, por fin, quien pudo contemplar la estrella, habló con los Magos, se enteró de Herodes... todo lo cual no era otra cosa que nuncios manifiestos y milagrosos de las grandezas del Señor; y..., aquel que había respetado, *antes del parto*, a María, por entender que era templo de Jesús, ¿no la respetaría, *después de él*, teniendo, como tenía entonces, un conocimiento más perfecto de la dignidad de María, que había sido, por nueve meses, sagrario del mismo Dios?».

«Y así fué. Porque, ¿cuál sería el motivo que indujo a José a respetar la virginidad de Nuestra Señora, *antes del parto*?

- 1 Isaías, IV-6.
- 2 Salmo CIX-1.
- 3 I a los de Corinto XV, 25.
- 4 Mateo, I-20.



¿No fué por ventura el saber que la Reina de los cielos *había concebido* por obra del Espíritu Santo? Pues, ¿cómo había de dejar de respetarla, *después de él*, al contemplar el fruto de aquella obra de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad? El hereje no sabe qué responder; sólo tiene la ingenuidad de admitir la virginidad de María antes de alumbrar al Hijo de sus entrañas; y después, únicamente apoyado, sin motivo, en el *donec*, tiene el atrevimiento de sacar la consecuencia impía de que *San José se unió carnalmente con su esposa, nacido Jesús*; y aún afirma todavía que *inmediatamente después de aquel nacimiento*, lo hizo el castísimo San José.»

«Pero, ¿ignora por ventura Helvidio —le dice San Jerónimo— que la Ley mosaica, prohibía al varón santo tocar a la esposa madre, hasta su purificación? <sup>1</sup>

Y, ¿es posible suponer siquiera que José «vir justus», como es llamado en los Evangelios <sup>2</sup>, y que conocía perfectamente los preceptos del Levítico, se atreviera a faltar contra una Ley tan sagrada? De ningún modo. El santo varón jamás robó a María la flor de su virginidad; y por lo mismo «se conservó virgen perpetuamente.»

*Argumento segundo.*—El astuto y malicioso Helvidio presenta otro argumento para probar su aserto, que viene a ser como un *instabis* a la resolución que San Jerónimo da a su primer argumento. Veámoslo.

«Jesucristo es llamado *primogénito* de María, en los mismos textos sagrados <sup>3</sup>. Ahora bien; si Cristo hubiese sido *único* hijo, se le habría dicho con más propiedad: *unigénito*. Luego señal inequívoca de que la Virgen tuvo otros hijos después de Jesús, no conservándose, por lo tanto, virgen, después del parto.»

Nuestro santo Padre y Doctor, con su talento perspicaz, se fija en el punto culminante del argumento, y vé que toda la dificultad está en la falsa interpretación de las dos palabras: «*primogénito*» y «*unigénito*»; y, con su profundo conocimiento de

1 Levítico, XII-4. «Omne sanctum non tanget puerperam».

2 San Mateo I-19.

3 San Mateo I-25 y San Lucas, II-7.

las Sagradas Letras que le distingue, así se pone a rebatir el falso argumento de su contrario:

«Todo unigénito—dice—es primogénito; pero no todo primogénito, es unigénito. Porque, *primogénito* es: no sólo aquel a quien siguen los otros hermanos, sino también aquel a quien no le sigue hermano alguno; y entonces es *unigénito*.»

«Atiende—dice a Helvidio—al precepto que da el Señor a Moisés: «Sanctifica omne *primogénitum* quod aperit vulvam»<sup>1</sup>. Ahora bien; ¿qué se entiende aquí por primogénito? Si bajo este nombre se significaran únicamente los primogénitos entre los otros hermanos, se seguiría de aquí que los unigénitos habían quedado relevados de su consagración al Señor, lo cual es abiertamente contrario al texto citado, en donde se obliga a la consagración de todos los *primogénitos* por el solo hecho de ser los que «aperiunt vulvam», sin esperar que sigan o no otros hermanos.»

«Siendo esto así, ¿por qué interpretar la palabra *primogénitum*, referente al Hijo de María, como si aquella Señora tuviera otros hijos? Ni este lugar de San Mateo indica la acepción de este sentido, ni lo que posteriormente dice San Lucas deja de insinuar lo contrario. Escucha lo que dice este evangelista acerca del Salvador. «Et postquam impleti essent dies purgationis ejus (Maríae), secundum legem Moysi, tulerunt illum (Jesum) in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, sicut scriptum est in lege Domini. Quia *omne masculinum adaperiens vulvam sanctum Domino vocabitur*. Et ut darent hostiam... secundum quod dictum est in lege Domini, par turturum aut duos pullos columbarum»<sup>2</sup>. ¿Por qué, pues, Jesús fué ofrecido al Señor? Sencillamente, porque fué *varón primogénito*, el primero en nacer, y nada más. Luego, aunque Jesús se diga primogénito, nada se insinúa que haga sospechar, con ello, que tuviera otros hermanos».

Pero insta Helvidio a la solución de la dificultad precedente, con un

*Tercer argumento.*—«Jesús—dice—tuvo otros dos hermanos. Luego fué primogénito, en el sentido de ser el *primero en-*

<sup>1</sup> Levítico, XII-6.

<sup>2</sup> San Lucas, II-22, 23 y 24.

tre los otros hermanos. En efecto: muchos son los pasajes evangélicos en los cuales se habla de los *hermanos del Señor*: En un lugar, se lee: «Ecce mater ejus (Christi) et fratres ejus, stabant foris, etc.»<sup>1</sup>; en otro, se dice: «Post haec descendit Capharnaum ipse (Christus) et mater ejus, et fratres ejus»<sup>2</sup>; y así en muchos otros lugares.

«Más aún; en los mismos evangelios suenan los nombres de algunos de los hermanos del Señor: Así, por ejemplo, San Marcos dice: «Nonne hic (Jesus) est filius Mariae, frater Jacobi, et Joseph, et Judae et Simonis?»<sup>3</sup> De donde podemos concretar, diciendo que Jesús tuvo a lo menos los hermanos: Jaime, José, Simón y Judas. ¿Cómo, pues, María pudo guardar su virginidad, después de ser madre de su primogénito en Belén? Luego no fué perpetuamente Virgen después del parto.»

Así se expresaba Helvidio, guiado, no sé si por su deplorable ignorancia, o más bien, por su desvergonzada malicia.

San Jerónimo, hábil como siempre y con su peculiar dominio de los Libros Sagrados, desata el nudo de la dificultad, con una facilidad admirable, discurriendo así:

«Cuatro clases hay de hermanos, según las Letras Sagradas: por naturaleza, por gentilidad, por parentesco y por afecto<sup>4</sup>. Son hermanos *por naturaleza*, todos los que provienen inmediatamente de los mismos padres: como Esaú y Jacob; Pedro y Andrés; Jaime y Juan, etc... Lo son *por gentilidad*, todos los descendientes de una misma raza; y así, todos los judíos se decían *hermanos*<sup>5</sup>. Lo son *por parentesco*, todos los que descienden por generación más o menos próxima, de los mismos padres; o sea, todos los miembros de una misma familia. Así, Abraham llama *hermano suyo* a Lot, siéndole únicamente sobrino, por ser hijo de su hermano Arám<sup>6</sup>; y Labán se dice *her-*

1 San Mateo, XII-46.

2 San Juan, II-12.

3 San Marcos, VI-3.

4 Quatuor modis in scripturis divinis fratres dici: natura, gente, cognatione, affectu. (Consult. su carta, pág. 14.)

5 Véase el Deuteron. XV, XVII y XXII; y San Pablo a los Romanos, IX-3.

6 Genesis, XIII-8.

*mano* de Jacob, por ser hijo de una hermana de Rebeca, madre de aquel Patriarca <sup>1</sup>. Finalmente, son *hermanos por afecto*: a) *espiritual*, todos los cristianos que siguen el llamamiento a la fraternidad santa, contenida en esta frase de David: «Ecce quam bonum et jucundum *habitare fratres in unum*» <sup>2</sup>, b) y *común*, todos los hombres, por cuanto, descendiendo todos de unos mismos padres, como los retoños de un mismo tronco, constituyen un árbol genealógico de *fraternidad universal*, según repetidas expresiones del Apóstol de las gentes» <sup>3</sup>.

«Ahora bien: los que se dicen *hermanos del Señor*, ¿eran hermanos suyos *por naturaleza*? No. Porque ni la Sagrada Escritura lo dice, ni la Virgen Santísima ni San José los llaman jamás hijos suyos. ¿Lo eran *por gentilidad*? Claro que lo eran, por ser todos judíos; pero, es ridículo suponer que el Evangelista quisiera significar esa clase de hermandad, con referencia a ellos, ¡como si ellos solos representaran por autonomasia *la raza de los judíos*! ¿Se llamaban así, por *afecto común*? Tampoco; porque no deja de ser igualmente ridículo suponer que ellos por autonomasia, representen el árbol de la humanidad! ¿Se llamarán hermanos, por *afecto espiritual*? Tampoco; porque la caridad fraterna no era patrimonio de unos pocos apóstoles, sino de todos, ya que a todos, el mismo Jesucristo, llamaba «*hermanos*» <sup>4</sup>.

«Pues, ¿por qué se dicen «*hermanos del Señor*»? Sencillemente, porque serían parientes. En efecto; si bien es verdad que no puede precisarse el grado de parentesco que tendrían con Jesucristo, porque ni la Sagrada Escritura lo dice, ni consta por la Tradición de los Santos Padres, no obstante, es doctrina común entre los Doctores de la Iglesia que eran parientes del Señor en segundo grado de consanguinidad, por ser hijos de María Cleofé, hermana de la Virgen María <sup>5</sup>; y hemos visto que los sobri-

1 Ib. XXVII-43.

2 Salmo CXXXII-1.

3 San Pablo, I.<sup>a</sup> a los de Corinto I.

4 San Mateo, XII-49.

5 Hay otra opinión que cree que *los hermanos del Señor* eran hijos de Cleofé, llamado también Alfeo, hermano de San José, emparentados en segundo grado, por *quasi afinidad* con Jesús, y por eso eran llamados: *hermanos*. (Consúltese la Summ. Sti. Thomae. P. III, q. XXVIII, art. 3, ad sextum).

nos y los *primos*, en las Sagradas Letras se dicen *hermanos* <sup>1</sup> He ahí, pues, el porqué único y racional de la denominación, a Jaime, José, Simón y Judas, de *hermanos del Señor* <sup>2</sup>.

*Último argumento.*—Finalmente apela Helvidio a la elocuencia y literatura de los clásicos, burlándose de los Padres, por ser de tosco lenguaje; y dice en tono burlesco: «O tempora, o mores!»; y añade que «Tertuliano y el Obispo Victorino Pictaviense, piensan como él, tocante a la virginidad de María».

San Jerónimo le contesta como siempre con oportunidad; pero ahora lo hace con brevedad, según merece su argumentación, diciéndole: «De Tertuliano nihil amplius dico quam Ecclesiae hominem non fuisse <sup>3</sup>. De Victorino vero id assero quod et de evangelistis, fratres eos dixisse Domini, *non filios Mariae*, fratres autem eo sensu, quem superius exposuimus, *propinquitate, non natura* <sup>4</sup>». «Y, en cuanto a la elocuencia, digo: non quaero eloquentiam, sed animae puritatem». Como si dijera: no busco la elocuencia que tú malamente has aprendido, sino la pureza de intención y el deseo de descubrir la verdad».

«Esta es, pues, la verdadera doctrina católica, contenida en las Sagradas Escrituras <sup>5</sup>, y propagada por el sentido común de todos los fieles. Solo tú, Helvidio, has tenido el atrevimiento de negarla, con el más repugnante descaro.»

#### CONCLUSIÓN

Y termina nuestro Santo el escrito polémico, haciendo una brillante apología de la virginidad. Exalta esa virtud más que el matrimonio, exponiendo de paso los motivos que tuvo Nuestra Señora para permanecer Virgen, y las razones que motivaron en San José el respetar la virginidad de su Esposa, acabando

1 Deuteronomio XV; y Génesis XIII-8.

2 San Marcos, VI-3.

3 Claro está; si Tertuliano salió de la Iglesia por sus herejías y murió sin reconciliarse con ella ¿qué caso hemos de hacer de lo que diga sobre una doctrina que pertenece al dogma católico?

4 Consúlt. la carta de San Jerónimo.

5 Está contenida en ellas, si no explícita, a lo menos implícitamente, según consta por el testimonio interpretativo de los Santos Padres.

con un ofrecimiento de su persona y de su honradez a las calumnias del hereje, para que, *el defensor de la virginidad de su celestial Madre, no sea menos injuriado que Ella, con tal de merecer las alabanzas de Dios, Quien sabe y ve todas las cosas...*

He aquí todo el trabajo del Santo y sabio Doctor de Estridón, que escribió para demostrar «la perpetua virginidad de Nuestra Señora», contra los argumentos del imo Helvidio; y que no es otra cosa que un tesoro riquísimo de ciencia teológico-mariana» y el escrito más agudo, penetrante y pulverizador de los errores que versan sobre su perpetua virginidad. Inútilmente se han inventado argumentos para contradecir esta verdad católica; porque todos han quedado destruidos al más ligero choque con las resoluciones de nuestro gran Santo.

Y el mismo Santo Tomás <sup>1</sup>; y Billuart <sup>2</sup>; y todos los autores de Teología antiguos y de nuestros días, que han debido refutar las diferentes dificultades que en sus tiempos se han presentado sobre el particular, todos han acudido a la fuente de refutación, que es este *escrito polémico jeronimiano*, sin necesidad de inventar ellos, o buscar en ninguna otra parte, otra fuente de solución.

Han ido al manantial: a la carta «Hieronimus adversus Helvidium—De perpetua virginitate B. Mariae»—que acabamos de estudiar, y allí han encontrado *todo el material* para refutar aquellos ímpos errores.

Y, con aquel estudio polémico...—lo diremos muy alto y sin temor de incurrir en equivocación alguna—todas las dificultades que en los tiempos futuros surjan contra la doctrina *de la perpetua virginidad de María*, podrán diluirse, con sólo acudir a él.

¡Gloria a Nuestra Señora en su virginidad, antes del parto, en el parto y *después* del parto!; y ¡Gloria a San Jerónimo, que tan bien supo defender aquella honra tan singular!

Así como fué glorificado San Jerónimo por Dios, hace ya 1500 años, en el cielo, sea hoy honrado en su XV centenario, por los amantes de María en la tierra.

1 «Summ. Theol.» p. III, p. XXVIII, art. 3.

2 «Cursus Theologiae», lugar citado.

BREVE ESTUDIO HISTÓRICO DE LA DEVOCIÓN  
DEL V. P. ANTONIO MARÍA CLARET A LA VIR-  
GEN SANTÍSIMA Y DE LOS DIFERENTES ASPEC-  
TOS DE SU APOSTOLADO MARIANO

por el Rdo. P. Clemente Ramos, C. M. F.

LEMA: ¡Oh Virgen y Madre de Dios!

DOS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

A últimos de Abril del año 1843 llegaba ante los muros de la hospitalaria Lérida un humilde sacerdote. La ciudad rebosaba de júbilo con tal venida, y abrió sus puertas de par en par, sabiendo como sabía que se le entraba por ellas un Santo... Aquel sacerdote venía a pie, sin más equipaje que un pobre y pequeño envoltorio, donde, a más del Breviario, llevaba la Santa Biblia y tal cual otro libro de imprescindible necesidad. Comenzó el Mes de las flores, mes-misión de gloriosa memoria en los fastos religiosos de la Ciudad del Segre, y la voz del humilde Misionero resonó vibrante todos los días, de suerte que mucho tiempo fueron materia obligada de conversación el celo admirable, y la santidad encumbrada, y la unción divina que en el Apostólico Varón, M. Claret, tan claramente resplandecían. Corrieron los años; aquel Misionero vivía en Madrid por imprescindibles deberes de su cargo; pero no era ya el joven sacerdote del año cuarenta y seis: tenía sobre sus sienes el peso de la sagrada mitra; Isabel II lo había hecho su Confesor; Cataluña, y Canarias, y Cuba lo reconocían por su Apóstol, y era padre fecundo de

incontables congregaciones y fundaciones piadosas. España entera lo conocía. Bendiciéndolo o insultándolo, todas las lenguas pronunciaban su nombre. Porque el P. Claret tuvo numerosos y potentes enemigos. Si al mediar el siglo décimo nono hubiéramos requerido a los hombres que engendraron y alimentaban la revolución del sesenta y ocho su opinión sobre el P. Claret, no hubiéramos oído sino insultos incalificables, embozadas calumnias o algunas frases de hipócrita conmiseración, nacidas del odio o de ignorancia la más supina.

Mas el odio ha muerto ya con sus autores; la ignorancia se desvanece también a toda prisa, y hoy sólo se perciben aplausos al rededor de aquella simpática figura que «en la España bajamente materializada de la época de Isabel II, según dice un escritor ilustre<sup>1</sup>, se destaca suave y bella como una flor en medio de un pantano». El P. Claret triunfa; los títulos de gloria se multiplican en honor suyo. Se le ha llamado el Apóstol de María, y nos parece de tanta justicia ese título que, si otros dictados púden-sele aplicar con motivo, ninguno con mayor que el de «Apóstol de María». Y si alguien pusiera en duda nuestra afirmación o se atuviera al adagio aquel que dice «Hablen cartas...», como al buen pagador no le duelen prendas, éntrese el descontentadizo por las páginas de este trabajo, que, si mi voluntad óptima para con el Venerable no me engaña y mi ramplón estilo no lo malogra, ha de ver tales fervores marianos y tales finezas también de María, que se vea forzado a exclamar: «Efectivamente; así concibo yo los devotos, los hijos, los Apóstoles de María».

## PARTE PRIMERA

### I.—EN LA CASA PATERNA

El niño más imita que aprende en sus primeros años; o dígamoslo mejor, aprende, imitando cuanto de bueno o perverso encuentra en sus padres. Hé aquí porqué nos importa mucho des-

1 D. Gonzalo de Reparaz.



de el principio de este escrito saber que los padres de Antonio fueron muy cristianos y muy devotos de la Reina del Cielo. «Mis padres, dice el Siervo de Dios en su Autobiografía, se llamaban Juan Claret y Josefa Clará, casados honrados y temerosos de Dios, y muy devotos del Santísimo Sacramento del Altar y de María Santísima»<sup>1</sup>. El Señor en premio les concedió numerosa prole, nada menos que once hijos, de los cuales fué el quinto nuestro Antonio, nacido como los demás en Sallent, industriosa villa de la Diócesis de Vich y Provincia de Barcelona. Vió la luz del día a 23 de Diciembre de 1807 y el día 25 del mismo mes, fiesta de Navidad, recibió sobre su cabeza las aguas bautismales y con ellas el primer favor de María. Así lo reconoció él más tarde, poniendo en el capítulo de «Beneficios especiales por medio de María»<sup>2</sup> el bautismo que recibió en la parroquia de Sallent dedicada a Nuestra Señora. Además del nombre de Antonio, pusiéronle los de Adjutorio y Juan, a los cuales «yo después, —dice el Venerable,—por devoción a María Santísima añadí el dulcísimo nombre de María, porque María Santísima es mi Madre, mi Madrina, mi Directora y mi todo después de Jesús».

La buena D.<sup>a</sup> Josefa, que tenía gusto particular en cumplir con todos sus hijos el deber sagrado de alimentarlos en sus pechos, no pudo satisfacer sus deseos con Antonio. Fué necesario que el niño viviera en extraño hogar; circunstancia que pudo costarle la vida, si la Virgen bondadosa no hubiera mirado con tanta predilección a su futuro Apóstol. En palabras muy breves, pero llenas de gratitud, cuéntanos el hecho la Autobiografía del Venerable. «El dueño de la casa hizo una excavación demasiado profunda para formar una bodega más espaciosa, pero en una noche en que no estaba en la casa, resentidos los cimientos por motivo de la excavación, se hincaron las paredes y se hundió la casa, quedando muertos y sepultados en sus ruinas el ama de leche, que era la dueña de la casa, y cuatro hijos que tenía; y si yo me hubiera quedado en la casa por aquella noche, habría seguido la suerte de los demás. ¡Bendita sea la Providencia de Dios! Y ¡cuántas gracias debo dar a María Santísima, que des-

1 Autó. parte I, cap. 1.<sup>o</sup>.

2 Manuscrito del Siervo de Dios.

de niño me preservó de la muerte, como después me ha librado de otros apuros! <sup>1</sup> «Como si el bendito niño hubiera adivinado la mano pródiga de donde tantos favores le llegaban, encendióse cada vez más en ansias de amar a su Madre del Cielo. ¡Oh, y qué cabalmente se llenaron esas ansias! ¡Cuánta devoción e ingenuidad respiran estas palabras de las notas Autobiográficas: «Por estos mismos años de mi infancia y juventud profesaba una devoción cordialísima a María Santísima. ¡Ojalá tuviera ahora la devoción de entonces!» <sup>2</sup> Estas últimas palabras, saturadas como van de humildad muy profunda, constituyen, sin haberlo pensado su Autor, un testimonio preciosísimo de la devoción que Antonio profesó en su niñez a María. Si al P. Claret parecía poco su grandísimo amor a María comparado con el de sus primeros años, muestra clara es de que éste debió de ser muy tierno y ardiente. Por si el testimonio fuera pequeño, nos sorprende el Venerable con otra espléndida muestra de su acendrado mariofilismo que no podía faltar en un Santo de España, de esta bendita tierra donde no hay pueblo sin un templo o altar de María, ni un monte donde, como pararrayos celestial, no se destaque un Santuario de María. «Con muchísima frecuencia,—escribe—desde muy niño, acompañado de mi hermana Rosa, que era muy devota, iba a visitar un Santuario de María Santísima, llamado Fusimanya, distante una legua de mi casa. No puedo explicar la devoción que sentía en dicho Santuario; y aun antes de llegar allí, al descubrir la capilla, yo me sentía conmovido, se me arrastraban los ojos en lágrimas de ternura, empezábamos el Rosario y seguíamos rezando hasta la Capilla». <sup>3</sup>

Pero mal entendiera las trazas de Dios quien pensase que la devoción del P. Claret a María sólo creció al dulce soplo del Espíritu Santo y con el riego suave de la divina gracia. Las obras de Dios con la contradicción sueien arraigar, y las almas que, saliéndose de lo común, van buscando la unión perfecta, tienen que apurar, y a sorbos no pequeños y frecuentes, el cá-

<sup>1</sup> Autob. parte I, cap. 2.º

<sup>2</sup> Autob. parte I, cap. 7.º Se titula: «De la primera devoción a María Santísima» y hubiéramoslo transcrito íntegro, de permitirlo la índole de este trabajo.

<sup>3</sup> Autob. parte I, cap. 7.º

liz de la amargura. La prueba a que fué sometido nuestro Antonio fué tremenda, y tal que, no habidos en cuenta los caminos por que Dios conduce a sus Santos, resultara poco menos que incomprensible. Todo el mundo conoce la terrible tentación de San Francisco de Sales durante sus estudios: el Santo de la suavidad y de las dulces esperanzas es tentado de desesperación; y el P. Claret, el Apóstol de María, fué combatido por la tentación de blasfemia, y de blasfemia contra su bendita Madre, a la que amaba con cariño por nadie superado. Cuánto sufriese el fervoroso niño durante el período de prueba, díganoslo el mismo: «Esta sí que fué pena, la mayor que he sufrido en mi vida. Habría preferido el infierno para librarme de ella.»<sup>1</sup> ¡La mayor pena de mi vida! Y eso que está sembrada toda ella de penas físicas y sobre todo de profundas penas morales. La Virgen bondadosa no permitió que el martirio se prolongase y Ella misma le libró, ya que el Confesor a quien Antonio descubría sus tentaciones tenía las por vanas aprensiones y cosas de muchachos. A quien tan grande victoria supo alcanzar, no podemos ya considerarle como niño en la virtud, y por entonces dejó de serlo en la edad, terminadas que fueron las primeras letras. Sus padres pusieronlo sin tardanza en la fabricación, oficio de varias generaciones en su familia, y logró salir en dicho arte muy entendido y hasta, podemos decir, perfecto. Varios años ejerció la dicha industria en el seno del hogar y su devoción a María fué creciendo de manera prodigiosa. Pásanos en tiempos de tanta frialdad religiosa como los presentes, contemplar en un sencillo obrero tan acendrado amor a María y tan atinadas demostraciones de ese amor a la Celestial Señora. Oigan los obreros y mediten: «Además del Rosario entero,—son palabras del Venerable—que rezaba todos los días de labor, en cada hora del día rezaba una «Ave María» y las oraciones del «Angelus Domini» en su debido tiempo. Los días de fiesta pasaba más tiempo en la iglesia que en casa, y mientras estaba así, inocentemente entretenido en algo, me parecía que oía una voz; que me llamaba la Virgen para que fuese a la iglesia, y yo decía: *Voy*, y luego iba. Nun-

1 Autob. parte I, cap. VII.

ca me cansaba de estar en la iglesia delante de María del Rosario, y hablaba y rezaba con tal confianza, que estaba bien seguro de que la Santísima Virgen me oía. Se me figuraba que desde la imagen, delante de la cual oraba, había como una vía de alambre hasta el original, que está en el Cielo; sin haber visto en aquella edad telégrafo eléctrico alguno, yo me imaginaba como que hubiera un telégrafo desde la imagen al Cielo. No puedo explicar con qué atención, fervor y devoción yo oraba»<sup>1</sup>. ¿Qué te parece, lector amable? De mí sé decir, que mis labios no supieron pronunciar sino una palabra al leer por vez primera ese retazo de encantadora sencillez y de piedad mariana: ¡Definitivo! Tras la pluma del escritor y bajo los capisayos del Arzobispo hay algo que se entrevé fácilmente: detrás de todo e iluminándolo todo, está el enamorado de María.

Poco le parecía al joven Antonio amar con todo su corazón a su divina Madre. Tenía obreros a su cuidado, y no hubiera quedado tranquilo sin verlos también devotos de la Celestial Señora. El trato amable que siempre distinguió al P. Claret hizo que todos se rindieran a sus insistentes ruegos, y la casa de Antonio se convirtió en un Santuario. Veamos cómo nos cuenta el Siervo de Dios alguna de aquellas encantadoras escenas. «Cuando, concluidas las primeras letras, me pusieron de fijo en el trabajo de la fábrica, entonces cada día rezaba tres partes (del Rosario), que también rezaban conmigo los trabajadores; yo dirigía y ellos respondían, continuando el trabajo. Rezábamos una parte antes de las ocho de la mañana, y después se iban a almorzar; otra antes de las doce, en que iban a comer y otra antes de las nueve de la noche en que iban a cenar»<sup>2</sup>. Bien se ve por estas palabras que la jornada de ocho horas era por completo desconocida entonces; mas el obrero, que no sólo de pan ha de vivir, encontraba en la fábrica cristiana lo que hoy nadie busca en los grandes centros productivos: pábulo para el espíritu y esperanzas altamente consoladoras. Claret será siempre el modelo de los obreros cristianos, y más, modelo de los obreros devotos de María. Antes de terminar este párrafo, cúmplenos satisfacer a lo que es muy ob-

1 Autob. parte I, cap. VII.

2 Autob. parte I, cap. VII.

vio se pregunte después de los brillantes testimonios de la devoción mariana del P. Claret, que llevamos escritos. ¿Dónde aprendió el bendito niño a amar con tanta ternura a la Virgen? Y la respuesta es muy sencilla. «Mis padres, reza la Autobiografía, (eran) muy devotos de María Santísima»<sup>1</sup>. Y en otros escritos dice el Siervo de Dios: «Mis padres, desde muy niño me inspiraron la devoción al Santísimo Rosario, me compraron unas cuentas y me inscribieron en la cofradía de la Parroquia»<sup>2</sup>. Pero hay una circunstancia en la vida del P. Claret que nos ilustra también en este punto y nos describe las misericordiosas trazas con que Dios infiltró en su futuro Apóstol las tres grandes ideas que llenaron su existencia. Hizo que cayeran en manos del niño Antonio tres hermosos libritos en que pudo beber cumplidamente esas tres grandes ideas. «Finezas de Jesús Sacramentado» hizo de él un Serafín de la Eucaristía: «El bon día y la bona nit» infundióle desde muy temprano aquel pensar siempre en lo eterno que le hizo un Apóstol; y finalmente el librito titulado «Roser» que le enardeció en el amor a María y le hizo propagador del Rosario en todas las épocas de su vida. Con este librito aprendió a rezarlo, y tan bien se le acomodó la devota práctica, que su maestro, poniéndole a su lado, hacía que Antonio lo dirigiese cuando los niños lo rezaban en la iglesia<sup>3</sup>. Desde entonces contó el Rosario entre sus devociones favoritas.

Por lo dicho fácilmente se adivina cuanta humildad encierran estas palabras con que cierra el Siervo de Dios el capítulo de la Autobiografía en que narra su primera devoción a la Virgen y con las cuales vamos a cerrar el primer párrafo de nuestra humilde monografía: «Oh María, Madre mía, exclama. ¡Qué buena habéis sido para mí y qué ingrato he sido yo para Vos! Yo mismo me confundo, me avergüenzo. Madre mía, quiero amaros de aquí en adelante con todo fervor, y no sólo os amaré yo, sino que además procuraré que todos os conozcan, os amen, os sir-

1 Autob. p. I, c. VI y VII.

2 Documentos anejos a la Autobiografía publicados por el Reverendo P. J. Postius, C. M. F.

3 Autob. p. I, c. VII.

van, os alaben, os recen el Santísimo Rosario, devoción que os es tan agradable. ¡Oh Madre mía! Ayudad mi debilidad y flaqueza, a fin de poder cumplir mi resolución.»

## II.—HACIA BARCELONA

Diez y siete años contaba Antonio cuando sus padres, creyéndole aventajado en la fabricación y en las buenas costumbres, le enviaron a Barcelona para que completara sus conocimientos en el arte de los tejidos. Obedientísimo el joven a cualquier insinuación de sus padres, marchó a la gran Ciudad ansioso de satisfacer los levantados propósitos éstos. La cultura de Barcelona no debió alcanzar en aquella época el esplendor brillante que hoy vemos, mas también distaba mucho, aventajándola sin medida, de aquel que en el siglo XVI ostentaba, cuando Cervantes la inmortalizó con su descripción incomparable: «Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única.»<sup>1</sup> Eso de las firmes amistades, ya veremos como no rezó con nuestro Antonio; mas Dios, que entre espinas hizo nacer la rosa, y de los yerros humanos hace salir aciertos divinos, supo de unas amistades falsas, hacer brotar más lozano el tallo de la devoción de Antonio. La Vida del Siervo de Dios nos cuenta los grandes progresos que hizo en el arte de la fabricación, principal objeto de su viaje. ¿Fué tan afortunado en punto a devoción mariana de la que tan gallardas muestras había dado en su pueblo? Si liemos de atenernos solamente a la humildad del Venerable, los años de su estancia en Barcelona serían años de frialdad para el espíritu, años de apartamiento de Dios y de tibieza en sus devociones. «¡Oh Virgen María, exclama en sus Apuntes, aun de Vos había momentos en que me olvidaba! ¡Misericordia, Madre mía!»<sup>2</sup> No se qué alcance pueda tener aquí la palabra *momentos*. Casi me atrevo a pensar que ha de tomarse poco menos que literalmente, pues el Siervo de Dios se rebaja cuanto puede

1 El Ingenioso Hidalgo...

2 Autob. Parte I, cap. IX.

en la Autobiografía, y al relatar por precisión algunas cosas de su alabanza, «dice menos de lo que calla»<sup>1</sup>. Fijémonos en la partícula *aun*, tan fuertemente expresiva. Ella nos dice que Antonio hubiera olvidado todo antes que la devoción a la Virgen; y como sabemos por otra parte que jamás abandonó ciertas prácticas piadosas, es lógico concluir que la devoción a la Reina del Cielo se mantuvo en el corazón del joven obrero con vistosa y perpetua lozanía.

No obstante de ser escasa en testimonios esta época de la vida del Venerable, aún podemos ofrecer uno de mucho precio. Es de D. Juan Claret, paisano y pariente del Venerable, que en el año 1880 declaró con juramento: «Que en su infancia daba ya señales de piedad y de virtud..., que se le notaba ya entonces una especial devoción a la Madre de Dios; que en su juventud iba creciendo en santidad, que cuando estuvo en Barcelona trabajando en los tejidos y después estudiante, la conducta que observó fué digna de la admiración del declarante y de cuantos trataron al V. Claret, a los cuales les sirvió al mismo tiempo de modelo»<sup>2</sup>.

Pero lo que sí sabemos de la estancia del joven Claret en Barcelona es la maternal solicitud con que por él veló María Santísima. Nadie como el agraciado podrá contarnos algunos favores de la Celestial Señora. «Como trabajaba mucho, en los veranos lo pasaba muy mal, perdía enteramente el apetito, y hallaba algún alivio con irme a la mar, lavarme los pies y beber algunos sorbos de aquella agua. Un día que con este intento fui a la Mar Vieja que llaman, tras la Barceloneta; hallándome a la orilla del mar, se alborotó de repente y uno ola se me llevó, y de aquella otra (sic); me vi de improviso muy mar adentro, y me causaba admiración el ver que flotaba sobre las aguas sin saber nadar, y después de haber invocado a María Santísima me hallé a la orilla del mar, sin haber entrado en mi boca ni una sola gota de agua. Mientras me hallaba en el agua, estaba con la mayor serenidad; pero después cuando me hallé en la orilla, me

1 El Iltr. D. Carmelo Sala, Confesor por muchos años del Venerable.

2 P. J. Clotet, «Res. de la Vida admirable, pag. 213.

horripilaba al pensar el peligro (de) que había escapado por medio de María Santísima»<sup>1</sup>.

«De otro peligro peor me había también librado María Santísima, por el estilo del casto José. Hallándome en Barcelona iba alguna que otra vez a visitar a un compatriota mío. Un día fui a su casa, pedí por el compatriota. La dueña de la casa, que era una señora joven, me dijo que esperase, que estaba para llegar. Me esperé un poco, y luego conocí la pasión de aquella señora, que se manifestó con palabras y acciones, y yo, habiendo invocado a María Santísima, y forcejando con todas mis fuerzas, escapé de entre sus brazos, me salí corriendo de la casa y nunca más quise volver, sin decir a nadie lo que había ocurrido, a fin de no perjudicar su honor.»

Grandes fueron estas gracias, pero no fué menor el que Antonio supiera granjear con ellas y seguir las misericordiosas miras del Padre Celestial, como vamos a ver en el párrafo siguiente.

### III.—SEMINARISTA

Estos, y algún que otro desengaño que recibió el joven Claret en Barcelona, engendraron en su corazón gran displicencia del mundo, al que volvió las espaldas de una manera definitiva. Dejar la fabricación, abandonar la Ciudad le parecía muy poco; así que determinó huir del mismo trato de los hombres y encerrarse en la Cartuja. Su padre se afligió sobre manera viendo cerrársele un horizonte que tan risueño se le mostraba, mas Claret no era amigo de dar a torcer su brazo cuando la voluntad divina se ponía de por medio. El asunto se dió por terminado y luego comenzó a estudiar la lengua latina. Mientras esto verificaba en su villa natal, tuvo referencias de él, D. Pablo de Jesús Corcuera, Obispo de Vich, quien manifestó deseos de ver al futuro aspirante a la Cartuja. Este se presentó en la capital del Obispado, y después de un afectuoso recibimiento por parte del Prelado vicense, se vino a la conclusión de que Antonio siguiera en el mismo Vich sus estudios. Acomodáronle en casa de Don

1 Autob. Parte I. cap. IX.



Fortián Bres y con dicho bondadoso señor permaneció durante toda la carrera eclesiástica. Los deseos de hacerse Cartujo no abandonaron al fervoroso joven; mas al ir a ponerlos en práctica, tuvo que ceder ante la voluntad divina que se le manifestó contraria. Desde entonces no pensó sino en prepararse dignamente al Sacerdocio.

Con respecto a las manifestaciones de su piedad mariana en la Ciudad Levítica, podemos afirmar que fueron muchas y muy notables. No digamos nada de su devoción al Rosario, pues casi no podía crecer la que desde niño profesó a tan hermosa práctica. Ingresó en cuantas cofradías pudo, y obligación que el contrajese había de cumplirla con toda fidelidad y esmero. Fue miembro de la del Rosario, de los Dolores, de la Inmaculada y San Luis, del Carmen, todas de la ciudad de Vich, y del «Rosario perpetuo» establecido en Manresa. Más tarde publicó el Reglamento de la Cofradía de la Inmaculada y San Luis, que hoy le cuenta como el más célebre de sus congregantes<sup>1</sup>. Por estos años, y siendo estudiante de Teología, compuso las «Cartas de los nueve Coros de los Angeles», que respiran piedad mariana por todos sus costados. Ni se contentó el fervoroso estudiante con esas espléndidas manifestaciones de su cariño a la Reina del Cielo. La casa en que constantemente habitó durante su permanencia en Vich tenía un jardincito encantador, en cuyo extremo se levanta una modesta capilla de la Virgen, a donde Claret acudía diariamente. Jamás omitió la visita a dicha imagen. ¡Oh, y cuántos secretos debe guardar del fervoroso seminarista! Así lo comprenden por lo menos sus actuales poseedores, que miran a la devota escultura como un tesoro de recuerdos, reliquia preciosa del Venerable. Conservándose por fortuna el horario del P. Claret durante este tiempo, podemos confortar nuestro espíritu con el exuberante aroma de piedad mariana que todo él respira. Dejemos la pluma al mismo P. Claret, aunque escriba ahora en tercera persona. Dice así en sus notas autobiográficas: «Al salir (de la clase) iba a visitar el Santísimo Sacramento en las Cuarenta Horas, y acto continuo iba a visitar a María Santísi-

1 Véase la nueva Rev. «Totā pulchra» de la Congr. Mar. Vicense I, n. 1.

ma del Rosario en la Iglesia de Santo Domingo. Estas dos visitas del Santísimo Sacramento y de la Virgen del Rosario ningún día las omitió ni por lluvias ni por nieves, y los días en que no había clases las aumentaba y prolongaba, pues que no tenía otros amigos que Jesús y María, ni entraba en otras casas que en las Iglesias»<sup>1</sup>. ¡Dichoso él! Bien pudo después en todos sus numerosos escritos inculcar con insistencia la visita diaria al Santísimo y a la Virgen. Pero sigamos escuchando al Venerable. «Además, dice, como amaba a María Santísima como a su tierna y cariñosa Madre, siempre pensaba qué podría hacer en obsequio suyo; le ocurrió que lo que debía hacer era leer y estudiar la vida de San Juan Evangelista e imitarle»<sup>2</sup>. Y sigue contando después una terrible tentación contra la virtud angelical que padeció cursando el 2.º curso de Filosofía, y que por el auxilio eficaz de la Virgen poderosa, acabó siendo una de las mayores gracias que el P. Claret recibió durante su vida. Más pormenores y contados por el mismo protagonista, los hallará quien desee hacia el fin de nuestro trabajo. En cambio vamos a regalarle aquí con otras noticias muy sabrosas que trae el Siervo de Dios en algunos apuntes desligados de la Autobiografía. Uno se titula así: «Gracias concedidas por María Santísima al más indigno e ingrato de sus hijos.» «Ninguna pastora—dice—tiene tanto cuidado con sus ovejas, como tiene María Santísima de las almas que Ella toma a su cuenta. María Santísima me protegió tanto, que siempre me dió muy buenos compañeros, y siempre estuve en casas muy buenas; tenía buen Director espiritual; buenos y muy sabios catedráticos; todós los libros que había menester y tiempo para poder estudiar; por manera que se vió claramente que María Santísima tuvo de mí una especialísima providencia y me tenía como un hijo muy mimado, no por mis merecimientos, sino por su piedad y clemencia»<sup>3</sup>. Advertimos en esas palabras que el Siervo de Dios todo lo bueno atribúalo a su Celestial Bienhechora. Por eso nada tiene de particular que minucias para otro inadvertidas tuviéralas él por beneficios de su Madre María. «En el día 2 de Febrero,—nos dice

1 y 2 Docum. Anejos, VI.

3 Doc. An. VII.

en otra parte,—día en que Ella se presentó al Templo con su hijo Jesús en sus brazos y lo ofreció al Eterno Padre, en este mismo día se puede decir que Ella misma me presentó al Templo y me ofreció al Eterno Padre por clérigo, pues en este día el Sr. Obispo me dió la tonsura clerical, y el Sr. Vicario General de Vich me dió colación de un beneficio de Santa María de Sallent, cuyo beneficio renuncié cuando fui nombrado Arzobispo de Cuba<sup>1</sup>. Las gracias que de lo alto descienden, gratuitamente descienden; pero tantos favores acumulados sobre el joven Claret ¿no muestran a las claras una noble contienda entre el amor del hijo y la bondad inmensa de la Celestial Madre? Por lo menos hay que confesar que, pues el Siervo de Dios atribuía todos los favores a su Celestial Bienhechora, muy grande amor mariano y mucha presencia de María debió de tener en su corazón, mariano, digámoslo así, por su misma naturaleza.

#### IV.—SACERDOTE DE MARÍA

En el año 1835 subió el joven Claret las últimas gradas del Santuario. Caldeado su espíritu en el horno de los Santos Ejercicios, prolongados por cuarenta días, no es para descrito el fervor con que por vez primera ofreció la Víctima Sacrosanta. Recibió el sagrado Orden del Presbiterado en Solsona, tal vez a las plantas de Nuestra Señora del Claustro, el día 13 de Junio, y los ocho que transcurrieron hasta su primera Misa, celebrada el día de San Luís, los pasó también en fervorosos Ejercicios.

Para que pueda justipreciarse lo que vamos a decir, ponemos a continuación los diversos períodos de la vida sacerdotal del Venerable. Son de la siguiente manera:

1835-1838.—Teniente Cura de Sallent.

1838-1839.—Ecónomo de la misma villa.

1839-1840.—Viaje a Roma y estancia en la Compañía de Jesús.

1840-1841.—Regente de Viladrau.

1841-1848.—Misionero en Cataluña.

1848-1849.—Misionero en Canarias.

1 Doc. An. VII.

1849.—Fundador de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

1849-1860.—Arzobispo de Cuba.

1860-1870.—Arzobispo de Trajanópolis (in part.).

1857-1870.—Confesor de Isabel II de España.

Establecido de Teniente Cura de la misma villa de su nacimiento, siguió practicando fielmente sus devociones marianas con el mismo o mayor fervor que lo hiciera durante sus estudios. Por entonces comenzó ya la práctica que después guardó y recomendó tanto durante su vida, el ayuno en los sábados y vigiliias de las festividades de la Virgen. Nombráronle luego Ecónomo, mas, sintiéndose fuertemente llamado a las Misiones, determinó marchar y en efecto marchó a Roma para inscribirse Misionero de la Propaganda. Así lo creía el joven y piadoso sacerdote, pero la Santísima Virgen abrigaba sobre él muy diversos destinos. Quería la Celestial Señora crear su compañía de valientes soldados, y guió a su futuro general en Jefe a la Compañía de Jesús. ¿Qué aprendió en el Noviciado de los Jesuitas el escogido para Apóstol de María y Fundador de los Misioneros de su Corazón Inmaculado? Cierta muchísimas cosas; pero lo que más fijo quedó en la mente del Venerable fué las formas múltiples con que aquellos fervorosos novicios obsequiaban a su Celestial Madre, en vísperas, sobre todo, de las festividades marianas. Fueron además muy de su agrado las conversaciones frecuentes que allí se tenían sobre la Santísima Virgen, las cuales lograron caldear de tal suerte su ya fervoroso corazón que, tomando *in continenti* la pluma, redactó aquellas dos encendidas oraciones a la Reina del Cielo, por las cuales, si ningún otro escrito ni noticia de él nos quedaran, aun tendríamos derecho para colocarlo a par de los Ligorios y Bernardos entre los devotos mil de la Celestial Soberana. Imposible, pues son muy extensas, insertarlas aquí, y más imposible todavía, escoger donde todo es oro puro y acendrado <sup>1</sup>.

1. Léalas quien gustare en la «Vida Admirable» por el P. Aguilar C. M. F. t. I, p. 102. Contra lo que dicho Padre insinúa, las oraciones fueron publicadas ya en 1849 por el mismo Venerable en el opúsc. «Avisos a un Sacerdote», y luego en las diversas ediciones de la «Colección de Opúsculos».

Con bríos de espiritual atleta se disponía el Sr. Claret a dar comienzo a su vida religiosa, cuando la enfermedad vino a desbaratar y frustrar tan generosos planes. Acometióle tan fuerte dolor en una pierna que no hubo medio de calmarlo, y los Superiores aconsejaron al obediente novicio que volviera a la Península, pues tal vez Dios Nuestro Señor le tendría reservado para otras cosas de su gloria. Antonio besó la mano de la Providencia y volvió a la madre Patria ansioso de llenarla con sus fervores, ya que Dios le cerraba así las puertas del gentilismo. Llegado a la Península, fué nombrado Regente de Viladrau (Dióc. de Vich y Prov. de Gerona), donde, favorecido por las circunstancias, pudo dedicarse con fervor a las Misiones. Empezaron éstas con la Novena a la Asunción en el mismo pueblo de Viladrau <sup>1</sup>. Pero no queremos seguir por ahora al Venerable en sus Misiones, que materia y muy sobrada nos darán ellas para dedicarle párrafo aparte.

Además de la predicación sagrada, tiene que llenar el sacerdote otros oficios muy venerandos. Tres son los principales: Administración de Sacramentos, Rezo del Oficio Divino, el Santo Sacrificio de la Misa. En los tres se reveló el Sr. Claret como sacerdote de María.

*Administración de Sacramentos.* ¡Cuánto y qué bueno podríamos decir sobre este punto! Fijémonos solo en el Bautismo y en la Penitencia. Al administrar el primero, supo cumplir aquella regla de íntima piedad mariana que más tarde aconsejó a los sacerdotes: «Es muy de desear—dice en el «Col. Instr.» <sup>2</sup>—que alguno de los tres (alude a los tres nombres que en Cataluña suelen poner en el Bautismo), sea el nombre del Santo Patrón de la Parroquia. También se ha de procurar que, anejo al primer nombre, esté el nombre dulcísimo de María: v. gr. si quieren que se llame José, poner José María». Por si este testimonio faltase, cónstanos por otro muy claro, que lo mismo aconsejaba hacer en la profesión religiosa. Dice la H.<sup>a</sup> María Josefa

<sup>1</sup> Las circunstancias aciagas de la época no permitían el nombre de misión, y había que disfrazarlo con el nombre de Novena, Septenario, etc.

<sup>2</sup> T. II, secc. IV, cap. II.

Balda, religiosa de Nuestra Señora <sup>1</sup>: «Recuerdo cómo y con cuánto fervor nos exhortó a anteponer al nombre de pila el dulcísimo nombre de María, de modo que si una se llamaba Amelia, en adelante se nombrase María Amelia, etc. etc. <sup>2</sup>».

En la Confesión es donde había que oírle hablar de María, de la misericordia de María. Claro es que no hemos sido tan dichosos que hayamos tenido la satisfacción de confesarnos con el Venerable, aunque felices sobrevivientes hay que tan buena dicha lograron; pero ahí está la «Llave de Oro» <sup>3</sup>, libro donde el Padre Claret reunió lo mejor de sus exhortaciones en el Sacramento de la Penitencia, que responderá cumplidamente de nuestro aserto. Y más aún que en las exhortaciones, no sabía prescindir de María en los remedios que señalaba contra los diversos pecados y en las penitencias sacramentales. La oración «Oh Virgen y Madre de Dios», cinco o siete Ave Marías, siete Padre Nuestros y Ave Marías a la Virgen de los Dolores, eran su almacén inexhausto de tales penitencias. Las mismas mortificaciones que para desarraigar pecados aconsejaba, parecíanle ineficaces si no iban adobadas con la salsa de la devoción a María. Besar el suelo le parecía nada, si después no se rezaba el Ave María o la Salve; extender los brazos en cruz le resultaba muy poco sin una plegaria a la Virgen Santísima. Tanto fué así que ni a los mismos niños pasó por alto este espíritu mariano del Venerable. Citemos por lo sincero y definitivo el testimonio de D. Alejo Rodríguez, dichoso anciano, a quien tenemos el gusto de haber conocido no ha mucho tiempo. «El P. Claret, dice, era un gran Santo, pero sobre todo un *gran devoto de la Santísima Virgen*. Siempre que me confesaba, me decía: sé muy bueno, sé devotísimo de la Santísima Virgen, y siempre me ponía de peni-

1 Las Religiosas de Nuestra Señora fueron fundadas por el mismo Venerable.

2 Carta al P. Tomás Echevarría, C. M.; F., quien la publicó en el «Iris de Paz» 1918. Lo mismo testifica haber oído a la primera Madre la H.<sup>a</sup> M. J. Z.—Las fundadoras así lo cumplieron, como consta en el acta de profesión, y debe ser tradicional en el Instituto esa práctica, por cuanto vemos antepuesto el nombre de María al propio de todas las Religiosas que acudieron al Capítulo Constituyente de Reus, el año 1920.

3 V. varios pasajes de «Llave de Oro».

tencia que rezase Ave Marías o Salves, pero *nunca* recuerdo que me pusiese Credos ni otras preces ningunas.»

*Oficio Divino.*—Muy escasas noticias podemos ofrecer sobre este punto. Sin embargo podemos conjeturar que sabría el P. Claret juntar su espíritu tan mariano con el espíritu de María. De ello tenemos una preciosa muestra en lo que escribió para guía de su conducta durante el rezo: «Tengo de pensar que estoy delante del Rey y de la Reina de los Cielos»<sup>1</sup>, y lo que aconseja en el «Col. Inst.» a los subdiáconos, a saber: que en las Vísperas mediten el Descendimiento de Jesús de la Cruz y como fué puesto en brazos de su Santísima Madre. Además que en los Maitines de martes y viernes lo hiciesen sobre la muerte del Hijo y la Soledad de la Madre<sup>2</sup>.

*Santa Misa.*—Pero nunca el sacerdote merece el nombre de tal como en el altar santo. Y cabalmente el P. Claret en el altar es donde aparece más santo y más sacerdote de María. Aquel hermoso cuadro del Venerable donde se le representa recibiendo al Niño Jesús de manos de la Celestial Señora será siempre el más expresivo símbolo de su vida sacerdotal mariana. Es la media noche de Navidad; Claret celebra con seráfico ardor la Santa Misa, cuando, en un momento de dulzura inenarrable, desciende la Virgen Santísima de la Gloria y pone en brazos del P. Claret al Infante Divino, como diciendo: tú lo ofreces por mí al Eterno Padre... pues el Padre Eterno te lo ofrece hoy a tí por mis manos.

¡Sacramentos, Oficio Divino, Santa Misa...! Mas el sacerdote de María no se contenta con solo esto: De la abundancia del corazón habla la boca; así que el sacerdote de María habla, habla sin cesar y con fervor de lo que su corazón rebosa: de su Celestial Madre. Cuáles fueran las conversaciones del P. Claret, nos lo dice quien tan íntimamente le trató como el R. D. Paladio Curríus: «En los últimos años,—dice,—sólo le trataba por cartas, en las que dejaba ver el mismo espíritu de caridad, celo de la salvación de las almas y ardentísimo amor a Dios y María Santísima que nos enseñaba con sus palabras cuando teníamos sus

1 Apuntes de S. de D.

2 Tomo II, sec. 1, cap. 24.

familiares la honra de estar en su compañía <sup>1</sup>. Conforme en todo con esta norma, escribía en sus propósitos el Venerable un año antes de su muerte: «En las calles y en donde se me presente ocasión la materia de mis conversaciones será de Religión, de los Sacramentos, del Santísimo Rosario» <sup>2</sup>; y lo que a los Seminaristas aconseja en el «Colegial» <sup>3</sup>, que se dediquen a lecturas de la Virgen Santísima, como «Las Glorias de María», para poder hablar de Ella en las conversaciones.

En vista de lo que antecede, ¿tenemos razón para contar al P. Claret entre los sacerdotes de María, en el sentido que hoy damos a la palabra? Para nosotros la respuesta es evidente: en cuanto al espíritu, sin sombra de duda; en cuanto a la letra, creemos también que nada nuevo sustancial tendría que hacer el Venerable para ingresar en la moderna «Asociación de Sacerdotes de María, Reina de los Corazones». Véase, sinó, lo que, de propósito y como el más sabroso manjar, hemos dejado para terminar el presente párrafo. Son unos propósitos del Siervo de Dios que fueron publicados para bien general del Clero en el opúsculo «Avisos a un Sacerdote» <sup>4</sup>. Entre esos propósitos y, como tras de algunos en que promete ser fiel a las prácticas del Rosario, del ayuno sabatino y de leer las Glorias de María, pone éste que podría muy bien subscribir el Bto. Montfort y el Sacerdote de María más enamorado de su Reina: «Me entrego del todo por hijo y Sacerdote de María, y por eso todos los días le rezaré la corona de antífonas «Gaude M.», etc. «Dignare me», etc. <sup>5</sup> «María será mi Madre, mi Maestra y Directora, y de Ella será todo cuanto haré». En el 9.º promete humildad «haciendo cuanto haga únicamente por Jesús y María». Y al pie de los propósitos dice: «Con la ayuda del Señor y de la Virgen María cumpliré todo lo propuesto, y si alguna vez faltase en algo, lo que Dios no permita, por penitencia rezaré la oración del Ave María con los dedos debajo de las rodillas». Luego inserta en

1 P. Claret, «Resumen», pag. 290.

2 Apuntes del Siervo de Dios, Prop. de 1839.

3 T. I, Sec. I, c. XXII, a. 2.º.

4 C. O. t. II, pag. 76, ed. 1860.

5 Creemos ser la Coronilla compuesta por el Bto. Luis María Grignón de Montfort.



el opúsculo aquellas encendidas oraciones que compuso en Roma, cuyos son los siguientes afectos, con los cuales terminamos de hablar sobre el sacerdocio mariano del Venerable: «Ea, pues, Madre mía. ¿Queréis acaso un instrumento, del que valiéndoos, pongáis remedio a tanto mal? Aquí tenéis uno, y al mismo tiempo que se conoce el más vil y despreciable, se considera el más útil a este fin, para que así resplandezca más vuestro poder, y se vea visiblemente que sois Vos la que obráis y no yo... Disponed de mí, bien sabéis que soy todo vuestro».—No hay duda que de mi parte nada puedo soportar, pero confío en Vos y digo: Omnia possum in ea quae me confortat... Confío que lo haréis, porque sois mi Madre, mi alivio, mi consuelo, mi fortaleza y todas las cosas después de Jesús»<sup>1</sup>.

#### V.—EPISCOPADO MARIANO

Tiene la dignidad episcopal aspectos muy propios y peculiares en los que el P. Claret tuvo manifestaciones muy notables de su celo y amor marianos. Ante todo buscó un modelo perfecto en tal materia y no tardó mucho en encontrarlo. «Me propuse —dice— imitar a San Alfonso de Ligorio y hasta ahora lo he conseguido»<sup>2</sup>. Por nuestra cuenta podemos añadir que lo imitó sobre todo en la devoción a la Santísima Virgen. Ya los comienzos de su vida episcopal van encerrados en el áureo marco de varias fechas marianas, que no se escaparon a la delicada observación del Venerable. «He aquí, —dice,— otra grande gracia de María: el día 4 de Agosto, día de Santo Domingo, Fundador del Santísimo Rosario, fuí nombrado (Arzobispo) por S. M. la Reina y su Gobierno, a cuyo nombramiento contesté negativamente... y el 6 de Octubre del año siguiente (1850) fuí consagrado, día que en aquel año se celebraba la fiesta del Santísimo Rosario»<sup>3</sup>.

1 C. O. t. II, pag. 88 a 91.

2 Así testifica haberlo oído el P. Ramón Felip al célebre misionero catalán P. Domingo Ramonet, ambos Misioneros del Ido Corazón de María. Iris de Paz, 1918.

3 Doc. Ane. VII.

Tenemos ya al P. Claret hecho Príncipe de la Iglesia. Cumplidas en Madrid las diligencias necesarias para el viaje, y antes de abandonar a España para tomar posesión de su Sede de Santiago de Cuba, quiso cobrar alientos y energías a las plantas de Montserrat y de su Virgen de Fussimanya. En la ermita de sus infantiles amores marianos reunió a los Sallentinos, despidióse tiernamente de ellos y pidió la bendición a la imagen que tan dulces recuerdos y favores le recordaba. Los Sallentinos lloraban de sentimiento y devoción y llorando quedaron al partir su ilustre compaisano para Barcelona, donde le esperaba el «Nueva Teresa Cubana» que lo había de trasladar a Cuba. Zarpó el buque a 28 de Diciembre de 1850, y el 16 de Febrero de 1851 tocaba tierra en Santiago. Después de dar a Dios y a María fervorosas gracias, fué el venerable Arzobispo a su Palacio, que sería desde entonces como alcázar inexpugnable desde donde había de dirigir las grandes batallas por su Celestial Reina. No que el P. Claret gustase de estar acuartelado; nada menos que eso. A los pocos días de su llegada a Cuba le vemos dejar a Santiago para cumplir un requisito sin el cual hubiera desconfiado mucho de su gestión prelatia. Poco le parecía que en su sello episcopal campease la luna como símbolo de María, y la palma y el lirio, símbolos también de las virtudes de la Celestial Señora: quería el Siervo de Dios regir una diócesis mariana, y por eso se presentó al Santuario de la Virgen de la Caridad (en el Cobre), patrona de la Isla, para ponerla bajo su maternal amparo.

Figúrese quien pueda los fervores marianos que por todos los ángulos de su diócesis iría sembrando el Venerable por este sencillo dato. En su primera pastoral visita repartió nada menos que 98.217 libros, 89.500 estampas, 20.663 rosarios y 8.931 medallas <sup>1</sup>.

Entre sus Pastorales hay dos que revelan el gran tesoro de cariño que el corazón del Venerable encerraba para con su Señora. Por la primera inculcaba a sus diocesanos súplicas fervorosas y continuas para obtener del Cielo la definición del dogma

---

<sup>1</sup> Autob. P. III, cap. VI.

de la Inmaculada; en la segunda, definido ya el misterio, se congratula con sus diocesanos y entona un himno de gracias al Altísimo y de alabanzas a la Divina Madre. En aquellas páginas fuertemente marianas, la pluma del P. Claret corre fluida como nunca, vaciando todo su corazón en afectos, todo su entendimiento en razones y hasta todo el esmero tipográfico que supo concebir, para que la Pastoral resultase digna del objeto a que se destinaba <sup>1</sup>. Cuando puso fin a tan hermoso documento, como si hubiera terminado su obra maestra, hincóse de rodillas agradecido ante una imagen de la Virgen y oyó de labios de la Celestial Señora: «Bene scripsisti». Fué uno de tantos favores como de la mano pródiga de María recibió el P. Claret durante su permanencia en Cuba. Vaya algún otro para muestra. El día 1 de Febrero de 1856, víspera de la Purificación de Nuestra Señora, abrió en Holguín la santa pastoral Visita. Siendo tan de su devoción esta festividad mariana, predicó a los fieles con tanto entusiasmo que durante seis cuartos de hora tuvo suspenso al numeroso auditorio. Salió de la iglesia fervorósísimo, las gentes le saludaban y besaban el pastoral anillo con veneración y respeto; mas entre la multitud, se le acercó también un hombre con intenciones aviesas que, fingiendo ademán de besar el anillo del Prelado, alzó con toda la fuerza una gran navaja de afeitar con ánimo de quitarle la vida. Dios frustró tan malvados intentos, aunque la herida que el P. Claret recibió fué muy profunda. Cuatro libras y media de sangre afirmaron los facultativos que había derramado el Siervo de Dios; no obstante, al narrar él mismo el criminal atentado, dice: «No puedo yo explicar el placer, el gozo y la alegría que sentía mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por Jesús y por María» <sup>2</sup>. Tres gracias recibió, durante la cura, de mano de su Celestial Bienhechora <sup>3</sup>. Eso sin tener en cuenta que la sangre entonces derramada fué para quien tanto deseaba el martirio, una gracia singularísima. La herida que recibió, más que una herida fué una explosión enorme de amor mariano.

1 Reimprimióse en Cuba, Barcelona y París.

2 Autob. P. III, c. 8º.

3 Véase el Párrafo de «Beneficios».

Cuando vió la imagen de los Dolores que una de las cicatrices había formado, exclamó: «Parece una imagen de María Santísima: eso será que he pensado poco en la Virgen»<sup>1</sup>. Casi nada, como que era María el blanco de sus pensamientos. Refiriendo al Padre Santo el atentado, le dice: «¡Oh, Santísimo Padre! Apenas puedo referir las grandes delicias con que fui visitado de Jesús y de María en aquella misma noche»<sup>2</sup>. A los sacerdotes vicenses, que poco antes le habían escrito, contestó, a raíz de las heridas, con una preciosa carta, de la cual copiamos algunas expresiones, aunque por lo mariana y encendida deberíamos transcribirla íntegra. «Espero,—les dice—que todos me ayudarán a dar a Dios muchas gracias por el beneficio imponderable de haber podido derramar un poco de sangre por amor de aquél que toda la derramó por mí y sellar con ella las verdades del Santo Evangelio y las alabanzas de María Santísima, que con tanto gusto predico. ¡Ah, carísimos hermanos! ¡Qué dulce es derramar la sangre por Jesús y por María!... Ánimo y confianza en Dios y en la Santísima Virgen, nuestra querida Madre. ¡Ay, cuánto nos ama!»<sup>3</sup>. Y en otro de sus escritos dice, después de contar el atentado: «La Santísima Virgen no sólo me libró, sino que me dió tal gozo que jamás he tenido igual en mi vida»<sup>4</sup>.

Los impíos no se dieron por vencidos. Apenas vieron al Siervo de Dios curado de las heridas, maquinaron de nuevo contra la vida del Prelado. Supieron la hacienda en que el Siervo de Dios había de pernoctar de regreso para Santiago, y aquella misma noche, cuando creían que aquél se hallaba dentro, la redujeron a cenizas. También esta vez resultó fallida la criminal intentona. Viendo el P. Claret que la noche se les venía encima, sin duda por inspiración de su bondadosa Madre y Bienhechora, hizo alto antes de llegar al sitio señalado y así pudo escapar de una muerte cierta y terrible.

Apenas llegado a la capital de su diócesis, fuese a la iglesia de los Dolores, a dar gracias a su protectora, pues a la Virgen

1 V. A. T. I, p. 593.

2 Id. 601.

3 Id. 599.

4 Doc. Anej. VII.

de los Dolores, cuya fiesta se celebraba en aquel día y cuya imagen llevaba todavía en la cicatriz de las heridas, atribuyó el Venerable haber salido incólume de este segundo peligro.

Por este tiempo compuso el Siervo de Dios aquel su fervoroso ofrecimiento a María, tomado gran parte del P. Nieremberg, pero con rasgos muy propios e inconfundibles. Pongámoslo aquí, por si tiene la fortuna de encender algún corazón, que fuego mariano contiene de sobra para abrasar al más helado. Dice así: «Yo, Antonio María Claret, Arzobispo, quisiera tener todas las vidas de los hombres para emplearlas en el servicio de la Madre de Dios; quisiera tener todas las vidas de los Santos y Santas del Cielo para amar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, con aquel perfectísimo y ardentísimo amor con que ellos actualmente la aman. Deseo con todo mi corazón que todos los reinos, provincias, ciudades, pueblos, hombres, mujeres, niños y niñas, que en ellos hay, conozcan, amen, sirvan y alaben a María Santísima con aquel fervor con que lo hacen los cortesanos del Cielo. Deseo morir y derramar toda mi sangre por amor y reverencia de María, Virgen y Madre de Dios; deseo que Jesús me conceda la gracia y fortaleza que necesito, para que todos mis miembros sean atormentados y cortados de uno a uno por amor y reverencia de María, Madre de Dios y también mía. «Fiat, fiat»<sup>1</sup>. Esto no necesita comentarse.

Mas como nada puede significarnos tanto el amor del Arzobispo Sr. Claret a María, como las obligaciones y normas que como Obispo se propuso cumplir, ponemos aquí algunas, tomadas del precioso libro «apuntes que para su uso personal y para el régimen de la Diócesis escribió D. Antonio M.<sup>a</sup> Claret, Arzobispo».

*Obligaciones del Obispo para con Dios:* 4.—«El Obispo ha de procurar la devoción a María Santísima: 1.<sup>o</sup> con el rosario, escapulario, y erigiendo cofradías y congregaciones en su nombre. 2.<sup>o</sup> con imágenes en los templos, en las casas, y exhortando a que las lleven encima, así como las medallas, cruces, etc. 3.<sup>o</sup> procurándoles y exhortándoles a leer libros que traten de las

---

1 Apuntes del Siervo de Dios.

excelencias de María Santísimas, y de su devoción y virtudes para imitarlas» (p. 53).

*Visita Pastoral:* «El Cura informará al Prelado si sus feligreses son devotos de María Santísima, bajo qué título, v. gr. del Carmen, del Rosario, de los Dolores, y qué hacen en su obsequio» (75).

*Domésticos:* «Rezarán el Rosario. Todos han de ser muy devotos de Jesús y de María» (p. 86).

*Seminaristas:* «Serán devotísimos de la Reina de los Ángeles, María Santísima, Virgen y Madre de Dios» (p. 116).

*Parroquias:* En todas estableció la Cofradía del Rosario y la Archicofradía del Sdo. C. de María <sup>1</sup>.

Con tan subidas normas de amor mariano, no es mucho que la faz de la diócesis cambiase por completo y que el mismo Siervo de Dios llegase a cumbres de santidad de pocos alcanzadas. Entendiéndolo así D.<sup>a</sup> Isabel, Reina de España, lo trajo a Madrid para ser su Confesor y educador del Príncipe Alfonso. En breve fué nombrado también Director del Escorial y ya se deja suponer qué luminosa estela de amor mariano dejaría en las reales aulas y en las vetustas estancias del magnífico monasterio. Nada más diremos de él como Confesor de la Reina, sino que, aprovechando los viajes que la augusta Señora emprendió por España, iba el Apóstol de María sembrando la devoción a la Celestial Reina e inundando los pueblos de medallas, escapularios y escritos llenos de piedad mariana.

Con la Reina de los tristes destinos, marchó el P. Claret al destierro el año 1868; asistió al Concilio Vaticano, y el año 1870, moría en el monasterio trapense de Fontfroide (Francia) como mueren los verdaderos hijos de María, no sin haber despedido antes esta centella de su amor a la Reina del Cielo: «Tengo ceseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y de unirme con Cristo (Phil. 1, 23), como María Santísima mi dulce Madre» <sup>2</sup>.

1 «Carta Pastoral» pág. 37 de la reimpresión de 1855.

2 Apuntes del Venerable.

## VI.—APÓSTOL DE MARÍA

El Venerable P. Claret quiso en cierta ocasión darnos un retrato del Misionero del Corazón de María y nos dió el siguiente, que no puede ser más acabado: «Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que abraza por donde pasa, y desea eficazmente y procura por todos los medios encender todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra, se goza en la privación, aborda los trabajos, abraza los sacrificios, se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesús en trabajar y sufrir, y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y el bien de las almas»<sup>1</sup>.

En estas frases va su autor retratado de cuerpo entero. Porque todo eso fué, concebimos, la prodigiosa actividad desplegada por el P. Claret en el curso de sus apostólicas predicaciones. Empezaron éstas en Viladrau y en fecha para su corazón muy dulce, como llevamos dicho. Después los pueblos de Cataluña que regó con sus apostólicos sudores fueron innumerables. De muchos nos han quedado noticias muy consoladoras, mereciendo aquí lugar de preferencia dos misiones que conmovieron las dos grandes ciudades catalanas, Lérida y Barcelona. Esta última ciudad distaba mucho de tener la industria y población que en el día tiene, pero aun así no se hubiera dejado entusiasmar fácilmente por otra voz que no fuera la del Venerable. La gran iglesia de Santa María del Mar se llenaba y rebosaba todos los días en aquel célebre mes de Mayo de 1844, ansiosas como estaban las multitudes de escuchar al Santo Misionero. Este no defraudó por cierto las esperanzas que por él habían concebido. Hablando de este famoso mes-misión dijo el entonces catedrático del Seminario, Sr. Palau, y uno de los mejores oradores de aquellos días: «Hará más fruto él (el P. Claret) que todos los predicadores juntos<sup>2</sup>; y el P. Aguilar dice por su cuenta en la Vida Admirable; «No hay memoria en más de 48 años que ninguno haya atraído más a las gentes ni despertado en ellas mayor

1 Prácticas espirituales... 1888 p. 9.

2 V. A. T. I, p. 191.

entusiasmo». <sup>1</sup> Por fortuna se nos han conservado pormenores nada despreciables sobre los asuntos predicados por el P. Claret en aquellos días, en un curioso opúsculo, cuyo largo título dice así: «Poesías dedicadas a la felix memoria del cèlebre y admirable Predicador apostòlich català, Mosèn Antòn Claret, per lo aficionat J. S. Barna. 1846.» Aunque nada tiene de escogido, ni mucho menos poético, su lenguaje, puede suplir ese defecto la ingenuidad y sinceridad con que están redactadas las 148 cuartetas, 8 décimas y un acróstico que el citado libro contiene. Por lo que atañe a nuestro propósito, tiene el singular valor de relatar por extenso el modo admirable como el P. Claret sabía cantar las alabanzas de la Reina del Cielo, del Santísimo Rosario, etc., acabando por confesar su incompetencia para contarlo y explicarlo todo con estas palabras:

«Claret tant nos explicà  
Las gracias que té María  
Que la dèbil pluma mía  
No las pòt enumerá».

Saboreando el dulzor de esta significativa estrofa, vamos con el P. Claret hasta la Ciudad de la Academia Mariana, donde lo encontramos en 1846 predicando el Mes de las flores. No queremos repetir aquí lo mucho bueno que el Dr. J. Juaniquet, como testigo de vista, nos tiene contado de aquella Misión famosa. Imperdonable sería, con todo, que pasáramos en silencio lo que dicho testigo cuenta del sermón de Dolores. «El día en que predicó de los Dolores de María Santísima—dice el Dr. Joaniquet—lo hizo con tanta ternura que veía llorar como una Magdalena y sollozar al Beneficiado de la Catedral, D. José Oro, que estaba sentado a mi lado, a los mismos pies del predicador» <sup>2</sup>.

Y eso que de las dos ciudades catalanas hemos dicho, pudiéramos decirlo también en mayor o menor escala de todos los pueblos que recorrió el Venerable. Quiénes conozcan la celestial cantera de donde el P. Claret tomaba los materiales de sus sermones, no extrañará el entusiasmo y amor mariano que por

1 V. A. T. I, p. 190.

2 Iris de Paz, 1904.



todos los pueblos derramaba. Porque, en efecto, sabemos por el testimonio autorizado del Dr. D. Joaquín Masmitjà que «la Santísima Virgen le dictaba el asunto de las instrucciones»<sup>1</sup>, y sabemos también que su libro eran Jesús y María. Así lo respondió el Venerable a un P. Dominico que no salía de su admiración al ver la facundia y la unción sagrada que en aquél siempre resplandecían: «He aquí mi libro; de él saco mi doctrina,»<sup>2</sup> y le señaló las imágenes de Jesús y de María. Por eso no es extraño tampoco que creyéndose el Siervo de Dios enviado por la misma Reina del Cielo, afirmase con la mayor naturalidad en sus Apuntes: «El Señor y la Santísima Virgen han hecho mucho fruto»<sup>3</sup>; y que, escribiendo a su amigo Caixal, le diga no menos ingenuamente: «Yo no sé pas què fan VV. en Tarragona y Barcelona; nosaltres, o millor diré, Déu nostros Senyor y la Verge Santíssima per mèdi de nosaltres, vils instruments, fan molt»<sup>4</sup>.

Por otro lado formaba parte muy principal del Apostolado del P. Claret «procurar la gloria de la Santísima Virgen María»<sup>5</sup>. Así que entre los medios por él empleados en la ardua empresa de la salvación de las almas, fué la devoción a la Reina de los Apóstoles. Jamás subía al púlpito sino después de una fervorosa visita a su Celestial Abogada<sup>6</sup>. Para antes de sus predicaciones compuso una hermosísima oración a la Virgen que nunca omitía<sup>7</sup>. Y, no contento con eso, rezaba el Rosario con su auditorio para alcanzar la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las benditas ánimas. De esa manera no solamente lo aprendían, sino que también se acostumbraban a rezarlo los oyentes<sup>8</sup>. Además, la materia de sus predicaciones era con frecuencia de María y de sus grandes misericordias. Refiriéndose a los últimos años de la vida del Venerable, dice D. Manuel Honrubio, escritor culto de aquel tiempo:

1 P. Clotet, «Resumen», p. 33.

2 Id. Id.

3 Autob. Contin. cap. XI.

4 Carta escrita desde Vich 19 Set. de 1847.

5 P. Claret «Origen de la Archicofradía», Prólogo.

6 P. Clotet «Resumen», p. 243.

7 Autobiog. P. I, cap. XVI.

8 Id. Id.

«Sus labios no acaban jamás de pronunciar palabras de confianza en la protección en la Santísima Virgen»<sup>1</sup> Y ¡qué calor, qué fuego de amor mariano sabía poner en ellas! «Predicaba cierta vez en los PP. Jesuitas de Cádiz... el auditorio le escucha con atención religiosa... cuando el celoso predicador, quitándose el bonete, exclamó: «Voy a hablar de la Santísima Virgen... ¡la quiero tanto! Ella es mi Madre»<sup>2</sup>. Bastaron estas sencillas expresiones para que el auditorio en masa rompiera en lágrimas de dulcísimo llanto. He aquí como cuenta también sus impresiones cierta religiosa<sup>3</sup> que le oyó predicar de María: «Cada vez que me acuerdo del santo entusiasmo y fervor con que nos exhortó a que fuéramos muy devotas y amantes de la Santísima Virgen me enfervorizo y emocioo sensiblemente. En una de las exhortaciones a que asistió mucha gente, transportado de amor a la Celestial Señora, exclamó: «Hijos míos, decid todos conmigo las palabras que voy a pronunciar, y luego recitó una ternísima oración a la Virgen, que sería indudablemente la que empieza «Oh Virgen y Madre de Dios» con la cual y tres Ave Marías solía terminar sus sermones.

Réstanos todavía decir cuatro palabras sobre los frutos recogidos por el P. Claret con su apostolado mariano.

Primeramente logró que arraigaran en el pueblo fiel ciertas devociones a la Virgen, cuyo alcance para la vida religiosa de los pueblos no puede medirse. La oración «Oh Virgen y Madre de Dios», las tres Ave Marías, el Santo Rosario tuvieron en el P. Claret un ferventísimo propagador; y esas prácticas marianas ya sabemos que no suelen permanecer ociosas en los corazones. Y ¿qué habían de hacer aquella multitud de libros buenos compuestos por el mismo Venerable y arrebatados por las multitudes más que si fueran pan bendito? No pudiendo por sí mismo distribuir ni llevar tantos libros y objetos piadosos, se hizo acompañar durante mucho tiempo por un piadoso joven, llamado Miguel Iter, el cual se encargaba de distribuirlos. El

1 Vida del P. Claret por el R. Sr. Aguilar; p. 103.

2 Iris de Paz, 1918, segundo semestre, pág. 266.

3 Ha. María de la Encarnación Arricruz, Religiosa de Nuestra Señora.

pueblo conocía muy bien a dicho joven, y al jumentillo en que eran transportadas las codiciadas prendas, llamaba graciosamente «el burro de los rosarios».

Además de estos frutos espirituales en tan gran copia cosechados, solía la amorosa Virgen recompensar la devoción de su Siervo con ruidosas conversiones y con explosiones de entusiasmo religioso popular, que hacían diese al olvido todos los sabores de su Apostolado. Las comuniones generales solían durar horas y horas, y las confesiones llovían de tal suerte sobre el gran Misionero, que se veía forzado a hacer casa de su confesonario. Bien dijo quien afirmó: «Su confesonario es un pueblo»<sup>1</sup>. Diez, veinte y hasta veinte y cinco confesores no bastaban para recoger el fruto de sus predicaciones<sup>2</sup>, y por eso vemos al Arzobispo de Tatragona, D. Antonio Echanove, exhortar a sus sacerdotes a que ayudasen al santo Misionero en el ejercicio del confesonario<sup>3</sup>.

Claro que el enemigo de las almas no podía mirar impasible tales victorias del adalid mariano, ni faltaron tampoco penalidades físicas y morales de toda especie. Mas su celo, ayudado por el brazo potente de María, triunfó de todos los obstáculos. «Si fué grande,—afirma él mismo—la persecución que contra mí levantaba el infierno, era muchísimo mayor la protección del cielo: conocí visiblemente que la Virgen, los Ángeles y los Santos me condujeron por caminos ignorados, me libraron de ladrones y asesinos, y me llevaron al puerto seguro sin que yo supiera el modo». Facilísimo nos fuera apostillar con ejemplos esas palabras del Venerable, pero es preciso terminar y terminemos con una exclamación que brota espontánea de nuestros labios y de nuestra pluma: ¡Gloria al Apóstol de María!

b) *Apostolado de la pluma*.—Salimos de un mar para engolfarnos en otro más profundo. Hemos contemplado al heraldo infatigable de María, y ahora vamos a contemplar al escritor

1 R. D. Tuní; Véase «V. A». t. I, p. 201.

2 Id. p. 199.

3 Id. p. 213. En una nota trae el P. Aguilar el curioso documento donde esto consta.

mariano, fecundo sobre manera. Expondremos por de pronto los escritos claretianos que tratan ex profeso de la Celestial Señora, y luego, a modo de escogido ramillete, las muchas ideas marianas de los libros del Venerable que, sin ser marianos en su objeto principal, llevan el sello inconfundible de su mariano progenitor <sup>1</sup>.

I.—*El Santísimo Rosario explicado*.—El autor enseña a rezarlo con provecho; hace ver las excelencias de las oraciones que lo componen, en ocho diálogos, a los cuales siguen otros tantos ejemplos, y finalmente cuenta el origen e historia de tan hermosa devoción.

II.—*La devoción al Santísimo Rosario*.—Además de los medios de que nos hemos de valer para rezar bien el Santo Rosario, señala el modo práctico de hacerlo y las virtudes que de la meditación de los misterios ha de sacarse.

III.—*Remedios contra los males de la época actual*.—Esos remedios los reduce el Autor a la práctica de rezar el Santo Rosario. Después de dar a conocer en qué consiste la adoración cristiana, dice que el Rosario es medio muy perfecto de tal adoración. Señala los requisitos para rezarlo bien y exhorta a que se rece de continuo.

IV.—*Origen de la devoción al Escapulario Azul-Celeste*.—No sólo el origen explica el autor, sino también la utilidad de llevarlo, las indulgencias de que está enriquecido, las condiciones para ganarlas, y como por esta devoción se obtiene la reforma de las costumbres.

V.—*La Escalera de Jacob*.—No hay que decir que esta Escalera es la Santísima Virgen. Contiene el libro súplicas muy fervorosas a la Reina del Cielo, dos fórmulas de consagración y un ejercicio de piedad, con el cual el devoto de María puede ir complaciéndose en las grandezas de la Madre Inmaculada.

---

1 Aunque hemos tenido el gusto de espigar en todos los escritos del Venerable, en gracia de la brevedad que el tema exige, sólo nos hacemos cargo de los que se refieren a los diferentes estados de la vida. Por la misma causa omitimos la crítica bibliográfica, que puede verse por otra parte en el «Estudi bibliogràfic sobre'l V. P. A. M.<sup>a</sup> Claret» del R. P. Jacinto Blanch, C. M. F.

VI.—*Breve noticia del origen, progreso e instrucciones de la Archicofradía del Sagrado Corazón de María.*— Además de lo que el Autor nos promete en el largo y jugoso título, contiene el libro varios ejemplos de gracias y conversiones alcanzadas por el Corazón Inmaculado, la Novena a tan dulce Corazón, y una porción de flores de virtud con que ofrecerse pueden guirnaldas de amor a María.

VII.—*Bálsamo eficaz.*— Aunque a primera vista no lo parezca, es un opúsculo notoriamente mariano. Trata el Autor de preservar a los jóvenes del vicio impuro, y aunque trae ejemplos y autoridades médicas en abono del asunto, la trama del librito es la devoción a la Virgen de los Dolores.

Pueden también considerarse como opúsculos marianos del Venerable «*Religiosas en sus casas*» y «*La Colegiala instruida*» por el plan que siguen estas dos obritas. En cambio no lo es, aunque lo parezca, «*La Virgen del Pilar y los Francmasones*» que suponemos será del P. Claret, pues lo afirma en su «*Estudi Bibliogràfic*» el P. Jacinto Blanch.

*Libros que no son marianos en su objeto principal.— Ideas marianas en ellos contenidas.*

*Avisos à un sacerdote.*— Véase lo dicho (pág. 262 y 263) y se comprenderá como el P. Claret no concibió al sacerdote sino como devoto y siervo de María.

*Avisos m. ú. para los padres de familia.*— El Autor aconseja a los padres que sean devotos de María Santísima para que lo sean también sus hijos, y les encarga que «pongan bajo la protección de tan gran Señora a su hijo recién nacido, para que, como Reina que es de los santos Ángeles, se digne destinarlos a su defensa»<sup>1</sup>.

*Avisos m. ú. para las casadas.*— Prescindiendo de las veces que recomienda el Autor la devoción a la Virgen por razones comunes, he aquí lo que en particular dice a la mujer casada: «Durante el embarazo haz alguna devoción especial a María

1. C. O. tomo I, pág. 21.

Santísima... En estos días comulgarás más a menudo y pedirás al Eterno Padre y a la Virgen Madre las gracias para tí y para tu hijo»<sup>1</sup>. Para cuando ya pueda salir de casa, le recomienda el ejemplo y virtudes de María, y le exhorta a que inculque a sus hijos la devoción a la Virgen desde la más tierna infancia.

*Avisos m. ú. a las viudas.*—Les inculca que lean libros de la Virgen, que recen el Santo Rosario y que imiten a María, sobre todo en el recogimiento y paciencia. «Todo el mundo—les dice—debe aprender de María; pero con especialidad las viudas». Y en otra parte: «¡Ah, viudas! si vosotras sois verdaderas viudas, Jesucristo será vuestro Esposo y la Santísima Virgen vuestra Madre»<sup>2</sup>.

*Avisos saludables a las doncellas.*—En las pocas páginas de este opúsculo recomienda el Autor muchas veces la imitación de la Virgen, además de aconsejar otras tantas las prácticas marianas que le eran favoritas: Rosario, etc.

*Avisos saludables a los jóvenes o La Cesta de Moisés.*—Entre lo mucho y bueno que contiene este opúsculo sobre devoción a María, tomamos las siguientes palabras con que el Autor encarece el amor a la Reina del Cielo. Dice así: «Por lo más santo y sagrado que hay sobre el cielo y la tierra te pido y suplico que seas devotísimo de la Santísima Virgen; y te aseguro que si tomas este aviso, ya te saludo por feliz y bienaventurado»<sup>3</sup>.

*Avisos saludables para los niños.*—Estos avisos son cinco consejos de vida eterna que el amor del Venerable brinda a la infancia. El tercero dice así: «Amar, de todo corazón a la Santísima Virgen María, como a Madre de Dios, y encomendarse a ella todos los días haciéndole algún obsequio.» Pone después varios motivos de devoción a María, refiere algunos ejemplos para el caso y antes de señalar una porción de obsequios que los niños pueden tributar a la Santísima Virgen, les dice con toda la ternura de un padre: «Por Dios, amad mucho a María; mirad que es la mejor de las madres...»<sup>4</sup>.

1 Id. Id. p. 73.

2 Id. Id. p. 109.

3 C. O. t. I, pp. 157 y 158.

4 C. O. t. I, p. 130.

*Avisos a un militar cristiano.*—Para conservar la castidad le aconseja las tres Ave Marías mañana y noche. Asimismo que, cuando tenga algún mal pensamiento, diga: «Virgen Santísima, asistidme»; remedio que también le da contra los enfados. Para evitar el feo vicio de la blasfemia, le recomienda las tres Ave Marías y, si aun así, se le escapa alguna, que rece por penitencia un Ave María. Para antes de la batalla le aconseja esta corta pero fervorosa oración: «Virgen y Madre de Dios y Madre mía, rogad por mí ahora y en la hora de mi muerte. Madre mía, en vuestras santísimas manos me entrego, cuidad de mí». Finalmente le dice: «Cumple tus deberes y sé devotísimo de Jesús y de María, y te prometo la felicidad eterna que tanto te deseo, en donde todos nos veamos. Amén!»

*El Colegial o Seminarista instruido.*—Desistimos de transcribir las ideas marianas de este precioso libro del Venerable, pues llenarían ellas solas varias páginas. La devoción a María se recomienda en este libro en todas las formas y para todos los actos del Seminarista. ¡Qué importancia no se concede a dicha devoción, p. ej., cuando, al hablar el Autor de la Congregación mariana, dice que «indispensablemente debe haberla en la iglesia del Seminario!»<sup>1</sup>. ¡Qué ternura y presencia de la Virgen quería el P. Claret en los seminaristas, cuando les pone esta norma tan mariana para los juegos: «El que ha perdido que rece la Salve a la Virgen: así se anima más el juego y se estimula!»<sup>2</sup>. Al Obispo le encarga, entre algunas normas para tener un buen Seminario, que haga rezar a los Seminaristas el Oficio Parvo de la Virgen, que procuren se haga la visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima y que se rece todos los días el Santo Rosario<sup>3</sup>. Como muestra de lo arraigada y familiar que quería el Venerable en los aspirantes al Sacerdocio la devoción a la Reina del Cielo, ponemos aquí lo que les aconseja para cuando vayan a vacaciones:

«Los seglares bien arreglados,—dice—no faltan, yendo de viaje, a rezar el Santo Rosario por la mañana y por la tarde;

1 Tomo I, c. 33.

2 t. I, c. 32.

3 t. I, sec. III, c. 1.

con más razón debe hacerlo el Seminarista»<sup>1</sup>. Al llegar al pueblo de residencia conviene ante todo ir a la Iglesia a visitar al Santísimo Sacramento y a María Santísima»<sup>2</sup>. «Si en la parroquia se acostumbra rezar el Santo Rosario, deben dar ejemplo al pueblo asistiendo a él; si no, rezarlo a solas con los de su casa»<sup>3</sup>. Estando en sus casas han de rezar el Oficio Parvo de la Virgen, si no vienen obligados al Oficio Divino<sup>4</sup>. Tanto para el viaje, como para cuando estén los Seminaristas en sus casas, encárgales que no descuiden el rezo del «Angelus», y que procuren introducir en las familias la saludable práctica del Santo Rosario<sup>5</sup>.

Y para concluir, vaya un parrafito precioso en que el P. Claret apunta las prácticas marianas en que debe ejercitarse el joven sacerdote, párrafo que nos retrata al Venerable en la época de sus estudios. Después de proponerle como tipo de los devotos marianos al mismo Jesucristo, le dice: «Todas las horas del día y de la noche le rezará el Ave María. Las oraciones de mañana, mediodía y noche. Todos los días rezará el Rosario. Todos los sábados en su obsequio ayunará, y tendrá la lectura espiritual de su devoción; y con grande fervor celebrará sus festividades de entre año. Tendrá en su aposento una imagen que saludará siempre al entrar y salir, y entre día se dirigirá a ella, y de ella se valdrá como de un telégrafo que va al cielo.— El buen sacerdote no se ha de contentar con ser él devoto de María Santísima, sino que ha de promover por todo estilo su devoción, v. gr. enseñando el modo de rezar bien el Rosario, alistándose en alguna de sus cofradías, frecuentando los Sacramentos en su obsequio, etc., etc.»<sup>6</sup>.

¿Qué te parece, lector amable? ¿Es, o no, el Venerable Claret escritor mariano, fecundo entre los más de las pretéritas centurias? Pues cuenta que no hemos andado sino parte muy peque-

1 t. I, c. 35, a. 4.º.

2 Id. Id. a. 5.º.

3 Id. Id. a. 6.º.

4 Id. Id. Id.

5 El C. I, t. c. 35, a. 4.º, 6.º y 9.º.

6 Id. t. II, sec. V, c. 1. a. 10.



ña del camino. Cuenta que como esos opúsculos y libros apuntados hay otros muchos que hemos omitido, y no desdicién nada del marianismo de su Autor; hay devocionarios como «Camino Recto», «Maná del Cristiano» y «Devocionario de los Párvulos» que rezuman por todas sus hojas jugo suavísimo de piedad mariana<sup>1</sup>. Hay varios libros dedicados expresamente a María, como los dos Catecismos, el Breve y el Explicado; hay finalmente otros libros que, como las «Reglas de espíritu», terminan con un grito de amor a la Celestial Señora. Cuenta, sobre todo, lector amable, con la omisión voluntaria de la célebre Pastoral del Venerable sobre la Inmaculada, pues antes hicimos mención de ella, y también con las «Constituciones para los M. M. H. H. del C. de María», que, siendo troquel de un Instituto entrañablemente mariano, contiene por necesidad lo más genuino del espíritu mariano de su Autor. Y nada más. ¡Paso al gran escritor de María!

c). *Apostolado de la acción*.—Vamos a pedir al Venerable otra gran prueba de su amor a María: las obras. Obras son las predicaciones tan trabajosas que sostuvo y obras también los escritos innumerables con que cantó las alabanzas a la gran Reina y la dió a conocer a todos los pueblos donde no pudo llegar su elocuente palabra; pero obras son principalmente las asociaciones marianas en que el Venerable Claret intervino, y a ellas nos referimos en el anterior epígrafe. Sin comentarios que atenúen el brillo de la verdad, he aquí un resumen incompleto de las principales fundaciones hechas o ampliamente favorecidas por el P. Claret.

1. *Fundaciones del P. Claret*.—*Congregación de M. M. H. H. del Ido. C. de María*.—Fundóla en la ciudad de Vich el año 1849, día de la Virgen del Carmen. Ayudáronle cinco compañeros a quienes enardeció con su fervorosa palabra. Es obra tan eminentemente mariana que, según se deduce de ciertas expresiones del Venerable, la misma Santísima Virgen fué la verdadera Fundadora<sup>2</sup>. Esta Congregación practica y propaga

1. El «Camino Recto» tiene ya más de 150 ediciones y el «Maná» también las tiene numerosas. ¡Cuándo debe por tanto al P. Claret la devoción mariana!

2. Véase «La Obra Apostólica del Ven. P. Antonio M. Claret, c. XV.

principalmente la devoción al Ido. C. de María y al Santo Rosario. Como es muy conocida en España, nos contentamos con poner a continuación el estado de casas y personal, según el último catálogo que tenemos a la vista. Es como sigue: *Personal*: 1852 individuos; de ellos dos son obispos, 916 sacerdotes, 392 estudiantes profesos y 542 hermanos coadjutores: *Casas*: son 146 repartidas por España e Islas Canarias, Portugal, Francia, Italia e Inglaterra, en Europa; por los territorios españoles del Golfo de Guinea en África; y por Argentina, Bolivia, Brasil, California, Colombia, Cuba, Chile, Estados Unidos, Méjico, Perú y Uruguay en América.

*Congregación de Hijas de María Inmaculada para la Enseñanza*.—Nacieron también al amparo del Venerable, en Santiago de Cuba, año del Señor 1855, estas humildes religiosas. Columna de la fundación y «Madre primera» fué la ejemplar señora D.<sup>na</sup> Antonia Paris, llamada en Religión María Antonia Paris de San Pedro. Venida a España fundó varias otras casas de su Instituto, siendo la primera y principal Casa-Noviciado de Tremp (Lérida). El P. Claret mantuvo frecuente correspondencia con la Madre M.<sup>na</sup> Antonia de S. Pedro, de la cual se conservan aun 55 cartas, de puño y letra del Venerable.

Tiene el Instituto las Casas siguientes: Santiago y Baracoa en Cuba; y en España las de Tremp (Lérida), Reus (Tarragona), Vélez Rubio (Almería) Huércal Overa (id.), Carcagente (Valencia) <sup>1</sup> y la recién fundada de Vicálvaro, junto a Madrid, donde se instaló el Noviciado el 16 del pasado Julio.

El escaso desenvolvimiento del Instituto débese en gran parte a la vida independiente que tuvieron las Comunidades después de la muerte de la Madre María Antonia. Hoy, felizmente, ya no existe tamaño estorbo, merced a los buenos oficios del preclaro canonista Rvmo. P. Felipe Maroto, C. M. F., quien ha uniformado el régimen de las Religiosas, con las autorizaciones debidas, en el Capítulo celebrado en Reus, el año 1920.

*Religiosas en sus casas, o las Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María*.—El Rdo. P. Juan Postius, con

1 Esta Casa lleva aún vida independiente.

muy buen acuerdo, trató de dar a conocer hace algunos años en «El Iris de Paz»<sup>1</sup> esta benemérita institución claretiana. A él remitimos a quien desee más pormenores, así como al opúsculo escrito por el Venerable con el mismo título que encabeza estas líneas. Según el dicho escritor, las religiosas en cuestión, no son religiosas en sentido canónico, ni viven en comunidad. No son terciarias, ni siquiera congregantes, cofrades o hermanas en sentido estricto; simplemente forman entre sí una especie de sociedad que, por ser para fines piadosos, se llama «Pía Unión».

*Fin de la institución.*—Viendo el Venerable en sus correas apostólicas que muchas jóvenes no podían entrar en el claustro por razones que él mismo enumera, les muestra como claustro regaladísimo el Corazón Virginal y les convida fervorosamente a entrar en él, para conservarse puras y vírgenes en medio de un mundo tan corrompido.

*Organización.*—Debe haber entre ellas tres jerarquías. En la 1.<sup>a</sup> están las niñas que no han cumplido aún 13 años; en la 2.<sup>a</sup> las jóvenes hasta los 40 años, y en la tercera las vírgenes de 40 años arriba. El solo lazo común y la autoridad única es el Director de la obra. Sin embargo, fuera bueno que, conforme a la facultad que dió el Venerable Autor y a la conveniencia que consigo trae la asociación, se unieran la Religiosas Hijas del Santísimo e Idoiatrado Corazón de María en apretada falanje de Apóstoles de la familia.

*La Librería Religiosa.*—Varios fueron los motivos que indujeron al P. Claret a la institución de esta célebre Librería. Viendo el aluvión de malas lecturas que amenazaba anegar en un mar de fango las buenas costumbres, quiso levantar un dique capaz de contenerlo y contrarrestarlo. Por otra parte había notado el ardoroso afán con que los pueblos le arrebatában los libritos que en las Misiones distribuía. El P. Claret hubiera querido darlos a un precio que estuviera al alcance de todas las personas, y hasta acariciaba la idea de repartirlos gratuitamente. De estas consideraciones nació pronto la Librería Religiosa, y con esto está dicho su objeto. Quedó definitivamente constituida

---

1 Año 1915, 2.<sup>o</sup> sem. p. 97.

el año 1848, bajo la poderosa égida de la Virgen de Montserrat. La mayor parte los libros editados en aquella época debiéronse a la fecunda pluma del Misionero celoso y Fundador de la Librería, a quien ayudó constantemente en la corrección de los libros el Dr. Caixal, amigo íntimo del Venerable.

Los frutos que dió la Librería fueron muy copiosos. La estadística oficial de sus impresos, si se tuviera, resultaría abrumadora. Sólo desde 1848 a 1866 imprimió 2,509,500 opúsculos, 2,811,100 tomos de diversos tamaños y 4,249,200 carteles de Catecismo y hojas volantes, o sea; 9,569,800 impresos en 19 años.

La Librería Religiosa sobrevivió al Venerable y ha llegado hasta nuestros días, aunque el fin no sea idéntico y a tiempos haya malogrado sus frutos la codicia de los libreros <sup>1</sup>.

*Academia Católica de San Miguel.*—Fué planeada por el Venerable mientras se restablecía de las heridas de Holguín (1856). En 1858 escribía su Reglamento y en 1859 quedaba legalmente constituida.

*Fin de la Obra* es, según se dice en el prólogo del «Plan de la Academia de San Miguel», «asociar a los hombres sabios y honrados para alabar a Dios en esta vida por medio de la verdad, y caminar a él por medio de la virtud».

*La Organización.*—Es todo lo amplia que puede desearse: se dividen los socios en tres jerarquías, compuestas, «la primera de los literatos, la segunda de los artistas y la tercera de las personas virtuosas que por su profesión no pueden pertenecer a las anteriores. Los literatos deben componer, publicar y dar a conocer los libros buenos hasta inundar de ellos a la Sociedad que gime bajo el peso de tantos libros y folletos malos. A los artistas incumbe poner a la vista de las gentes cuadros inspirados por la fe y la caridad católicas, de ejecución perfecta, para desterrar la abundancia de pinturas deshonestas, que

<sup>1</sup> La paternidad cleretiana de la Librería Religiosa fué puesta en duda por algún mal intencionado. El P. Postius, (Ilt. del Clero 1917), pulverizó más que los argumentos las afirmaciones de los émulos del Venerable, calificando de dislate histórico tales afirmaciones, por no llamarlas con el negro dictado que les corresponde en derecho.

fomentan la lascivia en todas las clases, y deleitar los oídos con músicas y cánticos que derramen en el alma una santa alegría. Los académicos de la tercera clase tienen por principal encargo atraer las bendiciones de Dios sobre la Academia con fervorosas oraciones».

*Los Frutos*, de la Academia fueron también muy copiosos. En solos 9 años repartió unos dos millones de libros, otras tantas estampas, 30,000 medallas, más de 2,000 crucifijos y sobre 10,000 rosarios, sin contar los libros que prestó, los cuales rebasaron la cifra de 20,000.

¿Porqué no se mantuvo firme una obra llamada a ser en España, con la Librería Religiosa, el gran muro de bronce contra la prensa impía? No nos toca averiguarlo; pero podemos afirmar que no cabe la más mínima culpa al magnánimo Fundador de tan grandiosa empresa.

*Sociedad de María contra la blasfemia.*—Esta Sociedad es copia de otras similares existentes en Inglaterra y otros puntos de Europa, para desterrar el feo vicio de la blasfemia. Desde el año 1845 la propagó por Cataluña el Venerable, dándole un sello mariano que no tenía en las demás naciones.

2.—*Fundaciones que el P. Claret alentó.*—*Terciarias Carmelitas de la Caridad.*—Este Instituto fué fundado en Vich por el fervoroso capuchino P. Esteban de Olot y D.<sup>a</sup> Joaquina de Vedruna de Mas, el año 1826. Los primeros votos perpetuos de las Hermanas recibiólos el P. Claret en el año 1844. En 1850 fueron hondamente transformadas por el Siervo de Dios las Constituciones del Instituto y aprobadas merced a los trabajos que aquél se impuso. Alguien hizo al P. Claret Fundador de esta benemérita Congregación de Religiosas<sup>1</sup>. Tal afirmación no es cierta y quien la formuló fué pródigo en demasia con el Venerable, aunque tiene razonable disculpa. El que no la tiene ninguna, por lo escaso que se muestra en dar al P. Claret participación en el Instituto de Carmelitas Terciarias,

---

1 Véase «Vida de D. Antonio M. Claret» por el Rdo. D. F. de A. Aguilar, cap. XXV nota.

es el P. Jaime Nonell en la Vida de la Madre Joaquina <sup>2</sup>. «Suum cuique».

*Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María* <sup>3</sup>. —Fué Fundador de estas Religiosas el Canónigo, Dr. D. Joaquín Masmitjá, amigo íntimo de nuestro Venerable, con el que se comunicó y del cual recibió grandes alientos en la fundación de dichas Religiosas, hoy muy extendidas por diversas partes del mundo.

Y nada más sobre fundaciones y asociaciones piadosas del Venerable, pues sería cuenta de nunca acabar querer contarlas y resumirlas todas.

#### VII.—CAPÍTULO DE BENEFICIOS

Para dar cumplido remate a la historia de la devoción del P. Claret a María, fáltanos decir alguna cosa sobre las gracias con que la Virgen correspondió al cariño de su fiel Apóstol, y corroborar con testimonios extrínsecos la gran devoción del Venerable a la Celestial Señora. A esto responderá el párrafo siguiente; a lo primero vamos a responder ahora insinuando, nada más que insinuando, los favores principales que el P. Claret recibió de María Santísima. Seguiremos el orden cronológico.

1807. Nace el P. Claret «de padres muy devotos del Santísimo Sacramento y de María Santísima». Es bautizado en Santa María de Sallent el día de Navidad.

1808. María Santísima le libra de una muerte segura, a tiempo que su nodriza e hijos mueren aplastados bajo los escombros de su propia casa.

1826. De nuevo le libra María Santísima de la muerte, cuando, bañándose en el mar, fué arrastrado por las olas.

1828. Invocando a la Virgen, rompe los lazos que le tenía una mala mujer.

<sup>2</sup> Vida y virtudes de la Vble. Madre Joaquina de Vedruna de Mas. Manresa 1905.

<sup>3</sup> No se confundan con las «Religiosas en sus casas»,

1829. Aparécese al Siervo de Dios la Santísima Virgen y le libra de una horrible tentación contra la santa pureza, y le concede castidad perfecta.

1835. Es ordenado de Sacerdote en Solsona, después que María Santísima le protegió tanto durante la carrera eclesiástica.

1839. Viajando para Roma, pero dentro aún de España, Dios y la Santísima Virgen hacen que salga incólume de manos de unos ladrones.

1840. María Santísima le concede la salud perdida en Roma y así puede consagrarse a las Misiones.

184... El demonio le hiere; se hace necesaria una operación, y cuando los cirujanos quieren efectuarla, díceles el Padre Claret: «La Santísima Virgen me ha curado», y así fué en verdad.

1849. Elegido por María, y en la festividad mariana del Carmen, funda la Congregación de MM. HH. del Inmaculado Corazón de María.

1850. El día 6 de Octubre, fiesta del Rosario, es consagrado Arzobispo de Cuba en la Catedral vicense.

1855. La Santísima Virgen le aprueba la Pastoral sobre la Inmaculada, después de definido el dogma.

1856. Logra derramar en Holguín parte de su sangre por amor a Jesús y María.

—Mientras se cierran las heridas recibe de la Santísima Virgen tres gracias como dice él mismo: 1. Curación repentina de una fistula, evitándose la operación quirúrgica que los médicos creían necesaria. 2. La herida del brazo se cierra de suerte que la cicatriz forma una imagen de la Virgen de los Dolores. 3. Concibe el plan de la Academia de San Miguel.

—En el mismo año la Santísima Virgen le libra de ser quemado vivo en la hacienda de Alta-Gracia (Cuba) y le avisa que se retire del Partido de Santo Domingo.

1858. Le enseña la Virgen el modo para santificarse, diciéndole: «Ya lo sabes, arrepíentete de las faltas pasadas, y vigilancia en lo venidero. ¿Oyes, Antonio? Vigilancia en lo venidero. Sí, sí, yo te lo digo».

—En Octubre de este mismo año dícele la Virgen que debía ser el Domingo de estos tiempos en la propagación del Rosario <sup>1</sup>.

1859. El día 4 de Septiembre le dice Jesucristo: «La mortificación has de enseñar a tus Misioneros.» Y luego María Santísima: «Así harás fruto, Antonio».

1860. Dícele la Santísima Virgen que arregle los «Apuntes» <sup>2</sup>.

1861. La Santísima Virgen le aprueba el «Colegial Instruido».

—Jesús le dice: «Antonio, prepárate», y María Santísima: «Sí, Antonio, prepárate».

1861. Por intercesión de la Virgen, y en la iglesia del Rosario de La Granja, le concede el Señor la estupenda gracia de la conservación de las Especies sacramentales de una Comunión a otra.

1862. Esta gracia de la conservación de las Especies la anota el Siervo de Dios en sus apuntes y queriendo en este año borrar lo escrito, la Santísima Virgen le mandó que no lo borrara.

—La Santísima Virgen le aprueba una hojita con este título: «El Carnaval y su entierro».

—El Siervo de Dios pregunta a María si quiere servirse de él, y Ella le responde: «Sí, de tí me quiero servir».

—Tiene también este año varias revelaciones sobre el Rosario.

1863. De nuevo pregunta el P. Claret a la Virgen: «Si os queréis servir de mí», y la Virgen le contesta: «Sí».

1866. La Santísima Virgen le libra de manos de los revolucionarios. El Siervo de Dios pasa la noche del peligro en el camarín de la iglesia de Montserrat (Madrid).

1867. Siente fuertes impulsos de propagar el Santísimo Rosario.

1868. El Señor, para consolar a su fiel Siervo, le asegura

<sup>1</sup> La Autob. pone 1857; los Apuntes o Doc. Anej. 1858.

<sup>2</sup> Son los que compuso para guía de su conducta y después publicó para bien de los de más Prelados.



que la fe permanecería en España por intercesión de María Santísima.

1869. Tiene el Siervo de Dios claro conocimiento de la pureza de María.

—El Señor y la Virgen concédenle perfecto perdón de sus enemigos por medio de un prodigio.

... La Santísima Virgen pone al Niño Jesús en brazos del Venerable.

### VIII. — CAPÍTULO DE TESTIMONIOS

Séanos permitido comenzar por uno del mismo Venerable. Extenso y todo como es, merece figurar en este estudio. Aunque juegue tanto la tercera persona, basta saludar dos páginas de la vida del P. Claret para descorrer el velo del anónimo que oculta a nuestro Apóstol de María. Dice así: <sup>1</sup>

1. «El ejemplo que voy a referir es de nuestros días; ha sucedido a un amigo del que lo ha escrito, y se lo he oído contar a él mismo. Es de un joven que desde muy pequeño había tenido siempre gran devoción a María Santísima. Aún no tenía uso de razón, y ya rezaba de rodillas cada día una parte del Rosario, y después de grande, ha rezado las tres partes cada día. Desde muy niño tomó la cédula del Santísimo Rosario. Fué cofrade del Rosario, del Carmen, de los Dolores y del Inmaculado Corazón, y cumplía sus respectivas obligaciones... En todas las vigiliass de las festividades y en todos los sábados del año ayunaba en obsequio de María Santísima; en todos los días del año rezaba las oraciones de mañana, mediodía y noche, y también la de las ánimas... singularmente gustaba leer los libros que trataban de María Santísima: y además pasaba mucho tiempo delante de una imagen de la Santísima Virgen haciendo sus rezos y oraciones; y la hablaba con toda la cordialidad y confianza que es posible tener sobre la tierra, porque estaba bien persuadido que María Santísima, que está en el Cielo con cuerpo y alma, le oía desde

---

<sup>3</sup> «Origen del Trisagio», 7.<sup>o</sup> ejemplo. Véase de paso como sabía el Venerable meter en todo el espíritu mariano.

aquella imagen ante la cual oraba; y para avivar más su devoción, se imaginaba que desde la imagen que tenía a la vista, iba lo que rezaba al original que está en el Cielo, como va la noticia de un extremo a otro por los alambres eléctricos de los telégrafos submarinos o terrestres; y así la hablaba con una fe, confianza y devoción como si realmente la tuviera presente. Mas en obsequio de María Santísima se abstenía no sólo de pecados mortales, sino también de veniales, faltas e imperfecciones, y aun se abstenía de cosas bien lícitas, sólo para mortificarse y abstenerse de alguna cosa en obsequio de M. S. En obsequio suyo frecuentaba también los santos Sacramentos, asistía a las funciones de la iglesia, visitaba a los enfermos, y hacía limosnas a los pobrecitos, y todo el bien que podía. Le parecía que oía su voz que le pedía: Haz esto o aquello por mi amor, y él lo hacía con la mayor prontitud y perfección. Él amaba a María, pero María todavía le amaba más a él, pues siempre le concedió cuanto le pidió, y muchas veces le concedió cosas que nunca había pedido ni pensado: le libró de enfermedades, de peligros, y aun de la muerte muchas veces por mar y tierra; le libró de tentaciones y ocasiones de pecar; se vió una vez como el casto José, y todavía más apurado, y por medio de María Santísima fué librado, y escapó huyendo de la tentadora. Pero el caso más crítico que le sucedió fué que un día por una pequeña indisposición tuvo que quedarse en cama, pues que así se lo mandaron sus superiores, y a las 10 y media se sintió tan tentado contra la pureza, que ya no sabía qué más hacer para vencer la tentación: él acudía a M. S., invocaba al santo Ángel custodio, rogaba a los Santos de su nombre y de su devoción, se esforzaba en fijar su atención en objetos indiferentes para distraerse, y así desvanecer y olvidarse de la tentación: se signaba la frente a fin de que el Señor le librase de malos pensamientos, pero todo en vano: finalmente se volvió del otro lado de la cama para ver si así desvanecía la tentación, cuando he aquí que se le presenta la Santísima Virgen, hermosísima y graciosísima con una corona de rosas en la mano, y le dice: «Esta corona es tuya, si vences». El joven, embelesado al ver a M. S. que le hablaba, y que le ponía la corona de rosas en la cabeza, no atinó siquiera a decir una palabra, hasta que desapa-

reció la visión, quedando el joven tan consolado, que no cabía en sí de contento y alegría. Desapareció completamente la tentación, y no se vió más tentado contra la pureza.

Los testimonios que siguen están tomados del «Resumen» del P. Jaime Clotet.

2. «Siendo el Sr. Claret estudiante, era sumamente modesto en el vestir, en el hablar y en todas sus obras. Acostumbraba hacer la visita al Santísimo Sacramento por la mañana y era devotísimo de la Virgen Santísima.»

(D. Ignacio Alemany y D. R. Corominas, condiscípulos del P. Claret.)

3. «Sus eminentes virtudes, en particular su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, su tiernísima devoción a la S. V., le grangearon el nombre de Santo.»

(D. Federico Gruart, ex-capellán del R. M. del Escorial.)

4. «Siempre le admiré por sus virtudes, sabiduría y gracia singular recibida del Señor, y sobre todo por ser un ferviente devoto de la Madre de Dios.»

(R. D. Martín Juncadella, Arcipreste de Calaf, dióc. de Vich.)

5. «Oí repetidas veces a sus contemporáneos esta frase: «Era un hijo favorecido de la Virgen María.»

(R. D. Miguel Raich, Reg. de Sendomir, dióc. de Vich.)

6. «Me edificaba su conducta ejemplar..., pero particularmente su devoción al Santísimo Sacramento y a la Virgen Santísima.»

(M. Iltre. A. M. Lladó, Cap. de la Real Capilla.)

7. «Su vida era en todo ejemplar: humilde, caritativo,... lleno de celo y fervor por la gloria de Dios y salud de las almas, tiernamente devoto de María Santísima.»

(Fr. L. Senmartí, O. M. que conoció en Roma al Venerable.)

8. «El Excmo. Sr. Claret era un querubín: su devoción a la Virgen Santísima era tanta, que, por decirlo así, no cabía más en su medida: a Ella atribuía el haberse librado de muchísimos peligros...»

(R. D. Juan Codina, Párroco de Sallent.)

Los dos testimonios siguientes son del Abogado de la causa

de beatificación del P. Claret, y del Promotor de la Fe, respectivamente.

9. «El Siervo de Dios deseó ardientemente que todos amasen y obsequiasen a la bienaventurada Virgen, tomando esto como un deber de su ministerio. En sus predicaciones apostólicas nunca predicaba al pueblo sin haber rezado antes con él el Santo Rosario; y, nombrado Arzobispo de Cuba, tomó con empeño que el mismo Rosario se rezase en todas sus parroquias. En cierta ocasión viendo profanar el día de la Inmaculada con trabajos serviles, se esforzó por impedir tales trabajos y no habiéndolo podido conseguir, fué tanto su dolor que cayó enfermo. Apenas tocó tierra de Cuba, dijo que había puesto su potestad episcopal bajo el amparo de la Santísima Virgen y que con su auxilio gobernaría la diócesis. Para mostrar públicamente su afecto a María esculpió en su báculo pastoral una imagen de la Virgen, y en todos sus viajes por la isla de Cuba llevaba consigo un cuadro de la Reina del Cielo. Asimismo siempre llevó pendiente de sus hombros una medalla de María. Finalmente, sobrecogido por la última enfermedad, por nada permitió que le quitasen de sus manos el rosario.»

(Positio super introductione Causae, pág. 34.)

10. Citemos por último las palabras con que el Promotor de la Fe habla de la devoción del P. Claret a María. Teniendo en cuenta que dicho Promotor ha de desvirtuar por oficio las buenas cualidades del Siervo de Dios o Venerable beatificando, lo que él llama presunción, podemos tomarlo nosotros como un testimonio brillante de la confianza del P. Claret en María. Oigámosle:

«¿Acaso no sabe a presunción y jactancia lo que el testigo XXV del proceso ordinario de Vich cuenta de la confianza del Siervo de Dios en la Virgen Santísima? «Me dijo más de una vez, que no le había pedido gracia alguna que no le fuese concedida, añadiendo estas palabras: Yo la tomo del manto y le digo: o me concedéis esta gracia, o luchamos y os rasgo el manto; y así Ella accede a mi petición». Y el testigo XXVIII: «En cierta ocasión en que el Venerable había predicado a nuestras Hermanas, antes de despedirse... dijo el Venerable: Tengamos gran confianza, pues voy a pedir a la Virgen un favor, y es

que ninguna de vosotras deje de salvarse. Entonces se postró el Siervo de Dios ante una imagen de María, y después de un rato de oración dijo: la gracia está concedida».

(Animadv. Prom. Fidei super dubio. «An constet de virtutibus...») ¡Dichosa presunción que tantos favores atrajo de la Reina del Cielo!

## SEGUNDA PARTE

### DIVERSOS ASPECTOS DEL APOSTOLADO MARIANO DEL V. P. CLARET

#### I.—EL P. CLARET Y LA ESCLAVITUD MARIANA

Que el Venerable P. Claret haya sido uno de los más fervorosos esclavos de la Virgen, no admite sombra de duda. El Congreso Montfortiano de Barcelona lo proclamó así y escribió entre sus conclusiones ésta tan honrosa como justa sobre el ilustre Apóstol de María: «XXIV... El Congreso expresa su anhelo de que sea pronto un hecho la canonización de nuestro Beato y la beatificación del Vble. P. Claret.» Esta conclusión es la segunda de las dos que, referentes al P. Claret, expresó en su ponencia el R. P. Luis Montolo, O. Pr. La otra dice así: «I. El Congreso afirma: a) la conveniencia de que los Sacerdotes se miren con frecuencia en el Bto. Luis Ma., el Vble. P. Claret y demás Apóstoles marianos, particularmente en los ejercicios de su ministerio; b) la necesidad de extender por todos los medios entre las gentes la doctrina montfortiana, según lo hizo el Venerable P. Claret, como medio de perseverancia; c) y sobre todo, la renovación en la familia del rezo del Santísimo Rosario, devoción a la cual tanta importancia dieron el V. P. Claret y el B. Montfort»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Crónica del Congreso Montfortiano de Barcelona. Totana (Murcia) 1920.

Acabamos de leer que el V. P. Claret propagó la doctrina montfortiana. Veamos en qué sentido. Y, ante todo, cabe preguntar: ¿Conoció el Venerable el tratado de la «Verdadera Devoción» del B. Luis M.<sup>o</sup>? Repugnancia absoluta no la hay. Sabido es que el cada día más famoso tratado del B. Montfort durmió por muchos años en el silencio de un viejo cofre, hasta que fué hallado y publicado en 1842. Siendo además la primera edición española de 1853, tanto en francés como en castellano pudo ser saboreado por nuestro Venerable. Sin embargo creemos que no fué así, por este sencillo argumento, para nosotros decisivo. Si el P. Claret hubiera tenido noticia del precioso libro de Montfort lo hubiera recomendado, o por lo menos nombrado en sus escritos. ¿Es posible, en efecto, que mientras nos recomienda mil veces las Glorias de María y el Anuario, ni una palabra tenga para un libro que cautiva a la primera lectura y hace saltar de gozo los corazones marianos? No, el P. Claret no debió de leer el libro del B. Luis o, si lo leyó, sería tal vez en las postrimerías de su vida. Con esto no afirmamos, ni mucho menos, que la vida y el espíritu del B. Montfort fueran desconocidos para el V. P. Claret. Muy al contrario; si el P. Fáber pudo estudiar ya en 1846 la vida y el espíritu del célebre Beato, ninguna repugnancia hay en que lo fueran por un escritor español, conocedor de la lengua francesa y de una erudición nada ordinaria. En el opúsculo del Venerable, titulado «El Santísimo Rosario» hay una referencia no despreciable que confirma nuestro aserto <sup>1</sup>. Entre los grandes propagadores del Rosario en el siglo XV, II cuenta al Venerable Luis María, Terciario dominico <sup>2</sup>.

De todo lo que antecede resulta que el P. Claret no copió ni siguió siquiera al B. Luis, por más que se le parece mucho en el espíritu mariano. Curiosa sería la comparación entre esos marianos Apóstoles, formados ambos a los pechos maternos de la Celestial Reina; y efectivamente, sabemos haberse presentado

<sup>1</sup> Ed. Barcelona 1865, pag. 154.

<sup>2</sup> No es de extrañar que no haga al B. Luis fundador de varias Congregaciones, porque a la sazón eran éstas poco conocidas en España. Que el B. Luis fuera Terciario dominico, puede verse en la obra de Mons. Laveille «Le B. Louis M Grignón de Montfort et ses familles religieuses». Tours, 1916.

sobre el particular al Congr. Montf. de Barcelona una bien escrita memoria. De ella hemos leído gustosos la segunda parte, en la cual pruébase que el P. Claret fué verdadero Esclavo de María. Decisivas nos parecen las razones. Compendiado el espíritu de la Esclavitud M. en la cuadruple fórmula, «todo por María, con María, en María y para María», con textos auténticos hace ver al autor que el Fundador de los MM. del C. de María supo emplearla maravillosamente y fué, en consecuencia, verdadero Esclavo de la Virgen. Para nosotros tal conclusión es de evidencia meridiana. Lo único que nos hemos preguntado a veces es, si entre la Filiación y la Esclavitud tan traídas y llevadas en la Autobiografía y escritos del P. Claret, ha de preferirse la primera o más bien la segunda. Creemos que la primera; teniendo presente, sin embargo, que la Esclavitud y la Filiación no son cosas irreductibles, antes bien muy amigables <sup>1</sup>. Para decir algo sobre el espíritu de Filiación mariana del Venerable, vamos a citar unas palabras de sus apuntes. Dicen así: «Nisi efficiamini sicut párvuli... Niño por inocencia, pequeño en la humildad, infante en el silencio y tierno en la caridad. Niño también en el desprendimiento, en olvidar agravios, *en querer a la Madre*» No menos claros y expresivos son los párrafos en que el Venerable se inclina a la Esclavitud, de los cuales queremos copiar alguno para conocimiento y consuelo de los Esclavos de María. Ante todo hagamos mención del más público, por haber aparecido en varias publicaciones españolas. Es retazo de una carta dirigida por el P. Claret al Dr. Miura, Can. de la Metropolitana de Cuba. «Ya sabe— escribe el Venerable— que yo no tengo voluntad propia; soy esclavo de mi Señora, María Santísima, y un esclavo no puede tener otra voluntad que la de su Señora a quien sirve». Hay argumentos que por sí resuelven una tesis. El citado nos parece de tal naturaleza. Con todo, a mayor abundamiento vayan otros por delante. Estudiando el Siervo de Dios Teología, compuso en honra del Sagrado C. de Jesús las «Cartas de los nueve Coros de los Ángeles» y en la segunda de

---

<sup>1</sup> No es raro, pues, que el V. P. Claret las junte muchas veces, como se nota, p. ej. en «C. O.» t. 2.º, p. 316.

ellas pone en boca de los Arcángeles estas palabras dirigidas al alma fiel: «Suplica a María que se digne admitirte por su esclavo y enseñarte el modo de agradarle a Ella y al Corazón de su amantísimo Hijo». Y pues que de citas va, no queremos omitir unas palabras del opúsculo «Socorro a los difuntos» con las que formula el Venerale el Voto heróico de almas. Helas aquí.

«Fórmula del voto. Para mayor gloria de Dios, uno en esencia y trino en personas, para imitar en alguna manera a mi dulce Redentor Jesucristo, y para una muestra de mi *cordial esclavitud* a la Madre de misericordia María Santísima, Madre amorosa de todas las almas del Purgatorio: yo... pretendo ser redentor de aquellas pobres encarceladas por deudas de penas a la divina justicia y por falta de obras satisfactorias; y del modo que puedo lícitamente, libre y espontáneamente hago voto de redimir aquella alma o almas que quiera o quisiere la misma Santísima Virgen, etc.» He aquí prácticamente resuelta una dificultad que suele presentarse a las almas piadosas, al echar sobre sus hombros las dulces cadenas de la Esclavitud Mariana; esto es, la manera de juntar el voto de almas con la consagración perfecta de María. Dicho voto, tal y como lo formula el Padre Claret, es muy conforme a la santa Esclavitud y sin duda más del agrado de Dios, ya que le ofrecemos nuestras pobres acciones por manos de su Madre Santísima. Pero prosigamos, que a todo parece llegó el P. Claret en este punto de la Esclavitud Mariana. La misma jaculatoria favorita de los Esclavos de amor la encontramos también entre las más gratas del fervoroso Apóstol de María. Tratando de sus devociones particulares, pone las súplicas que para sí hacía, y una de ellas es la aludida jaculatoria: «¡Oh Domine, quia ego servus tuus et filius ancillae tuae!»<sup>1</sup>. Por lo demás, todo lo que el Siervo de Dios obraba llevaba marcado el sello de su dependencia completa de María. De María hablaba, de María escribía, de María predicaba y a María dedicaba sus libros y sus empresas; si pedía el amor de Dios, lo pedía por la intercesión de María<sup>2</sup>; si nos pide de-

<sup>1</sup> Autob. p. III, c. 16.

<sup>2</sup> Autob. p. I, c. 30, y «El amante de Jesucristo.» Dedicatoria del traductor (P. Claret).



voción a la Trinidad, es para darle gracias por los beneficios tributados a María <sup>1</sup>; si quiere que seamos devotos de S. José, es porque lo fué María <sup>2</sup>.

Y ¿dónde radicaba este espíritu de dependencia de María? Ni más ni menos que en la mediación universal de la Madre de Dios, base roqueña de la vida mariana del B. Luis. Ahí van estos testimonios del sentir del Venerable sobre este punto capital de la Mariología.

1. Del libro «Reflexiones a todos los Cristianos». «Acudamos todos a María con grande y perseverante confianza; grande, digo, y lo será si nos persuadimos de que Dios, por medio de su Santísima Madre nos quiere conceder todas las gracias que le pedimos».

2. Del libro «Ejercicios espirituales de San Ignacio». Trae las palabras muy conocidas de San Bernardo y de San Germán sobre María, Dispensadora de todas las gracias, y añade por su cuenta: «Jesús es como el depósito de todas las gracias, y María es el canal por donde se nos comunican, y este precioso canal vemos que siempre está arrimado al depósito». Y luego: «Quiere (Jesucristo) que esta misma Madre suya y nuestra sea la Abogada inmediata, a quien confiemos nuestras causas, y Ella las presentará a Jesús, que es el Abogado que tenemos ante Dios Padre».

3. Del libro «Instrucción que debe tener la mujer...» Nos recuerda los grandes beneficios que hemos recibido de Dios y exclama: «Todo este cúmulo de bienes, toda esta serie de gracias, nos ha dispensado Dios por medio de María».

4. Del libro «Escalera de Jacob». Casi al principio, dice así: «No ignoras, amado cristiano, que esta Escala de Jacob es María Santísima, cuyas excelencias llegan desde la tierra hasta el cielo: que por Ella suben nuestras súplicas al trono del Altísimo, y desde allí bajan despachadas favorablemente de Dios Nuestro Señor que descansa en ella y por medio de la cual recibimos todas las gracias de Dios».

---

1 «La Colegiala Instruida,» p. 180, 1876.

2 «La devoción a S. José» p. 3, 1876.

5. Del librito «Devocionario de los Párvulos». En el cap. V pone un ramillete de alabanzas de M. S., una de las cuales dice así a la letra. «Bendita y alabada seáis, María, por ser Reina del cielo y de la tierra y dispensadora de todas las gracias».

6. Del libro «Breve noticia... de la Archicofradía». Entresacamos varios obsequios que pone para honrar a María, obsequios que contienen, no sólo lo sustancial de la Esclavitud Mariana, sino hasta los más preciosos pormenores. 1.º «Elegir en algún día solemne a la Santísima Virgen por Madre, renovando a menudo el propósito de amarla y obedecerla como a Madre. 2.º No dar principio a cosa alguna de importancia sin invocar antes al auxilio de la Santísima Virgen. 3.º Ofrecer todas las cosas en honra de María y unir las con sus méritos y virtudes».

Y basta ya de citas y testimonios; los apuntados bastan y sobran para nuestro propósito. De ellos y de lo hasta aquí expuesto sobre la devoción del P. Claret a María, bien podemos deducir que el gran Misionero catalán siempre merecerá puesto distinguido entre los propagadores de la Esclavitud Mariana y de la verdadera devoción y consagración perfecta a María.

## II.—EL VENERABLE P. CLARET Y EL SANTÍSIMO ROSARIO

Después de lo dicho hasta el presente, casi holgaría este párrafo, si la devoción al Santísimo Rosario no fuera nota tan característica del gran Apóstol catalán, que con justicia se nos tachara de olvidadizos, si no lo pusiéramos. Nacido el P. Claret en una familia profundamente devota del Rosario; imbuido en tan hermosa devoción por un libro que, desde la aurora de su vida, saboreó con singular agrado; entusiasmado desde la infancia con el rezo familiar de tan saludable práctica, no es de maravillar que el Rosario fuera como firme sostén de sus preclaras virtudes, y que lo inculcara con tanta frecuencia y fervor, que lograrse verlo arraigado en casi todas las familias catalanas. Como la materia de este párrafo es abundantísima, vamos a dividirlo en cuatro puntos, que trataremos con la brevedad posible, y serán: a) qué pensaba el P. Claret sobre el Rosa-

rio, b) porqué lo propagó con tanto ahinco, c) qué hizo para propagarlo, d) qué frutos consiguió el P. Claret con la propagación del Rosario.

a) Nada más fácil que responder al primer punto, ya que son tres los opúsculos que del P. Claret tenemos sobre la materia y las hojas volantes que tratan de este asunto son también en muy crecido número. Citemos no más que algunas palabras del librito que se titula «El Santísimo Rosario explicado», el mejor y más copioso en noticias del Rosario.

Ya en el prólogo dice su V. Autor: «Con el mayor encarecimiento te exhortamos a que todos los días de tu vida lo reces, y lo reces con devoción». Y poco después: «Entre las muchas devociones aprobadas por la Iglesia, ninguna más fácil, ninguna más dulce ni más eficaz que el Santísimo Rosario de María». Casi no puede decirse más en tan pocas palabras. Pero continuemos: «Es el Santísimo Rosario—dice a vuelta de varias hojas—una abundantísima mina en que los cristianos que lo rezan y meditan con atención y devoción se enriquecen de varios conocimientos. Es un jardín florido en que se cogen toda especie de flores de las virtudes más hermosas y aromáticas. Es el Santísimo Rosario el medio más eficaz, fácil y suave para disipar la ignorancia, quitar los errores y herejías; es el resorte más poderoso del corazón humano, de tal modo que todos los que se aficionan al Santísimo Rosario mejoran luego de costumbres». Finalmente, dice en la pág. 26 del citado libro 1: «Es el Santísimo Rosario un espejo en que todos nos debemos mirar, y componer nuestras costumbres: es un gran libro en que todos debemos leer los admirables ejemplos que nos dan Jesús y María».

b) Con esto tenemos respondido también a la segunda cuestión, o sea ¿porqué el P. Claret propagó tanto el Rosario? Un hombre que se penetra de una idea, sobre todo si ella es noble y generosa, fácilmente se declara su espontáneo propagador, y la proclama, si predica, en todas partes, o la deja grabada en todas las páginas de sus escritos, si a la pluma está

consagrado. Nuestro Venerable, predicador y escritor a un mismo tiempo, convencido, cuanto es dable, de la excelencia del Santísimo Rosario, lo propagó con la palabra y con la pluma hasta el último momento de su vida. En el librito de que hemos tomado las anteriores noticias había escrito el P. Claret, en un arranque de fervoroso celo mariano: «Es de esperar de la bondad, piedad y misericordia de María Santísima, que moverá a alguno de sus devotos y fieles servidores a que reanime a las gentes predicándoles y enseñándoles a rezar el Santísimo Rosario. «Ecce ego, mitte me». Si quiere servirse de mí, el más indigno de sus hijos, me ofrezco con grande prontitud y alegría, aunque para esto haya de pasar muchos trabajos y sufrir la muerte»<sup>1</sup>. Para cuando esto escribía el Venerable, la Santísima Virgen le había escogido ya por Apóstol de su Rosario. Muchas fueron las revelaciones y mociones divinas que el P. Claret tuvo sobre el particular, las cuales ponemos a renglón seguido:

1858. Día 9 de Octubre.—«A las cuatro de la madrugada la Santísima Virgen me repitió lo que ya me tenía dicho otras veces: que yo había de ser el Domingo de estos tiempos en la propagación del Rosario»<sup>2</sup>.

1862. Día 6 de Dic. «A las seis y tres cuartos de la tarde la Santísima Virgen me dijo que yo había de propagar la devoción del Santísimo Rosario, como lo hizo el Bto. Alano de Rupe. Dos veces me lo dijo. Luego Jesucristo me añadió: Sí, Antonio, haz lo que te dice mi Madre. A las siete del mismo día me dijo la Santísima Virgen: Sí, Antonio, yo lo quiero, yo lo quiero. Y luego Jesús me dijo: Antonio, Antonio, ánimo».

1867. Día 16 de Dic. «A las siete y media de la noche me sentí muy impulsado para propagar el Santísimo Rosario; por la noche y mañana siguiente también».

1868. Día 23 de Enero. «Me sentí muy movido para predicar y enseñar a rezar el Santísimo Rosario. 1.—El modo común, una parte. 2.—Los flacos un diez, como el Rosario viviente. 3.—Los más fervorosos las tres partes».

<sup>4</sup> Pág. 154.

<sup>5</sup> Así los Doc. Anej. Preferimos esta fecha a la de la Autob., 1857, que nos parece equivocada.

c) ¿Qué hizo el P. Claret para propagar el Santo Rosario? Sencillamente, hizo cuanto pudo; hizo lo que puede hacer y hace el enamorado de una idea grande y sublime. Para propagar el Rosario escribió mucho, escribió bien, escribió todas clases de escritos. Para propagar el Rosario el P. Claret lo predicó y encomendó a todo género de personas. Recuérdese las veces que el Venerable lo recomienda en sus escritos y nos formaremos idea de las muchas, muchísimas más que lo hizo de palabra. Recuérdese que, a ruegos del P. Claret, el Rosario entró en el mismo Palacio Real de España. Recuérdese también lo que ya dijimos en otra parte de «el burro de los Rosarios» y la abundancia con que fueron repartidos por el mismo Siervo de Dios, 20,000 en su primera pastoral visita. Recuérdese, sobre todo, el entusiasmo con que los pueblos de Canarias salían a despedir al santo Misionero, rezando el Rosario y cantando las populares coplas, recuérdese todo eso, y aun así apenas podremos ni sospechar lo que el P. Claret hizo en pro de dicha mariana práctica. Le parecía al P. Claret, lo mismo que al Bto. Montfort, que no podía resistir a la gracia aquel cuyo cuello había colgado un rosario. Eso nos hace muy natural el celo con que el Siervo de Dios lo propagaba por todas partes. El Rosario rezaba siempre antes de sus predicaciones, y de Arzobispo con sus familiares, y de Misionero por los caminos. Véase cómo describe el Venerable una de estas apostólicas peregrinaciones: «Cuando voy de una población a otra—dice al Dr. Caixal desde Canarias—toda la gente me acompaña, sin faltar las Autoridades, que se ponen a mi alrededor para que la multitud no me oprima, deseosos todos de besarme la mano o la ropa. Todos vamos a pie rezando el Rosario. Concluido el Rosario, todos gritan: ¡Viva la religión de Jesucristo! ¡Viva María Santísima! ¡Viva el P. Misionero! ¡Viva la gente de Cataluña! También cantan unos versos del Rosario y así cantando y gritando entran en las poblaciones»<sup>1</sup>.

d) ¿Qué frutos consiguió el P. Claret con el Rosario? Bien miradas las cosas, podríamos decir que todos sus frutos apostólicos son frutos por el Santo Rosario producidos. Mas si todos

1 Carta escrita desde Galdar, 5 Ag. 1848.

los triunfos del Venerable son debidos al Rosario de María, hay algunos que lo son más propiamente, y bastarían por sí solos para honrar al P. Claret con el título de Apóstol del Santo Rosario o de Guzmán del siglo XIX. El dictado no es nuestro; es de la misma Virgen Santísima, como puede apreciarse en una de las revelaciones apuntadas.

Por el mismo P. Claret sabemos cómo le arrebataban las gentes los rosarios, después de sus predicaciones. ¿Cuántos fueron los que repartió? Solo Dios lo sabe. Si únicamente en la primera pastoral visita subieron a 20.000, a la consideración de todos dejamos adivinar cuántos serían en los 30 años que llevó de una vida apostólica muy intensa. ¿Esos datos no constituyen de por sí un timbre de gloria y una prueba palmaria de los frutos que el P. Claret cosechó por el Rosario? Pues a esa actividad del Misionero en repartir rosarios y de las multitudes en pedirlos, siguió el afán que tuvieron éstas de rezarlo particular y colectivamente. Que el Rosario penetrara en los regios salones de Isabel II, cosa es que debió llenar de gozo al P. Claret; pero no menos debió de alegrar su mariano corazón ver cómo en todas las partes donde predicaba, el Rosario iba ganando terreno. Refiriéndose a los frutos obtenidos en Canarias, dice un celoso párroco de aquellas Islas: «Consiguió que casi todas las familias rezasen el Santo Rosario»<sup>1</sup>. Y con tanta razón puede afirmarse lo mismo, y lo afirma tan competente biógrafo como el R. P. M. Aguilar: «En el Principado Catalán—escribe—de tal manera se restableció con las predicaciones del Siervo de Dios tan laudable costumbre (de rezar el Rosario), que era más difícil hallar quien dejase de rezarlo, que antes quien se atreviese a hacerlo públicamente»<sup>2</sup>. De cuando en cuando la Santísima Virgen le hacía palpar más claramente los dichosos frutos del Rosario y hacía que algún gran pecador cayese a las plantas del Misionero, arrepentido y lloroso<sup>3</sup>.

1 R. D. R. Cicera, párr. de S. B. de Tirajana. Véase «Resumen» por el P. Claret, p. 167.

2 Vida Adm. t. I, p. 288.

3 V. uno muy notable en la Vida de D. A. M. Claret» por el señor Aguilar c. 37.

Estos favores de la Virgen inflamaban más y más el pecho del Apóstol de María, y empezó aquella lucha en que la Madre del Cielo y el Hijo de la tierra quedaron ambos vencidos y vencedores. La Virgen le venció con aquella estupenda gracia de la conservación de las Especies Sacramentales, y el P. Claret, no sabiendo qué más hacer por María y propagar el bendito Rosario, hacia el fin de su vida, daba rienda a su fervor con propósitos tan fervorosos como los siguientes:

«La gracia que pediré será la devoción a María Santísima» (Prop. de 1869).—«Lo que más inculcaré oportune et importune será el enseñar y exhortar a rezar, y a rezar bien el Santo Rosario» (Id.).—«En las calles y en donde se me presente ocasión, la materia de mis conversaciones será la Religión, de los Sacramentos, del Smo. Rosario» (Id.). Luego recomienda los libros que se han de leer, y de 16 que aconseja, 9 son de la Virgen, y de estos 6 del Santo Rosario.

Eran las últimas llamaradas de un corazón ardiente y marianizado. Antes de morir, tomó por última vez su rosario, besólo muchas veces con cariño y lo entregó al P. Clotet que lo asistía, diciendo: «Tome Vd. mis rosarios y consérvelos»<sup>1</sup>. Eso no fué más que un símbolo: el P. Clotet tomó en su manos aquel bendito rosario y con él traspasó íntegro a los M. M. del Corazón de María el espíritu mariano del Venerable<sup>2</sup>.

### III.—EL V. P. CLARET Y EL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

¡El Corazón de María! he aquí por ventura el más grande de los amores de nuestro Venerable. Corazón el suyo, mariano de naturaleza, supo penetrar muy pronto en las dulzuras del Corazón de la Reina del Cielo y adivinar el tesoro de misericordias

1 Vida Adm. t. II, p. 354.

2 En el Museo Claretiano de Vich se conservan tres rosarios del Venerable; uno ordinario y dos de quince decenas. A propósito del Museo, vamos a poner aquí otros objetos marianos que en él se encuentran, y son: dos imagencitas de la Virgen del Pilar, medalla de la Purís. Concep.; medalla del Amor Hermoso, medalla de Nuestra Señora de la Salud, medalla Milagrosa, medalla de la Virgen del Rosario.

en Él encerrado. Bastáranos saber cuanto celo sentía el P. Claret por la conversión de los pecadores para darnos ya cuenta de su devoción al Corazón Purísimo, cuya Archicofradía nació primordialmente para ese objeto.

Ya en 1839, mientras el Siervo de Dios estuvo en el Noviciado de la Compañía, debió de sentir las primeras ternuras del Corazón Inmaculado, como se echa de ver por una carta dirigida al Canónigo Caixal, donde le dice: «También quisiera que se propagase por esas tierras y por toda España la Novena del Corazón de María y que se hiciesen coros de doce personas del modo que se indica al fin de la Novena. Este plan de orar, no es mío, sino que lo aprendí de los Jesuítas de Roma, los cuales me lo enviaron para que lo propagase por España»<sup>1</sup>. El año 1845 cayeron en manos del Venerable, los «Anales de la Archicofradía» traducidos del francés por un devoto bilbaíno, y ya no pudo contener el fuego de amor que le consumía las entrañas. Tomó presuroso la pluma y ya en 1847 nos dió el hermoso librito «Breve origen... de la Archicofradía» que se esparció rápidamente por España y es, sin género de duda, el que más dió a conocer la Archicofradía del Purísimo Corazón en nuestra patria. Este popular tratado lo distribuyó abundantemente en sus predicaciones apostólicas, en las cuales, a partir de 1846, no dejaba de ensalzar las excelencias del Corazón Inmaculado y su Archicofradía. Citemos algunos fragmentos de la correspondencia del Venerable, que pregona muy alto la devoción del P. Claret al Corazón Virginal. El día 2 de Agosto de 1847 escribía desde Vich a su íntimo amigo el Dr. José Caixal: «Ahir férem la instalació de la Arxiconfraria del Inmaculat Cor de María; ara anèm continuant la Novéna, ja ha fet son fruit; un gentío inmenso ha assistit a la funció: son moltes las parroquias que la demanan». En la misma carta de 12 de Agosto más arriba citada, dice en postdata al canónigo de Tarragona: «En ésta la Arxiconfraria va molt bé, gracias a Deu, y se posará en varias parroquias. En lo

<sup>1</sup> Carta escrita desde Vich, 12 de Ag. 1847. Esa manera orar que el P. Claret llama «Pía y Apostólica Unión de Oraciones... bajo la protección del Smo. e ldo. C. de María», puede verse al final del opúsc. «Breve origen...»



Arquebisbat ¿còm va?». Poco más tarde, 18 de Agosto del mismo año, le escribía también: «La Arxiconfraria en esta va molt bé, gracias a Deu; en lo decurs de la Novena se han allistats per cofreres més de 10.000 y continúan tan com sempre; de llibrets se'n han despatxat onze cents, y més se'n hagueren despatxat, si més n'hi hagués hagut de enquadernats; però los impresors no poden més». Gratas le debieron ser las noticias que le comunicó el Sr. Caixal desde Tarragona; pues en carta de 9 de Noviembre del mismo año, escribale el Venerable desde Manresa: «Me alegro que se instale también en esa la Archiconfradía. ¡Lástima que nosotros no tenemos más bulas para las muchas parroquias que nos las piden!». En ese mismo año de 1847 había dado a luz el librito «Religiosas en sus casas» y ayudaba al Sr. Masmitjá en la fundación de las Religiosas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María. ¡Qué celo tan mariano! ¡Cuánto amor al Corazón de María! Los libreros se cansan, las bulas se terminan, y el Siervo de Dios se muestra infatigable.

Pero hagamos tabla rasa de lo dicho; prescindamos de las muchas archiconfradías que fundó, pasemos en silencio sus libros y predicaciones... Mientras quede en pie la Congregación de MM. HH. del Corazón de María, mientras uno solo de estos Apóstoles aliente, tendremos un testimonio imperecedero de la devoción del P. Claret al Corazón de María. «Un [Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que abrasa por donde pasa», había dicho el Venerable, y él supo encender en sus Hijos tales incendios de amor al Corazón de María, que donde ellos plantan sus reales, surge también como por encanto un trono de amor y de alabanza al Corazón Inmaculado.

#### IV.—EL VBLE. P. CLARET Y LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Cuando consideramos los múltiples aspectos de la devoción del P. Claret a María, todos nos parecen principales y nos veríamos en trance bien apretado si tuviéramos que señalar el que lleva la primacía. Casi creemos que amaba por igual todos los Títulos de la Celestial Señora, como se desprende de unas palabras que escribió desde Madrid a su hermana Rosa: «Te pido, hermana, por lo mucho que te quiero que seas siempre muy de-

vota de María Santísima sea cual fuere su advocación»<sup>1</sup>. Así no es de admirar que la devoción a la Inmaculada entrara tan de lleno en el espíritu del fervoroso Apóstol. ¿Recuerda el lector lo que dijimos de sus afanes y oraciones para la definición de tan sublime misterio? ¿No significan nada aquellas manifestaciones tan tiernas y efusivas con que recibió la Bula Pontifical que proclamaba sin mancha a María? Claro es que todo eso revela grande amor a la Concepción Purísima. Por serlo tan grande, no podía el P. Claret, fecundísimo escritor, dejarnos sin un escrito especial de tan hermoso asunto. Ni le pareció bastante poner de continuo la imagen de la Inmaculada en las hojitas y opúsculos que profusamente derramó por cuan larga es la Península Ibérica, y por Canarias y por la Isla de Cuba; quiso también que la más grande y hermosa de sus Pastorales entonase un himno a la limpieza de María y que los fieles todos ganasen ávidos las Indulgencias del Escapulario Azul, cuyas abundantes riquezas descubrió a todos en el opúsculo «Origen de la devoción al Escapulario Azul-Celeste». Como si eso fuera poco, se constituyó en propagador ardiente de la Congregación de María Inmaculada, ingresó en la de Vich y redactó ampliados y mejorados sus reglamentos. No contento con esto, procuró extender el Oficio Parvo de la Concepción y los siguientes versos para después de rezada el Ave María de cada hora:

«Por los méritos de Jesús  
y tu santa Concepción  
no me dejes, Madre mía,  
en ninguna tentación.  
Antes, llena de clemencia  
y de tierna compasión,  
enciende el amor divino  
en mi pobre corazón»<sup>2</sup>.

A la Inmaculada dedicó sus Catecismos, y bajo la protección de María Ida, puso las bibliotecas parroquiales y la Academia de San Miguel. Prueba es también muy fehaciente de la devoción del P. Claret a la Concepción sin mancha de María el fervor y

1 Carta de 17 de Junio de 1868.

2 Religiosas en sus casas, c. VI y IX.

entusiasmo con que hablaba de este misterio y predicaba de él a los fieles, entusiasmo que le llevó en 1858 a lo que, admirado, nos refiere el que fué Obispo de Ávila, Excmo. Sr. D. P. Sánchez Carrascosa: «A invitación—dice—de S. M. la Reina, ofició su E. I. (el P. Claret) de pontifical en la Real Capilla de Palacio. La misa pontifical terminó muy tarde. Cerca del anochecer le vimos en la sacristía tomar un sorbo de agua clara y partir como un rayo a la iglesia pontificia de los Italianos donde predicó hora y media sin fatigarse en la Novena de la Purísima Concepción; sentóse inmediatamente en el confesonario y oyó confesiones de hombres hasta las doce de la noche. A esta hora, por privilegio, celebró otra vez Misa solemne pontifical y, terminada a la una y media, volvió a ocupar su confesonario, sin tomar ni aun agua ni moverse del sitio hasta las diez de la mañana del día siguiente, que terminó sus confesiones <sup>1</sup>». Si no supiéramos de antemano que el brazo de Dios y de María obran por el Santo Misionero, las palabras transcritas nos lo dijeran muy claramente. Tratándose de sus queridos amores, la gloria de Dios y la exaltación de María Santísima, el P. Claret era infatigable. Lástima que los hombres no siempre secundaran esos óptimos deseos y trabajos. Decimos esto, por haberse desgraciadamente frustrado algunas obras del P. Claret, y sobre todo una gloriosísima que planeó en honra de M. Ida., muy digna de su grande devoción a este misterio y muy conforme al carácter concepcionista que siempre distinguió a nuestra patria. Nos referimos al proyecto de levantar una grandiosa Catedral en la Corte de España. Unos papelitos hallados entre los autógrafos del P. Claret nos ofrecen pormenores muy curiosos de tan magnífica empresa que iba a ser dedicada, por iniciativa del Siervo de Dios, a la Virgen sin mancha. Quiso que la proyectada Catedral fuese española por lo suntuosa, española por los artistas y materiales, que habían de ser todos españoles, española, en fin, porque había de ser homenaje de todos los hijos de España a la Virgen Inmaculada. ¿Hay algo más hermoso? Pues bien, a

---

1 V. A. t. II, p. 89 y 90.

los pocos días apareció un decreto en la Gaceta por el cual el Gobierno hacía suya la idea y nombraba la junta directiva en la que brillaba por su ausencia el nombre del P. Claret. Eso era una hipocresía: matando el alma de la empresa, descartando al Venerable, el proyecto no podía llevarse a cabo. Hoy Madrid no tiene Catedral. La capital de España no tiene lo que tienen todas las capitales. Recordando el proyecto del P. Claret, oigo una voz que me dice: A los Santos no se desprecia impunemente.

#### V.—EL VENERABLE P. CLARET Y OTRAS ADVOCACIONES

Sólo la necesidad de ser breves nos obliga a reunir en este párrafo hechos y cosas que bien lo merecerían aparte. Hablemos primero de la devoción del P. Claret a los Dolores de María, y luego al misterio de la Asunción de Nuestra Señora.

¿Puede, en efecto, hablarse del P. Claret y nada decir de su devoción a la Virgen de los Dolores? Son tantas las veces que aconseja esta devoción, que ha de contarse entre las más recomendadas por el fervoroso Misionero. Ya durante sus estudios ingresó en la cofradía de los Dolores, cuyos estatutos observó fielmente toda la vida. Y no es extraño, ya que, según el Venerable, la meditación de los Dolores «es el mejor medio para alcanzar la devoción y amor a María»<sup>1</sup>. Para él la devoción a los Dolores formaba parte de la devoción al Corazón Ido., al que siempre consideraba dolorido. Por eso deseaba que la fiesta de los Dolores tuviese la primacía, después de la patronal, entre los archicofrades; por eso en las muchas hojas volantes que publicó, cuando encontramos al Corazón de María, lo vemos casi siempre traspasado por siete agudas espadas. De este amor a los Dolores de María brotaba, a no dudar, la prodigiosa unción con que el P. Claret sabía hablar de ellos, hasta arrancar lágrimas de ternura a sus oyentes. Ni revelan menos cariño y amor sus numerosos escritos. En ellos recomienda sin cesar la devoción a los Dolores de María para desarraigar los vicios y alcanzar dolor de los pecados. Para esto último no cesaba de aconsejar los

---

1 «Resumen de los principales documentos...» «C. O.» 2.º 196.

siete Padrenuestros y Avemarías a la Virgen de los Dolores. Sobre los Dolores de María escribió unas hojitas cuyos títulos rezan así: «Ayes y lamentos de María Santísima de los Dolores», y «Meditación de los Dolores de María Santísima para los siete días de la semana». El mismo opúsculo «Bálsamo eficaz» respira tanto amor a los Dolores de María, que puede creerse con fundamento haberlo escrito el Autor para desahogar su ternura con el dolorido Corazón de María y sus ansias de verlo compartido teórica y prácticamente de todos los hombres<sup>1</sup>. En el librito «Resumen de los principales documentos...» copia la hoja «Meditación de los Dolores...», muy original, a nuestro pobre entender, y muy devota. Como muestra transcribimos la meditación del primer día: «Domingo.—Primer Dolor. Le tuvo la Virgen cuando presentó a su Hijo en el templo.—Agradarás a María si guardas silencio en el templo; si por medio de Ella haces entrega de tu corazón a Dios y si piensas en las penas de Jesús y en los Dolores de su Santísima Madre. Compadécete de María por los Dolores que le aumentan los cristianos pecando en las iglesias, porque en vez de entregar el corazón a Dios, como se lo pide, permiten que lo posea el demonio. Píde a Dios por la conversión de estos infelices, rezando al efecto un Padrenuestro y Avemaría».

La Santísima Virgen, que nada deja sin recompensa muy cumplida, dióselo al Siervo de Dios cuando permitió que en Hologuín fuera herido, haciéndole participante de los dolores que Ella padeció en el Calvario; y no menos, cuando, restañadas ya las heridas, formaron las cicatrices una imagen de la Virgen de los Dolores. El Venerable lo tomó como señal de su poca devoción a la Virgen, pero no podemos dudar, en contra de su humildísimo sentir, de que fué gracia singular y delicadeza maternal de la Virgen de los Dolores.

Sobre la devoción del Venerable al misterio de la Asunción, también habría mucho y bueno que decir, pero nos contentamos con dilucidar un punto de la vida del P. Claret relacionado con

<sup>1</sup> El P. Ruiz Amado elogia con calor este librito. Al hacerlo, en la Rev. «Educación Hisp. Amer. 1913», el ilustre pedagogo dice de él: «Si lo hubiéramos abierto por acaso hubiéramos creído que era un Septenario a la Virgen de los Dolores.»

este misterio que, si pudo ser obscuro algún día, hoy queda ya en gran parte aclarado. Antes, sin embargo, oigamos cómo un contemporáneo del Siervo de Dios nos cuenta sus impresiones, después de oírle predicar en Madrid sobre la Asunción de María. Habla así: «Comenzaba a obscurecer por las plazas y paseos en la tarde de la festividad de la Asunción a los cielos de la Santísima Virgen, y en la iglesia de Italianos de esta Corte se prolongaba el día por una multitud de luces que prestaban resplandores a los rayos de oro en que, en amorosa prisión, se permite colocar el Santo de los Santos para que le adoren los fieles. Un Prelado de la Iglesia católica se postró con profundo recogimiento al pie del altar, oró por un breve rato y subió al púlpito, hizo la señal de la cruz con voz clara y decidida, acompañada de una acción pausada y llena de respeto, y soltó el torrente de su doctrina, que, como una chispa eléctrica, conmovió todos los corazones. Al describir la entrada de la augustísima Señora a los cielos, ni el tiempo había corrido desde este importante acontecimiento, ni se hablaba desde la cátedra; Mosén Claret estaba en los dinteles del cielo refiriéndonos lo que veían sus ojos, y nuestras almas luchaban entonces con la pesadez del cuerpo, porque querían, como este insigne Varón, tomar parte en la intuición de tan soberana grandeza, como era la que nos refería...»<sup>1</sup>. Estas palabras no necesitan comentarios, ni será nuestra tosca pluma la que pretenda hacerlos.

Y vamos a lo prometido. En los Apuntes que para su uso personal y para el régimen de la diócesis compuso el P. Claret, copia dos cartas interesantes, la primera de S. M. C. Doña Isabel II al Papa Pío IX, fecha 27 de Diciembre de 1863, y la segunda del dicho Papa respondiendo a la Augusta Señora. Como el P. Claret era a la sazón confesor de S. M. y, apoyándose en los caracteres internos de la primera carta, deduce el Ilustre. canónigo Dr. J. Juaniquet que el Venerable Claret fué el primero en pedir directa o indirectamente al Sumo Pontífice la definición dogmática de la Asunción<sup>2</sup>. En el mismo sentido se expresa el docto Prebendado en una memoria presentada al

1 D. E. Ojero. La Razón Católica, Sept. de 1857.

2 Iris de Paz 1904 p. 328.

Congreso Mariano Internacional de Zaragoza <sup>1</sup>. La cosa parece muy clara; pero no lo es tanto, si consideramos que en la Crónica del Concilio Vaticano se atribuye semejante gloria al entonces Obispo de la Habana, Fr. J. M. Martínez y Sáez, O. F. M., haciendo constar al mismo tiempo que en Madrid se había redactado años antes una petición con el mismo objeto, en la que tuvo parte no pequeña la señora Marquesa de Viluma. De igual parecer es D. L. Carbonero y Sol, haciendo partícipe de la misma gloria al célebre Cardenal Monescillo <sup>2</sup>. No obstante creemos muy fundadas las conclusiones que, en vista de la Memoria del Dr. Juaniquet, formula el Ponente R. P. J. Postius, con las cuales terminamos:

«1.º Las preces de Isabel II parecen ser la primera petición oficial, en que intervino seguramente el Venerable P. Claret. Llevan la data del 27 de Diciembre de 1863.

2.º Las preces de la Marquesa de Viluma, suscritas por gran número de personas, parece que se siguieron a la petición de S. M. Creemos que el Venerable P. Claret no sería extraño a ellas.

3.º Creemos que el Sr. Obispo de Habana, Fr. J. M. Martínez y Sáez, muerto en Roma el 31 de Octubre de 1873 y el Sr. Cardenal Monescillo conocían las preces de Isabel II por los «Apuntes que para su uso...», pues en la segunda edición, hecha en 1865, de que recibieron un ejemplar, copió y autenticó el Venerable P. Claret la referida carta y la contestación de S. S.»

#### VI.—EL VENERABLE P. CLARET Y LA DEVOCIÓN A LAS TRES AVE MARÍAS

Escribimos esto con tanto más gusto, cuanto que nos parece no haberse hecho al Venerable sobre este particular toda la justicia debida. De esta falta de justicia quejábase el culto escritor, P. T. Echevarría, en un artículo titulado «Devociones favoritas» <sup>3</sup> con estas palabras: «En orden a este mariano ejercicio

1 Actas del 4.º C. M. I, Madrid, 1909.

2 La Cruz 1895, t. II, p. 270 y sigts.

3 Pertenece a la serie de «Estudios Claretistas» publicados en el Iris de Paz años 1917, 1918 y 1919.

queremos adelantar que, sin duda razonable ni ignorancia apenas posible en eclesiásticos de alguna ilustración, fué el Padre Claret bueno entre los mejores propagandistas de esta devoción popularísima que se remonta no menos que al siglo XI. Los mismos Mariólogos extranjeros, según pudimos ver en el Congreso Internacional de Zaragoza, hablan y escriben de ello como de cosa ya pasada en sentencia firme ante el tribunal de la crítica. Lo reconoce largamente el ilustre capuchino francés Jean B. en «La devotion des trois Ave Maria dans la vie des Saints»; con igual seguridad y extensión lo hace constar en su librito «Histoire et Pratique de la Dévotion des Trois Ave Maria» vindicando tan alta gloria para el Venerable Arzobispo. No comprendemos, pues, a qué puede atribuirse el silencio, la supresión, mejor dicho, que se advierte del nombre de nuestro Venerable en el opúsculo «Maravillas de las Tres Ave Marías» al tratar en él (págs. 6 y 7) su autor, el P. Nazario Pérez, S. J., de los propagadores más beneméritos de dicha práctica devota». Tiene mucha razón el P. Echevarría; nos permitimos, sin embargo, advertir que el P. Pérez ha subsanado en parte tal deficiencia, y en las ediciones posteriores consigna, aunque escuetamente, el nombre del santo Arzobispo. La misma queja exhala sobre este punto otro Hijo del Venerable. «Se ha cometido —escribe— un grave descuido o injusticia por algún autor en no hacer siquiera mención del P. Claret al enumerar los Apóstoles de las Tres Ave Marías; difícilmente se probaría con hechos haber habido quien más que él la haya propagado»<sup>1</sup>. Nosotros, después de leídos cuantos opúsculos del Venerable han caído en nuestras manos, suscribimos en un todo las, al parecer, atrevidas frases del P. R. Ribera y queremos traer aquí algunas citas para que el lector, que no pueda hojear los escritos del Venerable, antes tan leídos de las familias cristianas, pueda ver al menos que no somos amigos de vanas afirmaciones. Mas veamos primero cuál fuera el aprecio que el Siervo de Dios hizo de la oración mariana por excelencia el Ave María; así tendremos la clave de lo mucho que trabajó para propagarla en las diversas

---

1 P. R. Ribera: «La Obra Apost. del V. P. A. M. Claret», p 98, nota.



formas en que suele rezarse, principalmente en esta de que ahora tratamos. En la pág. 363 del libro «La Colegiala Instruida» se lee: «La devoción más grande y la más poderosa es la de la Virgen Santísima..., la devoción más grata para esta amorosísima Madre nuestra es sin duda la salutación que le hizo el Arcángel San Gabriel, cuando vino de orden y como enviado de la Santísima Trinidad a anunciarle que en sus purísimas entrañas encarnaría el Verbo Eterno por obra y gracia del Espíritu Santo. Esta oración es llamada el Ave María».

Quien así pensaba de la salutación angélica, no es extraño que la inculcase tanto, que la rezase en todas las formas, y que la rezase con aquella devoción de que da fe una humilde religiosa en este expresivo elogio: «Jamás he olvidado la impresión que me hizo oírle rezar el Ave María. Era tal la devoción con que lo hacía que conmovía el corazón»<sup>1</sup>. Esa devoción a la salutación angélica hubiera querido imprimirla con caracteres de fuego en todos los corazones. No necesitaba haber leído tanto las obras de San Leonardo de P. M., que ya su devoción por el Ave María y la urgencia de poner remedio a los desórdenes del vicio impuro le hubieran convertido en paladín de la práctica de las Tres Ave Marías, tan adecuada para ello. Pero vengamos a los testimonios que nos brindan los escritos del Siervo de Dios. Apenas hay uno de ellos en que no se recomiende el Ejercicio del Cristiano de mañana y noche. Pues bien; lo más hermoso de ese Ejercicio, tal como lo trae el Venerable, es la oración «Oh Virgen y Madre de Dios» con las tres Ave Marías a la Santísima Virgen para conseguir y conservar la pureza. Así lo hacen todos los días los Misioneros, sus hijos, y cuantas personas han aprendido sus oraciones en los devocionarios claretianos. Las Conferencias de San Vicente para los sacerdotes y las reuniones de los Socios de San Miguel han de comenzar y terminar, según el Venerable, con tres Ave Marías; práctica que también observó el P. Claret al principio de sus catequesis y al fin de sus sermones. Uno de los libros en que más recomendó el Venerable la práctica de las tres Ave Marías es la «Llave de oro».

<sup>1</sup> Sor. María Juana del S. C., Carmelita descalza del convento de Sta. Inés, Zaragoza.

Ábrase por donde quiera, y pronto se convence uno de que allí anda la mano de un fervoroso propagador de las tres Ave Marías. Véanse p. ej. las páginas 11, 12, 57 y 86 del citado libro. En el libro «Las Religiosas en sus casas» aconseja también no pocas veces la misma saludable práctica. Pueden verse las páginas 345, 357, 358, 359, etc. («C. O.», 1860). En la primera de las citadas, dice así a la letra el Venerable Autor: «Se suplica a las madres, y también a las maestras y a todas aquellas personas que, según justicia o caridad, están obligadas a cuidar de las niñas, que procuren cuidar de esto. Les harán decir todos los días mañana y noche aquella oración: «Virgen y Madre de Dios, etc.» con tres Ave Marías». En los «Consejos que una madre dió a su hijo al tiempo de despedirse para ir a la guerra de África», dice la madre a su hijo: «Todos los días rezarás tres Ave Marías a María Santísima». Igual consejo da el Autor a los niños en el libro «Ejercicios Espirituales preparatorios a la primera Comunión de los niños», cuando dice en la página 288 (ed. 5, 1869): «Si vosotros amáis a María, y tenéis el corazón lleno de amor y devoción para con Ella, seréis amigos de rezar y de alabarla. Por lo mismo os encargo que por mañana y noche le recéis aquella oración: «Virgen y Madre de Dios, etc., con tres Ave Marías».

Basta de testimonios, porque podrían multiplicarse hasta lo indefinido y la paciencia del más sufrido lector tiene sus límites, que no es dado traspasar impunemente. Los apuntados son suficientes y sobran para confirmar nuestro aserto, que ahora por vía de conclusión gustosos repetimos y concretamos: El Venerable P. Claret fué propagador incansable de las tres Ave Marías.

#### VIII.—EL VENERABLE P. CLARET Y OTRAS DEVOCIONES MARIANAS

A cualquiera que pase la vista por lo dicho en el párrafo anterior, se le ocurre ya fácilmente que el gran Misionero catalán fué tan ferviente propagador por lo menos como de las Tres Ave Marías, de otra oración preciosa que hoy es archipopular y ha salvado y enfervorizado muchas almas. Es la oración «Oh

Virgen y Madre de Dios» que en sus dos formas, castellana y catalana, fué difundiendo, a todo difundir, el Venerable. Sobre esa oración y la popular décima «Bendita sea tu pureza» van a versar las siguientes líneas.

«Oh Virgen y Madre de Dios». El sabio canónigo de Tarra-gona, Muy Iltre. Dr. I. Gomá, se expresaba así en el Congreso Montfortiano de Barcelona: «Señores, yo os he de confesar mi grata sorpresa al leer esta fórmula Montfortiana de consagra-ción a María y compararla con la que en nuestra tierra catalana repetimos todos cuantos hemos aprendido el amor a la Madre del Cielo en el regazo de nuestra madre de la tierra. ¡Qué feliz analogía con nuestra fórmula que se repite en el seno del hogar, en la escuela, en nuestros catecismos, «Verge i Mare de Déu.» Nuestra fórmula popular es, quizás, menos sabia; pero es, sin duda, tan efusiva, tan llena de unción y tan profundamente filial como la del Bto. Montfort»<sup>1</sup>. ¡Hermosas palabras, que de-bieran llenar de santo orgullo a todos los mariófilos españoles, que ibamos ya siendo Esclavos de María sin casi percatarnos. El Dr. Gomá no necesitaba decirlo, y por esto no dijo en aque-lla ocasión solemne, que esa fórmula bendita, esa oración de los Esclavos de María fué propagada<sup>2</sup> en Cataluña, en España en-tera, y hasta en Cuba y en Canarias por el gran Misionero del siglo XIX, V. P. Claret. ¿Adivina el lector cuántas veces puso esa oración el bendito Padre bajo la imagen de la Virgen Inma-culada en sus escritos, fueran ellos gruesos opúsculos o volan-deras hojas? Nosotros hemos querido contarlas y hemos perdido pronto la cuenta. ¿Pueden contarse las veces que la inculca en sus escritos? Ciertamente, pero sería tarea muy entretenida y difícil. ¿Son contables también los sermones que el Siervo de Dios predicara en los muchos años de su activísimo apostolado? Pues, costumbre suya fué, constantemente seguida, terminar los sermones con la oración «Oh Virgen...». Así es como pudie-ron aprenderla y rezarla hasta los niños. Muchos párrocos, prin-cipalmente en Cataluña, podrán hacerse propias las palabras de

1 Crónica oficial del Congr. Montf. de Barcelona.

2 Decimos propagada. Mientras otra cosa no se nos pruebe, seguiremos creyendo que el mismo Siervo de Dios la compuso.

D. F. Mestre, párroco de Falset por los años de 1880: «La memoria del Excmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba, se conserva muy viva y arraigada en los fieles de este Arciprestazgo, y en especial en los de esta villa, quienes en su mayor y más sana parte rezan todos los días y con la mayor religiosidad y fervor aquella oración que aprendieron de los labios de dicho venerable e ilustre Apóstol: Verge i Mare de Déu <sup>1</sup>.»

¿Qué se propuso el P. Claret al propagar con tanto celo esta devota oración? El mismo Venerable nos lo dice en la Autobiografía con estas palabras: «La impureza había traspasado sus diques, y como para todos los males es remedio muy poderoso la devoción a María Santísima, escribí al principio de dicha hoja aquella oración que empieza: Oh Virgen y Madre de Dios, etcétera, que se halla en casi todos los libros y hojas. Esfuerzo dos palabras, Virgen y Madre, las puse, porque me acordaba al escribirla que, cuando era estudiante, en un verano leí la vida de San Felipe Neri, escrita por el P. Conciencia en dos tomos en 4.º, que decía que el Santo gustaba mucho de que se juntasen siempre estas dos palabras Virgen y Madre de Dios, y con ellas se honra mucho y se obliga a la Virgen Santísima» <sup>2</sup>. Honrar a María Santísima... ¿Qué mayor honra que repetirle todos los días por millares de bocas, sus dos grandes privilegios, la Virginitad intacta y la Maternidad divina? Preservar de la impureza... Cuantos hayan sido preservados por la oración «Oh Virgen», Dios solo lo conoce.

Véase con qué sencillez explica el Siervo de Dios una de tantas conversiones hechas por la citada oración. «En este mismo año — dice — se ha convertido una mujer muy mala que había hecho toda especie de pecados. Se ha convertido por la oración: Oh Virgen y Madre de Dios, etc., que decimos después del sermón: no obstante su mala vida, todos los días la rezaba, y finalmente la Virgen Santísima le ha tocado el corazón y ha hecho una buena confesión general; jamás se había confesado bien... ¡Oh cuán misericordiosa es María Santísima!» <sup>3</sup>.

1 P. Claret «Resumen» p. 175.

2 Parte I, cap. XXI.

3 Auto. parte II, cap. XVI.

Casi lo mismo que de la oración precedente hemos dicho, podríamos afirmar de la conocida décima «Bendita sea tu pureza», y no queremos repetirlo para no hacernos enfadosos. La oración «Bendita sea tu pureza» no fué compuesta por el Venerable, como erradamente creyeron algunos; guárdese tal gloria para el humilde hijo de San Francisco, Fr. Antonio Panes, que vivió en el siglo XVII. Respecto del P. Claret, no es pequeña gloria que, en documento honrosísimo, se haya elogiado el celo con que la propagó por toda España. Nos referimos a las peticiones que el Emmo. Cardenal Vives dirigió a S. S. Pío X el año 1907, demandando indulgencias para la popular décima. Fuéramos incompletos si no las insertáramos aquí, tal y como aparecieron en «Acta Sanctae Sedis t. XL., págs. 767 y 768. Son como siguen:

Beatísimo Padre,

El Cardenal Vives y Tutó, profundamente inclinado ante el trono de V. S., expone humildemente que existe en toda España y aún en los demás países de lengua española una Oración tiernísima a la Inmaculada Virgen María, la cual recitan con gran devoción y piedad hasta los niños de pocos años.

Con el deseo de que dicha Oración se conserve a través de los tiempos en su primitiva pureza, tal como la propagó el varón apostólico V. P. Claret, el Cardenal orador suplica humildemente a V. S. se digne conceder 300 días de indulgencia a todos los fieles que la reciten y por cada vez que lo hicieren; y que sean aplicables a las benditas Almas del Purgatorio».

#### VIII.—EL V. P. CLARET Y LOS SANTUARIOS MARIANOS

Yo no sé qué tienen los Santuarios de María que parece encarna cada uno la vida de un pueblo. Amamos al Pilar y nos parece que amamos a España; amamos a Montserrat y nos creemos más catalanes; amamos a la Virgen de nuestro pueblo, el Santuario aquel que nuestra madre nos señalaba con cariño en los rosados días de la infancia, y cobramos más afición a la tierra en que nacimos y el pueblo de nuestro hogar se nos antoja un rinconcito de la gloria. El P. Claret sintió como nadie esta verdad, y su vida tiene hermosos rasgos de amor a esos troncos de

misericordia, que se denominan Santuarios marianos, y coronan todos los montes de nuestra Península. Consta que estuvo en el Pilar, besando el sagrado tesoro de la fe y de la independencia españolas; y, cuando no, el librito «La Virgen del Pilar y los francmasones» nos dijera muy alto que la Columna bendita de Zaragoza era, según el P. Claret, faro de protección y de ventura para los españoles.

La Morenita de Montserrat le mereció también grandes cariños. Dos veces por lo menos subió la santa Montaña: una en 1850, consagrado Arzobispo, para despedirse de la Patrona de Cataluña, y otra en 1860 acompañando a la Reina D.<sup>a</sup> Isabel y al hijo de ésta, D. Alfonso. Bien han hecho los Hijos de San Benito colocando al Venerable entre las hermosas pinturas del camarín de la Virgen, donde están los egregios personajes que a las plantas de la Morenita en los diversos tiempos se postraron. Y más que el P. Claret no se contentó con visitarla, sino que la amó con toda la ternura de su alma, y cuidó de la iglesia de Montserrat de Madrid con un celo sin precedente, y puso bajo el poderoso valimiento de la Reina de Cataluña la magna obra de la «Librería Religiosa», una de las más excelsas y provechosas que el Venerable fundara.

Otro de los Santuarios marianos predilectos del P. Claret fué el de Puiglagulla, que acostumbraba visitar durante su permanencia en Vich como Misionero. Cabalmente en una de estas fervorosas visitas sucedió la siguiente anécdota que debemos a la feliz memoria del Rdo. Pablo Coma, del Oratorio. Fué el caso que, volviendo de visitar a la Virgen con D. Buenaventura Biadú, también del Oratorio, y embebidos ambos en pláficas espirituales, colóse por el zapato del Siervo de Dios una travesía piedrecilla que le molestó durante todo el camino. Era tanto el gusto espiritual con que hablaban, que el P. Claret ni se dió cuenta de lo que sucedía hasta que, llegados a casa, vieron con estupor que el pie del santo Misionero estaba horriblemente hinchado. Ya se ve que, no vanidoso turismo, sino devoción sincera, llevaba al P. Claret a los santuarios de la celestial Señora.

Y ¿qué diremos de la devoción del Arzobispo Misionero a la Virgen de la Caridad del Cobre, la Patrona de Cuba? Ya indi-

camos antes algo sobre el asunto; por eso poco vamos a decir ahora. La Virgen del Cobre fué la protectora del Siervo de Dios en Cuba, ya que a Ella consagró su Diócesis y tanto se esmeró en honrarla y en dilatar su culto. Dígasenos si no es amor fino e ingenioso a la Virgen, lo que hizo con las papeletas de Confirmación cuando gobernaba la diócesis de Santiago de Cuba. Quería fomentar por todos los medios la devoción a María, y como los cubanos sentían afición por su Patrona del Cobre, hizo el Venerable Arzobispo grabar en dichas papeletas la imagen tan venerada de aquellos isleños. ¡Cuán cierto es que el amor es ingenioso y que nadie le gana en peregrinas invenciones!

Pero tiempo es ya de decir alguna cosa sobre la devoción del P. Claret a N. S. de Fussimanya, a la ermita de los Sallentinos, a la cual levantó trono de eterno verdor la naturaleza y trono de amor la multitud de sus devotos. Cuando niño, la visitaba muy frecuentemente con su hermana Rosa, y era tanta la devoción de los tiernos peregrinos, que a veces las lágrimas corrían de sus ojos y, entre las flores que ofrendaban a María pasando las cuentas del Rosario, iban tejiendo guirnaldas de preciosas perlas con el dulce licor de su llanto. ¡Dichosos niños que así amaban a María! El recuerdo de días tan felices no se borró ya nunca de la memoria del P. Claret. Regentando la parroquia de San Juan de Oló, celebraba con permiso del párroco frecuentes peregrinaciones al Santuario. Cuando partió para Cuba, no podía faltar una visita a la Mare de Déu de Fussimanya, y no faltó por cierto, y tal que, desbordándose de los labios lo que en el corazón sentía por su Virgen el P. Claret, llenó de admiración y lágrimas a sus paisanos. Ni el mar con sus inmensas distancias logró cortar la corriente de amor que al Venerable unía con dicho Santuario. Desde la Perla de las Antillas escribía al R. D. J. Sanmartí que lo fuera a visitar en su nombre. Y aun más tarde, en 1868, cuando su vida estaba en el ocaso y se venía encima la Revolución de Septiembre que había de lanzarlo al destierro, escribía a su hermana Rosa, la misma con quien tantas veces había llorado y rezado en el camino de la ermita: «Mucho me alegro que hagas algunas visitas a Nuestra Señora de Fussimanya y que me tengas presente en tus devo-

ciones. Sería para mí una satisfacción el poder hacer yo una visita a ese Santuario antes de morir. No pocas veces me acuerdo de las visitas que hacía contigo a dicho Santuario, y por esta causa a tí siempre te he querido más que a los otros hermanos y hermanas, porque siempre estabas pronta a acompañarme a visitar la santa imagen de María Santísima, de quien siempre he recibido tantos y tan singulares favores»<sup>1</sup>. Hay frases que retratan a una persona. La sencillez que las anteriores exhalan refleja el corazón y el entendimiento del P. Claret, tal y como sentían y entendían la devoción a la Reina del Cielo. Razón tuvo, pues, el laureado poeta y culto escritor, Reverendo D. Fortiá Solá, para escribir en su precioso opúsculo sobre el Santuario de Fussimanya, que el P. Claret es «la flor más olorosa que poncellá y florí en el místich verger de Fussimanya, la estrella mes brillante de quantes coronan la front de la santa Imatge»<sup>2</sup>. Muy bien escrito; tan bien como cuando termina el capítulo haciendo votos porque tenga la ermita una lápida en que se recuerde a los venideros el amor grande del P. Claret a María. Es muy justo. Los Sallentinos, que ya levantaron un monumento al Venerable, tienen la palabra. Esperemos.

#### CONCLUSIÓN

Hace algún tiempo decíanos entusiasmada cierta persona, después de admirar el espíritu mariano del Venerable P. Claret: «el P. Claret fué un gran devoto de María; si hubiera hecho versos, sus versos hubieran sido un cántico interminable de amor a la Reina del Cielo.» ¡Versos! Y ¿qué versos pueden compararse con las notas férvidas de un corazón amante? El corazón que ama vive juventud perenne, y la juventud es la mejor de las lirás, ha dicho un gran Poeta Argentino<sup>3</sup>. El P. Claret, Apóstol incansable de María, cantó; cantó con sus predicaciones y entu-

1 Carta a su her. Rosa, 17 de Junio.

2 Nostra Seyora de Fussimanya» Manresa 1911.

3 «Cuando se tienen tan pocos años no hay mejor lira que el corazón.

(Rafael Obligado).



siasmo a los pueblos; cantó con sus inúmeros escritos y las almas beben en ellos con placer, piedad y devoción marianas; cantó... toda la vida del P. Claret es un canto de amor a María; cántico interminable cuyos ecos vienen prolongándose por sus hijos, los Misioneros del Corazón de María, hasta la generación presente. La devoción del P. Claret a María fué grande, díganlo sus portentosas obras; fué difusiva, porque llegó a todos los rincones de España; fué, sobre todo, natural. Sí, natural. Quien contempla a los peces saltando juguetones en las tranquilas aguas, quien ve a las aves girar en rauda vuelo por el inmenso azul, no pregunta la causa, porque sabe bien que los peces y las aves están en su elemento. No preguntemos la causa de la profunda devoción, del celo apostólico mariano del P. Claret: amó a María porque nació para amarla; fué su Apóstol porque para serlo había nacido.

Vamos a levantar ya de estas cuartillas nuestra pecadora pluma. Nos encontramos como el pobre aprendiz que ha consumido su voluntad y su tiempo en una obra y, en vez de sus esperanzas cumplidas, halla el más cruel de los desengaños. ¡Devotos del Venerable, perdonadnos esa culpa! El cariño nos ha cegado y esa ceguera, ya lo sabéis, es incurable. Para endulzar un tanto el ajeno de nuestro mal decir, ahí os regalamos, como frasco de miel suavísima, este vibrante párrafo del atildado escritor claretiano, Rdo. P. Tomás Echevarría. «El Padre Claret—dice—por su conducta, por sus empresas, por sus escritos, por sus sermones, por sus consejos directivos, por los episodios todos de su vida moral y aun por las peripecias de su misma vida física..., dijérase el arcángel Gabriel humanado no más que para enseñar a los hombres como se ama a la excelsa Madre de Dios. Su Autobiografía es cielo bellissimo donde sobre un fondo de estrellas de virtud mal veladas por su angelical modestia, es vista campear con divino fulgor que purifica y embelesa la luna mística evocadora de la gran Reina. Todo en el P. Claret converge hacia ese centro de inefables ternuras. Es la razón entera de su vivir. Habían de arrancarle el corazón y aun latiera éste con el ritmo eterno de su mariano amor»<sup>1</sup>.

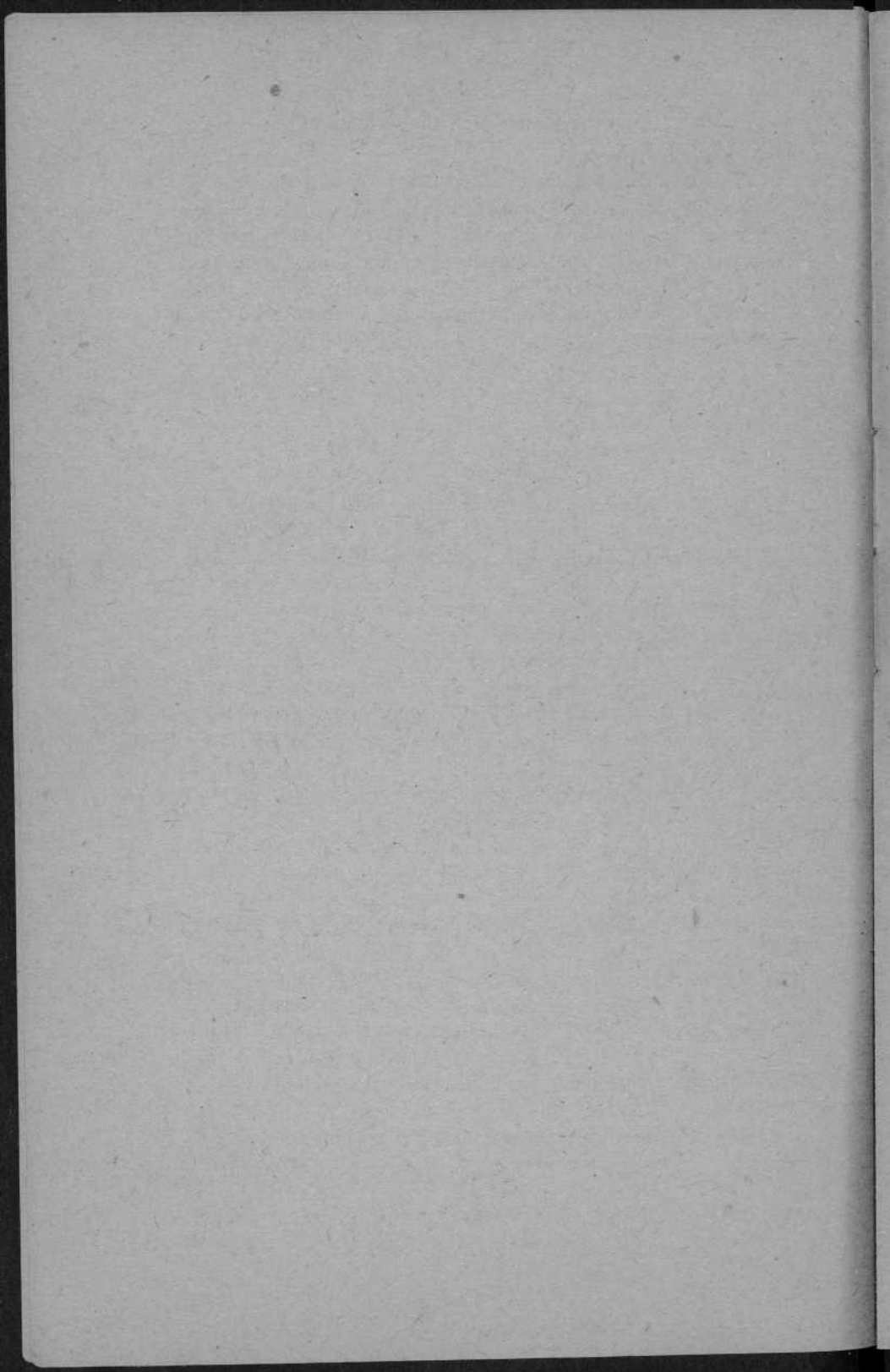
<sup>1</sup> «El Iris de Paz» 1917.

## FUENTES APROVECHADAS PARA EL PRESENTE ESTUDIO

Además de algunas menos importantes que se citan en el texto, nos han servido las siguientes:

1. Autobiografía del Venerable. (Citada: «Autob.»).
2. An illustred Compendium of the Life of the V. Anthony M. Claret. Eugene Sugranes, S. Antonio, Texas 1921.
3. Compendio de la Vida del Excmo. Sr. D. Antonio M. Claret. D. J. S., Barna. 1872.
4. «El Iris de Paz». Rev. religiosa de Madrid, dirigida por los MM. HH. del Inmaculado Corazón de María. Sobre todo la serie de «Estudios Claretistas», del Rdo. P. Tomás Echevarría, 1917, 1918 y 1919.
5. Estudi Bibliogràfic del Venerable Sallentí Anton M. Claret. Barna. 1907.
6. Historia de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Barna. 1901, por el P. Mariano Aguilar C. M. F.
7. La obra apostólica del Venerable P. Antonio M. Claret. Padre Ramón Ribera C. M. F., Barna. 1920.
8. Nostra Senyora de Fussimanya. Fortiá Solá, Prevere, Manresa 1911.
9. Resumen de la admirable vida del Excmo. e Ilmo. Señor D. Antonio M. Claret y Clará. P. Jaime Clotet C. M. F., Barcelona 1882. (Cit. «Resumen»).
10. Vicensis) Beatif. et Canoniz. Ven. Servi Dei Antonii... Positio super introductione Causae. Romae. 1899. Id. Animadversiones R. P. Promotoris Fidei super dubio An constet de Virtutibus. Romae 1915.
11. Vida admirable del Siervo de Dios, P. Antonio M. Claret. P. Mariano Aguilar C. M. F., Madrid 1894.
12. Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio M. Claret. F. de Asís Aguilar, Pbro., Madrid 1871.
13. Vida del Venerable Antonio M. Claret y Clará. P. Jacinto Blanc C. M. F.
14. Vita del V. Servo di Dio Antonio M. Claret. Enrico Guelfi, Genova 1901.

También hemos tenido en cuenta los escritos todos que del Venerable P. Claret se conservan, los cuales puso generosamente a nuestra disposición el diligente Archivero y Scrío. Provincial de los HH. del Inmaculado Corazón de María, de la Provincia de Cataluña, Rdo. P. Miguel Orra. Citamos con preferencia la «Colección de Opúsculos» del Venerable, en cuatro tomos, Barna. 1863. (Cit. «C. O.»).



BREVE ESTUDIO HISTÓRICO DE LA DEVOCIÓN  
DEL V. P. ANTONIO MARÍA CLARET A LA VIRGEN  
SANTÍSIMA, Y DE LOS DIFERENTES ASPECTOS  
DE SU APOSTOLADO MARIANO.

por el Rdo. P. Melitón Viguera, C. M. F.

LEMA: Luz y amor.

(FRAGMENTO)

INTRODUCCIÓN

El cetro y la corona han cubierto, en todos los pueblos, de cadáveres la tierra. Es que corona y cetro constituyen el símbolo más expresivo del reinado, y la ambición háselos mostrado en todos los tiempos a algunos de esos genios ambiciosos y les ha dicho: «ceñid vuestras sienes con corona regia; empuñad el cetro del poder; subid las gradas del trono y derribando a quien en él se halle, ocupad el lugar que deje vacío la ruína y desventura de aquel». Para el logro de tan subidas pretensiones hanse puesto en juego cuantos medios están al alcance de la ambición humana: perversos e inicuos los más de ellos, nacidos de corazones depravados y sancionados, es cierto, mas no por divina ley ni aun por la recta razón, antes sí por el odio más acendrado y por el más estragado libertinaje.

La espada regicida... ¡cuántas cabezas coronadas ha segado!; el acero traidor... ¡cuántos pechos inocentes no ha herido!; el

lúgubre calabozo... ¡cuántos seres ha visto bajar instigado por el odio a consumir sus días sepultados en lóbrega prisión! Y todo esto no más por conseguir temporal reino al que pondrá fin la negra traición, la pérfida alevosía, y cuando no, el término de la vida. Proceder tan inhumano e irracional pudiérase estimar como los primeros pasos de las naciones cultas hacia las vírgenes selvas del África.

El divino Maestro de la humanidad, Jesucristo, encargóse de subsanar ya en su tiempo tamaña aberración, enseñando a los mortales el camino del reino de los cielos, único centro de nuestras aspiraciones todas. Posteriormente en el vertiginoso correr de los siglos ha ido apareciendo una no interrumpida serie de varones de corazón cortado a lo divino, y que ardiendo en el amor a su Dios y a sus hermanos, los han introducido a estos por la angosta senda del reino celestial, luego de desviarlos de esotra espaciosa senda de perdición por que caminaban.

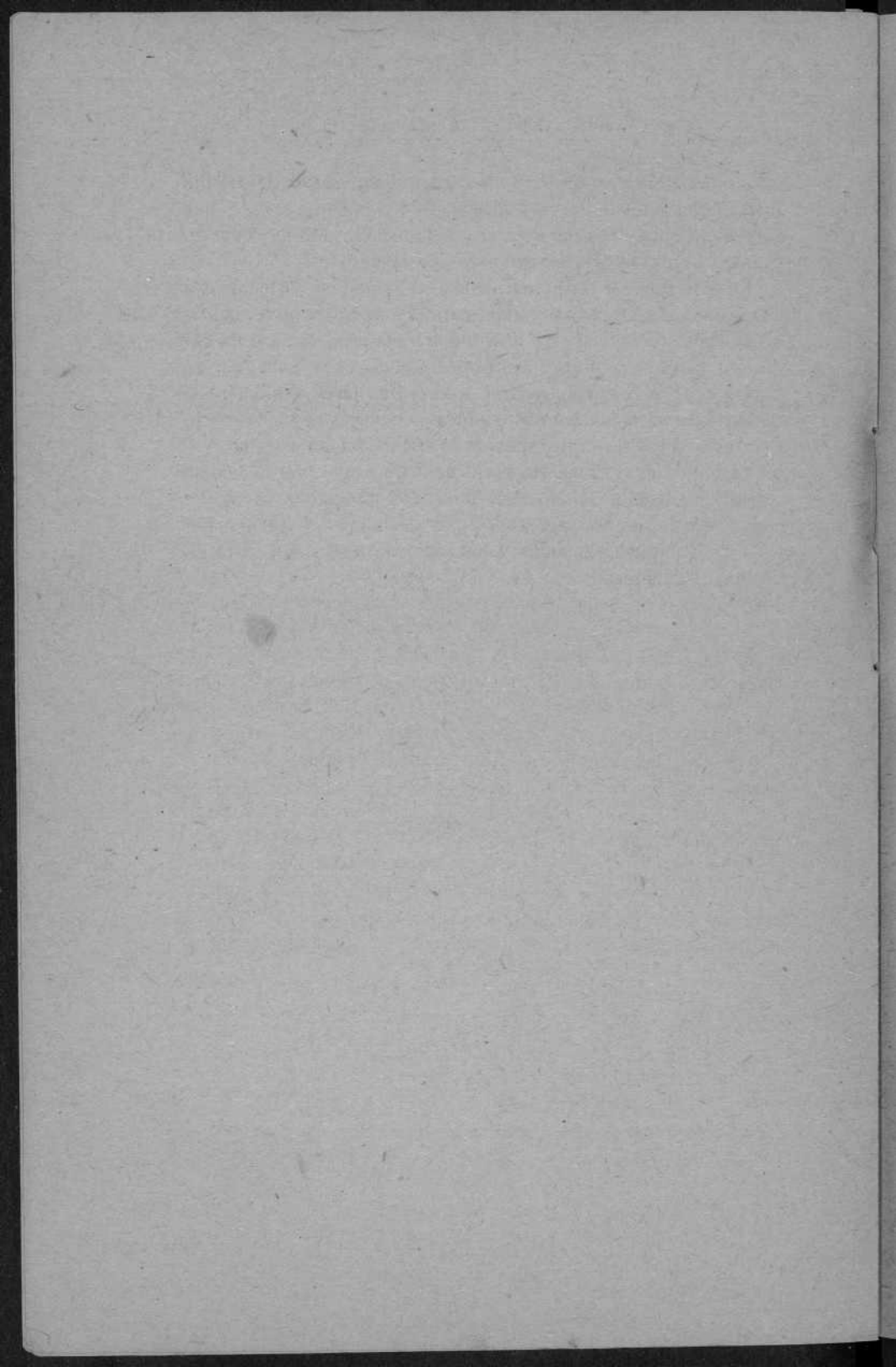
Nuestra amada España ha contado en todos los siglos, gracias a la bondad del cielo, con algunos de esos varones apostólicos. Y el azaroso siglo XIX más necesitado que otro alguno, vió recorrer también el suelo ibero al Ángel Apocalíptico, que poniendo su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, dió un grande grito a manera de león rugiente en la espesura de las selvas, despertando de su letargo, del sopor de la muerte un sinnúmero de conciencias: y aquel Ángel Apocalíptico no fué otro que el V. P. Antonio María Claret,<sup>1</sup> quien como la casi totalidad de los Santos modernos, tuvo un muy marcado distintivo: *la devoción a María Santísima*.

El rápido y consolador incremento que va tomando la devoción a María ejerce en esos héroes de la santidad benéfica influencia, que manifestándose primero por parte de la Señora en la

1 El Señor reveló al mismo Venerable que él era el Ángel Apocalíptico, el día 24 de Septiembre de 1859 a las once y media del día: «El Señor me hizo entender, escribe el Venerable, aquello de la Apocalipsis, 10-1. Vi también otro Ángel valeroso bajar del cielo revestido de una nube y sobre su cabeza el Arco iris, y su cara era como el sol, y sus pies como columnas de fuego... Y puso su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, primero en su diócesis de Cuba y después en las demás diócesis».

solicitud de Madre para trasformarlos en viva imagen de su Hijo Jesús, se manifiesta después por parte de éstos en el celo que abraza sus corazones por dilatar el Reinado de María y ensanchar las fronteras del dominio social de Jesucristo.

En este breve y humilde trabajo con el cual hoy brindamos a los amantes de María, se patentizará una vez más la verdad de esta afirmación; puesto que al estudiar en la primera parte la devoción del V. P. Claret a María podremos ver la solicitud de Madre que María despliega para con el P. Claret, y el amor de hijo de éste para con María; mientras que en la segunda parte al estudiar los diferentes aspectos de su apostolado mariano, veremos fulgar en su mente, pura como de Ángel, y arder en su corazón, abrasado como de Querubín, el consolador y divino tema, móvil de sus acciones todas: «Ad Jesum per Mariam», llevar a las generaciones todas a los fines de Jesucristo, pero en los brazos de María.





ESTUDIO HISTÓRICO DE LA DEVOCIÓN DEL VENERABLE P. ANTONIO MARÍA CLARET A LA VIRGEN SANTÍSIMA, Y DE LOS DIFERENTES ASPECTOS DE SU APOSTOLADO MARIANO.

Por el Rdo. P. Julián Munárriz, C. M. F.

LEMA: Claretianus sum.

(FRAGMENTO)

CAPÍTULO V.—APOSTOLADO MARIANO.—FRUTOS Y PREMIOS

Sumario: El argumento convincente; corona de testimonios; frutos de vida; favores de María

1.—La más convincente prueba de la realidad de un apostolado son los frutos que, como todo buen árbol, debe producir: *a fructibus eorum cognocetis eos*. Tres suertes de frutos especialmente da el apostolado católico y, por lo mismo, el mariano: de edificación en los que lo contemplan; de conversión y santificación de las almas; y de proselitismo.

2.—Nadie tan entusiasta admirador de los ejemplos de devoción a María en el P. Claret, como sus más íntimos y que de continuo le trataban y aspiraban el aroma de su virtud y fervor. Recojamos, para muestra de ello, algunos preciosos testimonios.

Doctor Codina, párroco de Sallent, en 1870: noticias recogidas de los coetáneos: «Su devoción a la Virgen era tanta que, por decirlo así, no cabía más en su medida» <sup>1</sup>.

Juan Claret, compañero de infancia del Venerable: «Se le notaba ya entonces una especial devoción a la Madre de Dios» <sup>2</sup>.

Los Rdos. Alemany y Corominas, condiscípulos en la carrera en el Seminario: «Era devotísimo de la Virgen Santísima» <sup>3</sup>.

El Rdo. Juncadilla, que le conoció mucho: «Siempre le admiré, sobre todo por ser un ferviente devoto de la Madre de Dios» <sup>4</sup>.

El Rdo. Raich: «Oí repetidas veces a los contemporáneos esta frase: Era un hijo favorecido de la Virgen María» <sup>5</sup>.

El muy distinguido D. José Fernández Montaña, varón notabilísimo, quien declara que, nada menos que por espacio de doce años cumplidos, tuvo la singular dicha de ver y oír al apostólico varón P. Claret, dice: «Profesaba devoción especialísima a la Virgen Madre de Dios» <sup>6</sup>.

El Ilmo. Colomer, Obispo de Vich, que le trató: «Sus virtudes eran muy sublimes y perfectas, especialmente... y su grande devoción a María Santísima» <sup>7</sup>.

3.—La relación de las conversiones y santificación, obras mediante el ministerio del Venerable, puédesse asegurar que no es más que la historia de su vida admirable, llena de la gracia de María. No podemos ni hace falta detenernos a demostrarlo. Apuntemos tan sólo que en las misiones le eran presentados muchos que se decían estar endemoniados y que el Venerable (que formaba de ello muy distinto juicio que el vulgo) los solía curar eficazmente de alma y cuerpo, valiéndose entre otros medios, de la invocación e intercesión de María Santísima de los Dolores <sup>8</sup>.

1 Clotet, pág. 198.

2 Id. id. 293.

3 Id. id. 254.

4 Id. id. 206.

5 Id.—Id. 125.

6 Id. 195.

7 Autobiografía, pág. 78.

8 Ilmo. Aguilar, apéndice III.

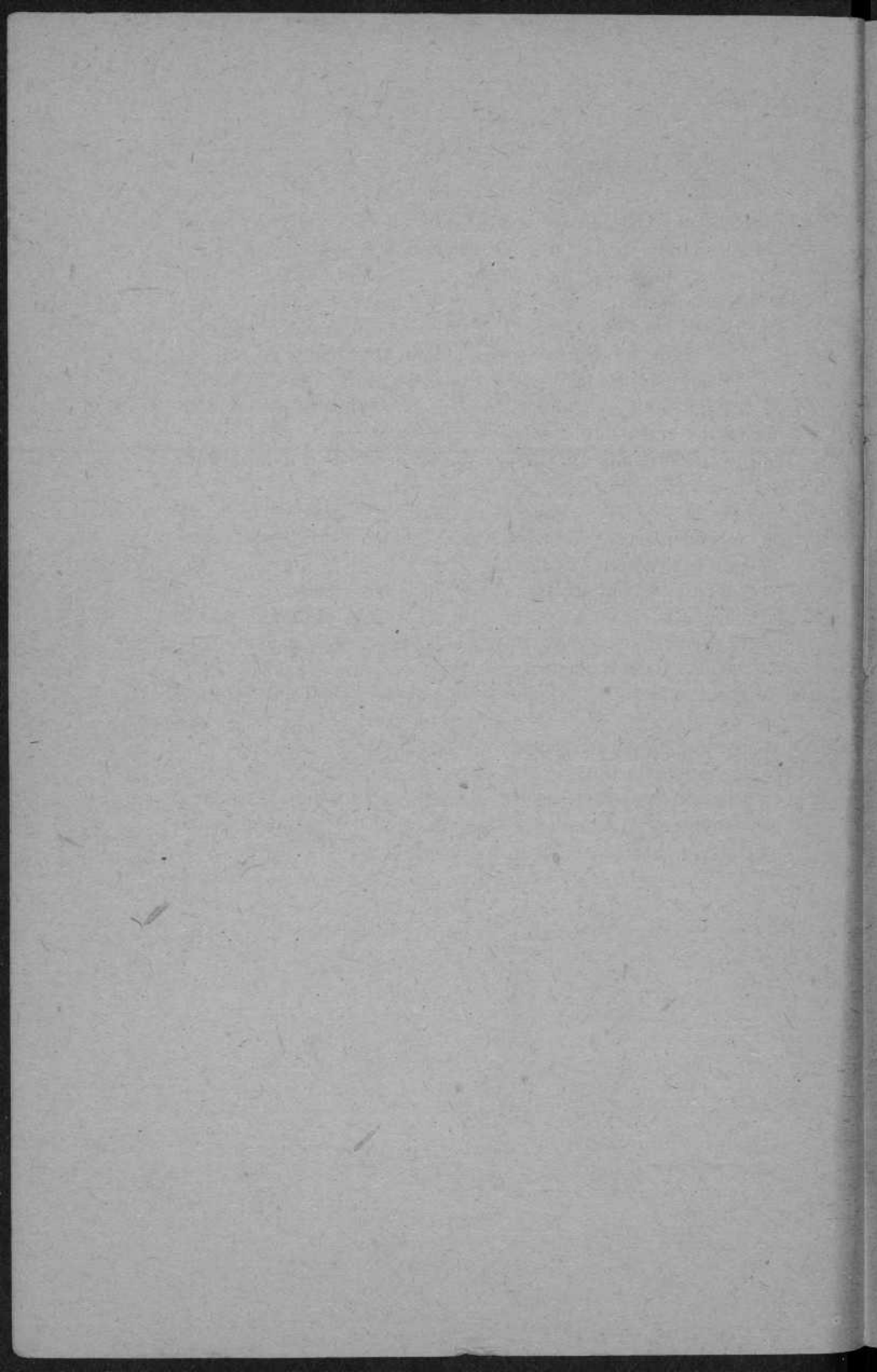
Item, que una de sus conquistas en ejercicios, *de las mejores*, decía el inolvidable Sr. Villamitjana, Arzobispo de Tarragona, que juntamente los hizo, fué la del santo P. Esteban Sala, cofundador de la Congregación de Misioneros. ¡Cuántos frutos como estos cosechó el Venerable en su laboriosa vida!

4.—De los prosélitos hechos por su apostolado mariano se ha hablado en otros lugares de esta monografía. Los que decididos le siguen en la actualidad son legión. Y esperamos fundadamente que el número será cada día mayor en el correr de los años. Sí, María multiplicará la hermosa descendencia de su fidelísimo siervo.

5.—Ya en vida de éste, la munífica Reina del cielo le colmó de sus bendiciones y carismas. Nadie gana a María en generosidad. En la existencia mortal del Venerable no hay una sola etapa que no esté marcada con alguna gran misericordia de María: la infancia, la niñez, la juventud, el sacerdocio, el episcopado...; muchas quedan referidas; omitimos varias por no alargarnos. Indiquemos nada más dos muy señaladas y dignas de ponderarse. Celebrando la Misá en la noche de Navidad en el Oratorio de las Adoratrices de Madrid, apareciósele hermosísima la Virgen María, y, para regalarle púsole el Niño Jesús en los brazos. En 26 de Agosto de 1863, hallándose en la iglesia del Rosario en la Granja, obtúvole de Jesucristo la Santísima Virgen la singular gracia de que se conservasen en su pecho las especies sacramentales de una comunión a otra <sup>1</sup>.

---

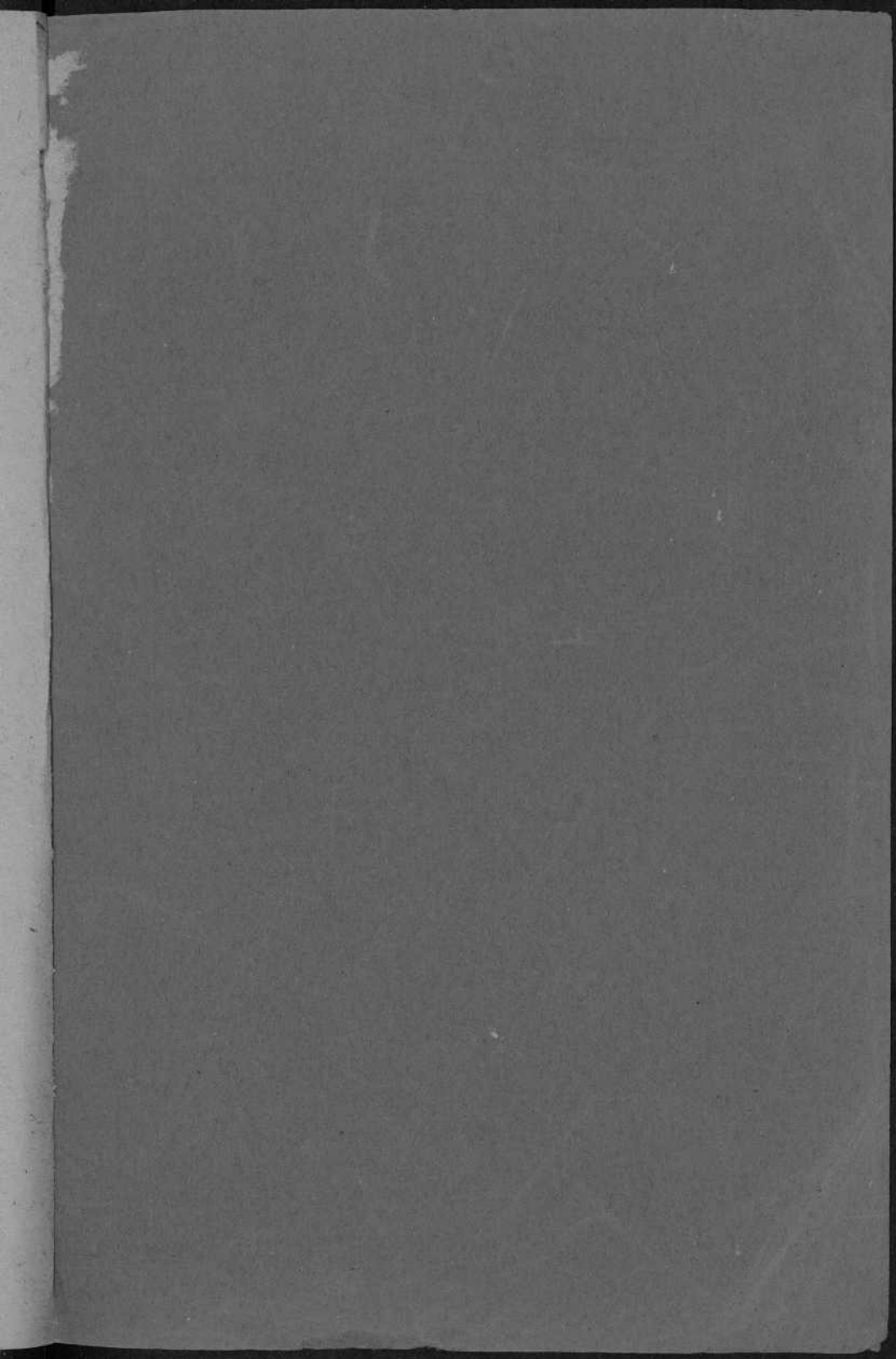
1 Ibid. II-225.

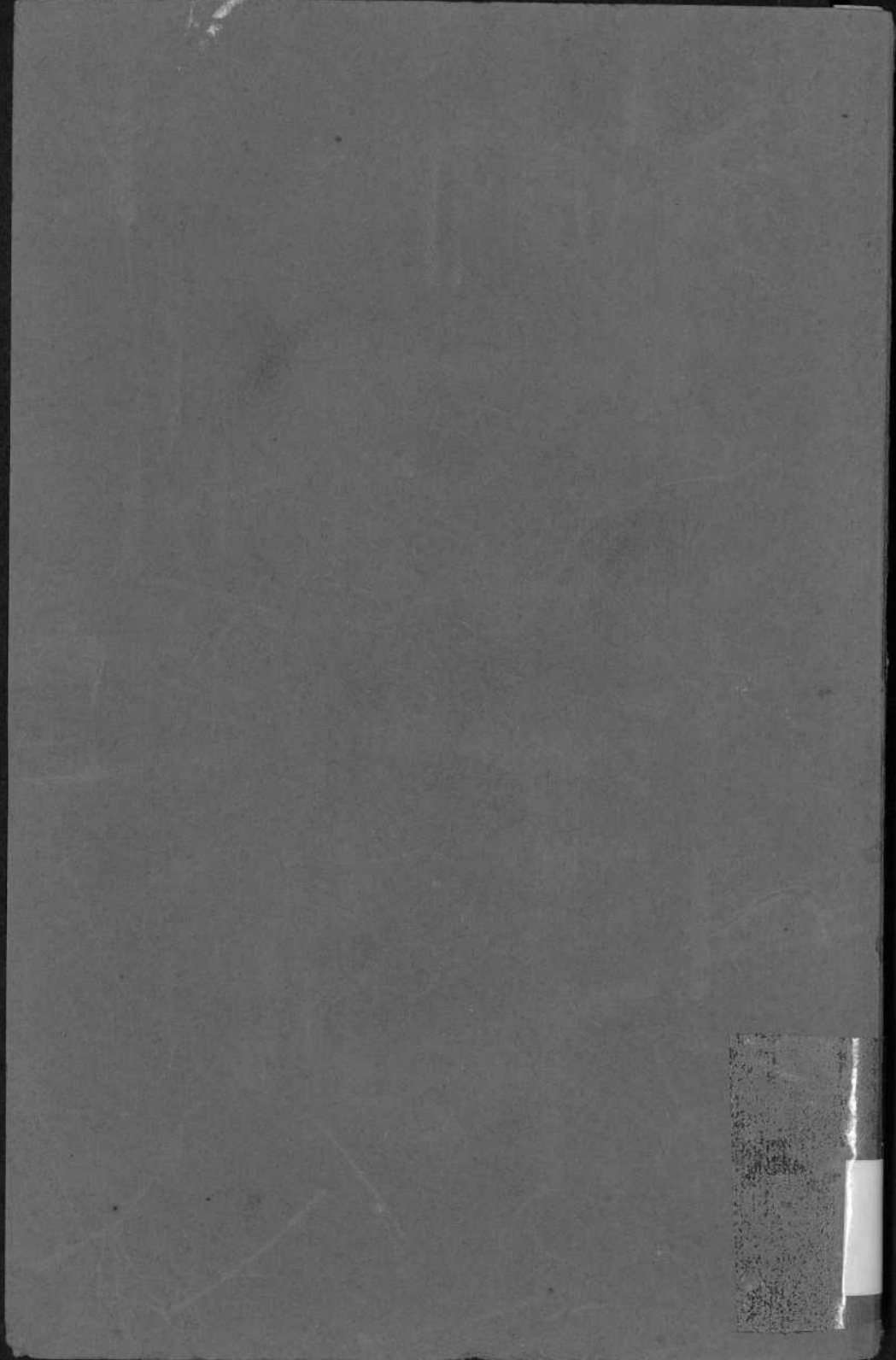


## INDICE

	<u>Páginas</u>
Número 27.—San Cirilo y la Maternidad Divina.—Estudio histórico-teológico, por el Rdo. P. Fr. Sabino de Jesús, C. D. . . . .	5
» 28.—San Cirilo y la Maternidad Divina de María, por Fr. Angel Vega González, Agustino.	91
» 29.—San Efrén y la devoción a la Santísima Virgen, por el Rdo. P. Fr. Eduardo Díez Nova, Agustino. . . . .	149
» 30.—San Efrén, novísimo doctor de la Iglesia, y la devoción a María, por D. Mariano de San Lorenzo. . . . .	199
» 31.—San Jerónimo y la perpetua virginidad de María, por el Rdo. D. Francisco Fontclara Feliu, Pbro. . . . .	231
» 32.—Breve estudio histórico de la devoción del V. P. Antonio María Claret a la Virgen Santísima y de los diferentes aspectos de su apostolado mariano, por el Rdo. P. Clemente Ramos. C. M. F. . . . .	245
» 33.—Breve estudio histórico de la devoción del V. P. Antonio María Claret a la Virgen Santísima, y de los diferentes aspectos de su apostolado mariano, por el Rdo. P. Melitón Viguera, C. M. F. . . . .	323
» 34.—Estudio histórico de la devoción del V. P. Antonio María Claret a la Virgen Santísima, y de los diferentes aspectos de su apostolado mariano, por el Rdo. P. Julián Muñárriz, C. M. F. . . . .	327









CONSTITUENTE PUBBLICO DELL'AMMINISTRAZIONE PUBBLICA  
1921 - TERRELLA -

BJ  
9635